TONOS

Jorge García Garrido

Tonos

Jorge García Garrido

Título del Libro: Tonos
Autor: Jorge García Garrido

© 2020 Jorge García Garrido.
© 2020 Iban Lafont Herrero por la ilustración.
Todos los Derechos Reservados.

Edición: Amazon Publishing
Corrección: Autorquía
Diseño de Portada: Iban Lafont Herrero
Maquetado: Jorge García Garrido

Todos los derechos reservados. Este libro ha sido publicado en modalidad de autopublicación por el autor, oficiando también como editor. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autor. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción. Para más información, por favor contactar con el autor vía correo electrónico en info@jorgegarciagarrido.es

Publicado en España por Amazon Publishing
ASIN : B08FVBDYHP

www.jorgegarciagarrido.es

Índice

1. Cena de sentimientos turbios
2. Confesiones
3. Resolución desafortunada
4. Suelo firme, sucio. Fin del trayecto
5. Drogas
6. Una llave para un cambio de color
7. Decisiones borrosas
8. Un camino farragoso
9. Nueva trayectoria
10. Subir el tono
11. Te acabas quemando
12. Incomunicación
13. Conclusión confusa
14. Frutos demasiado maduros
15. Crimen rojo pasión
16. Mensaje del Coronel
Cancionero incompleto
Agradecimientos
Acerca del autor

A mi mujer y a mi familia.

JGG

Quien mal te quiere te hará llorar, quien bien te quiere morirá con cada una de tus lágrimas de sal**.**

1. Cena de sentimientos turbios

El vaso de *whisky* estaba medio vacío o medio lleno. Marcos lo miraba con la visión algo perjudicada.

—¿Cómo lo ves, jefe? El asunto no es si está medio lleno o medio vacío. —El camarero hacía alarde de una paciencia espectacular. Ya se había acostumbrado a su acento argentino e incluso a veces disfrutaba de su conversación—. El asunto real, devastador, es conocer cuánta cantidad de este líquido amargo y cicatrizante vos necesitá para llenar el hueco que vos arrastrá.

—No me vengas con milongas, boludo —dijo sonriendo su interlocutor mientras llenaba de nuevo el pequeño recipiente—. Tú lo que quieres es beber gratis. —Le llenó el vaso sin saber cómo un tipo tan delgado podía aguantar tanto alcohol. Su estatura, a pesar de superar a la media, no justificaba esa resistencia.

—Jorge, eres un pibe angelical. ¡A la salud de vos! —Se tomó de golpe su consumición, como si intentara ahogar una pena que se aferraba en su garganta. No quería desaparecer sin antes cobrarse una injusticia.

El cristal volvió a chocar sobre la barra del oscuro y poco frecuentado local. Era uno de los lugares preferidos por el argentino donde podía disfrutar de una intimidad que agradecía. Siempre acababa borracho, por lo que la escasez de luz y de feligreses lo hacía más llevadero.

En ese reducido círculo se conocían todos. Llamaba la atención la nula representación del género femenino y parecía no importarle a nadie. Marcos sentía que pertenecía a un desguace de desechos de desamor. Las mujeres no debían entrar en él, por ser causantes de la mayoría de sus males. Una misoginia que no sabía si compartía, pero con la que intentaba esconder lo que en realidad era la razón de su desdicha.

Un yonqui con media dentadura se sentaba alejado de todos, embobado con lo que sea que echaran por la tele. Cuatro viejos marineros, bulliciosos, se juntaban para jugar la partida hasta las tantas de la noche y le daban un toque de normalidad al garito, en el que participaban también esporádicos habitantes del barrio sin un sentido del beber tan sedentario.

Marcos miraba a Jorge con cierta complicidad y una clara intención de seguir bebiendo sin contención. No hacía falta que dijera nada. Al joven empresario lo tenía ganado. Se movía como un profesional de la hostelería experimentado, a pesar de no llegar a la treintena de edad. Poco después de hacerse cargo del traspaso del negocio, cayó en una dura depresión tras una traumática ruptura con su novio de casi toda la vida. Marcos con una sola pregunta había descubierto su estado y lo había sacado del oscuro pozo. Llegaron a un jugoso trato, en el que el camarero se benefició muchísimo más.

La lógica tan brutal esgrimida por su cliente, la que le hizo darse cuenta de todo, se desbarataba al aplicársela a sí mismo. Ante las cualidades del aficionado al *whisky* y después de haber reconstruido su mundo, le preguntó cómo alguien como él había terminado en ese lugar tan decadente con esa actitud tan destructiva. Marcos sonrió con una tristeza desbordante y confesó:

—Me fui de Argentina porque odio el fútbol.

Algo parecido se esperaba del tono irónico con el que alardeaba delante de todos.

—En España es deporte nacional —había replicado Jorge, reconociendo de inmediato su estrategia.

Con una frase muy parecida a la que decía Bogart en una de sus películas preferidas, Marcos había contestado con tranquilidad:

—Me informaron mal.

Es todo lo que pudo sacar en claro de esa esponja de malta destilada: no quería hablar de su pasado.

Al fin llegó el bucle que tanto esperaba cuando el camarero llenó su vaso de nuevo.

Uno de los viejos exigió algo con lo que refrescarse.

Marcos bebió solo su siguiente trago mientras observaba cómo el servicial joven atendía el negocio. Había tenido mucha suerte al toparse con ese tugurio regentado por un tipo tan humano. Lo encontró roto, con marcas de haberse infligido mucho dolor psicológico y físico. Eran intentos torpes por llamar la atención y perpetuar una situación sentimental muerta, machacada durante mucho tiempo por discusiones e incompatibilidades. Una disputa y una reconciliación fortalecían la convivencia, pero un conflicto como rutina denotaba muchas carencias. Le ayudó a descubrirlas y atacarlas de la manera correcta. El chico localizó la salida directa de la locura en la que había convertido su existencia. Desde entonces le proporcionaba el alcohol suficiente para borrar los demonios que le impedían dormir y llevarlo a la inconsciencia de manera directa. Evitaba de esta manera el sueño recurrente en el que un cañón de hierro frío se apoyaba en su nuca y depositaba en su cerebro una bala con su nombre a doscientos kilómetros a la hora. Él no tenía cura.

Las caras conocidas se repetían como todos los días, otro factor que hacía de ese club social un lugar muy cómodo para Marcos. Era fácil detectar las filias y fobias del personal, previendo sus comportamientos con total claridad.

Se le había acabado su dosis hacía un buen rato. Antes de llamar al camarero, entró en el local alguien desconocido. El argentino se puso tenso. No le intimidaban su corpulencia ni sus pintas de matón. Una monja le hubiera creado la misma sensación de desazón. En su cabeza cualquiera capaz de empuñar un arma era una amenaza. Le asustaba no saber quién era. Ver a alguien por primera vez dentro de su reducido círculo lo alteraba. Apretó con su mano, como un acto reflejo, la navaja automática que siempre llevaba en el

bolsillo.

El extraño pidió una cerveza y, tras formalizar el trato, se fue a una mesa apartada.

—¿Quién es ese pibe? —Jorge vio el vaso vacío de su cliente y se lo llenó mientras recibía la pregunta.

—Nadie que te interese.

—Vos no sabés cuáles son mis intereses.

—Deja la paranoia, es un viejo vecino del barrio. Ha vuelto a sus raíces después de probar fortuna. —Era consciente de lo nervioso que se ponía el extranjero con los nuevos clientes. Otra nota discordante dentro de esa mente privilegiada.

Marcos se tranquilizó con las palabras de su amigo. Relajó la mano y soltó el objeto punzante.

—Perdona, compadre, no he tomado suficiente medicina —dijo mientras su rostro se esforzaba por sonreír y mantener las apariencias. Sabía que llegaría su hora muy pronto, pero solo se dejaría matar si estaba muy borracho. El estado de embriaguez le hacía libre, le proporcionaba la sensación certera de que nada importaba más que pagar su deuda con su vida.

—¡Oye, no vas a poner el partido! —dijo uno de los jugadores de cartas.

—¿Qué partido? Hoy no hay partido. —Un día sin fútbol y la gente se ponía nerviosa—. Te subo el volumen, si quieres, del marujeo este. —En la tele emitían un programa sobre la convivencia entre parejas que acaparaba la audiencia del *prime time*. Se titulaba *Ni contigo ni sin ti*.

—Eso, a ver si aprende algo de la vida —dijo uno de sus compañeros.

—Qué me van a enseñar ya con ochenta años…, ¿a bajar la tapa del meadero?

—O a mear dentro —volvió a increpar su colega, provocando una carcajada general en el local.

—Venga, menos chorradas y al lío —cortó el foco de las risas.

Marcos observaba la televisión con un repentino dolor en las entrañas, generado por la estampa que mostraba. A través de esa ventana irreal se presentaba una pareja de chicos con problemas muy graves en su relación. Lo dirigía una guapa presentadora rubia que poseía una labia muy guionizada y que funcionaba con la precisión de un reloj suizo. La cantidad de psicología barata que se difundía en el programa era abrumadora. Los siete años de estudios para conseguir sacar la carrera de psiquiatría, en Argentina, se retorcían en la memoria del americano ante semejante circo televisivo.

***

La cámara captaba cada movimiento de Yolanda de manera magistral. Su operador, Pedro, conocía al dedillo los gestos y las manías de su objeto preferido de atención.

El color que más le gustaba a Pedro era el ceniza, aunque siempre elegía

el azul cuando alguien se lo preguntaba. Quizás lo decía por no tener que argumentarlo o por no parecer raro ante la falta de argumentos, pero por alguna razón mentía al dar el dato.

Se colocó bien las gafas.

A través del aparato podía deleitarse con las formas sensuales de su compañera de trabajo sin tener que dar explicaciones a nadie. Esa falsa sensación de aislamiento, que producía el capturador de imágenes, entre la vida real y su persona le ayudaba a soportar a los demás. Se mostraba más tranquilo si miraba por el objetivo que sin tecnología intermediaria. La sociedad y, más concretamente, el trato con las mujeres no estaban hechos para él y su trastorno.

Era su adoración por la presentadora lo que le hacía ser un cámara fuera de lo normal. Probaron con otro, cuando se puso enfermo y tuvo que coger la baja durante una semana, y se notó demasiado el cambio de operario. Llegó a crispar la paciencia del director y de la propia presentadora.

El plató parecía la terraza de una cafetería parisina.

Yolanda se encontraba pletórica, en medio de dos invitados algo más incómodos que ella. Seguía el guion sin ningún tipo de dudas y se metía en faena con total naturalidad. Además, se jactaban de estar en un riguroso directo con unas pequeñas gradas para el público. Era el momento de exponer ante toda su audiencia las miserias de los dos agraciados.

—Esta noche tenemos un caso especial, por estar bajo el amparo del arcoíris. Ese brillo multicolor que aporta alegría al día a día de nuestros dos invitados de hoy. En todas las historias de amor siempre hay dos protagonistas que sufren, aman, comparten e incluso odian su situación en algún momento. Aquí volvemos a aportar nuestro granito de arena en la búsqueda de la superación del problema, del roce incómodo, de la falta de tacto, que al ser tratado de manera adecuada puede reforzar una relación atascada por la carencia de herramientas eficaces. —La presentadora se explayaba tranquila mientras repasaba mentalmente, en las minúsculas pausas, los distintos apartados de la escaleta. Tenía la cabeza a cien por hora tras una concienzuda preparación, en su camerino, aderezada con un poco de química. Esto le ayudaba también a disimular el temblor que le producía el directo—. Tengo el inmenso honor de comunicarles que mi guía de ayuda a la pareja va por la decimosexta edición y tengo que agradecérselo a todos ustedes, que nos ven cada día, y a la productora Riomedia, por el apoyo recibido. —Yolanda sostenía un libro bastante grueso con el siguiente título: *Acompáñame por la vida: Los diez mandamientos de la vida en pareja*—. Ya no podemos decir que no tenemos las herramientas necesarias. En esta guía encontraremos los principios básicos para conseguir una convivencia sana, cómoda y placentera. ¿Qué me dices, Raúl, has leído el libro?

—Qué va —respondió el chico que estaba a su derecha. Exhibía una brillante tez morena con rasgos sudamericanos—. Creo que esperaré a la película. —El público se rio espontáneamente de la respuesta y el pecho de

Raúl se hinchó orgulloso.

—Yo sí lo he leído —replicó el otro joven algo nervioso.

Pedro conseguía mantener el foco centrado a la perfección en la presentadora a pesar de mirar y moverse en las dos direcciones.

—Tranquilo, no es necesario haberlo leído, pero sí es verdad que hay pautas a seguir que os pueden ayudar muchísimo. Es un estudio muy profundo de la psique humana en pareja. —Siempre que llegaba a esta frase le entraba un escalofrío que le recorría toda la espalda, ya que algunas de sus pesadillas las protagonizaba una persona sin rostro que le gritaba: «Farsante, ¿dónde has estudiado tú psicología?»—. Veo que Juanito ya ha hecho parte de los deberes y demuestra, si me lo permites Raúl, unas enormes ganas de que lo vuestro funcione. —Yolanda miró con cara pícara al bromista.

—Bueno yo también lo ojeé un poco. —Esta vez el gallo deshinchó el tórax algo cohibido.

Yolanda había conseguido romper la barrera de los quince minutos con sus dos invitados en un tiempo récord. Tenía esa capacidad de crear un ambiente agradable para soltar hilo. Los dos chicos se olvidaron enseguida de la presencia de las cámaras.

—Queridos espectadores, tienen ante ustedes una pareja que lleva… ¿Cuántos años? —Esta pregunta iba dirigida a Raúl.

—Seis.

—Seis y tres meses —puntualizó su compañero. Raúl se mostró algo cansado de ese tipo de puntualizaciones.

A Yolanda le encantaba la pregunta, le daba cierta información extra sobre los interrogados.

—Más de seis años, entonces. Juanito y Raúl son dos almas gemelas destinadas a encontrarse y gracias al destino se encontraron. Juanito es fontanero y Raúl, camarero.

—Bueno, estoy estudiando turismo y de momento trabajo en El Flautín —corrigió Raúl.

—Efectivamente, pero toda historia tiene un comienzo y la vuestra fue muy especial, ¿verdad? —Los dos interrogados se quedaron algo cortados—. Es bonito, bueno, e interesante recordar cómo fueron esos primeros momentos en los que estamos enamorados y vemos siempre las virtudes de nuestra pareja.

—Sí… la verdad es que fue especial. Nos conocimos en un tanatorio. —El público alucinaba con la declaración—. A Raúl se le había muerto su abuela y a mí mi tío —dijo algo apenado Juanito.

—Fue un momento muy duro y nos ayudamos el uno al otro.

—¿Qué es lo que os atrajo de vuestra pareja?

—A mí me ganó su ternura —dijo Juanito antes de dejar pronunciarse a su compañero.

—Además, estabais pasando un duro trance.

—Yo lo vi muy atento. Intentaba hacer que estuviera a gusto. —Raúl lo

recordaba con sinceridad. Fue un momento mágico para él.

—¿Fue la situación la que os unió?

—Yo me atasqué y Juan consiguió ponerme en marcha. Estábamos muy unidos al principio.

—Y ¿qué pasó entonces?

—Creo que empieza a controlarme demasiado. —Juan se removió un poco en el asiento.

—Es que no me cuenta nada —replicó el aludido.

—Bueno, chicos, recordad que los dos primeros mandamientos de la vida en pareja son la confianza y la comunicación. Es verdad que al consolidar una relación se suele caer en la rutina y es difícil encontrar cosas nuevas que compartir. Por eso hay que fijarse en las dos siguientes herramientas, con las que podemos y debemos definir un espacio individual y otro espacio o entorno en el que centrarnos en la pareja. Es importante no descuidar ninguno de los dos.

—Pero eso solemos hacerlo. Él tiene sus amigos y puede salir con ellos. —Juanito quería quitarse el sambenito de controlador.

—Si cada vez que salgo tengo que contestar a doscientos mensajes.

—Qué exagerado. Es que te echo de menos.

—O piensas que me voy tirando a todo lo que se menea.

—A la confianza se le añade otro pilar muy importante: el respeto a nuestra pareja. Con la comunicación se llega al consenso, que es el sexto mandamiento y con el que podemos atar estos espacios personales sin que sea perjudicial para la convivencia.

—No respeta mi espacio. Cuando salgo con mis amigos, sé que después tengo un drama en casa sin sentido. —Raúl sacaba afuera su malestar.

—Me quedo solo en casa y me agobio.

—Por eso te regalé un gato. —El público se carcajeó con ganas—. Y, además, no salgo todas las semanas.

—No creo que sea el momento de hablar de Luci.

—Se llamaba Sandokan, qué manía tienes con llamarlo Lucifer.

—Es que era muy malo.

—Los regalos y detalles son importantes, pero no deben usarse para redimir actos erróneos, ni deben condicionar nuestros tratos. El séptimo mandamiento nos recuerda que tenemos que hacer el amor con constancia. Cuidar a nuestra media naranja es una manera de hacerle el amor. No quiere decir que tenga que haber sexo siempre.

—Si me desvivo por él —dijo como un resorte Juan—. Le hago el desayuno, limpio la casa y muchas cosas más para que esté a gusto.

—¿Ahora me dices que no hago nada en casa?

—¿Qué es lo que haces? Te sentabas a juguetear con ese maldito gato…

—Llegados a este punto, hay que analizar el octavo dogma, en el que la equidad en las tareas es decisiva. —Jesús, el director del programa, le indicaba por el pinganillo la genialidad de la entrevista. Parecía que todo

había sido guionizado, ya que seguían la estructura de la guía en orden, de la manera más natural posible. Era algo difícil de lograr, ya que los entrevistados solían ser muy espontáneos—. No se puede cargar el peso de la convivencia sobre los hombros de tu compañero.

—Pero siempre me está corrigiendo. No quiere que haga las cosas a mi manera.

—Es que las haces mal.

Esta vez el público lanzó una pequeña risa al identificarse con algo tan cotidiano.

—Creo que os estáis centrando mucho en la carga de las tareas domésticas y tenéis que aprender a dosificarlas, buscando momentos divertidos dentro de la pareja. En ese espacio hay sitio para todo, lo tedioso y lo divertido. Lo he apuntado y resaltado como otro aspecto a trabajar en una vida compartida. La novena directriz.

—En eso sí que tengo que admitir que Raúl se esfuerza mucho.

—Ya empezamos —farfulló el aludido.

—¿Qué pasa? Eres el primero en montar una fiesta, en proponer guarrerías…

—Y tú que te lo pasas en grande. Con esa pinta de mojigato pueblerino, cómo disfrutas de una buena tranca.

—Chicos, no podemos descargar tanto rencor sobre la piel de nuestra pareja. Tenemos que poder ponernos en el pellejo del otro. El décimo aspecto para analizar remarca esta técnica en la que nos esforzamos por entender las acciones y reacciones de la persona con la que queremos despertarnos todas las mañanas.

—Eso quería decirle a Raúl. Es la persona más importante de mi vida.

Todos los espectadores, incluido el equipo técnico, entonaron un «oh», que parecía sacado de una *sitcom* barata, querían sumarse a ese momento tan tierno.

—Yo también lo considero la persona más importante. Intentaré ser más considerado. Además, después de lo que le pasó al gato, hemos sufrido los dos sin apoyarnos el uno en el otro.

Juan se puso tenso al oír estas palabras.

—¿Quieres contarnos qué le pasó? —Yolanda se entusiasmó. Momento dramático y todo. El programa estaba saliendo redondo.

Los dos jóvenes invitados se miraron cómplices y serios.

—Bueno, Sandokan era muy curioso y se metía por todos los lados. Aunque Juan…, ninguno de los dos le dejábamos subir a la encimera, ni acercarse a los fuegos ni al fregadero, era muy travieso y se subía en cuanto podía.

La presentadora iba a decir algo, pero vio la intención de seguir con el relato por parte de Juan y decidió escuchar.

—No podía saber que se iba a meter en el fregadero… puse el triturador e intentó coger lo que había dentro.

El público se quedó helado.

—Era un gato precioso —dijo Raúl con lágrimas en los ojos—. Quedó destrozado y el rabito seguía moviéndose cuando llegué.

—¿Quién lo descubrió? —Un pequeño temblor atacó su extremidad izquierda.

—Yo lo vi en el suelo y de repente apareció en el fregadero. Pasó delante mía. —Temblaba como un flan por los nervios—. Es algo que jamás me podré quitar de la cabeza.

—Todos sabemos que los accidentes domésticos existen y hay que afrontarlos. Es difícil que ahora encontremos un triturador instalado en un fregadero, pero era algo que se instalaba en los años setenta. —El cerebro dopado de la conductora del programa intentaba suavizar la imagen mental que se había creado en el plató. No lo conseguía del todo—. ¿Estáis viviendo en una casa desactualizada?

—Sí, es de la familia de Juan. —Mientras la conversación seguía, la cabeza de Yolanda recomponía toda la entrevista y descubría posibles móviles para el hecho de triturar a una mascota—. Pagamos un alquiler muy asequible.

Pedro se mantenía firme, esperando la frase que les daba de comer a todos.

—Vamos a coger fuerzas y volvemos después de unos minutos de publicidad.

Yolanda miraba a cámara con un gesto serio. A pesar de ello, tenía uno de los mejores primeros planos que había en televisión. Por delante les quedaban diez minutos para ajustar todo de nuevo e ir al baño.

—Si queréis ir al baño, podéis hacerlo ahora.

—Yo quiero ir —dijo Raúl.

—Te acompaño. —La presentadora llevaba unos minutos intentando encontrar la manera de hablar a solas con el joven mulato.

Juan se quedó en su asiento algo aturdido por el momento vivido.

El resto del equipo también se relajó, estirando las extremidades y refrescándose con alguna bebida burbujeante. Pedro observaba a su diosa alejarse hacia los camerinos seguida de Raúl.

—¿Qué tal estás, Raúl?

—Algo jodido. Remover estas cosas es lo que tiene.

—¿Has notado algo más en tu relación? Algo que tenga que ver con tu salud o tu intimidad. —Sacaba a la periodista que llevaba dentro. Sabía que había connotaciones muy preocupantes en la anterior declaración de la pareja.

—Qué va, no he tenido ningún problema grave.

—Hacer daño a animales indefensos es un rasgo importante en los que tienen algún trastorno psicopático. —Escribiendo esa fabulosa guía, se había topado con la carencia de empatía, propia de los psicópatas. Algo que le había despertado mucha curiosidad—. Todo puede haber sido un accidente. También puede haber sido un acto involuntario de, no sé… ansiedad o perder

la cabeza por celos o rencor. —Raúl la miraba serio, pero sin asombro. Era un claro síntoma de que también había llegado a una conclusión parecida ante semejante tragedia—. Juan parece buena persona, quizás me estoy metiendo en donde no debo.

—Tranquila.

El chico se metió en el servicio y ella se fue a su camerino.

Un nubarrón de ideas le atosigaba la cabeza. Entró en su pequeño santuario y, nada más oler las rosas, cuyo olor acaparaba casi toda la estancia, se relajó de inmediato. Tantos años de programa daban estos dulces frutos. Las rosas le encantaban. De todos los colores posibles. Al parecer, la audiencia conocía sus gustos y casi nadie le regalaba otro tipo de flor.

Tenía cinco minutos y decidió poner una canción en su equipo de música. El CD estaba colocado como siempre. El sistema de alta fidelidad era de los mejores del mundo. Se trataba de un Hitech recomendado por Pedro. Su fama de gurú tecnológico lo hacía más apreciado en el estudio.

Saltó el seleccionador hasta la tercera canción, donde una promesa juvenil mezclaba flamenco y pop con mucho acierto. A pesar de su corta edad parecía estar de vuelta de todo.

Marcas la corriente por mis venas, pum.
Se para cuando sales por la puerta, pum, pum.
Mi vida es tuya y tú subes la apuesta, pum.
¿Qué más quieres de mí? Pum, pum.
Puedo olvidarme de ti ya me has visto morir.

Sábanas rectas, la cama hecha, pum.
Hoy estás aquí y en la sala hay fiesta, pum, pum.
No quiero dormir quiero estar cerca pum.
¿Qué más quieres de mí? Pum, pum.
Puedo escucharte fingir que de verdad eres feliz.

En su móvil apareció un mensaje de su mejor amiga, Alicia. Disfrutaba de la entrevista a la pareja. Tenían una gran amistad, la apoyaba y ayudaba siempre que ella se dejaba. Ahora no era el momento ideal para contestar. Sabía que se lo echaría en cara cuando se viesen. Era una persona sincera y a veces dura, pero de buen corazón. Con la tecnología reinante, la intimidad era un bien muy preciado y los desprecios se hacían más patentes.

El temblor de la mano derecha era leve. Podría soportar el resto del programa sin tomar nada extra. Además, era muy incómodo estar todo el rato limpiándose la nariz con disimulo. Nadie sospechaba que se trataba con dosis de cocaína y ciertos medicamentos para aumentar la atención en personas con déficit

El *show* se desarrollaba de una manera extraordinaria y centró sus

pensamientos en la pegadiza canción.

…Cómo te gusta el poder, sun,
que ejerces sobre mi ser, sun, sun.
Amanezco con frío, falta café, sun.
¿Qué más quieres de mí? Sun, sun.
Puedo sentir tu locura tan dentro de

mi cuerpo vacío de hormigueos y calor,
mi alma llena de agujeros y sinrazón,
mis lágrimas sembradas de mal de amor,
mis ojos cansados de verte marchar con el sol.

Una luz empezó a parpadear, indicando que faltaban dos minutos. En ese momento se le olvidaron sus comienzos y recordó que alguien había hecho mal su trabajo. Hablaría con producción para que no volviera a pasar. Apagó el equipo de música y salió de la florida habitación.

El pasillo que comunicaba con el plató estaba como siempre: no había muchas personas. Entre los habituales, rondaba por el lugar el concienzudo cámara. Llevaba colgada de su cuello una réflex con la que parecía que hacía fotos, pero en realidad le servía para comunicarse en caso de que alguien, bueno, alguna mujer le dirigiera la palabra. Se había acercado hasta el camerino de Yolanda en más de una ocasión, consiguiendo ver lo que ocurría en su interior. El esfuerzo que hacía para contener su atracción por ella era enorme.

—Hola, Pedro. ¿Vamos al plató?

El cámara la miró asombrado y no fue capaz de devolverle el saludo hasta que se centró en su máquina.

—Sí, ahora voy.

La mujer siguió su camino sin darle mayor importancia al asunto, ya que todo el mundo hablaba de las rarezas del operador. Siempre habían tenido una relación muy correcta y profesional. Además, la había ayudado con sus conocimientos técnicos de imagen y sonido.

Para él, esa pequeña atención, lo significaba todo.

***

Marcos veía el vaso borroso, incapaz de discernir si estaba lleno o vacío. Había llegado al punto ideal para recibir su dosis de justicia, sin rechistar.

—Venga, doctor, es hora de regresar a la normalidad.

El camarero le retiraba el vaso ante el amago lento, torpe y embriagado del argentino por evitar lo inevitable.

—Vale, vale, ha sido un gusto conocerlo —dijo a duras penas. Casi

balbuceaba, pero se lo había repetido tantas veces que se lo sabía de memoria. Lo consideraba otra excentricidad de su cliente vip.

Ebrio saltó de su taburete, evitando en el último momento un mamporro de espectáculo. Se tocó el bolsillo y encontró el bulto que lo relajaba y había provocado un gesto inconsciente en su conducta. Abandonó el antro decidido a afrontar su destino con ese valor temerario que aporta el alcohol. Todos somos más valientes con nuestros miedos ahogados en *whisky*.

A duras penas llegó a la pensión. Gracias a que se encontraba a dos manzanas dormiría esa noche en su habitación y no tirado en cualquier esquina.

La cerradura del portal superada, la del piso de la pensión también y el mueble del pasillo, casi. Se tropezó con la fina pata de madera y cayó de morros al suelo.

De la puerta más cercana salió una de las compañeras de la pensión, una prostituta venezolana que lo esperaba con impaciencia. Fue a ayudarlo a levantarse del suelo y el hombre caído se asustó. Daba manotazos al aire sin mucho acierto.

—Tranquilo, Marcos, soy Alba. Tranquilo, tranquilo.

El argentino se relajó al reconocerla y se dispuso a levantarse con el apoyo de la chica. Tras abrir la última cerradura, la de la puerta de su habitación, entraron los dos.

Marcos se derrumbó sobre la cama. Alba, vestida con el traje de faena a punto de salir a sobrevivir una noche más, empezó a desnudarlo. Le sacó el contenido de los bolsillos, incluyendo la navaja, y le quitó los zapatos, el cinturón y los demás trapos. Lo tapó con una manta y se sentó a su lado.

Le entraban ganas de tumbarse con él y olvidarse de su mísera vida, pero no podía hacerlo. Raugo le daba permiso para vivir en esa pensión con cierta independencia a cambio de no desviarse de sus deberes. «Valiente hijo de puta», eran las palabras que le venían a su cabeza cada vez que aparecía en sus pensamientos. El recuerdo del hogar de sus padres en Venezuela se disipaba cada vez más rápido, pisoteado por su situación actual. Solo el borracho que farfullaba «No merecía su amor», canturreando algún bolero, era lo que la mantenía cuerda. Le había tratado algún herpes e incluso animado con sus bonitos comentarios.

A pesar de estar enamorada del maduro argentino sabía que existía un abismo entre los dos difícil de superar. En varias ocasiones la abrazó, llamándola Delia. Jamás había sentido tanto cariño de un hombre como en ese momento. A decir verdad, la coraza que construía la chica a su alrededor cada vez era más gruesa, por lo que quizás no volviese a sentir nada parecido.

***

—Esto no puede volver a pasar. —Yolanda se sentía con el derecho de

cortar alguna cabeza, por no haber investigado en profundidad a los dos invitados de esa noche.

—Yoli, ha salido todo muy bien. Somos *trending topic* y hemos dado el pico de audiencia récord de la cadena. —El director del *reality* intentaba bajar los humos a su estrella principal. Todavía recordaba los primeros días de su interlocutora, cuando desconocía el medio y cometía muchos errores. Se los pasaron casi todos. Ahora la veía muy alterada con una pose de diva que no había pensado que fuera posible en ella. No era la primera bronca que afrontaba.

—Es que podía haber sido mucho más impactante. Si hubiera tenido toda esta información, podría haberlo preparado mucho mejor.

—Estoy de acuerdo contigo y vuelvo a lo de siempre: es un programa diario, y en directo no podemos afinar mucho más.

—Creo que sí se puede afinar.

—No voy a despedir a nadie por un despiste del que hemos salido muy beneficiados. —El director recordaba el *hashtag* con el que hacían mención al programa mil doscientos. Cuando dejó las redes sociales se había generado el triple de mensajes que en cualquier otra noche. Todos los gruñones y odiadores domésticos engordaban la bola que expandía el *reality* como la pólvora. Nada más levantarse, al día siguiente, dedicaría media hora a leer los comentarios más ocurrentes y, por tanto, los más compartidos. Era su «olor a napalm por las mañanas». Ese pequeño ritual le ponía las pilas para el resto de la jornada.

—Te puedes imaginar lo que me cuesta prepararme cada noche para dar el cien… el doscientos por ciento ante nuestro público. —En su discurso omitía el uso de cocaína para trabajar porque su curro, según ella, se lo exigía —. Nadie debería descuidar su trabajo en ningún momento.

—Vale, vete a descansar y olvídate del asunto. Yo me encargo de investigar quién ha sido y de ponerle remedio.

—Nos vemos mañana —dijo Yolanda mientras se levantaba, dando por zanjada la disputa. Conocía a la becaria que ayudaba en la preparación de los programas.

—Buenas noches, y recuerda lo que te aporta este programa en la entrevista de la mañana.

El director la observó marcharse con una leve sonrisa. Se trataba de una de las mejores estrellas con la que contaban y tenían que cuidarla. Ya intuía quién había cometido el error. Hablaría con la persona en cuestión por satisfacer a su diva, pero sin intención de cortarle la cabeza. Mantenía una ferviente relación con la chica que pretendía hacerse un hueco en la producción.

***

El televisor iluminaba la sala de estar del piso de Pedro. En las imágenes

Yolanda hacía reír al público con algún baile improvisado y una canción cantada a coro.

Todo estaba envuelto en una penumbra titilante que daba pie a realizar actos impuros sin una visión clara de lo que ocurría. Los ojos planos que miraban desde las distintas posiciones, en cuadros y fotos, jamás llegarían a entender lo que ocurría en ese sofá enfrentado al contenido audiovisual. Si no entendían lo que pasaba, tampoco podrían juzgarlo.

Pero la reminiscencia de los protagonistas de las instantáneas siempre hacía que su hijo mirase con recelo hacia atrás desde el parapeto del cómodo tresillo, por si algo se hubiera movido. Ya no sería un ente corpóreo, sino algo espiritual o energético cargado con muy mala leche, algo habitual en sus progenitores.

Todo parecía en orden: muerto, tranquilo y callado.

Se fijó en el equipo de música al que había conectado dos auriculares inalámbricos. La misma marca que tenía Yolanda. Por ese pequeño vínculo, a pesar de ser muy débil o insignificante, Pedro recibía de manera más plausible lo que acontecía en la pantalla. Subió el volumen y ya ocupaba el total de su mente, de sus pensamientos.

Ahora llegaba la parte en la que un accidente en plató obligó a cambiarse de ropa a la presentadora. Era lo más atrevido que había hecho el cámara a espaldas de sus compañeros. Por la rendija del camerino la grabó quitándose la ropa para ponerse algo seco. Se tuvo que quitar hasta el sujetador, con lo que uno de sus pechos quedó al descubierto del mundo y los artilugios de Pedro.

La erección fue inmediata, pero la negativa de sus vaqueros a ceder según los deseos de un miembro tan caprichoso, le provocó un dolor pronunciado que solo alivió al desabrochar la bragueta. La frecuencia de su respiración se hizo más lenta, con bocanadas de aire más profundas a la vez que imaginaba cómo sería el tacto de la piel de Yolanda. Una delicia en sus labios. Se sentía capaz de darle el mayor placer del mundo, anhelando proporcionarle orgasmos continuos que crearan una adicción hacia él imposible de evitar. Demasiada fiebre para reconocer sus límites físicos.

Esta vez fue distinto a lo que habitualmente sucedía al amparo del tono ceniza. La foto de bodas de sus padres, que solía utilizar como barrera para impedir que el resultado de su desahogo se esparciera por el suelo de la sala, estaba fuera de su alcance. Esa explosión se la ofrecía a sus progenitores. Sabía que era reprochable y merecía castigo, pero no había nadie para castigarlo. Ahora ya no. Al no tener un tope que limitara el radio de alcance de su eyaculación, el líquido salió disparado al mundo. Parecía querer traspasar el televisor y llegar al camerino de su obsesión.

Demasiado brío mientras recordaba el momento vivido en el plató. En el momento de expulsar el semen estaba tan motivado y apretaba tan fuerte la piel de su miembro que convirtió ese momento de masturbación en algo más parecido a ordeñar una ubre.

El primer chorro voló describiendo una parábola por detrás del televisor colocado en el armario de la sala de estar. Al no tener demasiados enchufes, había hecho un apaño con un ladrón *schuko* de tres posibilidades más para conectar algo. Todo el éxtasis del momento se rompió cuando el fluido produjo un cortocircuito que hizo saltar el automático general de la casa. Todo se quedó negro justo cuando un pitido muy agudo en sus auriculares lo sobresaltó. Su miembro seguía chorreando. Sobresaltado, se puso de pie con la mala fortuna de pisar el contenido de sus testículos, esparcido por la tarima, y resbalar. No se veía nada, pero se escuchó un fuerte golpe y un quejido acorde con el impacto.

Parecía que hoy sí había castigo.

***

La cerradura de la puerta de la casa de Yolanda emitía un sonido de apertura desde fuera, desde el rellano. Cuando se abrió, la luz de la escalera iluminó el recibidor con una brusquedad fuera de lo normal. La presentadora entró de sopetón por culpa de un traspiés.

—Joder —protestó la recién llegada con el corazón en un puño.

Esos tropiezos solían ser habituales en su bloque, ya que la escalera estaba cubierta por una moqueta muy vieja que tenía pliegues por todas partes. Salió para identificar al causante del susto y le pegó varios taconazos para intentar corregir su forma. Misión imposible. Volvió a entrar con ganas de dar un portazo, pero se dio cuenta de la hora que era y cerró la puerta con suavidad.

Un suspiro de cansancio y el olor de su hogar la relajaron casi por completo. Todavía sentía la excitación de los estupefacientes que había tomado. En el cuenco para dejar las llaves colocó su llavero con suavidad, se quitó la gabardina y se adentró en la vivienda.

Alrededor del recipiente lleno de llaves una familia de perros cristalinos parecía custodiar su contenido. En este grupo faltaba, a simple vista, uno de los pequeños. Hacía tiempo que había desaparecido, dejando a sus semejantes incompletos. A pesar de su valor económico, tras hacer una pequeña investigación con la gente que lo habría podido extraviar, lo dio por perdido.

Se dirigió al pasillo y pasó por delante de la sala de estar, en la que había preparada una mesa para dos con toques bastante románticos y elegantes. Parpadeaba un pequeño led en el equipo de música, indicando una reproducción en pausa. Hacía mucho tiempo que no disfrutaban de una velada juntos. No se fijó en nada ya que tenía ganas de terminar la jornada y su objetivo era la cama.

Manuel, su marido, dormía como un ceporro en la cama. Ella se desnudó, se desmaquilló y se enfundó en un ligero pijama de manera mecánica, como tantas veces había hecho en los últimos cinco años. Cuando se sentó sobre la cama, observó la figura conyugal marcada en las sábanas. Tenía un brazo al descubierto. Le entraban ganas de despertarlo y probar a hacer el amor. Hacía

tiempo que no lo practicaban. Tenía unas ganas tremendas de retozar sobre su cuerpo y darle placer, compensar todo un día sin verse y acabar con un buen sabor de boca. Fue a moverlo para realizar su plan, pero sabía lo mal que le sentaba a ella que la despertaran y decidió no alterar su sueño. Recordaba haberse enfadado con él por algo que ahora no tenía ninguna importancia. Esa situación empezaba a ser demasiado repetitiva en su relación. Vaya un ejemplo de la gurú de la vida en pareja.

Un brillo llamó su atención y vio el reloj de plata que su marido llevaba en la mano derecha. Otra vez había olvidado quitárselo. Le cogió el brazo con delicadeza y se lo desabrochó. Antes de dejarlo en la mesilla, leyó la dedicatoria: «Manu y Yoli juntos para siempre».

Se lo había regalado con su primer sueldo en la tele. Se pasaron todo el fin de semana sin salir del pequeño apartamento donde vivían. De nuevo esa sensación de lejanía en el tiempo la agobiaba.

Se acostó al lado del hombre al que amaba, pero no dormiría mucho: la entrevista del día siguiente, aderezada con la ingesta excesiva de excitantes artificiales, no se lo permitirían.

***

El careto en el espejo del baño de la casa de Pedro no tenía buena pinta y menos todavía con la marca del golpe en su sien derecha. Se tocó la herida y al ver lo patético de su situación se le escaparon varias lágrimas de rabia y un grito contenido. ¿Así cómo iba a poder acercarse a ninguna mujer y menos a una diosa como Yolanda? La única manera de borrar ese rostro era rompiendo el espejo, pero no lo hizo. Se quedó con las ganas, otro fraude más.

—¡Qué puto perdedor! —dijo en voz alta.

Volvió a la sala de estar, quitó el pendrive con las imágenes de la presentadora del USB del televisor y lo guardó en el mueble de la sala, donde almacenaba unos pequeños objetos que lo ayudaban a recordar a su amada. Entre fotos y algún papel con algo escrito rodó una pequeña figurilla de cristal en forma de perrito. La cogió y revivió el momento en el que estuvo en casa de Yolanda, instalándole un equipo de música de alta fidelidad. Se reprochaba no haber colocado micrófonos o cámaras de vigilancia, como se veía en las películas cutres de los sábados a la tarde. Ahora podría estar disfrutando de un material gráfico mucho más enriquecedor.

Tenía que remediar el mal sabor de boca de antes. Rememorar otra vez ese pezón descubierto de Yolanda, reaccionando a la variación de temperatura en el camerino, le producía de nuevo un calentón desmesurado. Suerte que su jornada laboral le dejaba las mañanas libres, gracias a eso por la noche podía tomarse ciertas libertades.

***

—¿Dónde coño te habías metido? —Raugo estaba a punto de mandar a uno de sus temidos esbirros a buscar a Alba. Hablaba sereno, con acento colombiano, pero con agresividad en sus palabras. Tenía el don de helar los huesos de sus interlocutores.

—Me retrasé solo como media hora. —Cualquier otra chica estaría asustada, esperando una reprimenda dolorosa, pero Alba sabía que se podía tomar ciertas licencias con esa enorme bestia.

—No me vaciles. —Tendría que darle alguna lección o todo ese circo que había conseguido montar se le desmoronaría. Y ahí aparecía esa sonrisa que lo dejaba desarmado. La mujer pegó primero y esquivó la hostia que estaba a punto de soltar el proxeneta. Le iba a doler mucho partirle la cara. Hoy no, pero todo apuntaba a que sería pronto. Había perdido esa batalla en una guerra que tenía ganada desde el principio.

—Vamos, mi amor, sabes que eres mi preferido. —Venía con todo un arsenal.

Con esta mentira piadosa en boca de una cara angelical, la más preciosa que habían visto sus deshumanizados ojos, lo arrastró hasta la habitación donde le haría besar el cielo. Lo disfrutaba con una intensidad desmedida, ya que una vez muerto no conocería más que el fuego del infierno y le constaba que sería sodomizado por el rabo del diablo; algo, sin lugar a dudas, menos placentero.

Terminó exprimiéndolo como tantas veces. Todavía encima del dueño de su vida se meneó con gusto y arrancó el último gemido de placer del colombiano. Le acarició el torso y lo besó con dulzura. El rostro que recibía las atenciones era puro hielo, aunque Alba intuía que se sentía más sobrecogido que indiferente.

Claro que se tenía ganada su pequeña independencia, tenía que follarse al mayor malnacido que había conocido, casi todos los días, antes de empezar su faena donde de nuevo cumpliría con las exigencias de hombres sin tacto, sin calor, sin esperanza. Hombres con rumbos distintos que pasaban por un punto en común: la guapa venezolana.

—¿Me perdonas, mi amor? —Tenía que mostrarse sumisa y arrepentida. Nadie iba a salvarla, nadie movería un dedo por ella. Otro día más con vida y ese trozo de libertad intacto.

—Tienes muy enojada a Delfi —dijo mientras se quitaba de encima a su bien más preciado. A veces le entraban ganas de abrazarla y mandar todo al carajo, pero dónde iban a ir. Además, era consciente del temor que le tenía y sabía lo que podía hacer un ser humano para sobrevivir. Hacía mucho tiempo que no encontraba nada auténtico a su alrededor. Alba era lo mejor que le había pasado, pero él tenía el don de pudrir todo lo que tocaba.

—Esa bicha, no es más que una envidiosa. —El dolor que sintió al menospreciar a su compañera la devoraba por dentro, pero ella debía mostrarse dura, capaz de merecer a un hombre como Raugo. Antes era la preferida del chulo, pero cuando apareció Alba fue relegada a un segundo

puesto. La miseria en la que vivían las hacía luchar por las atenciones de un verdadero hijo de la más baja calidad humana. Y ambas tenían claro que era pura supervivencia—. No te preocupes, yo hablo con ella.

El hombre acompañó a su joya hasta la salida del local.

Al salir saludaron a un par de gorilas que él tenía por las inmediaciones y que apuraban su segundo paquete de cigarrillos. Pascual, uno de ellos, tomo el relevo y acompañó a la chica hasta el comienzo del Gran Parque Central. Era el hombre de confianza de Raugo y el encargado de mantener todo en orden.

Tenía una mente muy perspicaz y estaba al tanto de las predilecciones de su jefe. El «encoñamiento», como él llamaba a la atracción que sentía Raugo por Alba, no le gustaba nada. Quedaba claro que mezclaba trabajo con placer y eso nunca traía buenos resultados. Sobre todo, si a la mezcla añadías sentimientos. No era la primera vez que su jefe mantenía una relación especial con una de sus chicas, pero esto era distinto. Esta vez empezaba a descuidar el negocio. Los viajes por asuntos laborales que realizaba el proxeneta, tan frecuentes antes, se habían reducido a uno o dos anuales desde la aparición de la venezolana.

Él tenía una relación con una mujer de la que se encontraba perdidamente enamorado y un par de críos que lo adoraban. Era tan sencillo como eso, apartar el trabajo de la vida privada, pero el patrón era de otra pasta. Si tenía que decírselo a la cara, se lo diría con todo el respeto del mundo, ya que, aparte de ese desliz, siempre le había demostrado tener un talento innato para manejar en este tipo de empresa turbia, y repartía gran parte de los beneficios con ellos. Sería capaz de hacer cualquier cosa que le pidiera de manera directa o indirecta.

Su puesto de trabajo era muy cómodo: mucho gimnasio y poco esfuerzo laboral. Quedaba claro, al verlo, que su arma era más grande que la tuya. El alcohol de las fiestas privadas en las que había participado como jefe de seguridad daba más problemas que lo que ocurría en las calles. Los borrachos solían creer que el veneno ingerido les daba superpoderes. Nunca se había manchado las manos demasiado, su jefe prefería demostrar de lo que era capaz ante su equipo solo en los momentos más críticos. El temor a la furia de Raugo superaba los kilos de músculos desarrollados en las mejores máquinas.

Desde el comienzo del parque observó cómo se alejaba la figura sensual de Alba, ceñida, provocativa, en dirección a la zona de paso más cercana para el tráfico y apartada de los ojos vigilantes de la ciudad.

Delfi vio llegar la causa de sus trastornos y abandonó el grupo de compañeras, que charlaba sobre cremas y cosméticos. Iba como el resto de las prostitutas: prieta a más no poder y mostrando el material de manera explícita. En su pecho izquierdo tenía tatuados dos delfines azules saltando gozosos sobre su piel, con la intención de seguir zambulléndose por su escote.

—Por fin llegó la princesita —dijo con acento colombiano. Alba sabía que no era colombiana y que lo hacía para ganar puntos ante Raugo. Sentía

mucho cariño por la deslenguada segundona, aunque no podía diferenciarlo de la pena. Una pena compartida. Todas tenían un pasado que se avergonzaría mucho de su presente. Eso las lastraba.

—Tenía que atender al rey, guapa.

—Sí, te quiere limpita, antes de que te baboseen sus clientes.

—¿Qué problema tienes conmigo, bicha?

—Nada —dijo después de aguantar la mirada. Quería decirle a la cara que le había robado sus insignificantes derechos adquiridos, pero no podía echar esa mierda sobre el bonito rostro de su colega. A ella le llegaría la hora tarde o temprano—, no llegas a tu hora y empezamos a preocuparnos.

—Deja de ratear con Raugo o nos vas a meter en un lío. —Alba estaba más preocupada por su amiga que por sí misma.

Las dos chicas se dieron un abrazo amistoso y cálido. La poca fraternidad a la que podían aspirar. Todos sus familiares estaban a miles de kilómetros, por lo que el apoyo mutuo era necesario, más bien vital.

—Perdona, mujer, ya sabes que me siento celosa. —De todas era sabido que sentía algo por la bestia que las controlaba.

—Olvídalo. —Alba no podía desahogarse de manera franca con su compañera. Habría vomitado pestes sobre su dueño, pero no debía mostrarse tan vulnerable ante nadie. Si llegara algo a oídos de ese mal nacido, todavía sería peor su calvario.

Solía contarle sus penas al guapo argentino, con el que compartía la pensión y que en estado comatoso absorbía todas sus miserias. A la mañana siguiente no recordaba nada.

Un coche aparcó al lado de ellas, subiendo a la acera y bajando de manera aparatosa. Parecía un conductor nervioso.

—Yo voy primera, mi amor, que tú has llegado tarde.

Con una sonrisa burlona y un contoneo muy estudiado se acercó a la ventanilla, que se abrió enseguida, y examinó a su potencial cliente.

—Hola, guapo, ¿quieres acariciar el cielo?

Pedro no dijo nada, solo asintió mientras se ajustaba las gafas. El género subió a su coche. Con las prostitutas no había que hacer ningún esfuerzo, te lo daban todo hecho.

Llora con lágrimas amargas lo que no supiste defender sin condiciones

2. Confesiones

La actividad frenética de una docena de personas hacía que todo funcionase de maravilla alrededor de la presentadora y la entrevistada. La estrella invitada era Yolanda, quien afrontaba el hecho de estar al otro lado de la entrevista con cierto nerviosismo. Delante de ella estaba Almudena, la cabeza visible del programa: *Confesiones al amanecer*.

Yolanda se había preparado a conciencia. Casi no había pegado ojo y el diálogo mañanero con su marido había sido también escaso. Él sabía a qué se enfrentaba y la necesidad de repasar todos los puntos por parte de su mujer. Dos rayas de farlopa potenciaron la concentración. De camino al estudio no recordaba si se las había tomado delante de Manuel o no. En todo caso, empezaban a formar parte de su desayuno, junto con un café y un zumo recién exprimido.

Al llegar a los estudios vio salir del mismo taxi a Jesús, su director, y a la joven que había causado el problema de la noche anterior. Su jefe querría comprobar de primera mano que la entrevista fuese bien.

Almudena era la conductora de las noticias de actualidad y de moda en televisión; había demostrado con creces que podía mantener una enorme calidad informativa acerca de sus entrevistados, algo que no conseguía con tanto acierto su competencia.

Las dos comunicadoras habían cruzado cuatro palabras por educación, dejando el grueso de la conversación para la entrevista. Ambas se encontraban muy concentradas.

Una música de cabecera sonó mientras se hacía una cuenta hacia atrás para entrar en directo. Llegaron a cero.

—Buenos días a todos nuestros espectadores y espectadoras. Hoy tenemos un programa especial, en el que se podría decir que estamos haciendo televisión de la televisión. Ante mí tengo a la que quizás sea mi más completa e inmediata competencia como presentadora de un programa de máxima audiencia como es: *Ni contigo ni sin ti*. Señoras y señores, Yolanda Algiol Bras.

Se escucharon aplausos de un público sin identificar. Para el televidente podrían ser aplausos enlatados o en directo. La entrevistada hizo una pequeña pausa que aumentaba la incertidumbre de los asistentes al programa.

—Buenos días, Almudena. Me halaga que me consideres una competidora, ya que te admiro desde hace mucho tiempo. —Era verdad, pero no podía subir tan alto sola y sabía cómo ganar el saque—. De todas maneras, como pasa siempre, el éxito es debido a un equipo muy grande de profesionales, como los que aquí nos rodean, que hacen más fácil nuestra tarea de comunicar.

—Eso es cierto, hay muchos profesionales que hacen un trabajo muy bueno para que todo funcione bien. —Buen apunte por parte de la invitada, que mostraba sus armas con mucha habilidad—. Todos sabemos lo que haces ahora y conocemos al personaje televisivo, pero no está claro de dónde ha salido alguien como tú, con un talento desbordante y un futuro muy prometedor. ¿Podrías arrojar algo de luz sobre este vacío? ¿Cuáles son los orígenes de Yolanda Algiol?

—Me hago cargo del interés que genera mi vida privada —La cara seria de Yolanda marcaba el rechazo total a ese tipo de exposición—, pero es privada y, por ello, no me gusta hablar de nada que no sea profesional. —Todavía recordaba esas fotos en toples que la trajeron por la calle de la amargura. «Demasiada celulitis en portada», se repetía continuamente. La instantánea sería deseable para el noventa por ciento de los mortales de cualquier género, pero en su cabeza la memorizó de manera deformada, potenciada por su pudor y ese canon de belleza del que se reía de joven y había acatado de adulta.

—Algo nos podrás contar, ¿no? —El cotilleo nutría muchos espectáculos televisivos y a ello se debía gran parte del éxito de la periodista—. En el programa que tú defiendes, de manera magistral, salen a relucir los trapos sucios de los invitados. No quiero sacar ninguno tuyo, pero una pequeña guía de tu tierra natal o tus sueños de niña…

—Uy, de niña quería ser un dragón. —Almudena y la audiencia coincidieron en las risas—. Quería quemar con una bocanada de fuego todo el brócoli del mundo.

—Me imagino a tu madre alimentando con verduras a un dragón —dijo entre carcajadas.

—En serio, nací en un pequeño pueblo de la sierra, rodeada de huertas y ganadería. Cuando tuve consciencia de lo que quería hacer, me mudé a la ciudad para trabajar y estudiar. Conocí a mi marido y desde entonces soy una urbanita más.

Contuvo el aire y decidió no exponer su situación con su hermana pequeña. Intentaba evitarla siempre que podía, algo que recibía con claridad su allegada, minando cualquier posibilidad de reencuentro. En definitiva, era mala para el negocio. Se avergonzaba demasiado de ella. La consideraba algo palurda para el trasiego de la gran ciudad, aunque jamás se lo diría.

—Estudiaste periodismo. ¿Cómo llegaste a la conclusión de que era tu vocación? Pocos referentes tendrías en un pueblo pequeño.

—Mis padres me lo inculcaron. —Se relajó al ver que la conversación avanzaba en otra dirección—. Trabajaban como mulas, pero siempre encontraban un hueco para la lectura y el periódico. Me da pena que no llegaran a verme trabajar en televisión.

—Has escrito un libro de autoayuda sobre los entuertos de vivir en pareja. Es un superventas, pero se centra mucho en la psicología, en la psique humana. ¿Viniendo del periodismo no te parece que se trata de una incursión

en un terreno alejado de tu vocación inicial?

—Se trata efectivamente de psicología —respondió agradecida por salir del tema personal y familiar—, algo que también se da en la universidad. Más orientada a la comunicación, pero que sigue los principios básicos psicológicos.

—Ya, pero puede considerarse intrusismo por el gremio de psicólogos o psiquiatras.

—En el libro se muestra un gran trabajo de investigación y estudio. —Recogió el puñal con arte estudiado. Demasiadas pesadillas como consecuencia de sus dotes amateurs sobre psicología—. No lo escribí en un fin de semana. Estuve empapándome de todo lo que había publicado en varios idiomas sobre las relaciones humanas. Al final, parte importante de lo plasmado en esta guía deriva de mi experiencia personal, en la que, claramente, soy la mayor experta.

—Parece un libro para creyentes, con esta estructura basada en diez mandamientos.

—No, mujer. —La entrevistada sonreía divertida—. Jamás pensaría en escribir otra biblia. He intentado desarrollar alguna de esas leyes ancestrales. Es muy importante en estos tiempos, en los que tenemos que reeducarnos y reciclarnos, hacer frente a la desigualdad de género, a la violencia machista e incluso a la inmigración masiva. Hay que cohabitar a conciencia. Y si añadimos a todo esto la sobrepoblación mundial, todo se puede ir al garete si no sabemos convivir. La convivencia es la clave.

—Muchos frentes abiertos para poder cerrarlos con un solo libro y sus directrices.

—Bueno, a ver. —No era la primera vez que lo explicaba y consideraba a la presentadora lo suficientemente avispada como para no comprender el tema. O quizás era una estrategia de comunicación—. Hay un método muy importante en investigación, sobre resolución de problemas, en el que hay que intentar dividir ese gran reto a resolver en pequeños dilemas que, una vez resueltos, nos den la solución lógica y orgánica del principal motivo del estudio.

—Oh, perdona, pero me estoy perdiendo un poco.

—En definitiva, se trata de ir a la base del problema. Si no podemos convivir en pareja, si no podemos resolver las dificultades de compartir la vida con otro ser humano, que además es alguien especial para nosotros, cómo vamos a poder convivir con el resto del mundo.

—Veo que lo tienes muy interiorizado.

—Es algo que tengo muy claro y sobre lo que he meditado mucho. Se podría resumir todo en un solo mandamiento, el de tratar a todos como queremos que nos traten a nosotros.

—¿Y crees que el contenido de vuestro programa puede ayudar en esos aspectos? Me refiero a que está destinado a un tipo de perfil de televidente más interesado en el cotilleo que en el bien social.

—Ya sé por dónde quieres ir, el asunto de la prensa seria o prensa amarilla. Pienso que los seguidores del programa, como potenciales lectores de la guía, buscan una demostración factible de esta resolución de conflictos. Buscan algo verdadero, sin guiones ni manipulaciones.

Yolanda empezaba a notar un pequeño temblor en su brazo. Se lo rascó y disimuló el tic nervioso. Se gustaba mientras ponía los puntos sobre las íes.

—Hay uno de los mandamientos muy sugerente: «Hacer el amor en muchos ámbitos». Creo que te refieres a algo más que realizar el coito.

—Tienes toda la razón. Es muy importante una relación sexual sana y satisfactoria por ambas partes, pero como decía el gran Krahe: «No todo va a ser follar», con perdón. Hay que cuidar a nuestras parejas, mimar o escuchar. Cualquier tipo de atención es un acto de amor, es algo especial que haces por alguien a quien quieres y por nadie más. —Entonces le vino a la cabeza el desayuno de la mañana—. Que alguien te haga un zumo para desayunar tiene unas connotaciones afectivas brutales que hay que apreciar y valorar. —Y ella hacía tiempo que no lo apreciaba.

—Sí, y también es necesario ver que tu pareja se esfuerza por rectificar sus manías, aunque a veces no pueda. —Almudena estaba absorbida por los argumentos de su entrevistada y era obvio que le venían recuerdos de algo importante—. Esos detalles ayudan a sobrellevar rencores y malentendidos.

—Claro, y hay algo todavía más importante, para convivir en pareja es necesario sentir afecto por tu compañero o compañera; si no hay amor, es muy difícil continuar. En este caso la ruptura sería más beneficiosa para los dos que seguir estirando lo que ya no da más de sí.

—Me lo estoy pasando de maravilla, Yolanda. Unos minutos para publicidad y volvemos con la solución a nuestros problemas domésticos.

La misma música de entrada servía para ir a publicidad y dar unos minutos de descanso a las protagonistas del *show*.

Pedro llegó al plató con cara de haber dormido mal. Su horario le permitía presentarse mucho más tarde para preparar el programa de la noche, pero sabía que Yolanda tenía una entrevista con Almudena y quiso asistir en directo. Sentía atracción por ambas, y merecía la pena madrugar para verlas en acción. En sus ojos centelleaban los brillos producidos por las luces del set sobre los cosméticos de las mujeres. Diosas entre gusanos como las dos prostitutas insignificantes de la noche anterior.

—Es muy interesante el libro que has escrito —dijo la presentadora—. Creo que puede ser muy útil como guía.

—Eso pienso yo, aunque cada vez me doy más cuenta de que el factor humano es tan decisivo que al final no es más que una generalización de los problemas comunes en pareja.

—No lo menosprecies, que tiene unas reflexiones claras y contundentes. Cada persona es un mundo, pero nadie puede desentenderse de lo que le

ocurre y viene reflejado en el libro.

—Muchas gracias. —Se sentía halagada, pero quería impresionarla—. Ahora que estamos fuera de emisión, te quiero confesar que me apetece mucho investigar y hacer reportajes con más contenido social.

—Qué interesante. ¿A qué te refieres?

—Me preocupa mucho la prostitución y la trata de mujeres. —Observó encantada cómo atraía de nuevo la atención de Almudena—. Llevo un par de años recopilando información, pero no veo el momento de montar el reportaje. Me gustaría tener información de primera mano e involucrar a mujeres que estén en esa situación.

—Suena muy potente, pero a la vez muy arriesgado. —La cara de la presentadora se vistió con una sonrisa de circunstancias que aludía al hecho de no saber muy bien qué decir. ¿Esa mujer acomodada, adalid del feminismo y azote de las mafias? No lo veía—. Además, se sale bastante de tu línea de trabajo.

—Es verdad, da miedo y con los índices de popularidad que he adquirido estos años me parece imposible poder atacar el asunto de manera efectiva. Si pudiera involucrar a mujeres que estén en esa situación… —Se dio cuenta de que a lo mejor soltaba demasiada información. Omitió decir que le encantaría llevar el caso hasta sus últimas consecuencias.

—Me gustaría hablar de ello con más detenimiento…

Una asistente de dirección llamó la atención de Almudena y, disculpándose, se fue a atenderla. En la silla, Yolanda repasó sus respuestas por si tenía que puntualizar algo.

***

Marcos acababa de llegar a su puesto de operador de telefonía en la empresa Bestphone. Observaba su escritorio totalmente impersonal. Solo material de oficina. La ausencia de detalles que aportaran algo de calor le hacía añorar todavía con más fuerza a su familia transoceánica.

Tenía el abrigo colgado en el respaldo de la silla en la que estaba sentado. La resaca lo mataba, por lo que sacó una petaca rellena de *whisky* del bolsillo interior y le dio un trago. Después la dejó en uno de los cajones de la mesa. Derrotado ante su inminente tarea, intentaba no recordar cómo había llegado hasta ese punto de desesperación. La culpa se aliaba con los efectos de la borrachera y le producían un dolor insoportable del que se creía merecedor.

—Marcos, te llama el jefe —dijo uno de sus compañeros, que volvía a su puesto tras una pequeña reunión.

Marcos miraba hacia delante sin prestar atención. Ya debería estar acostumbrado a su nuevo nombre, pero siempre tenía algún que otro lapsus.

—¡Marcos!, ¿estás sordo?

—Eh, perdoná, me hallaba en otro lugar.

—Te llama el jefe y no está muy alegre esta mañana.

—Vale, gracias.

Se levantó dolorido y puso rumbo al despacho del patrón. El problema era que el timón lo tenía roto y la dirección dejaba mucho que desear. Se tropezó con la silla de escritorio y se paró en seco para hacer ver que no había pasado nada. Enfiló recto hacia la puerta de entrada al dominio de su superior. Parecía haber recobrado los mandos de la nave, aunque era imposible disimular unos globos oculares inyectados en sangre que afeaban sus llamativos iris azulados.

—¿Querés algo de mí, Alfredo? —Decidió mostrarse servicial desde el principio, quizás así podía suavizar la bronca que con seguridad le iba a echar.

—Sí, pasa y siéntate. Cierra la puerta también.

Sin hacer movimientos bruscos se sentó delante del escritorio, donde se veían recuerdos familiares mezclados con el material de oficina ordinario. En unas estanterías llenas de carpetas, cajas y hojas desentonaba un casco rojo de moto que parecía de competición.

Los dos hombres tenían una edad parecida y medio superada la crisis de los cuarenta. Ese casco parecía decir lo contrario.

Alfredo lo miraba sin encontrar diferencias entre su empleado y cualquiera de los indigentes que dormitaban en los soportales de la iglesia de su barrio. Había zanjado una deuda muy grande con el hermano del argentino a cambio de esconderlo en España y darle trabajo. Tenía un objetivo autodestructivo que no comprendía, pero no había influido en su negocio de momento. Esa desesperación la cubría con creces con sus buenos resultados en la captación de clientes. Su capacidad de convicción era reconocida por sus compañeros y por sus superiores, pero empezaba a ser demasiado caótico.

—Joder, Marcos, tienes un aspecto horrible. No puedes presentarte dos horas tarde y con esa facha. —Los ojos rojos lo miraban haciendo un esfuerzo tremendo por atender—. Mierda.

Esta vez no podía sostener esa mirada agónica.

—¿Vos *estás* preocupado por Daniel?

—No, tu hermano es un gran hombre y me imagino que sufrirá mucho por tu situación. —Marcos apartó la mirada. Él no era un gran hombre—. Tienes que comprender que este trabajo es serio y te estoy consintiendo cosas que no consiento a nadie. Se lo debo a tu hermano, pero procura no ponérmelo muy difícil o te tendré que echar.

Marcos sabía que no lo haría, aunque prendiera fuego a la empresa. Nada más conocerlo descubrió de qué pasta estaba hecho. Una pasta muy parecida a la de su hermano. Rectos, trabajadores, con recursos y con dotes para el mando.

—Entiendo, jefe, no deseo causar problemas. —Los problemas marcaban su camino durante los últimos cinco años.

Alfredo lo miraba y veía con claridad que, aunque fuera sincero con él, se trataba de una bomba de relojería y estallaría en cualquier momento. Esperaba no estar cerca cuando eso ocurriera. No sabía cuál era el trastorno del

argentino, lo único que intuía era el peligro de muerte que rondaba por encima de su cabeza.

—Con desear no hacemos nada. Céntrate y empieza a valorar lo que los demás te ofrecen. —Le daba la sensación de que reñía a un adolescente imberbe cuando sacaba solo dos años a su interlocutor—. Sigue con tu trabajo.

El extranjero lo miró con esa cara de sufrimiento que arrastraba desde que sus párpados se habían separado por la mañana, pero no hizo amago de marcharse.

—Vamos, Alfredo, qué querés contarme —dijo ante la cara de estupefacción de su superior—. Vos *sabés* que en dos horas saco más clientes que cualquiera de los chicos. Tenés que contármelo. —Su rostro había recobrado las ganas de vivir de nuevo.

—¿Qué coño dices?

Marcos dirigió la mirada a la mano derecha de Alfredo. Una marca en el dedo anular dejaba constancia de la presencia durante mucho tiempo de una alianza de compromiso. El aludido comprendió a qué se refería el argentino y retiró la mano de inmediato. Parecía querer esconder algo.

—Hoy trajiste la motocicleta. —Señaló al casco de moto deportiva que había en la estantería—. Olvidás tu alianza y te pusiste la camisa más moderna que tenés.

Un reproche iba a salir de su boca cuando chocó su integridad contra sus más humanos instintos. En la mesa, una foto de él con su preciosa mujer y dos angelicales niñas se convirtió en cruel juez de sus actos. Quiso tumbarla para escapar de esas miradas acusadoras, pero no pudo.

—Veo en tus ojos que las amas con toda tu alma. Entonces, ¿por qué te lanzas sobre la entrepierna de otra mujer? Es más joven, no puede darte lo que ellas te dan, pero aun y todo te llena ese vacío que guardás encerrado en una cajonera con combinación cifrada.

El argentino conocía a la familia de su patrón. Había estado en su casa varias veces, aunque últimamente, con el declive de su imagen, las invitaciones a comer se habían reducido hasta desaparecer.

—No me puedo controlar. Me hace sentir…

—¿Cómo? ¿Cómo te hace sentir? ¿Especial? ¿Te das cuenta de que no *sos* especial? Esto que estás haciendo ocurre mil veces al día, millones de veces. Es un anhelo común en todos los boludos que tenemos una polla por mástil de nuestra bandera. Ellas también tienen sus deseos, sus necesidades y vos las colmas todas. Eso sí podés considerarlo especial.

—Tú qué cojones sabrás.

—Yo puedo oler ese perfume embriagador y noto su adicción. —Marcos leía a la perfección el conflicto existente entre la rectitud de Alfredo y la aparente evasión fácil de su infidelidad. Esos detalles eran de novato, por lo que no llevaría mucho tiempo engañando a su pareja—. Solo quiero ayudarte.

—Pero ¿te has mirado? ¿Crees que puedes ayudar a alguien?

—He visto más podredumbre que todos los basureros de esta maldita ciudad juntos. Yo ya no tengo solución, pero vos *sos* el rey del mundo de tres almas que lo adoran.

Alfredo no pudo reprochar sus argumentos, ya que desconocía el pasado del argentino. Sabía que era psiquiatra y eso explicaba bastantes cosas. El hermano de Daniel podía ofrecerle una vía de escape invisible a sus ojos presionados por las ambiciones de sus genitales.

—Tengo que atender llamadas, jefe.

Marcos se levantó con muy pocas ganas de afrontar su tarea y salió de la estancia mientras el adúltero lo miraba sin saber si agradecerle la charla o tirarlo por la ventana de la oficina.

El conjunto de huesos, carne y líquidos cayó agotado en su puesto de trabajo mientras se oían, a su alrededor, los timbres de las llamadas aceptadas y distribuidas entre sus compañeros. Cogió aire y activó su puesto para mostrarse receptivo a posibles clientes.

El robot que hacía los sondeos le asignó en el acto un potencial usuario para su compañía telefónica. Descolgó también con gran celeridad, no le gustaba hacer esperar a sus interlocutores. Quizás fuera una de las claves de su éxito.

—Buenos días, le llamo de Bestphone, tengo una oferta muy interesante para usted. ¿Es el titular del número? —Un silencio a la espera de la contestación de su siguiente presa creó un poco de confusión—. *Perdoná,* no soy de aquí, aunque no lo parezca, no me expliqué bien. Me gustaría ofrecerle la posibilidad de gigas ilimitados en su móvil por casi la mitad de su actual tarifa.

—Pero si no sabe mi contrato actual. —Una voz femenina y tímida contestaba después de esa pequeña introducción.

—Eso lo podemos solucionar enseguida, si le interesa, por supuesto. No quiero hacerle perder el tiempo. —La tarifa que le ofrecía dependía de la anterior tarifa del futuro captado.

—¿Qué oferta?

—Ya se la he contado y está en nuestra página web, solo que yo puedo mejorarla.

La mitad de la tarifa anterior era demasiado prometer, pero seis meses a ese precio podría conseguirlos. La barrera fría y lejana entre el teleoperador y el consumidor de datos móviles había sido superada.

Ni la resaca ni la necesidad de pegar un trago lo dejaban trabajar a gusto.

***

Pedro grababa con su móvil a la presentadora de sus sueños mientras seguía la entrevista. Nuevo material para revisar en la intimidad de su cueva. Intentaba no llamar la atención.

—¿Cómo se te ocurrió escribir esta guía para ayudar a parejas que pasen por malas rachas? —preguntó Almudena.

—Tenía un borrador de este tipo de ensayo antes de que la productora me ofreciera hacerme cargo de la preciosa aventura que estoy viviendo. —Una verdad a medias, ya que ella se ganó el puesto ofreciéndoles completar el programa con material literario—. Adapté el contenido para darle un poco de forma y llegué a un acuerdo de edición con Riomedia.

—¿Crees que habría llegado tan lejos esta propuesta si no estuviera detrás una productora tan importante?

—Pienso que ha sido beneficioso para mí y para todos. —Sabía por dónde iban los tiros—. El apoyo de Riomedia es muy relevante, pero el esfuerzo de todos los involucrados en el proyecto ha hecho que estemos donde estamos.

—Por último. Presentadora, escritora, periodista… ¿Qué tipo de drogas tomas para poder compatibilizar todo con tu vida personal?

—No, no es necesario —dijo tras un momento de confusión y de esgrimir una sonrisa forzada—. Tengo un marido maravilloso que hace que todo se vuelva más fácil y entiende todos los sacrificios de este trabajo.

—Parece algo frustrante para una pareja estable.

—Siempre intentamos buscar nuestros momentos para que nada decaiga.

—Es verdad, uno de los maravillosos mandamientos de esta estupenda biblia sobre el afecto humano. Ha sido un placer charlar hoy contigo, Yolanda, y espero que te vaya bonito, siempre.

—Muchas gracias, Almudena, igualmente.

—Queridos espectadores, yo ya lo tengo más claro, espero que os haya llenado tanto como a mí. Mañana estaremos aquí, a la misma hora, en *Confesiones al amanecer*. Confiesen sus más recurrentes deseos y vayan directos a por ellos. Feliz día.

A la voz de «estamos fuera» se levantó todo el set. Almudena felicitó al equipo por el trabajo, algo que descolocó a Yolanda. Era una práctica que no hacían en su programa y parecía muy interesante. Daba la sensación de estar más cerca de sus compañeros.

—Oye, Yolanda, en serio me gustaría saber más de ese proyecto de investigación que quieres llevar a cabo.

—Cuando lo tenga más desarrollado te aviso y quedamos para hablarlo.

—Perfecto, guapa, pasa un buen día.

Tras darse un par de besos, Yolanda abandonó el plató mientras realizaba el gesto reflejo, ya convertido en manía, de consultar su móvil. Lo tenía en el bolso y tuvo que rebuscar un poco hasta encontrarlo. Por el camino se topó con Pedro, al que saludó con educación. El cámara hizo la mueca de siempre, que no se diferenciaba mucho de un tic nervioso, y se recolocó las gafas. Por algún motivo, en ese transcurso de gestos se le habían descolocado. El mundo desapareció enfocando la espalda de su diosa. La siguió con cautela, haciendo como si curioseara el sistema de cableado del set.

Yolanda tenía tres llamadas perdidas de su marido. Se salía de lo habitual,

nunca se llamaban a no ser por algo importante. Sintió un fastidio incómodo, ya que quería recoger en la redacción la escaleta del programa de esa noche. Quería comprobar que no se pasara ningún detalle, como había ocurrido en la anterior entrega.

El teléfono sonó de nuevo, dándole un susto de muerte. Otra vez era su marido. Tenía que ser importante.

—Hola, cariño. —Quizás no fuera nada.

—Hola, Yol. ¿Qué tal estás? —La manera de hablar de Manuel era pausada y algo indecisa.

—Bien, ¿por qué?

—Bueno, quería habértelo preguntado esta mañana, pero no tenía fuerzas.

—¿Fuerzas, para qué? —La mujer se dio cuenta de que algo iba mal— ¿Te encuentras bien?

—No.

—¿Qué te pasa?

—Te has metido dos rayas de cocaína en el desayuno delante de mí como si fueran aspirinas. —La mujer no supo que decir—. Ayer intenté pedirte perdón, pero ahora me doy cuenta de que no creo que te acuerdes de lo que pasó. No creo que hayas oído ninguna de mis suplicas. No creo que me hayas visto arrastrarme por un poco de tiempo contigo. —Ahora lo veía claro: tenía que haberlo despertado la noche anterior. Le debía muchos ratos de calor, sexo y abrazos. Un pensamiento banal en ese momento, en el que unas cuantas descargas de endorfinas no iban a solucionar nada—. Ayer me metí otras dos pastillas para poder dormir y no quiero seguir así.

—Cariño, perdóname. Sabes que consigo centrarme más con ayuda extra. Dame un poco de tiempo y te prometo cogerme un mes entero de vacaciones para estar juntos donde tú quieras. —De verdad, era muy grave el asunto. Jamás había escuchado ese tono en la voz de su marido. Representaba el peor de sus miedos y le congelaba la sangre.

—Esto es insoportable.

—¿Qué vas a hacer, cariño? Confía en mí. En cuanto termine la campaña de otoño pido un poco de espacio para los dos.

—¿En serio me vas a aplicar los putos mandamientos de tu libro?

—No, no, es lo que pienso, no tiene nada que ver con la guía. —Tenía el chip de presentadora en modo «llévatelo a tu terreno».

—No debería haber llegado a esta situación. Me voy. Ya me he llevado parte de la ropa.

—Pero ¿qué estás diciendo? No puedes dejarme. ¿Adónde irás? —«Seguro que con su madre», pensaba Yolanda.

—No te preocupes, estaré bien. Tengo que alejarme de todas estas discusiones inútiles.

—Te prometo que no discutiré nunca, pero no te vayas. —Esta súplica sonó demasiado alta. Pedro se enteró del problema que tenía su amada casi a seis metros de distancia. Con la práctica que había adquirido en seguirla sin

ser visto, consiguió colocarse en un lugar más cercano justo en el momento traumático de Yolanda—. Hemos pasado por mucho para llegar a donde hemos llegado, no podemos echarlo por la borda.

—Adonde has llegado tú sola. Me has tratado como un mueble. O eso me has hecho sentir. Ahora quieres limpiar la mierda que has dejado sobre mis…

—Manuel, por favor, sabes que eres la persona más importante de mi vida. Estás exagerando.

—Eso va a ser, mi culpa. ¿Cuánto hace que no echamos un polvo o intentamos coincidir para cenar? Tenemos que ajustar nuestras putas agendas para hablar del tiempo. Quédate con tu trabajo y yo me aparto.

—Te necesito, tú eres lo que da sentido a todo mi mundo.

—No me necesitas, necesitas a tu audiencia.

—Otra vez con tus chorradas. —Yolanda empezaba a enfadarse y negaba toda palabra de su pareja. El silencio se adueñó de la conversación durante unos segundos.

—Yolanda, déjame en paz, me voy con mis tonterías a otro lado —sentenció y colgó.

—Espera, tenemos que hablar… joder.

La mujer volvió a llamarlo, pero él rechazó su llamada. El temblor de su brazo derecho hizo que la visión del móvil se emborronara. ¿Había terminado su maravillosa vida?

La cabeza le ardía, acelerada por la adrenalina gastada en la conversación. Tenía que descargar toda esa ira, angustia y desconcierto. Recordó el mensaje de su mejor amiga deseándole lo mejor y decidió citarla para desahogarse. Le temblaba demasiado la mano como para escribir un mensaje, por lo que vio más conveniente llamarla, aunque la perturbación de su voz sería también un problema.

Pedro seguía toda la escena con especial atención. Estaba claro que la relación de la presentadora sufría un bache muy profundo. Su corazón latía acelerado por la increíble noticia. Jamás la había visto tan descontrolada.

—Hola.

—Alicia, me ha ocurrido algo terrible. Me quiere dejar. Joder, me ha dejado. Ya no me aguanta —soltó todo de carrerilla, lo que, unido al temblor desmedido de sus cuerdas vocales, hizo que sonara casi incomprensible.

—Espera, cariño, no te entiendo. Habla más despacio.

—Es Manu, me ha dejado. —Esta vez las lágrimas ya formaban parte de la conversación.

—Tranquilízate, que te va a dar algo —dijo su amiga después de dejar llorar a la presentadora unos segundos en silencio.

—No puedo tranquilizarme.

De repente, se dio cuenta de que se encontraba al descubierto y buscó a toda velocidad el baño para seguir la conversación desde dentro.

Pedro la vio cobijarse, se molestó por no poder seguir sus pasos.

—¿Estás ahí, Yoli? ¿Yoli?

—Sí, sí, perdona. Me he metido en el baño. —Moqueaba entre palabra y palabra.

—Yoli, sabes que te quiero con toda el alma, pero en qué pensabas todo este tiempo. —Solo recibía una respiración congestionada por parte de su interlocutora—. Te has dedicado a estudiar casos horribles sobre maltrato en pareja y no eres capaz de ver tu situación.

—Pero yo lo hacía por los dos, por nuestro bienestar.

—¿Sí, y pensabas que tus ausencias o, mejor dicho, tu hueco en la relación no se iba a llenar nunca?

—¿Qué quieres decir? —Algo confundió a la angustiada presentadora.

—Que es normal que busque el afecto fuera de casa si no lo encuentra dentro. —Estalló la cabeza de Yolanda con esta afirmación.

—Me ha dicho que me dejaba, pero no que se iba con otra.

—U otro. No sabes si ha cambiado de acera.

—Alicia, por lo que más quieras, no estoy para bromas. Si sabes algo que yo no sepa, cuéntamelo.

Un breve instante de silencio precedió a la frase que resumía los turbios pensamientos de la periodista. Breve pero intenso.

—Yoli, tú me abandonaste hace tiempo, igual que has hecho con Manuel.

—Pero ¿a qué diablos viene eso ahora?

—Te quisimos hacer una fiesta de cumpleaños y nos quedamos solos, como en otras tantas ocasiones. —La voz era seria y contundente, a pesar de denotar un nerviosismo claro—. No apareciste. No hubo disculpas. Claro que veíamos tu maravilloso trabajo, tus triunfos, tu público. Pero también notábamos el espacio que dejabas y las horas que pasabas en la productora.

—Joder, estaba trabajando.

—Manuel lo ha pasado muy mal. Pensaba que tenías a alguien más importante que él.

—Son paranoias e inseguridades estúpidas. —Recordó que tuvieron varias discusiones al respecto, pero pensaba que las habían zanjado. Se quedó pensativa mientras las intentaba enumerar. Llevaban varios años con ese dichoso tema.

—Eso también lo machacaba cada vez con más fuerza. Esa prepotencia que le demostrabas, menospreciando sus miedos. Lo encontré en muy mal estado.

—¿Cuándo? ¿Dónde? —No quería saber la respuesta.

—Se viene a vivir conmigo —dijo Alicia después de unos segundos.

Yolanda no pudo decir nada más. El aire no llegaba hasta sus cuerdas vocales, solo salía una angustioso intento de gemido que la asfixiaba. Cuando parecía que se iba a caer, gracias a un violento gesto mientras soltaba el móvil, consiguió sujetarse en las paredes de la pequeña estancia.

En ese momento podían destruir el mundo, ella ya no sentía nada.

Los ojos de Pedro esperaban ver aparecer a Yolanda por detrás de la

puerta del baño de señoras. Aguardaban para estudiar cualquier cambio en su actitud. Esa mirada expresaba fidelidad a un nivel superior al mostrado por los integrantes del círculo cercano a la presentadora y un interés en la misma cota.

***

En el locutorio todo estaba tranquilo. Un afortunado cliente en el mostrador mandaba dinero a su lejana familia mientras conversaba con el encargado. Por el hilo musical los sones latinos se repetían, enlazando un tema con otro sin que se notara ningún corte claro. Esta vez, alguien con sangre caliente admiraba la envoltura que tenía delante, prometiendo mucha acción, baile y noches de mil y un revolcones. Dos personas más chateaban en los puestos preparados para ello.

Marcos, al no ver nada raro desde el ordenador que alquilaba, se puso unos auriculares y arrancó un programa de videoconferencias para hablar con su hermano allá en Argentina. En unos segundos tenía delante de él la imagen de Daniel.

—Hola, Toni —lo saludó por el verdadero nombre de Marcos.

—Hola, hermanito. ¿Qué tal estáis por allá?

—Eh, ¿qué pasó con tu acento argentino? —No se había dado cuenta del cambio hasta ahora—. Estás integrando ese orto pampero a conciencia. Pero cuidá tu facha, parecés un pordiosero.

—No te preocupes, estoy muy bien. —Todavía pesaba en el mal trago que les hizo pasar por sus malas decisiones. Ahora veía a su hermano totalmente recuperado—. ¿Qué tal los chicos y María?

—Están fabulosos, con ganas de ver a su tío.

Marcos era mayor que Daniel. En este caso, el hermano pequeño había cuidado del mayor. Después del suceso, en cuestión de días, el descarriado psiquiatra de la familia dio con sus huesos al otro lado del mundo, lejos de los peligros que lo aguardaban en Argentina. Dani lo había organizado sin dudas ni titubeos. Se había enfrentado al diablo con dos cojones y mucho que perder. Al final había conseguido vencer a Goliat. Marcos no sabía muy bien cómo lo había hecho, pero escuchó rumores de las palizas que había recibido del Coronel y de cómo al cabo de un tiempo había dado la vuelta a la situación. Su cuñada y los sobrinos no habían sufrido ningún mal, pero no conocía los detalles. Daniel era más listo que él y mucho más valiente.

—¿Cómo están las aguas por la zona?

—Están muy calmadas, pero hace unos días me volvió a interrogar el Coronel.

—¿Te hizo algo? —El pánico asomó en el rostro de Marcos. Si tuviera suficientes agallas, se entregaría a la policía y asumiría su destino, pero no era el caso. Si bien él había luchado por sobrevivir, su hermano lo había hecho por mantenerlo vivo.

—Sabe que es inútil y arriesgado meterse conmigo. —No dijo nada de

cómo pagaba la deuda, ahora también de su propiedad. Se guardó los oscuros detalles de sus trabajos para el Coronel. Este, acostumbrado a mandar sobre un ejército de mercenarios que cuidaban de sus turbios negocios, había encontrado una baza singular al descubrir las aptitudes especiales de Daniel. Un arma muy eficaz a su servicio—. Toni, *tenés* que aguantar. Algún día morirá ese hijo de puta y podremos volver a compartir país.

La superioridad de Daniel quedaba clara. Lo había visto en acción varias veces. Esa fortaleza, resolución y efectividad estaban solo en sus células, quedando la parte intelectual, guasona y pícara en el lado del desaliñado exiliado.

—Alegrá esa cara, boludo, tarde o temprano mejorarán las cosas.

Un ruido extraño en el locutorio llamó la atención de Marcos, que se puso en tensión de inmediato con su mano en busca de la navaja. Una pequeña bronca entre un cliente y el encargado rompía el ambiente calmado del local. No había nada que temer.

—Ese bastardo quiere hacer un homenaje a Delia.

Marcos se retorció de dolor al escuchar su nombre. Ese monstruo mantenía viva la llama de su desesperanza. Reconoció la efectividad del recurso rastrero.

—No te preocupes, Dani, está en su derecho.

—Puede que solo los tenga él, derechos.

Se despidió de Daniel apenado y a punto de llorar. Solo dos palabras colmaban su cabeza: «maldito cobarde». Eran solo dos, pero se repetían infinitas veces. Se propuso ahogarlas con rapidez.

***

Mil imágenes por minuto se manifestaban y desaparecían, dando pie a otras tantas en la mente de Yolanda. El florido camerino no la calmaba. Acelerada por el combustible químico restituido en varias ocasiones y potenciado por la doble traición sufrida, la mujer echaba lágrimas de fuego por sus ojos. El rímel y el maquillaje no habían aguantado tantas lágrimas.

La foto era desoladora y representaba con claridad sus pensamientos. En ellos, Alicia se lanzaba gozosa sobre su marido, disfrutando, como ella lo había hecho tantas veces, del calor de su piel, de su erección, de sus gemidos, de sus caricias. Los experimentos sexuales que les hizo avanzar en sus gustos y pasar unos ratos inolvidables se convertían en prácticas desagradables con el cambio de roles. Se los imaginaba aprovechando cualquier momento en el que ella estaba trabajando para juntarse y retozar como animales.

Demasiado tiempo fuera de casa. Se empezó a echar la culpa de todo y no sin razón. El esfuerzo por parte de Manuel para arreglar las cosas lo había tirado por el sumidero solo para mantener su estatus en el trabajo. Todas esas flores fruto de su tesón como profesional de la comunicación representaban su fracaso personal en pareja.

Los pétalos juntos, formando esféricas corolas, se asemejaban a cientos de ojos espías que parecían disfrutar con su dolor. Veían cómo se encogían sus entrañas, a la vez que latía con mucho esfuerzo su corazón. Eran testigos de su agonía y de su dificultad para respirar. Malditos estúpidos. Se levantó de su silla llena de ira y rompió todos los jarrones. Con esta acción destruyó parte del material del camerino, seguro que sorprendido, si se pudiera sorprender, y ajeno a esa circunstancia.

La música no podía suavizarla. No había un botón que deshiciese ese día. Se sintió perdida ante tanto caos.

***

El tono ocre brillante del líquido contenido en el vaso marcaba los efectos cáusticos producidos por la luz al atravesarlo. Era hipnótico, bello, relajante. Y su nivel iba menguando en cada trasvase realizado por el argentino. ¿De cuántos recipientes había bebido y había extinguido su contenido?

—¿Qué te dicen los posos del *whisky*? —preguntó divertido el camarero ante el estado de abstracción que mostraba Marcos.

—¿Eh? Me deja ver el reflejo de un perdedor —respondió después de unos segundos—. Tranquilo, he tenido un día especialmente duro.

—¿A ver qué te parece esto?

El camarero buscó una canción en su plataforma *online* preferida y en un momento empezó a sonar un tango clásico actualizado por unos jóvenes roqueros, oriundos del Río de la Plata.

Acércate aquí mi corazón.
No llores más, nunca más.
Es mío todo tu dolor
y lucharé por tu felicidad.

Que tus rodillas en el suelo
respondan solo ante Dios.
Nadie merece ningún duelo
de ti, mi sangre y mi temor.

El subidón de la voz del cantante en esta última estrofa puso los pelos de punta a su compatriota. Prefería la versión vieja y auténtica. Los hijos de la voz original eran los beneficiarios de este poema que con gran rapidez se convirtió en un clásico transmitido de generación en generación. No existía padre argentino que no sintiera cómo se retorcían sus entrañas al oír la canción.

Marcos volvió a concentrarse en el líquido del vaso, pero la letra lo sacaba del trance como si fuera un canto de sirena imposible de no escuchar.

Yo te ayudaré a cumplir tus sueños.
Las pesadillas cargan mi espalda.
Tú preocúpate por tocar el cielo.
Las vallas frías no son tan altas.

Ya no puede nada cegar mis ojos
dichosos y colmados al verte nacer.
Alegría de mi alma en estos tiempos locos
que repara el daño sufrido en la piel.

La nueva versión se complementaba con un solo de guitarra espectacular en el que el virtuosismo del instrumentista quedaba más que patente.

—Una pasada, ¿a que sí? —preguntó expectante el camarero.

—Es un tango. Todos son rebuenos. Representa el latido del corazón argentino.

El bar estaba bastante vacío, había entrado más temprano que de costumbre. Los recuerdos presionaban demasiado como para evitar acabar borracho y, cuanto antes, mejor. Apuró el trago y se preparó para escuchar los últimos versos en los que se había bajado el tono de la canción para hacerla más íntima y sentida.

Algún día espero poblar tus recuerdos
con alegres momentos de paz y amor.
Estaré muy lejos de aquellos comienzos,
bailando con tus latidos y nuestra canción.

Bailando con tu risa y tu corazón,
aunque la luz se apague escucharé tu voz,
aunque el silencio llegue sentiré tu calor,
y si el invierno nos invade cantaré por los dos.

Ya no había vuelta atrás, no podía deshacer su pasado.

—Ponme otro —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—Oye, ¿te encuentras bien?

—No, todavía estoy sobrio.

—El alcohol no va a resolver nada. Deberías buscar ayuda.

—Nadie puede ayudarme porque no hay solución posible para la muerte, así que calla y ponme otro *whisky*. —El camarero lo miró algo molesto y le puso otra consumición de mala gana—. Ves qué sencillo —dijo tras dar un trago—, la anestesia empieza a hacer efecto.

—Estás como una puta cabra.

Esas pequeñas cornudas no podían sentir el vacío que se albergaba en las entrañas del argentino. «Jodidas afortunadas», pensaba mientras notaba el cálido escozor en su garganta.

Se comportaba como un borde estúpido con una de las pocas personas que lo apreciaba en España. Delia estaba muerta; él, en el exilio y el monstruo del Coronel homenajeaba a la única mujer que había amado. Casi había logrado apartarla de las garras de ese indeseable cuando sucedió el trágico accidente. Si no la hubiera incitado a marcharse de su lado, quizás estuviera viva todavía.

Buscó en el reflejo brillante del contenido de su vaso la fuerza para arrastrar esas toneladas de remordimientos.

***

El gerente de la floristería se mostraba preocupado por la inesperada visita de su mejor cliente. Representaba a una docena de seguidores de una presentadora del canal más amarillo rosáceo que había en la televisión. Llevaban trabajando juntos casi cinco años y sus pedidos suponían un tanto por ciento importante en su facturación anual.

Quedaba poco para la hora de cerrar.

—Quería anular el pedido semanal de flores que tengo para Yolanda Algiol. —Pedro miraba serio al dueño de la tienda de flores. Nada más escuchar el destrozo que había hecho Yolanda en su camerino, se apresuró a terminar con sus halagos camuflados bajo la sombra de admiradores secretos. Le encantaba verla sonreír al recibir estas ofrendas, pero eran inútiles para sus auténticas pretensiones. Ahora se daba cuenta, al ser testigo, del poco valor que tenían para su idolatrada compañera.

—¿Todos sus representados quieren acabar a la vez?

—Sí —contestó después de dudar un poco—, ha cambiado la perspectiva de todos ellos.

—Qué lástima, va a notar una gran bajada de admiradores. Espero que no le afecte mucho en su ánimo. —Intentaba apelar al lado emocional de su cliente para salvar un poco los papeles—. Entonces, anulo los doce ramos de rosas desde la semana que viene, los de esta ya se enviaron anteayer.

—Está bien. —Esa tanda de elogios florales se encontraba tirada por el camerino de la homenajeada. Tenía que asumir la pérdida y pagar sus deudas.

—Las flores son bonitas, pero brillan más cuando las reciben nuestros seres queridos. Pasan de simples vegetales a joyas temporales. Me da pena que alguien se quede sin un regalo tan perfecto. ¿Me permites que te obsequie con un ramo para ella por estos años que hemos compartido?

Pedro asintió con su cabeza, un poco desconcertado por el gesto del vendedor. Algo se movió dentro de su cráneo. Sabía que el tunante que tenía enfrente solo quería seguir vendiendo, pero decidió hacerle caso.

—Gracias, pero me gustaría que se lo mandasen a su camerino. Pagaré los portes.

—No te preocupes, invita la casa.

Pedro dejó la tienda, agradecido por no tener que dar ninguna explicación

de sus acciones, y reconoció el arte de aquel hombre para llevar el negocio. Quizás volviera a contratar sus servicios.

Era alérgico al polen. Odiaba las flores, pero podía ver sus propiedades disuasorias. No tenían el tono que a él le gustaba. Demasiado color.

***

El ruido en la cerradura de la pensión denotaba la clara torpeza de quien intentaba entrar. Marcos llegaba pronto, pero en el estado embriagado de siempre. Esta vez consiguió esquivar el mueble del pasillo y se dispuso a abrir la última cerradura que lo llevaba hasta su catre.

Lo intentó durante un rato sin conseguir abrir la puerta. De repente, esta se abrió como por arte de magia. Magia que desapareció cuando se dio cuenta de que intentaba entrar en la habitación de otro inquilino. Se trataba de Alba.

—Perdón —balbuceó el argentino.

En el gesto de mirar a los ojos de la venezolana se desplazó hacia atrás y se pegó contra la pared del pasillo.

—Tranquilo, Marcos. Vamos.

La chica agarró al borracho con fuerza y cierta maña, desarrollada durante muchos años ya fuera con su padre o con su vecino.

Sintió dolor en las costillas, pero no dijo nada.

—Gracias, preciosa, tienes un corazón inmenso.

Esta frase duró todo el trayecto desde la puerta de Alba hasta tumbar a Marcos en su cama.

Entonces, a pesar de su incapacitado estado, vio el golpe en el labio de su cuidadora y el moretón en su costado. La luz de la habitación desveló las contusiones casi invisibles en la tenue iluminación del pasillo.

—¿Qué es eso? —preguntó alterado Marcos.

La prostituta se tapó con la bata las costillas desnudas y calló avergonzada. Al final, había tenido una bronca con Raugo. Él quería tenerla más cerca y controlada. Ella luchó por su pequeño espacio. Prefería una costilla rota que ceder su trozo de libertad. No era recomendable golpear la cara, pero en la disputa se había llevado una fuerte bofetada. Si hubiera tenido un arma cerca, lo habría matado o habría muerto en el intento. Se había mostrado sumisa, arrepentida, prometiendo no volver a llegar tarde a su trabajo. Había conseguido engatusar a su dueño después de la paliza. El sexo que practicaron la había devuelto a su estatus de manera temporal. Había sido muy duro.

—Mi ángel. —Marcos le tiró del brazo y acarició su cara con lágrimas en los ojos—. No debiste acercarte a mí. Jodo todo lo que toco. Mi ángel.

La venezolana se acostó a su lado, fundiéndose en un abrazo del que se beneficiaron los dos al sentir el calor de sus cuerpos, derritiendo el frío y continuo estado de malestar de sus vidas. Marcos lloraba mientras se culpaba por todos los problemas del mundo y Alba se avergonzaba de mostrar signos

de debilidad, una debilidad que pensaba desterrada de su ser y que podía ponerla todavía más en peligro.

Deseaba escuchar «Todo va a salir bien, mi niña», y dejarse llevar por aquel hombre que la consideraba un ángel mancillado por un mundo que disfrutaba cortando alas.

Más duro será el golpe si saltas desde la cima, agarrando el lastre en vez del paracaídas.

3. Resolución desafortunada

Yolanda estaba en el plató junto a los dos invitados. Su mente confundía los recuerdos más inmediatos y la rutina generada el último lustro, que le había permitido continuar con su vida después del abandono. Todavía no se había acabado el efecto de la rutina cotidiana, pero en algún momento debería parar.

Evitaba estar en casa sola y se centraba en la vida en el plató. Los muros del hogar se habían convertido en custodios del fracaso evidente de su relación personal. La esencia marital prevalecía en todos los rincones del piso. Lo echaba de menos. Los desayunos eran fríos, igual que su cama.

Llevaba cuatro días de adaptación a su nuevo estado. Su semblante se había oscurecido de manera clara, y conseguía rectificarlo con maquillaje con mayor o menor acierto. El director y los compañeros se mostraban preocupados ante el cambio; recibía continuas alusiones al respecto. Esto la agobiaba más.

La tristeza parecía haberse instalado en el camerino, sincronizada con su tragedia personal. Había discutido varias veces con el director y pensaba que tenía que ver con esa circunstancia. Quizás las flores no fueran de admiradores, sino un gesto de la propia productora. Ya no se fiaba de nadie.

Hoy, además, tocaba un programa guionizado de principio a fin. Los casos reales a veces escaseaban, por lo que algunos se fabricaban para que el programa tuviera continuidad. Esto requería más esfuerzo por parte del equipo y los actores contratados. Ella miró por encima la escaleta y vertió su confianza sobre el *prompt*. A través de una pantalla colocada cerca de la cámara podían seguir el guion. Se podía improvisar sin problemas para que no pareciera todo demasiado preparado.

Pedro colocó el primer plano de sus mejores sueños en la mesa de edición. A pesar de haber bajado el nivel de atención hacia su adorada compañera, seguía confirmando todos los días la increíble atracción que le provocaba. Era el único que sabía de primera mano lo que le ocurría a la presentadora. La idea de que estuviera pasando una mala racha con su pareja suponía un pequeño rayo de esperanza en su deseo de acercarse a ella. La brecha por la que entrar, en cambio, debía ser lo bastante ancha como para que cupiera su engrosada incompetencia sentimental.

Dio comienzo el *show*.

—Queridos telespectadores, estoy encantada de volver a coincidir con ustedes en este espacio dedicado a ayudar a esas parejas que están pasándolo mal —dijo Yolanda a la vez que intentaba no perder la sonrisa—. Qué difícil viaje realizamos por la vida, en él nos topamos con almas gemelas con las que

deseamos avanzar el mayor trayecto posible, pero muchas veces no sabemos cómo hacerlo. La experiencia siempre ayuda a crear nuestros propios métodos para tratar con los demás, en el caso de tener la capacidad de aprender de lo vivido. —Ese trozo de guion sonaba demoledor en el estómago de la conductora del programa—. Ahora tenemos herramientas desarrolladas para facilitar ese aprendizaje. No hay más que acudir a la guía presente en todas las librerías, *Acompáñame por la vida: Los diez mandamientos de la vida en pareja*. —Su voz se volvió algo mecánica—. Esta noche tenemos con nosotros a Floren y Aura, dos jóvenes de etnia gitana que nos quieren exponer sus problemas. Dime, Aura, ¿qué tal va vuestra relación?

—Ay, chica, pos mu mal —dijo con un acento forzado, imitando la manera de hablar de los gitanos. Estaba claro que no era su forma natural de expresarse. Se escucharon varias risas entre el público—. El Floren no me responde como yo quiero.

—Tú eres mu caprichosa —contestó el aludido con un acento todavía más ridículo.

—Yo tengo mi necesidade y tú ni te da cuenta —seguía con su papel sobreactuado.

Por el auricular de Yolanda el director comenzó a gritar, sorprendido por los falsos invitados. Llamaba a la becaria, a la que habían encargado hacer el *casting* y el ensayo sobre el programa. Él se preocupaba más por el estado de su estrella que por esas minucias. Yolanda, con un pequeño gesto, se quitó el pinganillo; sabía quién era la culpable de ese desastre. Alguien a quien deberían haber echado hacía tiempo.

—Bueno, chicos, no os paráis a pensar en lo que realmente os atrae de vuestra pareja. —Yolanda intentaba salvar los papeles. Tenía la guía en su cabeza, pero se distorsionaba con la actuación de los actores—. Quiero decir, ¿cómo os conocisteis?

—Fue un domingo a la tarde en los autos de choque… de las fiestas de mi barrio. —El público contenía la risa, dejando libre alguna que otra exclamación de sorpresa.

—Yo ya lo había visto, pero no me podía acercar. Mi familia odia a la suya.

Yolanda repasaba mentalmente el calendario: no era el día de los inocentes.

—¿A qué te refieres con…?

—Trabajamos la chatarra —cortó la muchacha—. Su familia se metió en nuestro territorio.

—El agüelo le pegó un tiro a su papa. —La presentadora escuchaba estupefacta la versión estúpida del clásico de Shakespeare—. Me pillé un auto rojo y paré a su lado.

—Me dijo: «Guapa, me he perdido. ¿Me ayudas a salir de aquí?». Igual que la Petriwoman. Yo le dije que solo si conducía yo.

—Pero estáis en la televisión, os estará viendo toda la familia. —El

temblor de su extremidad empezaba a llamar su atención.

—Nuestro amor es lo más importante. Juro por mi muerto que lo seguiré hasta la última consecuencia.

—Entonces, está claro que pasáis por un bache —dijo Yolanda con cierto temor. Todo estaba saliendo en directo—. Vamos a seguir los diez mandamientos para localizar el problema y resolverlo. ¿Confiáis en vuestra pareja? —Lo más lógico era centrarse en esa guía. Pensaba que se lo habrían estudiado.

—Sí —dijo ella.

—No —dijo él.

Esa contradicción los dejó callados unos segundos.

—Me refiero a que viste muy provocona.

—Pero ¿qué dices, mamarracho? ¡Yo visto como me da la gana!

—¡Vistes como los payos y no está bien!

—¡Eso te gustaba!

—¡Ya, pero ya estamos juntos!

Se habían levantado los dos falsos gitanos, defendiendo sus posturas.

El sonido en la mente de Yolanda se convirtió en un pitido de frecuencia muy alta, que le impedía escuchar lo que se decían los actores. La agresividad de los alegatos le provocó un fuerte temblor en el brazo, que no pudo detener hasta que se puso de pie. Los gemidos de su mejor amiga, retozando con su marido en su imaginación, pusieron sus pulsaciones a veinte mil por hora. Se colaban en su atormentada cabeza imágenes del director del programa hablando acaramelado con la becaria causante de sus problemas profesionales.

Debería haber parado antes, pero ya era tarde.

—¡Queréis callaros de una puta vez! —Un silencio absoluto inundó el plató—. ¡Qué mierda de interpretación habéis preparado! —Esta vez se dirigía a los dos actores, que no sabían dónde meterse—. ¡Sé que consideráis a la audiencia más simple que una servilleta, pero esto es infumable! —Pedro se quedó helado escuchando la reprimenda de la presentadora, pero no dejó de grabar—. ¡Esta gestión está llevada a golpe de bragueta, al parecer con lo que piensan todos los capullos de dirección! —Yolanda buscaba con la mirada a alguien en particular—. ¡Y qué puedo decir de quien utiliza su vagina o sus dotes orales para mantenerse en una mierda de puesto! —Había encontrado a la becaria—. ¡Esto no es profesional, es una maldita farsa!

Entre el equipo técnico apareció corriendo el director. La mujer lo miró, recobrando algo de cordura, y salió a toda velocidad del plató. Jesús no entendía nada, pero comprendía el daño que iba a hacer al programa, si no lo retiraban para siempre. Había recibido una acusación directa que le traería graves problemas familiares. Las hostias se habían repartido sin sentido y ahora tocaba encajarlas. Ya veía arder las redes con el material brindado.

—Ya estamos en publicidad —le hizo saber un ayudante.

Yolanda entró en el camerino hiperventilando. Parecía que le robaban el aire las pocas flores presentes. Intentó tranquilizarse, pero no lo consiguió. El error le iba a costar muy caro. Sería costoso para todos, y se reprimía todavía más por ser la única culpable. Sentía cómo se había cavado su tumba y había vertido una hormigonera entera sobre sí misma.

Y Manuel no estaba ya en su vida. El dolor la hizo retorcerse.

Quizás otra dosis de cocaína le hiciera salir, de momento, del bloqueo.

Pedro se acercó a la puerta y estuvo a punto de llamar para abrazarla, apoyarla y declararle su amor. Demasiadas emociones volcadas en pocos segundos. Temió pasar desapercibido entre tanto momento intenso. A todo ello se sumaron sus inseguridades.

Se fue de la puerta que lo separaba de su amada con una gran decepción personal. Por el pasillo se cruzó con la chica nueva que ayudaba a la creación del contenido del programa y la empujó bruscamente. La apartó de su camino.

—Esto no está bien. Esto no está bien —balbuceaba Pedro. Le solía pasar que decía en voz alta lo que rondaba por su cabeza cuando perdía el control.

—Pero ¿qué pasa hoy? —preguntó la joven, molesta después de los golpes recibidos. Recibió un golpe en el brazo que seguro le provocaría un molesto moretón.

No obtuvo respuesta del cámara. Empezó a dudar de si todo eso merecía la pena. Se encontraba en el punto de mira de la presentadora, alguien a quien admiraba y deseaba parecerse. No se sentía orgullosa por intentar trepar a base de favores sexuales, pero tampoco lo condenaba. El giro de su compañera le había sorprendido como a los demás y veía la posibilidad de dar una puntilla definitiva a ese maltrecho toro.

***

Marcos llevaba tres días siguiendo a su vecina en sus horarios laborales. Creía estar en la obligación de protegerla. Se le habían grabado en la retina, el último día que lo había asistido, los golpes que tenía en las costillas y la cara.

La vida de la venezolana era dura, eso lo tenía muy claro, pero ante la posibilidad de acudir a la policía y exponerse ambos a las leyes españolas, había decidido intentar sacarla él mismo de ese círculo maldito. No le interesaba llamar la atención; sin embargo, se metía de lleno en la mira telescópica del colombiano. Notaba el crecimiento de su locura a cada paso que daba.

Había demasiado control en la guarida del proxeneta de Alba.

El seguimiento a la chica se realizaba por partida doble. Siempre había un esbirro de Raugo pendiente de los movimientos de su empleada, por lo que Marcos tenía que ser bastante cauto para no ser descubierto. Si quería intervenir, tendría que pegarse con dos moles de puro músculo. Las probabilidades de éxito eran nulas. Si fuera su hermano, no habría problema,

pero de nuevo, no era el caso.

Decidió ser paciente, pero no tuvo que esperar mucho. Al tercer día pudo seguir al colombiano y a su preferida por las calles hasta un bar. Los dos gorilas recibieron órdenes de ineludible atención y, tras cerrar con llave el tugurio donde se encontraban, tomaron distintos caminos.

Era una gran oportunidad para entrar en acción. La pareja había entrado en el bar y los podía ver, tomando una copa como si se tratara de una situación normal. Esperaba detrás de unos contenedores, maquinando el siguiente paso. No quería conversar. Le apetecía romperle la cabeza a ese desgraciado.

Empezó a llover y entonces llegaron las dudas y el ataque a su coraje repentino por parte de una cobardía dominante. Algo que lo trastornaba demasiado. Al fin y al cabo, se tenía que enfrentar a un experto delincuente. Todo eran pegas: el esbirro lo conocía, ya que lo habría visto entrar en la pensión, y no sabía adónde podían ir después del rescate que iba a realizar. Si salía mal, tendría a la policía y a una panda de mafiosos detrás de él y de la pobre chica. La última vez que intentó realizar un acto parecido acabó de manera trágica y poniendo un océano entre el Coronel y su persona.

Los dos objetivos salieron del local. El acosador se quedó algo sorprendido, debatiéndose entre sus posibilidades. Agarró su navaja en busca de algo de valentía al sentir su tacto. La pareja hizo un gesto que lo alertó y se agazapó. No había visto bien que había pasado, pero se ocultó por acto reflejo. Se tropezó con un pupitre de estructura metálica del que colgaba medio suelta una de las patas. Vio en ella un arma contundente con la que llevar a cabo su desastroso plan. La terminó de arrancar y se dispuso a atacar al maltratador.

Les sorprendió por detrás y le propinó al proxeneta un fuerte golpe en la cabeza. Este cayó al suelo y allí le volvió a pegar con todas sus fuerzas. No se movía.

Alba dio un grito tras el primer golpe.

—¡¿Estás loco o qué?! —La venezolana paró el tercer golpe del argentino, enfadada—. ¡Lo vas a matar!

—No te volverá a pegar —consiguió decir entre jadeos.

—¡Eso es lo que tú crees, nos va a matar a los dos! —Se acercó al colombiano inconsciente y lo cacheó. Enseguida encontró su cartera—. ¡Toma, coge esto y lárgate!

—Pero ¿qué dices? Nos tenemos que marchar, juntos.

—¿Adónde? ¡Una puta y un borracho! ¿Hasta dónde crees que llegaríamos?

—Solo quería ayudarte.

—¡Escúchame, no necesito tu ayuda! ¡No necesito la ayuda de nadie! —Lloraba con rabia. Rechazaba un acto de amor como ese por miedo, pero con la convicción de hacer lo correcto para salvar sus vidas. Las lágrimas emborronaban su maquillaje.

El argentino parecía no reaccionar. También lloraba por el acto absurdo que había realizado. Ese pequeño ángel le daba otra lección de valentía y carácter.

Una acción inútil se repetía de nuevo en su camino. Ya lo hizo con la mujer de su vida, muerta por hacerle caso, y a hora quería volver a vivirlo con Alba. Solo la determinación de esta última les ofrecía la oportunidad de seguir con vida.

Era demasiado para soportarlo y salió corriendo con la cartera.

La venezolana lo vio irse con el botín y rezó al Dios que la ignoraba para que la historia del atraco fuera convincente. Tenía que llamar a los gorilas de Raugo o estaría condenada, pero antes le dio dos fuertes patadas en las costillas. La rabia en su mirada rompía la belleza de sus rasgos y dejaba mostrar la desesperación con la que vivía.

Hincó la punta del zapato en el costado mientras se lamentaba por parecer tan débil a los ojos de los demás. La lluvia la cubría entera, pero no era capaz de llevarse el peso que aguantaban sus hombros. Ya lo tenía comiendo de su mano. Modificaban las costumbres y parecía que en su mundo salía el Sol unos instantes cuando todo se volvió a oscurecer.

Marcos llegó hasta un lugar alejado y se paró para pensar un poco en lo que hacía. Se veía de manera clara su mala forma física. Entre jadeos intentó encajar el rechazo de su vecina, asumiendo otra derrota y decepción.

Cuando se iba a deshacer de la cartera del colombiano, la registró. Se quedó con trescientos cincuenta euros y tiró a un contendor cercano el resto. Sacó su petaca de un bolsillo interno en su cazadora y le dio un trago en un intento absurdo de encontrar un poco de redención.

***

Yolanda caminaba por la calle bajo la escasa iluminación de las farolas. Había preferido caminar en vez de coger un taxi, a pesar de que llovía. Iba pensando en la discusión que había tenido con su jefe. Su situación laboral ya colgaba de un hilo antes de la bronca. Después del escándalo generado, el director decidió hablar con ella en el camerino. Lejos de dar su brazo a torcer, ella lo había increpado por su aventura con la becaria, y que él la defendiera avivó la ira de la presentadora.

Se dijeron cosas horribles. Todos los aspectos personales guardados durante años salieron de repente y acabaron con cualquier tipo de reconciliación, por lo menos a corto plazo.

Jesús había revisado las redes sociales y, a pesar de ser lo que más se había compartido, el resultado era negativo para el programa y para la cadena. Esto tenía una solución tajante: borrón y cuenta nueva.

La mujer se agarraba el estómago intentado sujetar sus entrañas y, de paso, sobrellevar el dolor en el pecho que le había provocado esa situación de

estrés tan extrema. Todavía se arrepentía de haber soltado delante de ese maldito adúltero su situación con Manuel. Le había dado un punto sobre el que golpear de manera efectiva.

Desde un callejón apareció Marcos, con el que casi se dio de bruces. Se miraron con cara de sufridores empedernidos, pero ninguno dijo nada.

Cada cual siguió su camino.

Yolanda volvió a recordar lo que había hecho en directo y empezó a alimentar una paranoia con respecto a toda esa gente que había visto el programa. Se acercaba a una zona en la que tres bares creaban un triángulo bastante popular en el barrio y sus clientes disfrutaban de unos cigarrillos en el exterior. Algunos se giraron para mirar a la atractiva mujer que se acercaba, pero ella percibía miradas indiscretas, censoras y críticas. Pensaba que era el foco de las mofas en todo el mundo.

Se puso muy nerviosa y atravesó la zona corriendo hasta llegar a una esquina en la que no había nadie. Se apoyó en la pared, respirando con dificultad, desconcertada, desorientada y con la sensación de no tener ningún sitio adónde ir.

***

La siguiente canción en el equipo de música de Pedro indicaba cuatro minutos de ejercicio sin parar. Estaba alterado por el programa que había presenciado. Un programa que sería recordado mucho tiempo como un punto de inflexión en la cadena de televisión. Tenía que descargar la tensión acumulada. El grupo alemán que amenizaba sus series de ejercicios machacaba los bafles con un ritmo de guitarras y batería muy industrial.

Hijo de las calles
vacías, derrotadas, rectas.
Sin necesidad de llaves
abriste las puertas.

Trepaste sobre botas militares
que aplastaban los gusanos…

Había pasado de las flexiones a las dominadas en una barra colocada en el pequeño pasillo de entrada a su dormitorio. La sensación de haber perdido un momento único para sumar puntos en el balance sentimental de Yolanda lo traía loco. Esa cobardía envuelta en timidez y en represión de sentimientos magnificaba el suceso vivido como si se tratara del fin del mundo. Los compases acompañaban cada dominada marcándole un ritmo difícil de seguir. Él no se daba cuenta mientras la música seguía.

Y ahí estaba la muerte
a la espera, entregada.
No podía acercarse
si no calmaba tus ganas…

Se vino arriba, desfogándose como nunca lo había logrado en la barra anclada en las dos paredes. Aumentaba la velocidad de manera muy agresiva acompañado de gritos de rabia. Parecía flagelarse con el esfuerzo que realizaba. Ya no seguía la canción, iba más rápido. Al incrementar los movimientos bruscos y el balanceo en el travesaño de metal, este se soltó de un lado. El fibroso cuerpo del atormentado cámara cayó como un saco de patatas de espaldas sobre la tarima.

Jadeaba, tumbado encima de la dura madera, por el esfuerzo mientras escuchaba las últimas estrofas.

…y esperaban mucho más de ti
no vieron el invierno
alojado en tu destino enfermo…

…Y todos querían detenerte de repente
cuando ya no era posible matarte.
Tu memoria llena de canciones las calles.

Se habían puesto muy feas las cosas para Yolanda y los temores de Pedro por perder de vista a la presentadora se hacían cada vez más reales.

—¡Joder, esto no está bien! —Siguió con sus pensamientos en voz alta.

***

Yolanda llegó hasta el descansillo de su piso. Taconeó la moqueta para quitar algunas arrugas y se dispuso a abrir la puerta.

Se bloqueó frente a la cerradura. No quería encontrar de nuevo la casa vacía, le rompía el alma. Necesitaba saber que su marido estaba dentro y, si no entraba, podía pensar que había vuelto. Él era el único capaz de devolverle un futuro con esperanza. Ese futuro tan bruscamente arrebatado.

Una bocanada de aire la ayudó a cruzar el umbral hacia el oscuro recibidor. Esta vez no llegó a tropezarse con la moqueta del rellano. Entró y se dirigió directa a la sala de estar. Las luces descubrieron lo que ocultaba la oscuridad y no era lo que ella quería ver. La mesa preparada con velas para dos había desaparecido, solo quedaba la desnuda tabla redonda, barnizada, pero carente de emoción. Sobre la mesita de la sala de estar unas cajas con medicamentos para el déficit de atención junto con alguna bolsita transparente sin contenido, pero con restos de polvo blanco, denotaban la dejadez y el deterioro de la presentadora. Antes se encargaba de todo su marido, ahora

nadie recogía ni limpiaba. También por eso lo añoraba.

Se encontraba destrozada, incapaz de hacer nada por ordenar su vida o su propio piso. Dejó apoyado el paraguas mojado a un lado del sofá y se sentó derrotada.

Empezó a sonar su teléfono móvil, enterrado en el interior del bolso. Lo buscó desganada y solo aceleró sus movimientos cuando vio en la pantalla el nombre de su marido.

—Hola.

—Hola, Yolanda. ¿Estás bien? He visto el programa. —En realidad, había visto los vídeos virales de la explosión de Yolanda. Era muy fácil toparse con alguno de ellos.

—Sí —mintió—, no te preocupes.

—Siento que te enteraras de mi relación con Alicia de esa manera —dijo después de unos segundos de silencio.

—Me parece un golpe muy bajo. Si tan mal estabas, podíamos haberlo dejado de otra manera. —Se le retorcían las tripas con solo pensarlo.

—Toda tu trayectoria dependía de esta relación de pareja. Me resultaba imposible abordarlo.

—Y follarte a mi mejor amiga era mejor solución.

—No había solución.

—Joder, me has dado una hostia que no se la deseo a nadie. —Se dio cuenta de su agresividad y decidió ser más suave—. ¿Podemos hablar?

—Claro que podemos hablar, pero ya es tarde. Nada va a ser como antes.

—Hombre, me has humillado y me has tratado como a una imbécil.

—Entonces, ¿de qué quieres hablar? ¿Soy más importante que tu trabajo?

—Eres lo más importante para mí.

—Ahora. No puedo luchar contra tu éxito.

—Por favor, Manu, podemos arreglarlo. Dejaré de trabajar tanto. —Su futuro laboral se encontraba muy turbio, por lo que presentía que no sería difícil trabajar menos.

—No me hagas esto más duro —dijo después de soltar un suspiro.

—¿Duro? ¡Yo soy la que se queda sola mientras vosotros os laméis las heridas! —Otra vez perdía los papeles.

—Bueno, tú solo ves tu parte, pero yo estoy muy jodido también.

—Podemos arreglarlo. No me parece bien tirar siete años de nuestra vida a la basura. Yo recuerdo los grandes momentos.

—Y yo no puedo con los malos. Lo siento, Yolanda, me es imposible. Por la mañana iré a por las últimas cosas.

—¿Te está comiendo la cabeza esa zorra? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Ya vale…

—No, no vale. Esa envidiosa ha aprovechado el peor momento entre nosotros para quedarse contigo.

—Esto es la hostia; bueno, mañana iré a por las cosas.

—No te molestes, las he tirado a la basura.

Yolanda colgó, harta de la situación y envuelta en lágrimas. Si tenía alguna esperanza de volver a su vida anterior, aunque fuese en fase de prueba, se había disipado en esa conversación.

Aún podía llamar a su hermana, tragarse su orgullo y pedirle asilo fraternal. Sopesarlo le producía nauseas. Vaya historia más buena tendrían en el pueblo. Seguro que se mofarían a gusto a cuenta de la estrella fracasada con la que jugaban de pequeños. Veía los rostros de todos los vecinos poniendo gestos de condescendencia e infravalorando a su paisana.

Algún día dejaría de llorar, pero en ese momento no divisaba cuándo.

El temblor en su brazo derecho empezó a provocarle convulsiones, no llegaría a la cama. En el intento cayó al suelo, temblando, entre la mesilla y el tresillo. Consiguió acurrucarse en postura fetal y cesaron las sacudidas.

***

—Espera, Marcos, cierro y te llevo a casa. —El camarero se preocupaba por el estado del argentino. No había pronunciado palabra, solo había bebido hasta tal punto que el último trago se lo tiró por encima.

—No, no, no, no… no necesito tu ayuda, de nadie y menos de un… marica muerto de hambre.

—Lárgate de aquí antes de que te parta la cara. —Sin comprender el comentario del borracho, se apiadó de sus circunstancias y lo dejó pasar. Sabía que al día siguiente volvería como si no hubiera pasado nada.

Marcos lo miró arrepentido por sus palabras, pero sin ganas de disculparse por nada. Deseaba que esa fuera la noche, la última noche.

—Ha sido un placer conocerte.

Tras decir esto se dio la vuelta y salió del local como pudo. Se golpeó contra la puerta, se tropezó en un escalón y continuó su sinuoso viaje hacia la pensión.

Desde detrás de la barra, el dueño del bar observaba apenado cómo se alejaba su cliente preferido. Había vuelto a despedirse como si no fuera a aparecer por allí nunca más. Seguro que iba a acabar muy mal, se lo estaba ganando.

Las sombras solían asustar a Marcos cuando utilizaba su modo sobrio, pero en su embriaguez se la soplaba todo. Se podía enfrentar al mismísimo diablo o a Dios. Tendría una buena frase que ofrecerles y no dudaría en reprocharles todo lo reprochable.

El mundo exterior se movía demasiado esa noche y su mundo interior se encontraba en pleno derrumbamiento. Algún transeúnte parecía acercarse y después se alejaba, no era capaz de diferenciar si se trataba del mismo, pero la confusión aumentaba. Una angustia desenfrenada lo cogió por sorpresa. Le latía el corazón como si quisiera bajarse de ese transporte podrido que lo

arrastraba todos los días. Se fue a apoyar en la pared, pero no había pared, y se desplomó sobre una pila de cartones amontonados al lado de un contenedor.

Entre la humedad de las cajas y el olor a podredumbre se quedó dormido.

A unas manzanas de allí Yolanda sentía frío y alcanzaba con el brazo la manta de sofá que solía utilizar. Cayeron algunas cajas con medicamentos al suelo, rodeándola, velando por sus sueños y, con toda certeza, potenciando su declive.

Pesaba la vida demasiado y el piso firme parecía ser lo único que soportaba el peso.

Comprueba si has tocado fondo o una pequeña cornisa.

4. Suelo firme, sucio. Fin del trayecto

Nadie contestó a la tímida llamada de Alba frente a la puerta de acceso a la habitación del argentino. Desde que llegó con los moretones a la pensión la había evitado. Un gesto que no comprendía y que asumía como parte de la mochila que arrastraba su vecino.

Los muros que intentaba levantar para protegerse del mundo se tambaleaban y la ponían en riesgo. Por mucho que se empeñase, era un ser humano castigado y superviviente, en algún momento mostraría cansancio, flaqueza o debilidad. Entonces, esos monstruos que la rodeaban atacarían sin piedad. Debía ser fuerte. Tenía que mantener encerrada esa inmensa soledad que la envolvía en lo más profundo de su ser, encriptándola con gestos de normalidad, sonrisas regaladas y frialdad.

El celular que la mantenía localizada no le servía para comunicar o gritar al mundo sordo lo que le estaba ocurriendo. En varias ocasiones había hablado con sus padres para tranquilizarlos e intentaba mandarles dinero cuando podía. En su imaginación los veía felices en el pequeño poblado, disfrutando de la vida. Eso hacía que parte de ese infierno fuera soportable. Pero la angustiosa realidad borraba de cuajo esas idílicas imágenes y las sustituía por una versión más ajustada al alcoholismo de su padre y el deslome de su madre.

La policía no era una buena opción. Raugo les hacía saber que trabajaba con ellos y que muchos eran clientes habituales de algunos de sus negocios. No sabían si era verdad y tampoco se atrevían a comprobarlo. Recorrían las calles rumores sobre compañeras valientes que aparecían enterradas bajo muchos kilos de tierra.

Los golpes en sus brazos la sacaron de sus pensamientos. Ese malnacido había dejado muy claro el valor que daba a sus posesiones y la implicación emocional que sentía por ellas. Le había costado mucho darle la vuelta a la situación.

Cuando Marcos apaleó al chulo le creó un estrés insoportable y esperaba morir por las represalias de Raugo. El plan de la chica, elaborado de manera fortuita, tuvo un efecto muy positivo. Recordaba con placer el momento en el que el proxeneta había caído inconsciente al suelo y las dos patadas que le había propinado después. Quería agradecer a Marcos, de corazón, toda la atención y preocupación que había demostrado hacia su persona, pero no quería fomentar esas acciones tan arriesgadas. Hacía muchísimo tiempo que nadie hacía algo así por ella.

La historia del atraco había funcionado y disfrutaba de un período de vacaciones cuidando de su jefe como si fueran pareja. La asistencia hospitalaria estaba prohibida en su círculo y en el de los matones, por lo que

se dedicó a cuidarlo en su guarida y a atender todas sus necesidades. Varios puntos en la cabeza, limpieza continuada y el mal bicho se recuperaba sin problemas. No sospechaba nada. Quedó como un casual delito. Sin embargo, sentía los ojos de sus lacayos como puñales en su piel. Sabía que la seguían desde hacía mucho tiempo y el hecho de no ser vistos el día del altercado había sido un auténtico milagro.

Si no recuperaba a su atento argentino, le sería muy difícil perpetuar la condena a esa insistente soledad.

***

Las gafas de Sol daban cierta seguridad a Yolanda, ya que era difícil reconocerla. Como no aseguraban completamente su anonimato, iban acompañadas de un pañuelo que le cubría el pelo. Llevaba unos días intentando volver al trabajo y sus traslados a pie de una productora a otra o de un periódico a otro le preocupaban cada vez más. Estaba por completo obsesionada con su imagen y el bochorno de la última noche.

Claro que su adicción a la cocaína y las anfetaminas había aumentado esa obsesión, que unida al temblor de su brazo le hacía caer en momentos de auténtico pánico ante la gente.

Jesús, su exdirector, no la quería ver ni en pintura. Había arruinado su vida personal pero no la profesional. Se pudo zafar del batacazo al lanzar toda la culpa sobre los hombros de la presentadora.

La productora que tanto la había apoyado se cerró en banda al conocer la mentira de la vida personal de su protegida y le aconsejaron descansar una temporada hasta que se calmaran las cosas. Podían haber cavado una tumba, enterrarla viva y se sentiría de la misma manera.

Ese bastardo picaflor la estaba vetando en todos los estudios que conocía. Ella no tenía la culpa de sus escarceos extramatrimoniales. Reconocía que las formas no habían sido las adecuadas, pero el problema se lo había buscado él nada más desabrocharse la bragueta fuera del redil.

Un transeúnte se fijó de repente en su cara, dándole un susto de muerte. Le hizo dar un respingo que no pasó de ahí, ya que los dos siguieron su camino. Unos metros más adelante, una mujer la puso en su foco de atención y se acercó. El temblor del brazo la hacía destacar.

—¿Está usted bien? —preguntó preocupada la señora. Yolanda se quedó muda, como en estado de shock—. Tiene sangre en la nariz.

Se llevó los dedos a las fosas nasales y al revisarlos estaban llenos de sangre. Sacó un pañuelo con rapidez mientras se alejaba de la mirada de varias personas que ya se estaban acercando.

—¿Se encuentra bien? —volvió a preguntar la mujer preocupada. Al verla alejarse se quedó pensando un poco—. Oiga, ¿usted es la presentadora del programa…? —El nombre del espectáculo televisivo no lo recordaba, pero el número montado por la presentadora sí lo tenía en mente.

Esas palabras sonaron como una alarma antirradiación en su cabeza y la animaron a correr con empeño, hasta alejarse de la zona de contaminación. El reconocimiento que tanto le agradaba una semana antes ahora le producía auténtico pavor. Su mirada buscaba un sitio donde ocultarse. Una calle viraba su trayectoria y ofrecía una salida a todas esas atenciones.

Era la primera vez que le pasaba algo así en la calle. Después de haber esnifado una dosis de cocaína se aseguraba de no presentar estos efectos secundarios. En ocasiones sufría un pequeño sangrado que se cortaba en unos minutos. Debería tomar más anfetas y dejar de esnifar, pero la sensación y el efecto no eran comparables. En todo caso, necesitaba esa hiperactividad que le producían ambas drogas.

Llegó al portal con la misma paranoia en su cabeza, ahora potenciada por la posibilidad de encontrarse con algún vecino. En este caso la reconocerían en el mismo instante que la vieran, parecía una ladrona cuando entró por el gran portón de acceso.

El hueco de la escalera era muy amplio y tenía, junto al resto del portal, un diseño arquitectónico muy antiguo. El ascensor lo iban a meter por ese holgado espacio, pero se decidió instalarlo en un lado, a pesar de los costes, para mantener ese estilo elegante y *vintage*. Este hecho le permitió vigilar si salía alguien de algún piso y actuar en consecuencia.

Llegó hasta su apartamento, en la tercera planta, con sigilo, camuflando el impacto de sus pasos gracias a la vieja moqueta que cubría la madera. Este recubrimiento estaba pidiendo una actualización a gritos. Estaba desencajada por todos los sitios y se habían creado arrugas en lugares muy transitados, que eran aplastadas y pisoteadas por los habitantes del edificio en su empeño por evitar posibles tropezones.

Yolanda se tropezó justo en su rellano. Tuvo que hincar la rodilla en el suelo y se golpeó contra la puerta. Su postura se asemejaba a un penitente que pedía perdón por sus pecados. Ya estaba harta de tantas trabas. Se levantó enfadada, abrió la puerta y corrió hasta la cocina. Buscaba una tijera para cortar la moqueta y tirarla a un contenedor, pero al no encontrarla cogió un enorme cuchillo. No era lo más práctico, aunque al empuñarlo se sentía muy poderosa. Salió al rellano y empezó a acuchillar el suelo alfombrado con una rabia incontenible. Hizo varias rajas que no solucionaban el problema. Sí, era verdad que se estaba desahogando, pero su efectividad era nula.

Un ruido en un piso superior la sacó del trance y se puso en modo vigilancia, de cuclillas, asemejándose a un animal salvaje sorprendido. Se introdujo en su guarida con celeridad antes de que la viera nadie y dejó un descansillo para el estudio de la policía científica.

Dentro de su piso, lo que antes era un cálido hogar se había convertido en el lugar gélido, de esos de los que la gente huye. Gente como ella, que no había vivido nunca sola y se veía incapaz de hacerlo. El salón seguía desnudo.

Echaba de menos la chaqueta sobre una de las butacas, esa que tanto le irritaba ver siempre en el mismo sitio, y empezaba a odiar su desorden, sus propias prendas ocupando el espacio que había sido común.

Siguió por el pasillo hasta llegar al umbral de la puerta del dormitorio. Le costaba entrar casi lo mismo que a un policía antidroga le podía costar tirar abajo la puerta del escondite de un narcotraficante. Recibiría varios disparos en el pecho y en el estómago al cruzar por debajo del marco de madera y no tenía ningún chaleco blindado para evitarlo. Desde el exterior dudaba si dar el paso, con la sangre, seca ya, encima de sus labios.

Sacó el empuje que todavía le quedaba para desnudarse y ponerse ropa más cómoda. Una acción que le costaba dos minutos se retrasó casi media hora, entre espacios en blanco con sus pensamientos puestos en la guerra en la que se había metido.

Fue a dejar parte de la ropa en el armario y se topó con las prendas que todavía no se había llevado el traidor de su vida. Tantos colores y patrones conocidos que representaban cumpleaños, regalos espontáneos, divertidas compras o momentos de felicidad que ya no volverían. La perspectiva de no poder repetir situaciones parecidas con Manuel era insoportable. Sin saber cómo había ocurrido se encontró sobre la cama envuelta en las camisas de su marido, llorando de desesperación.

***

Desde que los basureros encargados de recoger el cartón habían obligado a Marcos a dejar su lugar de caída al inframundo, se había dedicado a existir con menos ganas de lo normal. Una normalidad muy rara para el resto de los mortales. Parecía un muerto viviente desganado. Sustituyó la pensión por los bancos apartados de la ciudad.

Su gran amigo, el que le suministraba todo el *whisky* que quería, lo había echado la última vez, prohibiéndole la entrada hasta que se duchara y se arreglara un poco. Mirándolo a los ojos le perdonó sus insultantes comentarios, pero no dejaría que le arruinara el negocio. Sin estar muy convencido y empujado más bien por la necesidad de otro trago, optó por seguir el consejo del camarero.

Alba no estaba en la pensión cuando decidió ir a recuperar parte de su imagen perdida. Una ducha caliente y un buen afeitado maquillaron sus sentimientos, dándole un respiro. Tenía que haber sido más valiente cuando se estrelló el coche en el que iba con Delia y provocó el fin de una historia inolvidable. Jamás se la podría borrar de la memoria y mucho menos lo que pasó después.

Qué duro era volver a tirar hacia delante.

La petaca tenía un poco de combustible. Con esa reserva debería aguantar hasta la noche. Llegaba el momento de enfrentarse al mundo irreal.

El argentino se vistió de nuevo de Marcos y llegó a su trabajo más fresco de lo que habría imaginado. Frescor que desaparecería al enfrentarse con su jefe.

—Estás despedido.

—No podés hacerme eso. Me mandás a la ruina. —Tampoco es que pusiera mucho énfasis en su defensa, pero la verdad era esa.

—Llevo tres días con tu puesto vacío y he tenido que contratar a otra persona.

—Te lo compensaré. Trabajaré gratis una semana o quince días, lo que tú quieras, pero no me eches. No tengo otra cosa. —Sonaba totalmente sincero y se estaba rebajando tanto que el responsable de la sección se lo pensó mejor.

—Dime, ¿qué es lo que te pasa? No te lo he querido preguntar antes, pero me pones en unos aprietos de los que tengo que saber cómo salir.

—¿Qué más da lo que me pase? ¿Vos creéis que eso va a solucionar algo?

Quería explicarle que necesitaba dinero para seguir adelante, para seguir bebiendo, para pagar la pensión, para intentar sobrevivir. Debería dejarse matar, pero defraudaría todavía más a los pocos seres que aún le querían.

Su patrón lo miró pensativo. Pagaba con intereses el favor que le debía a Daniel, el hermano de Marcos.

—¿Cómo es que no abres una consulta de psiquiatría o psicología?

—Mi titulación no está homologada en España. —Le vino a la cabeza el rapapolvo por el adulterio en su última conversación. Seguro que le había venido bien y veía una oportunidad de quitarse la deuda con su hermano.

—Te vas a tener que esforzar mucho para continuar en esta empresa. —Alfredo sabía que tenía a su empleado más efectivo delante, por lo que no le dolía volverlo a meter en plantilla—. Una semana sin cobrar como escarmiento y tienes que recuperar esos tres días perdidos.

El argentino asintió con la cabeza, serio, destrozado y con la dudosa perspectiva laboral reflejada en su cara. Estaba perdido, sin una manera de ganar algo de dinero, y se hacía cargo de sus posibilidades. Tragó saliva y se dispuso a salir del despacho.

—Es la última que te paso. Dile al nuevo que venga a hablar conmigo —dijo su jefe antes de que se fuera.

—Tranquilo, no volverá a pasar.

Esta vez no tenía ninguna salida ingeniosa. Había quemado demasiados cartuchos y se quedaba sin munición. El anillo había vuelto a la mano que le daba de comer, por lo que algo había influido, aunque era consciente de que todo tenía un límite.

La promesa implícita en la última frase era algo que tenía que trabajar, porque que no se notaba con fuerzas para guardar esa disciplina. Ya había prometido con anterioridad cosas parecidas, pero en los últimos cinco años se convertían en intenciones efímeras, insignificantes, secundarias.

¿Por qué tuvo que escapar con él? Se maldecía por haber engatusado a la mujer del Coronel, el mayor mafioso de toda Argentina y, por ende, de casi

toda Sudamérica. No le entraba en la cabeza que Delia se hubiera enamorado de su talento y creyera en su libertad más que el propio psiquiatra.

El plan de fuga había descarrilado cuando su vehículo chocó con otro, que abandonó su carril sin venir a cuento, y provocó el impacto brutal de su amada contra el salpicadero. El pánico hizo el resto. Hizo estragos en su conciencia.

Llegó a su puesto de trabajo y se encontró con un chaval veinteañero que intentaba captar a un cliente. Frases entrecortadas envueltas en frustración denotaban el evidente fracaso del muchacho. Sintió alivio cuando Marcos le indicó que el jefe quería hablar con él.

Sentado enfrente de su escritorio, decidió no pensarlo más y tomó un trago. Dejó su petaca en un cajón y sacó una libreta donde apuntaba las distintas características e incidencias de sus potenciales clientes. Algunos lo evitaban con una prórroga a la conversación y le gustaba tenerlo apuntado para volver a llamarles. Ciertos detalles como saber sus nombres o profesiones ayudaban a dar confianza.

El robot llevaba toda la mañana llamando a números dados de alta. Marcos no sabía de dónde sacaban los teléfonos, ya que la ley de protección de datos limitaba, a su parecer, el tráfico de contactos entre operadoras. Al argentino le hacían gracia los reparos que tenían muchas personas para dar sus datos a instituciones gubernamentales, empresas bancarias o distribuidoras de luz o gas y enseguida soltaban su información personal, como el número de móvil, a cualquier restaurante que les llevara comida a domicilio. Se imaginaba que el hecho de conseguir titulares efectivos de ese tipo de negocios sería bastante fácil mediante un intercambio económico. Y todas esas aplicaciones que pedían cuenta de correo electrónico y demás características individuales, que aparecen y desaparecen sin pena ni gloria, aprovechando un significativo pico de popularidad, qué harían con sus datos, obtenidos después de estar de acuerdo con su política de privacidad y tratamiento de la información, cuando ya no surfeaban la cresta de la ola gigante.

La luz que llamaba la atención del teleoperador empezó a parpadear. Marcos cerró sus pensamientos y se dispuso a atender a la máquina.

—Buenos días. —Aunque lo dijo en piloto automático, era por la mañana, por lo que había acertado—, le llamo desde Bestphone y tengo una oferta imposible de rechazar.

***

Ya había llorado mucho tirada en la cama, por lo que decidió levantarse y seguir sus lamentos en la sala de estar. Probaría con la programación televisiva para ver si la distraía un poco. Los efectos químicos de las sustancias que navegaban por su cuerpo no la dejaban dormir.

Sentada en el sofá, Yolanda observaba el desastre de su mesilla, repleta de

cajas de medicamentos y bolsitas de cocaína, unas llenas y otras vacías. Las fotos que recordaban su pasado reciente, demasiado reciente, se encontraban volteadas, dándole a toda la estancia un extraño aspecto. Gracias a Dios, no tenían ninguna foto juntos colgada de la pared, por lo que los cuadros se mostraban tal y como los habían colgado.

Debería quemar la casa si quería borrar todo recuerdo de Manuel.

Cuántas horas de sexo habían compartido en esa estancia y en todas las demás. Cuántas horas de calor frente alguna película o serie habían disfrutado en ese sofá. Y las horas de lectura. Al parecer, no había sido suficiente para su marido, pero el recuerdo estaba ahí. La misma cocaína y sus primeros acercamientos fueron en pareja. Ambos experimentaron el efecto de la droga en sus organismos, incluso en sus órganos sexuales, mientras mantenían relaciones apasionadas. Intensificaba sus encuentros, prolongando el juego preorgásmico para deleite de todos sus sentidos.

En la tele, había pasado por varios programas de variedades en los que todavía se veían memes recuperados de las redes sociales, bastante graciosos, ridiculizando el momento de su nefasta reacción en directo. Se habían propuesto acabar con su vida. Toda percepción de admiración por parte de sus seguidores parecía haberse convertido en odio y ensañamiento de la noche a la mañana, y había despertado el interés de gente que antes no se fijaba en ella.

El móvil sonó de repente. Cuando fue a descolgarlo, la foto de su marido la hundió todavía más en su sufrimiento. Se había olvidado de bloquear su contacto. Colgó sin mediar palabra y procedió a bloquear su número. Si apareciera muerta, seguro que se alegrarían esos dos gilipollas. Por otra parte, recibirían un mensaje clarísimo del dolor que la acompañaba, y seguro que resonaba en sus conciencias el resto de sus vidas.

En su antiguo canal echaban una retrospectiva de los años que había pasado en el programa la desequilibrada expresentadora. Yolanda rompió a llorar al recordar esos momentos y la vuelta a su hogar, donde su marido la esperaba. La esperanza de revivir situaciones parecidas era nula, lo cual volvía a forzar todavía más sus llantos.

El duelo hubiera sido el justo para sus actos si no fuera porque al terminar el reportaje apareció la becaria causante de los fallos y amante de su exjefe, y se dirigió a la audiencia como conductora de su programa. Le habían dado una vuelta, prometiendo emociones fuertes. Con gran condescendencia le mandó un fuerte abrazo a Yolanda y a su familia por el mal trago que estaban pasando.

La congoja y la rabia dejaron sin respiración a la afectada.

—¡No estoy muerta! —gritó al televisor y a ese programa que la daba por fallecida. En la pequeña pantalla era verdad que no tenía hueco, pero eso era pasarse por completo—. ¡No estoy muerta!

Terminó la *promo* del nuevo formato de ese espectáculo que ella había levantado con tanto esfuerzo y apareció un hombre vestido de payaso que se frotaba contra un famosillo como si fuera un perro en celo. Unos rótulos

hacían referencia a las imágenes como «Descubre al nuevo justiciero de la tele». Prometían castigar los malos comportamientos de los famosos de turno, la intención era reprenderlos para que no volviera a pasar lo que pasó con la antigua comunicadora.

—¡No estoy muerta! —gritó a la vez que lanzaba el mando a distancia contra la tele. Se rajó la pantalla, pero la programación no se interrumpió.

Otra vez el pitido de alta frecuencia ocupó toda su cabeza. El mensaje que recibía era demoledor. La consideraban una zombi o muerta viviente de la televisión. Esperaban tener noticias suyas. Malas noticias. En el mundo globalizado, los odiadores y mamarrachos que podían ir contra una persona pública se multiplicaban por un millón. Antes solo estabas en el ojo de tus vecinos; ahora se extendía a todo el mundo.

Tenía que acabar con todo esto.

La sobreactivación electroquímica de su cerebro la impulsó a levantarse y a salir descalza, cubierta con una fina bata, de su lujoso y vacío apartamento. Subió a la azotea, donde su marido y ella habían celebrado su primer aniversario de casados con las luces de la ciudad como testigos. Ahora eran las cuatro de la tarde, por lo que no había luces. Se puso de pie sobre el murete que evitaba accidentes y se dispuso a lanzarse al vacío sin mirar hacia abajo. La altura era de siete pisos.

El tono de su móvil la desconcentró y paró su acción en seco. De repente empezó a respirar como si llevara mucho tiempo conteniendo el aire. Cuando se tranquilizó, cogió el móvil. Lo sacó de un bolsillo de la bata en el que no recordaba haberlo metido.

Era un número desconocido. Quiso colgar, pero algo en su dopada mente le hizo pensárselo. Podría tratarse de su marido con otro número, sabedor de que había bloqueado el suyo.

Descolgó.

—Hola, muy buenas tardes. Le llamo de Bestphone con una oferta imposible de rechazar. —Se trataba de Marcos, que después de dos segundos pedía conversación.

—Lo siento, no me interesa. — Yolanda tardó en contestar, decepcionada por quién había al otro lado de la línea

—Llevo quince llamadas y a todos les ha interesado. Puede tener gigas ilimitados y llamadas por la mitad de su factura actual. —Sonaba convincente, pero no era el momento adecuado.

—No me interesa.

—Si usted tiene móvil, le interesa la oferta.

—Me voy y no necesito teléfono.

—Pero no hay un lugar que no demande llevar un celular. Si va al extranjero, el servicio de *roaming* es gratuito en muchos países, además de la zona europea.

—Voy a saltar desde un séptimo, déjame en paz.

Colgó con la mirada perdida en el infinito. Había subido a hacer algo que

pedía todo el mundo y tenía la determinación de cumplirlo. Cogió con dos dedos el aparato electrónico y, extendiendo el brazo, se dispuso a tirarlo. Llegaría al suelo antes que ella.

Marcos recibió el mensaje algo confundido e hizo un esfuerzo por discernir si se trataba de una manera de mandarlo al carajo o si de verdad había sido una llamada de auxilio.

Se agachó para coger la petaca y pegar un trago merecido, pero al sacarla del cajón analizó el contenido de las frases pronunciadas por su potencial cliente y la volvió a dejar en su sitio con rapidez.

Cogió el teléfono y marcó a mano la última llamada. Apuntó el número en su libreta.

El tono de llamada entrante volvió a distraer la perturbada cabeza de la mujer en la azotea. Lo dejó sonar un buen rato. El ruido y la vibración ejercían un efecto muy curioso en su brazo extendido. Se trataba del mismo número desconocido. Había que reconocer que el vendedor era tenaz.

El sonido cesó y aparecieron de nuevo los nubarrones. Duraron muy poco porque unos instantes después el teléfono volvió a emitir sonidos y vibraciones.

Yolanda se dio cuenta de que una llamada tan insignificante la estaba haciendo tambalear.

Descolgó, algo abrumada.

—Hola, soy el de Bestphone de nuevo. Por favor, no me cuelgue. Dígame si necesita que mande a alguien a ayudarla.

—Déjame en paz. —La idea de gente a su alrededor tratándola como una loca la horrorizaba.

—Espere, espere, no mandaré a nadie. —Marcos sabía que tenía que ir con pies de plomo—. Déjeme ayudarla. Hable conmigo y le prometo que no voy a venderle nada. —La mujer callaba—. Le aseguro que puedo ayudarla. Puede compartir sus problemas conmigo, no voy a grabar nada, solo quiero hablar.

—No puede devolverme mi vida —dijo al final con lágrimas en los ojos.

—Puedo hacerle una oferta muy buena, se lo aseguro. —El comentario produjo una pequeña risa en la angustiada interlocutora—. Recuerde que mientras hay vida, hay esperanza, solo la muerte es irreversible. —¿Por qué había dicho eso? ¿Y si se trataba de la muerte, como en su caso? Solo lo dijo porque era verdad, una verdad aplastante que el propio psiquiatra se negaba a reconocer. De nuevo, algo se removió en su interior—. Bueno, y un gol en tiempo de descuento, para algunos, también es el fin. —Otra pequeña risa.

—No puedo vivir así. Se me cae el mundo encima y a nadie le importa lo que me pase.

—Créame que a mí me importa muchísimo. Ya sé que no me conocés y parate a pensar en lo que nos está ocurriendo ahora mismo.

—No te conozco y…

—Me interesa saber que está bien. ¿Qué puede ser tan grave como para no hacer caso a este *ofertón*?

—Me siento como un gran fraude que…

—Que no merece vivir —cortó el argentino—. Escúcheme, respire un poco. Pará. Necesitás parar de pensar en lo que ha perdido y relajarte.

—Pero sería tan fácil dar un paso.

—Joder, ¿dónde está?

—En la cornisa de la azotea.

—Vale, vale, no se relaje hasta que se aleje de la cornisa.

—No lo aguanto más.

—No, por favor, no saltes. Hazlo por mí. Llevo seis horas con esta labor del carajo y no me podés hacer esto. —La mujer no decía nada—. ¿Cómo te llamas? ¿Os puedo tutear? Yo me llamo Marcos. —Una gran congoja cogió desprevenido al argentino; su garganta se obstruía—. ¿Vos querés que me vuelva loco? Hágalo por este pobre charlatán. ¿Cómo voy a vivir con algo así? —Llevaba una mochila demasiado grande como para cargar con todo. Él lo sentía, su corazón y sus entrañas veían lo que se avecinaba si la mujer optaba por saltar.

—No tienes que cargar con mi mierda. Sigue con tu vida y yo haré lo que más me convenga —dijo tras sopesar las preguntas de su interlocutor. Eran segundos de espera que para Marcos parecían siglos.

—Demasiado tarde —le dijo—. No podría soportarlo.

En la oficina había desaparecido todo excepto el teléfono con el que hablaba el teleoperador. Una bruma negra lo aislaba de todo el mobiliario y del personal que lo rodeaba. Podía bajar Dios para darle su bendición y no se daría cuenta, o lo mandaría a paseo.

Un ruido brusco por el auricular puso en tensión el cuerpo de Marcos. No pudo gritar de rabia. Dos toneladas de peso cayeron sobre su cabeza, obligándolo a bajarla, derrotado, mientras cerraba los ojos con fuerza.

—Soy Yolanda —dijo la mujer después de unos segundos.

—¡Sí! —gritó él con júbilo en su voz. Al borde de romperse en mil pedazos por la tensión que había vivido. Sus compañeros lo miraron, pensando que había hecho el negocio del siglo, y no estaban muy equivocados —. ¡Estás conmigo!

—Perdona, se me ha escapado el móvil al bajar del muro. —Entre palabra y palabra se colaba la congestión nasal, efecto secundario de un lagrimeo desbocado.

—Tranquila, solo ha sido un comienzo de infarto. Lo que importa es que te lo puedes pensar mejor.

—No voy a comprarte nada. —Yolanda sonó convencida y le apetecía descansar de tanta frustración con un poco de humor, aunque sonase forzado.

—Hay que mantener todas las puertas abiertas. —Marcos se unió a ese

momento distendido con gratitud—. Pero me tienes que comprar algo. Tranquila, no te va a doler. Debes dejar de pensar en lo que te está trastornando y escuchar mi voz. Atiende. ¿Me estás escuchando?

—Sí —dijo algo extrañada por esa insistencia.

—Te puedo ayudar. Como cualquier individuo que haya estudiado la psique humana. No iba de farol, ni a la desesperada. Sé que te puedo ayudar.

—Vaya preparación piden en las operadoras. —El argentino sonreía por dentro, algo que llevaba mucho tiempo sin hacer. La mujer estaba reaccionando de una manera muy positiva, a pesar de la desesperanza en sus palabras.

—¿Puedes cumplir una promesa? —Esta pregunta cogió por sorpresa a Yolanda.

—Sí.

—Tienes que prometerme que no vas a hacer ninguna locura. Mañana te llamaré a esta misma hora.

—¿Para qué?

—Para hablar de lo que sea. Eh… empezaremos una terapia directa por teléfono. Eso es. Por este teléfono. ¿Qué me dices, me lo prometes?

—No sé si voy a poder…

—Escucha mi voz. Es muy sencillo. Tenés que recomponerte y yo te voy a ayudar.

—A veces no puedo respirar.

—Sí podés, es una acción que podés realizar sin pensarla. Hay algo que me ha demostrado mucha gente durante mucho tiempo: estas crisis o síncopes como el que vos tenés se producen siempre por un hecho que colma el vaso. Mira en tu interior y descubrirás momentos que superaste mucho más difíciles. Piensa en lo que te costó terminar los estudios, conseguir tu trabajo o acercarte a un chico. ¿Tienes a tus padres vivos?

—No, hace tiempo que murieron.

—Y vos estás viva ahora mismo. Lo superaste.

—Te… tenía ayuda. —Otra vez, le daban ganas de saltar.

—Y ahora me tenés a mí. Yo no te voy a abandonar. —De nuevo, su pasado le estrujaba las tripas. La mujer no sabía el oscuro trauma de Marcos, por lo que no tenía motivos para desconfiar de él—. Piensa en todos esos logros de tu vida en contraposición con lo que te está desgastando.

Los dos interlocutores se quedaron mudos unos segundos.

—Déjame que te ayude.

—Esta vida de logros es lo que me quema. Se han ido todos. Estoy sola.

—Yolanda, conseguiste muchos hitos. El hecho de que no los tengas ahora no rompe esa superación que realizaste. Vos sos fuerte y capaz de superarlo.

—No hace falta que me ayudes. —La mujer estaba impresionada por lo que iba a hacer, por lo que el argentino le ofrecía y por la dura tarea que le esperaba.

—Sí hace falta. Por Dios, casi cometes una locura. Créeme cuando te digo que necesito saber que estás bien.

—¿Y vas a estar hablando conmigo toda la vida?

—Todo tiene que ir poco a poco. Aguantá hasta mañana y hablaremos de lo que te preocupa. —Le dio una pequeña meta, algo a lo que agarrarse—. Te puedo ayudar a buscar una solución o pasar el mal trago.

—No hay solución posible. —A Yolanda no le hacía gracia contarle sus problemas a un desconocido.

—Pues hablaremos del tiempo.

—No te conozco ni sé cómo eres.

—Eso es lo de menos. ¿Conoces a Brad Pitt?

—Sí.

—Pues no me parezco en nada. —La mujer río con ganas, como si quisiera de esa manera alejar los males—. Pero creo que pertenecemos a la misma especie o por lo menos eso dicen. En serio, tenés que descansar, meditar sobre este milagro que acabamos de vivir.

—Sí, estoy muy cansada. Si me acuesto, no sé si podré levantarme.

—Acerca el móvil y el cargador, y duerme o descansa hasta que te llame. Te diría que buscaras algo para distraerte, pero entiendo que el golpe ha sido reciente y se necesita tiempo para recuperar fuerzas. Solo es cuestión de tiempo.

—No veo cuándo voy a recuperar lo que he perdido.

—Siempre hay que aprender a vivir con lo que has perdido. Si eres capaz de recuperarlo, tampoco será lo mismo, por lo que la opción que nos queda es asumir el cambio. —Se escuchaba respirar con dificultad al otro lado de la conexión—. Debés descansar. Seguir conversando en tu estado no te va a ir bien. Hay que recuperar fuerzas, pero puedo quedarme más tiempo contigo si querés.

—No, tranquilo, no quiero molestarte más.

—Oye, yo soy el vende motos, no me molestas.

—Gracias por todo.

—Gracias a ti por escucharme. Recuerda que has hecho una promesa. Mañana continuamos esta conversación.

—Adiós.

—Hasta mañana.

La mujer colgó el teléfono de camino a su apartamento. Había dejado la puerta abierta y, a pesar de no acordarse de cómo había salido de su solitario hogar, agradecía haber tenido ese descuido. No llevaba las llaves encima.

Entró demasiado rápido y se encontró de nuevo frente al causante de su desesperada huida: el piso vacío. Una sensación parecida al terror de una pesadilla recorrió su cuerpo, erizando el vello de su cuello. Decidió cerrar con llave e ignorar el estado de la sala de estar. A paso ligero llegó a su habitación, bajó la persiana y se metió en la cama con su mente poblada por

una tremenda lucha entre el colmo de sus males y la conversación mantenida con el argentino. Parecía que ganaban sus problemas.

Sonó otra vez por sorpresa el teléfono y la sacó del conflicto. Era el número de Marcos. Descolgó.

—Hola de nuevo —dijo el teleoperador.

—¿Qué pasa?

—Solo quería saber que estás bien y que me has hecho caso.

—Sí, voy a intentar dormir.

—Perfecto, no te molesto más.

En su pequeña parcela de trabajo, Marcos terminó la llamada de comprobación y se reclinó en el respaldo de la silla. La tensión que había sufrido le secó la boca de manera exagerada. Iba a coger la petaca, pero pensó que necesitaba hidratarse y no atontarse.

La pequeña máquina dispensadora de agua abasteció al inusual usuario.

Hervía la cabeza del argentino al recordar toda la conversación con Yolanda. El agua no templaba sus sensaciones. No recordaba cuándo fue la última vez que se sintió tan bien. Quizás cuando Delia vivía y le declaró su amor desesperado.

***

El camerino de Yolanda había sido ultrajado por otra presentadora y Pedro revoloteaba impaciente para comprobar de primera mano si lo que había escuchado era cierto.

La vio salir y pasó a su lado sin prestarle atención. Se trataba de la becaria que tantos problemas había causado en el set. Una descontrolada rabia le invadió y le provocó un sentimiento de traición hacia su antigua reina. Miraba nervioso hacia los lados, como si buscara una espada y un escudo con los que empezar la reconquista del trono en nombre de su amada presentadora. Sería bonito devolverle su estatus.

Trabajar con esa chica le iba a provocar demasiadas frustraciones. Quería subir al despacho del director y rogarle que volviera a contratar a Yolanda. Se conformaba con saber que se estaba recuperando y volvería en unos meses, pero no tenía ninguna información. En el mundo de la televisión hay unas determinadas reglas que te aseguraban la continuidad en tu puesto y la antigua presentadora se las había saltado todas.

Tenía que buscar otra manera de acercarse a ella. La última vez que la vio estaba en muy baja forma y sentía que debía ayudarla.

***

El vaso seguía vacío mientras Marcos conversaba con el paciente camarero. Esta vez no le pedía repostar cada minuto. Había tomado un par de

dosis y continuaba tranquilo su monólogo intermitente. Era difícil interrumpirlo y resultaba casi hipnótico escucharlo.

—Te noto con otra cara esta noche —consiguió decir el dueño del bar en un despiste de su cliente.

—Bueno, hoy es uno de esos días en los que se puede creer en la existencia de un Dios benévolo que vela por sus criaturas.

—¿Por todas? ¿También por los que no seguimos sus designios?

—Mucho me temo que no sabemos sus designios. Yo me quedo con una lección de todas las religiones: respetar y amar a nuestro prójimo. Todo lo demás es pura interpretación interesada.

—No sabía que tenía al nuevo mesías en mi bar. Tendré que cobrar entrada.

—¡Uau, qué profundidad hemos conseguido en tan poco tiempo! —Marcos rio con ganas ante esta rareza—. Ya sé que te lo debería haber dicho antes, pero quiero darte las gracias por todo. Es difícil respetar a alguien que se comporta como un auténtico cenutrio. —Ahora se puso serio.

Un gesto de afirmación bastó para dar por concluida la cuestión. Había más gente en el local y no querían romper el ambiente con sus sentimentalismos. El aire rancio, generado por su ubicación y las costumbres de la clientela, había sido imposible de erradicar a pesar de los esfuerzos del gerente. Convencido de que jamás iba a conseguir convertirlo en el bar de moda de la ciudad, asumió el servicio que daba al barrio. Entre los rentables desayunos y el resto de caja del día, le daba para vivir bien.

—A esta invita la casa —dijo mientras le servía otra consumición.

El argentino volvió a reírse con muchas ganas. La ocurrencia del camarero le había parecido muy adecuada, teniendo en cuenta que no había pagado un trago desde el primer día.

***

Alba descansaba, preparada para salir a trabajar de nuevo. Raugo se estaba recuperando de la paliza que le dio Marcos y ya no eran necesarios sus atentos cuidados.

Durante varios días había vivido como la mujer del proxeneta, disfrutando de los privilegios del puesto. El violento empresario no había perdido ni un ápice de su libido, obligándola a satisfacerlo emocional y físicamente. A pesar del asco que sentía por él, esas atenciones le libraron de sus duras jornadas laborales. Se centró en su paciente. Era lo más parecido a una vida normal que había experimentado en los últimos años.

Otra vez a la repugnante rutina.

En sus manos una fotografía de sus padres y sus hermanos la llenaba de nostalgia y pena. En un reproductor de mp3 sonaba una canción típica venezolana. Un son que se repetía hasta la saciedad en las fiestas de la zona de los llanos de Venezuela. Se trataba de un joropo que cantaba las andanzas de

un pícaro andino.

Baja el pájaro andino
en busca de un nuevo nido.
Excitado y compulsivo
llega hasta San Bernardino.

Lo vi mirar a tu balcón…

Era inevitable volver a revivir los bailes desenfadados con sus padres y sus hermanos mientras sonaban las maracas y el arpa. Recordaba todos los tonos de colores vivos de los vestidos típicos de su zona. Todo parecía tan fácil en aquella época, antes de la llegada del cazatalentos que acabó vendiéndola al mejor postor.

Sin haber podido estudiar mucho, sin embargo, a su mente venían textos referentes a los traficantes de esclavos de épocas pasadas. Se suponía que ya estaban extintos, pero había comprobado de primera mano que todavía campaban a sus anchas.

Por suerte, las canciones llevaban enredados en sus notas, acordes y letras momentos inolvidables.

Cuídate de las promesas
que suelen venir envueltas
en dulce de las abejas,
que cubre todas sus tretas,
que quieren abrir la puerta

Ríe feliz con su risa.
Vive al calor de su vida…

Alguien llamó a la puerta. La chica bajó el volumen del reproductor y se acercó para ver quién era. Se trataba de Marcos.

—Hola, ¿me permitís entrar un momento?

—Está bien, iba a salir en media hora —respondió tranquila y extrañada de verlo tan pronto. Además, estaba totalmente sobrio.

—Quería disculparme por lo del otro día. No tenía derecho a ponerte en peligro. Últimamente me equivoco con todo. —El argentino no se daba cuenta de las lágrimas que surcaban las mejillas de Alba y seguía hablando—. Te aprecio mucho y…

Un beso cortó su frase. Aturdido, recibió un abrazo angustiado de la chica.

—No vuelvas a hacerlo —tras decir esto volvió a besarlo.

—Lo siento, mi amor —respondió Marcos mientras se apartaba un poco de la preciosa mulata—, no quiero hacerte daño y ahora no provoco más que

dolor en mi vida.

—Pero no me dejes, por favor.

—Estaré aquí al lado, no tengo a dónde ir.

Alba se acercó con cautela y suavidad. Necesitaba más contacto y fue a buscarlo. Los dos extranjeros permanecieron abrazados y olvidaron por un momento sus lejanos hogares y su tan cercana nostalgia. Se encontraron por distintos motivos, demasiado dramáticos, y de esa pequeña unión se había formado un cálido cobijo.

Su cabeza repetía: «Tranquila, niña, todo va a salir bien».

Salta por la ventana cuando la tempestad bloquee tu puerta, pero antes coge hilo y cose tus alas. Sé que no hay tiempo, por lo que cose rápido.

5. Drogas

Yolanda se aferraba al móvil intentando calmar el temblor del brazo. Su reloj marcaba las cuatro y cinco. Se sentía estúpida a la espera de la llamada del televendedor.

Los monstruos que la atormentaban se habían alejado de ella espantados por el símbolo creado por Marcos y ella el día anterior, pero en esos cinco minutos de espera habían conseguido acercarse demasiado. Se acababa de meter una raya y no veía apropiado tomar otra. Eso no significaba que hubiera eliminado las ganas de lanzarse sobre las bolsitas transparentes para esnifar su contenido. Tenía probada la mala combinación del estancamiento en su casa con sus dosis de estimulantes.

No se veía con fuerzas para dejarlo.

Sonó el teléfono. Era el número de Marcos.

—Hola —dijo con la voz algo apagada.

—Hola, Yolanda, perdona por haber tardado un poco, pero estaba atendiendo a otra persona. —Su trabajo no debía parar, ya que era la mejor forma de disciplinarse y seguir con la terapia que había prometido.

—Creí que había sido un timo.

—Perdona, intentaré que no vuelva a suceder, pero date cuenta de que existe esta posibilidad. ¿Qué tal te encuentras?

—Estoy algo más tranquila —decía mientras movía el brazo para calmar el temblor—. Se me sigue cayendo la casa encima, pero si te soy sincera me ayuda bastante saber que vas a llamar.

—Te lo he prometido, pero no tires muchos cohetes, que al final te cansarás de este brasas. —La mujer sonrió ante esta advertencia—. Saber qué te ha llevado a esta situación me sería de gran ayuda, pero no quiero forzarte a exponerte. Sé que cuesta mucho. —Su interlocutora se relajó al oír estas palabras—. Date cuenta de que estamos en terapia y esta no va a ser gratuita. Me tenés que pagar y hacer que esta reunión avance. Solo tenemos que hablar, no te voy a pedir más.

—Me cuesta mucho hablar ahora mismo.

—Es normal, Yolanda, has sufrido una pérdida y esto es debido a una causa que, o bien no hemos afrontado, o bien aún no podemos advertir. Sin saber lo que te ha ocurrido, por norma, y todos entramos en esa norma, acabamos muy jodidos al encontrarnos privados de alguien o algo que consideramos importante.

—Es que me gustaría hablar de otra cosa.

—Te vuelvo a decir que es normal. —El argentino paró unos segundos para pensar—. Mi intención es conseguir ganar tu confianza para que me cuentes la verdad de lo que te ocurre. Si lo intentara de otra manera, estaría

allanando una morada o, más bien, tu morada. Piensa que todos tenemos nuestros secretos, y que los tenemos guardados en cajones con cerradura. En cajas fuertes. Algunos secretos son fáciles de desvelar y su combinación puede ser cuatro unos, pero otros son indescifrables. Y así tienen que ser para seguridad del afectado. Cuando veas el momento, me ofrecerás la llave y continuaremos.

—A veces, los problemas pueden parecer muy simples si se los cuentas a alguien ajeno.

—Yo respeto la magnitud de cualquier turbación ajena. Es la base de una toma de confianza sana y duradera, tratar con respeto a los demás. —La mujer reconoció sus propios mandamientos en las palabras de Marcos—. Depende de nuestro carácter que afrontemos los retos derivados de estas fatídicas sorpresas de una manera o de otra. —Marcos sabía que decidir acabar con la propia vida conllevaba mucha determinación y mucho coraje, aunque la solución fuera errónea la miraras por donde la miraras.

***

Las fotografías de la pared, incluso las que estaban dadas la vuelta o escondidas en cajones, se mofaban del ridículo solterón en su patética guarida. Él lo notaba. Pedro se sentía perdido al no poder ver a su mayor obsesión todos los días, y eso lo ofuscaba todavía más.

Empujado por su necesidad de admirar a Yolanda, había hecho guardia durante varios días en la puerta de su portal, para verla salir y seguirla. No había tenido mucha suerte, solamente lo había conseguido una vez. La había acompañado de compras una hora y luego había regresado a su apartamento, del que ella no había vuelto a salir.

A pesar de no lograr ningún acercamiento, se sentía esperanzado porque que el marido de la expresentadora no había aparecido en ningún momento.

Yolanda estaba viviendo sola.

Sentía envidia de su marido, aunque ahora ya no disfrutase de la mujer. Esa percha que lucía y esa seguridad en sí mismo lo hacían muy atractivo incluso a los ojos del cámara. Le gustaría ser como él y presentarse como una alternativa irrechazable. El físico del aspirante no llegaba al de Manuel, pero se veía que estaba en forma y podía mejorar mucho su estilismo.

El primer paso lo debía dar lo antes posible, aprovechando la ausencia del esposo de Yolanda. Esa ausencia podría ser breve, debía actuar con rapidez.

***

—Es una sensación que me remueve la conciencia. —Yolanda recapacitaba sobre varias observaciones de Marcos. Recelaba y no quería soltar sus problemas a un desconocido.

—Tranquila, ya te he dicho que todo tiene que ser muy orgánico, no te

preocupes si no puedes sincerarte todavía.

—Quieres que una persona sea feliz, pero a tu lado —dijo tras unos segundos y con cierta vergüenza—. Pensar que la felicidad la pueda encontrar en otro lugar me saca de quicio.

—Es un sentimiento bastante egoísta, una necesidad de controlar a otro ser humano porque nos hemos encaprichado de él.

—No es un capricho.

—Da igual el tiempo que lleves con alguien; si quieres que esté a tu lado, es por puro egoísmo. Cuando dejamos una relación, actúa el egoísmo. Esa relación es la mía y tiene que cumplir mis leyes para funcionar. No se aleja de un trato político entre los implicados.

—Se ha llevado otra mi felicidad.

—Otro gesto de mirar por uno mismo. No se han respetado sus reglas y no puede seguir así. Parate a pensar que tú eres egoísta y los demás también pueden serlo.

—Pero…

—Estoy generalizando bastante, ya que no todo es egoísmo, pero un tanto por ciento elevado atiende a esta teoría. Lo que quiero decirte es que no te martirices por sentir lo que sentís. La frustración suele ser causada por no tener el ego satisfecho.

—No sé qué voy a hacer.

—Has llenado varios cajones con trapos sucios y los has cerrado como si fueran un tesoro. Debes sacarlo todo y darle un buen fregado.

—¿Cómo lo saco de mi cabeza?

—Primero tienes que asumir la realidad, tu situación.

—No puedo.

—Es la realidad, Yolanda, es tu realidad. Se ha producido un cambio muy fuerte en tu estado de bienestar y tienes que volver a él. Tienes que vivir con ello. Piensa que, si esa persona volviera, no podría ser como antes. Nada sería como antes.

—Debería luchar por arreglarlo.

—Debes luchar por aceptar el cambio si quieres arreglar algo. Hay muchas posibilidades de reencontraros. Tal y como estás ahora mismo, si decidiera volver, sería por preocupación.

—Estaría a mi lado.

—Te equivocas; jugaría a dos bandas. Vamos a hacer un ejercicio para la siguiente sesión. Estas situaciones no se dan de la noche a la mañana. Va a ser duro, pero reflexiona sobre tu pasado y haz un repaso de tu vida en pareja. Céntrate solamente en los momentos de conflicto y analízalos. Por qué se dieron, quién fue el que empezó, cuál era el tema. Apúntalos en una hoja. Es importante que localices los cambios significativos en vuestras vidas. El trabajo, los amigos, la familia, accidentes y todo aquello que no estuviera antes de que se torciera la relación.

—Me parece demasiado. No puedo pensar en… sin que me ponga a

llorar. —Se llenaba de tristeza con solo intentarlo.

—En ese ejercicio están todos los errores cometidos y la posibilidad de encontrar la manera de arreglar algo. Llegarás a los momentos íntimos y placenteros, que realmente será lo más insoportable.

—No sé —dijo entre lágrimas, con la congoja apretando su garganta.

—Escúchame, piensa que me tienes a mí. A esta hora hablaremos siempre que quieras.

—¿No puedo llamarte a otra hora?

—El móvil decidí alejarlo de mi vida fuera del trabajo. —Marcos anduvo rápido en su contestación para que pareciera convincente. Estaba claro que no quería que nadie hurgara en sus cajones—. Es importante crear nuevas rutinas para olvidar las viejas costumbres, teniendo tan reciente el duelo. —Suponía que tenía que ser una ruptura cercana en el tiempo.

***

Pascual observaba la entrada a la pensión donde vivía Alba, la favorita de su jefe. Desde que se fue a vivir alejada de las demás chicas, la había vigilado para no encontrarse con ninguna sorpresa. La chica siempre había sido fiel a su amo y no daba problemas, pero a raíz del atraco sufrido, Raugo se empeñó en reforzar el control sobre las chicas. Era iniciativa propia, intuición del esbirro.

Durante los últimos días se repetían las mismas acciones. Llegaba un vecino, que al parecer había superado parte de su adicción al alcohol, y al rato salía Alba del portal. Nunca se iba la chica sin que el hombre no hubiese llegado al edificio. Se trataba de un don nadie que trabajaba como teleoperador en una empresa de telefonía. No le había dado la suficiente importancia hasta que se produjo el altercado y lo volvió a ver. Si en realidad no hubiera sido un ratero y ese bastardo se sintiera el protector de la bella prostituta, sería un problema muy gordo a corto plazo.

Ahí estaba de nuevo. Llegaba al portal preocupado, inquieto y miraba a todos los lados, nervioso. Demasiados detalles raros y un fuerte olor a chamusquina. Tras verlo entrar se preparó para la aparición de la joven.

Miró su móvil y encontró una diferencia con las anteriores jornadas, esta vez el vecino de Alba llegaba más temprano que nunca.

Marcos entró a su habitación cansado, pero con el ánimo muy arriba. Estaba funcionando la terapia con Yolanda. Ambos parecían coger fuerzas el uno del otro para seguir adelante. En su mundo de mierda parecía haber encontrado una razón para no tirar la toalla. Había tomado un trago en su garito preferido antes de retirarse a buena hora. El camarero no salía de su asombro ante el cambio del argentino.

El gorila de Raugo lo estaba vigilando y se lo había encontrado varias veces, pero se ignoraban mutuamente. Estaba seguro de que no sabía nada del

incidente, si no ya habrían tomado represalias. Si se diera cuenta de que lo conocía, podría ser fatídico.

Utilizó la luz de la mesilla con el fin de apagar la principal y a sí mitigar la claridad tan fría. Con la pequeña lámpara se conseguía un tono mucho más cálido.

Encendió la radio para enterarse de qué pie cojeaba esta vez el mundo y cayó en la conmemoración de una canción española. Había sido compuesta por un grupo pop-rock que mezclaba algo de folk de los años ochenta. Le gustaba. Esa música ochentera tenía algo especial, y esa melodía en cuestión había llegado hasta su pueblo.

Alrededor de la hoguera
cantábamos al amor y a la guerra.
Nuestros ojos atravesaban las llamas,
descarados,
mostrando así todas las cartas.

Secretos envueltos en sábanas…

El problema de la letra radicaba en el chute de melancolía que introducía en el oyente. Demasiada carga emocional. La imagen de Delia se mostraba fuerte en su cabeza. Nunca había ido en grupo con ella, pero en la chimenea de su casa habían disfrutado de una intimidad que ahora resultaba abrumadora. Mantuvieron una relación prohibida e invisible al mundo. Había muchas reglas que se habían saltado y no deberían haberlo hecho. Ahora, a toro pasado, lo veía muy claro; antes, su corazón le cegaba.

…Tú querías llegar hasta el lugar
donde se juntan el cielo y el mar.
A los cuatro vientos me dio por cantar
los mandamientos que grabaste en mi piel
y me obligaste a replicar con religiosidad,
fuente de mi felicidad…

Se saltó su ética profesional al mantener una relación con una clienta. Una paciente casada con el mayor mafioso de Argentina, el Coronel. Fue obligada por su marido a recibir terapia debido a varias depresiones por las que había pasado. Marcos se enamoró de la mujer a las pocas sesiones y ella también. El miedo a las represalias, si eran descubiertos, les hizo ir con pies de plomo.

Pero la vida de Delia era una tortura, aunque se arropara con seda y lujos.

…Separados por la fuerza de nuestra voluntad.
El tiempo hizo mellas, demasiadas y al final
de ti no sé nada y de mí ni te acordarás.

Alguien llamó a la puerta de su habitación. Se acercó y al abrir la puerta Alba entró silenciosamente. No dijeron nada, solo se abrazaron y bailaron al son de la música. Y pasó lo que pasa cuando dos personas se encuentran y luchan juntos contra la soledad.

El beso de la venezolana, esta vez, no pilló desprevenido a ninguno, pero Marcos se apartó un segundo.

—Estás loca por seguir con esto.

—Tanto problema te creo. —Marcos no decía nada excitado con el sabor de su boca, todavía jugando en sus labios—. Ya sé que no soy Delia, esa dichosa mujer, pero…

Marcos cortó la frase de Alba con un beso apasionado, entregado y, ahora sí, inesperado. Se quitaron la ropa mientras se besaban y tocaban. Se tumbaron en la cama. La erección del argentino la recibió con agrado la experimentada prostituta. Esta se excitaba como hacía tiempo que no lo hacía mientras aumentaba la fiebre en ambos y entonces entró en juego la atrofia del momento. Demasiados años de abstención sexual e ingesta de alcohol en el hombre. Suma que provocó un fuerte contraste ante la destreza de Alba, dando como resultado un coito apresurado con una eyaculación precipitada e imparable. Apenas hubo penetración. Sin llegar a preocuparles mucho la disfunción eréctil, fue una pequeña decepción para los implicados, que acabaron jadeando uno al lado del otro.

—Perdona, me hubiera gustado aguantar más.

Antes de que Alba pudiera replicar, Marcos la estaba besando con suavidad y mucha dulzura. Su rostro resplandecía bajo la tenue luz de la mesilla y sonreía a pesar de no haberse desahogado. Sonreía de alegría.

Le decía que no iba hacerle daño, pero su mirada venía cargada de intenciones. No le creyó y fue ella quien disparó primero, entregándose sin esperar nada. Era imposible sentir más dolor del que había experimentado.

Por unos breves instantes, los besos y caricias ganaban de lejos a esa soledad compartida.

Llevaba a la espera casi una hora cuando apareció Alba por la puerta del portal. El matón se fijó en la cara de felicidad momentánea que vestía el rostro de la chica. Veía con claridad algo oculto en ese angelical comportamiento. No disponía de pruebas para quitar la venda de los ojos de Raugo, pero podía arreglárselas antes de que nada malo sucediera para el negocio.

Sus predicciones se iban cumpliendo. Tenía que poner fin a esa historia.

***

El pasado pesaba demasiado en el ánimo de Yolanda mientras repasaba qué demonios había sucedido en su vida. Era difícil no entregarse a la sed de

venganza por la traición recibida. Solo veía a dos personas que lo habían sido todo y que ahora se alejaban de ella sin miramientos. Su orgullo rechazaba las excusas que esgrimían contra su forma de hacer las cosas. Esa falta de atención les había servido como catalizador para desatar sus más bajas pasiones. Y ahí estaba ella, descompuesta y sin pareja.

Las lágrimas se habían secado, pero todavía le escocía la cara. Ese repaso a sus posibles traspiés emocionales la estaba volviendo loca. Claro que había cometido errores, como los demás. Para cada una de sus cagadas encontraba una réplica no menos importante de su marido o amiga. Empezó a atar cabos sobre situaciones que había pasado por alto y que ahora, con una perspectiva reveladora, concluían en sexo encubierto por el adultero y su amante. Todo casaba con una precisión pasmosa. Hoteles discretos y fines de semana alejados de la pardilla que luchaba por mantener el estatus social de su matrimonio sin saber lo que pasaba.

La visión de las bolsitas de cocaína sobre la mesilla de la sala ayudó a formar una morbosa imagen en su cabeza. En ella, la hija de puta de su mejor amiga colocaba una pequeña dosis en el miembro erecto de su marido mientras se lo restregaba con la lengua. Empezaron entonces a intercalarse varias instantáneas en las que se veía a ella misma en esa situación y al momento su cara volvía a ser la de Alicia. Seguía la secuencia de la penetración con la que tanto había disfrutado en su día, probando los efectos de la droga en sus juegos sexuales, pero seguía sin poder mantener su rostro en la mujer que gozaba del momento. La traidora acababa ganando la partida y ese maravilloso orgasmo.

Joder, era imposible sacarlo de su mente. Necesitaba apagar su cerebro. Otra raya podría ser la solución. Resultaba muy aburrido el dopaje sin un fin determinado. En pareja lo habían gozado una temporada. En el trabajo le había dado ese empuje que la hacía sobresalir, llegar a todo. Pero ahora mismo la estaba llevando a una espiral destructiva que no tenía ningún sentido.

Su ayudante, durante el primer año de programa, le propuso el tonteo con la coca cuando la vio algo cansada. Se lo ofreció como un complemento vitamínico que la ayudaría en su tarea. Enseguida se puso en contacto con su proveedor, que manejaba también otras opciones más suaves como anfetaminas o *speed*. Tenía un gran negocio montado suministrando ayudas químicas a la gente de la televisión, el cine y las artes en general, que veían en ellas una baza importante para desarrollar sus aptitudes o simplemente querían divertirse. Eran clientes muy responsables que aseguraban sus pagos religiosamente y tenían mucho que perder si se descubrían sus adicciones, por lo que eran los más discretos. Por no hablar de los contactos que le proporcionaban. Él y Yolanda habían conectado muy bien desde el principio.

Varios puntos de inflexión la llevaban a culparse, en esos ratos en que bajaba la guardia, por todo lo que había pasado. El orgullo se desactivaba por unos instantes y se tomaba conciencia del problema. Su trabajo la había

absorbido con demasiada fuerza ayudado por esa dependencia. Lo empezaba a ver claro: la suma de estos elementos parecía la causa más probable de un descuido tan prolongado.

Marcos retumbaba en su cabeza con la incómoda premisa que la forzaba a adaptarse al cambio. Una tarea muy difícil si seguía confiando en los estimulantes artificiales que tenía sobre la mesilla. Entonces empezó a darse pena. Esa pena que le provocaban las personas desgraciadas que caían en un círculo vicioso del que no podían salir y que terminaban llevando una vida humillante en las calles. Y, cuando pensaba que no le quedaban lágrimas en los ojos, estas volvieron a brotar. Se había convertido en una drogadicta a ojos de Manuel, la persona más buena que había conocido, y lo había alejado de manera definitiva de su lado. Lo había lanzado sobre los brazos de Alicia, otra bellísima persona, que había despreciado sin ni siquiera darse cuenta.

Todo este tiempo había querido fijar su atención en un foco equivocado y su automedicación le había impedido darse cuenta. Con rabia en los ojos, lanzó todos los fármacos y compuestos químicos que había sobre la mesilla al suelo. Se levantó, con decisión, a por una bolsa de basura y metió todo lo que había esparcido por la sala de estar. Acto seguido, la sacó a los contenedores de basura.

En casa, después, decidió borrar al camello y a su antigua ayudante de su agenda. Tenía mil maneras de volver a conseguir los números, pero todas ellas pasaban por contactar con gente con la que no quería hablar.

Fue una buena decisión, de la que se arrepintió pocas horas después. Sin saber cómo había llegado hasta allí, los basureros de su zona la ahuyentaron mientras intentaba recuperar sus estupefacientes del contenedor. Avergonzada y helada, subió al apartamento sin conseguir su objetivo.

Pedro había visto cómo Yolanda introducía medio cuerpo dentro de un contenedor de basura. Llevaba media hora aparcado en batería cerca del portal de su excompañera. No entendía qué pasaba, pero le dieron arcadas. Un tono marrón le vino a la mente acompañado por el recuerdo de un fuerte olor a heces. Le recordaba a los baños del estudio donde trabajaba a ciertas horas del día. Se le había quedado grabado en el cerebro a fuego. Cuando llegó el camión de la basura, la mujer salió corriendo hacia su bloque. Le pareció ver que iba con las zapatillas de casa.

No esperaba ver semejante estampa cuando dejó plantada a la preciosa prostituta que le proponía una sesión alucinante. Necesitaba descargar el mar de dudas que inundaba su estado de ánimo y una buena opción venía con poca ropa ofreciéndole una felación. El negocio no llegó a completarse porque su obsesión se encontraba en otro lugar.

Como un ave carroñera, se dedicaba a dar vueltas sobre el animal herido hasta que llegara el momento de poder hincar su pico en los restos de su maltrecho alimento.

La estampa que había observado con la actuación de su amada calmó en

parte sus ganas y le dio que pensar. «¿De verdad era esa mujer la indicada?», se preguntaba. Llevaba poco tiempo acosando a la expresentadora y le resultaba muy estimulante. La cantidad de información que tenía ahora de ella era sorprendente. Se dio cuenta de que tenía que aceptarla como era con la esperanza de que ella lo aceptara también con sus manías.

Otra vez subió la fiebre dentro del cómodo turismo. Quizás venía potenciada por las sucias imágenes contempladas. En todo caso, tuvo que desabrocharse la bragueta y masturbarse. Había bajado del pedestal a Yolanda y ahora no solo la quería hacer morir de placer, también la veía mamando de su verga hasta tragarse todo su contenido.

Cuando iba a correrse, descubrió que iba a poner perdido el salpicadero del coche y abrió la puerta rápido para descargar sus genitales en el asfalto. La puerta pegó en el coche de al lado y empezó a sonar la alarma antirrobo. El flujo de endorfinas se cortó de repente ante el susto y la adrenalina, dejándole una sensación de malestar en el cuerpo. Cerró el portón, alterado, y salió del lugar como si hubiera robado un banco.

Con el miembro de sus perturbaciones desenfundado conducía por la ciudad. Unas luces de advertencia volvieron a poner su ritmo cardiaco a tope. Solo le faltaba un control de alcoholemia para redondear la hazaña.

***

En la azotea, Yolanda se movía nerviosa a la espera de la dichosa llamada. Había dormido muy mal y no había comido nada desde la tarde anterior. Sabía que un simple tranquilizante le calmaría los nervios, pero se negaba a sucumbir. El temblor del brazo le volvía a atacar sin que pudiera remediarlo. Se intentaba autotranquilizar con poco acierto y empezaba a pensar que se había quitado todos los estimulantes demasiado deprisa.

El murete en el que se había subido para acabar con todo le sirvió de apoyo mientras volvía a observar la caída. El movimiento del brazo cesó al recordar el momento. Se centró en el milagro que había parado sus impulsos. Había sido milagroso. Le sobraba determinación, bajo el influjo de sus sustancias favoritas.

La llamada sonó de repente y le dio un pequeño susto.

—Hola, Yolanda, ¿Qué tal te encuentras?

—Muy mal. Fatal.

—¿Has dejado de tomar lo que fuera que tomaras?

—¿Cómo sabías que estaba…?

—¿Drogada? —cortó el argentino—. A ver, vos no sos la primera persona deprimida que hay en el mundo, ni siquiera entre tus vecinos. Es una mala costumbre humana enterrar los problemas bajo capas de drogas o vicios que calman nuestra ansiedad. Comer demasiado, beber demasiado, —Se sentía incluido en la lista—, consumir demasiados estupefacientes o practicar otros vicios más retorcidos parece ser la única forma efectiva de combatir el mal a

corto plazo. Puede ser un problema mayor a largo plazo.

—Llevaba mucho tiempo enganchada sin admitirlo.

—Y será una de las causas desencadenantes de tu frustrante estado actual.

—Me ayudaba en el trabajo, pero no en mi vida personal.

—Y sientes que necesitas tomarlo de nuevo.

—Sí, me está creando mucha ansiedad.

—Escucha, se te pasará, va a ser duro, pero se te pasará. Recuerda qué te ha quitado y en qué te ha convertido. —Marcos podía adivinar la tristeza en su interlocutora al descubrir que su marido había cohabitado con alguien desconocido, alguien con el que no había firmado un contrato de convivencia.

—No me daba cuenta. —Casarse para lo bueno y para lo malo ya no funcionaba como antes. Nadie tenía por qué aguantar la transformación de su pareja en un ser inaguantable. La mujer no lo habría aguantado si hubiera sido al revés y con seguridad habría terminado antes la relación—. Soy una mierda.

—Acabas de recibir demasiadas hostias seguidas, Yolanda, pero me estás haciendo caso. Has hecho el esfuerzo de analizar tu vida y descubrir lo que te está pasando. Prepárate para pasarlo mal, porque esto es el comienzo de una larga agonía.

Un fuerte bufido fue todo lo que pudo aportar Yolanda a ese comentario.

—Ya sé que se te cae la casa encima, pero tienes que esforzarte en encontrar algo que te distraiga.

—No tengo ganas ni de peinarme.

—Coge fuerzas. Come verdura, chocolate, fruta, lo que más te guste. Sal a dar una vuelta cuando dejes de sufrir náuseas. —El síndrome de abstinencia solía ser muy fuerte tras la ingesta de drogas durante mucho tiempo; variaba según el nivel de dependencia, pero siempre se apreciaban unos síntomas comunes.

—No puedo comer nada.

—Tienes que comer, a pesar de tu descomposición, y beber mucha agua. A ver, no soy tu madre. Te digo lo que tienes que hacer para estar bien.

—Para qué voy a hacerlo. No voy a recuperarlo nunca. —Volvía a pegar otro golpe a su corazón. En el caso de que volviera su marido, no estaba segura de querer seguir con él. Demasiada desconfianza.

—Tampoco soy una pitonisa. Tienes que procurar recuperar tu vida, lo demás vendrá solo.

—Mi vida no vale nada.

—Mira, ya sé que no te conozco y no puedo valorarte de manera objetiva, pero la vida es lo más valioso que tenés. Hay que tragarse el orgullo y reconocer nuestros errores para poder avanzar.

—Tienes razón, no me conoces —replicó ante la imposibilidad de renunciar a su orgullo.

—Hazme caso, búscate algo con lo que pasar el tiempo. Por cierto, si no puedes ir a trabajar, deberías pedir la baja.

—Puedo aguantar. —Le venía muy bien estar sin la irremediable visión de sus compañeros de oficio.

—Entonces, tu trabajo puede ser una manera de distraerte, aunque si estás dejando alguna medicación fuerte, ten mucho cuidado, deberías acudir a tu médico.

—No quiero ver a nadie.

—Es muy arriesgado. —Quería ofrecerse para ayudarla físicamente, pero el yugo que le oprimía el cuello le forzaba a no relacionarse más de lo necesario. Intentaba no comprometerse demasiado—. Prométeme que, ante cualquier signo importante de deterioro, avisarás a emergencias o te irás a urgencias.

—No te preocupes. —La mujer no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer. Tampoco sabía lo que se le venía encima.

La ansiedad se había reducido a lo largo de la conversación. Se encontraba muy a gusto hablando con el teleoperador. En parte, porque sabía de lo que hablaba y, en parte, porque le hacía sentir diferente con su atención desinteresada.

***

—Hombre, ¿ya te ha dejado salir de casa tu novia? —Uno de los asiduos feligreses del tugurio preferido del argentino se alegraba de esta manera al volver a verlo, después de casi una semana sin coincidir con ellos.

—Hay que cuidarla… —contestó el aludido sonriendo. Iba a añadir una de sus frases con connotaciones irónicas, pero decidió tener la fiesta en paz—. Veo que por aquí no cambia nada.

—Tengo un excedente de *whisky* por tu culpa. —El camarero también reía, contento por ver a su amigo en el bar. Sin dudarlo le llenó un vaso.

—Ahora sí que lo veo lleno —dijo mientras miraba a través de cristal el líquido marrón claro. Era sorprendente cómo la gente mostraba cierta conexión. No esperaba nada de los marineros que jugaban a cartas y, sin embargo, ahí estaban, saludando como si añorasen su presencia. Daban igual las miserias de cada uno, los detonantes de esa existencia sedentaria, la vida te ponía a prueba y siempre se notaba el hueco que alguien dejaba.

—Hemos deducido que te has echado novia. Te has vuelto muy formal. —El camarero intentaba dar un sentido a tan efusivo recibimiento.

—Ya veo que se celebra con mucha energía un noviazgo reciente, pero no es mi caso. —La conciencia gritaba: «Alba, pedazo de cabrón». Estaba acostumbrada a perder en estas lides.

—Sea lo que sea, te aseguro que te está sentando muy bien.

—Perfecto. Brindo por ello. —Marcos alzó su vaso, a la espera del choque de vidrios—. Por las mujeres, por todas. Por su fortaleza, gracias a la cual estamos hoy aquí.

El ruido del brindis fue recibido con sonrisas en todo el local y por unos

segundos la rutina se convirtió en fiesta, en alegría. Solo por unos segundos.

El extranjero abandonó el bar más tarde de lo que había imaginado. Quería correr hacia la pensión y lanzarse sobre la guapa venezolana. El sabor de sus labios y la suavidad de su piel lo excitaban de manera desmedida. Ahí radicaba el problema: empezaba a darle demasiado espacio en su atormentado corazón y sabía que, a la larga, sería un grave error. La espectacular alma y humanidad de la chica lo enamoraron desde el día que la conoció. No se merecía a un desgraciado como él.

Le costaba mirarla a la cara. Se estaba aprovechando de la situación para calmar el dolor que arrastraba. Se consolaba haciéndola reír ya que pensaba que esa risa la beneficiaba. Como si fuera a soportar la porquería que aguantaba todos los días para que un payaso cobarde le hiciera dos chistes. Una realidad que le carcomía por dentro.

Alguien se acercó por detrás. No lo vio venir y supuso que salió de uno de los callejones. Con un brazo poderoso lo estranguló mientras lo arrastraba al callejón.

—Te gusta jugar con los juguetes de los demás, ¿verdad? —Tiraba del argentino dispuesto a darle un susto de muerte.

Marcos había sacado de su bolsillo la navaja automática y se la clavó en el brazo. Estaba demasiado sobrio como para dejarse matar.

El atacante no gritó, solo emitió un leve sonido de dolor. Algo no encajaba, esperaba un tiro en la nuca o algo parecido. Esto era una chapuza de principiante.

—Vas a decirle al Coronel que… —empezó a decir hasta que se dio cuenta de que se trataba de Pascual, el gorila de Raugo. Se apartó confuso y un poco preocupado por su comportamiento. Mantenía el cuchillo en alto, no iba a permitir que ese mastodonte se acercase.

—Esto es una advertencia, pequeño cabroncete. —Se acercaba con el brazo ensangrentado—. Aléjate de las chicas de los demás.

—¿Quién coño eres? —Quería intentar demostrar que no le conocía de nada. Era más seguro para Alba y para él.

—Por un momento pensé que me conocías, bastardo.

Marcos negó con la cabeza. Era evidente que estaba muy nervioso.

—La próxima vez que te vea cerca de Alba, traeré la artillería pesada.

—¿Qué mierdas dices? No tengo nada que ver con esa zorra. —Había sonado más convincente de lo que esperaba. Guardó la navaja, intentando parecer calmado—. No sé de dónde sales, pero te estás equivocando conmigo.

—Te aconsejo que cambies de pensión si no quieres acabar mal.

—Métete tus consejos por ese agujero que llevas en el brazo.

El argentino salió del lugar. Las piernas justo le sostenían y la cabeza se le había embotado, creando una rigidez en el cuello y en la parte alta de la espalda que le impedía correr con normalidad. El terror lo abrumaba.

Pascual lo vio alejarse en dirección a la pensión. Reconoció que la

balanza se había inclinado demasiado del lado del alcohólico. Tenía claro que huía de algo. Algo relacionado con un coronel.

Marcos llegó alterado a su cubículo, se limpió la sangre del gorila, se cambió de ropa y se sentó nervioso en la cama. Al poco rato, Alba entró en la habitación. El argentino se acercó a ella, la besó, recreándose en sus labios y sus manos durante un buen rato, y acabaron haciendo el amor como si no existiera nada en el mundo más que ellos. Esta vez ambos se desahogaron a gusto. La existencia se hizo soportable e incluso merecedora de toda pena.

Cuando lo ves todo negro, te agarras a cualquier gris oscuro.

6. Una llave para un cambio de color

Parecía que su imagen había mejorado un poco al añadir algo de color a su suéter. Pedro había aceptado de buen grado los consejos de una guapísima tendera que conocía mejor que nadie los devaneos de la moda. Enseguida le colocó varios pantalones y jerséis que se adaptaban a su cuerpo como un guante. Las sesiones de gimnasia casera se notaban en su figura.

Se sentía mal ante una visión tan gratificante de su cuerpo. Esa educación tan conservadora que le habían inculcado sus progenitores y que rechazaba con todas sus fuerzas parecía permanecer en letargo en alguna parte de su mente, esperando ocasiones como esta. Salía entonces de su escondite y se hacía fuerte ayudada por las inseguridades de Pedro. Le provocaba una desazón estúpida. Algún día tendría que deshacerse de los testigos mudos que seguían con el control de sus vaivenes morales. En su cabeza todo era factible, la influencia de sus muertos también.

Después de mirarse veinte veces se autoconvenció de su progreso estilístico y dejó de ver los fallos que todavía persistían en su rostro. Las gafas las necesitaba para poder desenvolverse con normalidad y la idea de ponerse lentillas no le agradaba nada, pero saltaba a la vista que podía ganar cierta frescura si se las quitaba.

De estar apoyado sobre el lavabo, intentando sumar arrestos a su mermada autoestima, pasó a salir del baño con mucha energía. Esto indicaba que había conseguido su objetivo y nada más apagar la luz, otra vez, volvían las dudas. Parecía un coche con el embrague roto, aceleraba y frenaba todo el rato.

Se negó a seguir con el eterno debate frente al espejo y dejó su casa en busca de una inesperada fortuna. Algo a favor del extraño carácter del cámara era la certeza de que, si quieres algo, tienes que ir a por ello. En muy raras ocasiones ocurría lo contrario.

El camino hasta el portal donde vivía su amada fue un trayecto borroso. Intentaba imaginarse la conversación que mantendrían. «Hola, Yolanda, quería saber si estás bien», repitió en alto varias veces cambiando el tono para parecer más creíble. Se daba cuenta de que cualquier frase que viniese de su boca sonaría rara, ya que casi nunca hablaba. «Me importa mucho cómo te encuentras» sonaba demasiado directo.

Un coche que salía de un aparcamiento cercano al edificio de Yolanda lo sacó del trance y decidió aparcar. Estaba seguro de que la mujer se encontraba sola ya que había hecho un seguimiento exhaustivo a su marido, constatando la relación extramatrimonial de Manuel. Le llevó más de una semana asegurarse de la soledad reinante en el piso de la expresentadora.

***

Yolanda se había despertado temblando. Sus expectativas sobre el síndrome de abstinencia habían caído en picado desde el primer día. Las últimas diez jornadas prefería no recordarlas. En una de ellas, no había podido atender la llamada de Marcos. Le era imposible hablar. Al día siguiente, logró descolgar el móvil y escuchar la voz del argentino. Este era consciente de lo que le ocurría, por lo que fue un monólogo de ánimos que agradeció mucho la mujer. Otra vez las palabras adecuadas, aunque duras, resonaban en su cabeza y tiraban de ella. Tenía que cuidarse.

Se levantó haciendo un esfuerzo increíble. Su cuerpo no quería moverse y parecía agarrotado. Los pensamientos recurrentes no ayudaban en nada. Pasaban de anhelar con desgarro los tranquilizantes y los estimulantes a recordar los buenos momentos vividos con Manuel en cada rincón de la casa. Todas sus adicciones se habían visto privadas de su materia prima. Temblores, retortijones y tics nerviosos se reproducían continuamente.

Tenía que comer algo, aunque moverse hasta la cocina lo había descartado varias veces. Cocinar en su estado y subir al Everest resultaban tareas igual de complicadas. Por suerte, o por cierta previsión inconsciente, después de ser humillada y estar destrozado su ánimo, había comprado varios productos para picar con complementos alimenticios rápidos de ingerir y muy energéticos. El problema es que estaban en la cocina.

Atravesó el pasillo apoyándose en las paredes como si sufriera la misma enfermedad que sufrían los zombis de Romero. Al final del pasillo consiguió ponerse recta. Respiró hondo, esta vez sin sufrir una tos imparable. Buscó un papel de cocina para sonarse la nariz reseca y repleta de mocos duros como nunca los había tenido. Reclamaban ese lugar que se les había negado durante tanto tiempo. Ahora campaban a sus anchas.

Localizó los tentempiés en uno de los armarios de la cocina y se comió tres mientras calmaba sus nervios. Se centró en la composición del preparado y se relajó un poco. Leer algo sin sentido la distrajo un momento.

Un olor a axila sin lavar durante cinco días le despertó ciertas inquietudes que había dejado de un lado. El chute de calorías parecía haberle sentado bien. Una ducha caliente seguro que la ayudaría a encontrarse mejor.

Salió de la cocina camino a la *suite* mientras se quitaba la ropa y sufría varios calambres en las articulaciones. Desnuda bajo la cálida fuente de agujas líquidas, notaba cómo sus males corporales se disolvían. El plato de ducha era amplio y se podía mover con soltura. Humedeció sus fosas nasales e intentó expulsar las rocas pegadas en sus paredes. Algunas dolían demasiado, otras caían solas. Ayudada de una suave esponja empezó a frotar despacio sus extremidades. Su piel agradecía esos mimos, esa atención, descuidada como había estado durante los últimos días. Llegó entonces a los pezones duros por el cambio de temperatura. Siguiente turno: su entrepierna. Pedía más dedicación y un cambio de instrumento. Con las yemas de los dedos acarició

los labios que flanqueaban el acceso a su vagina, provocando un aumento inmediato del riego sanguíneo y mucosidad interna. Buscó el clítoris. Soltó el aire con un jadeo placentero y empezó el movimiento rítmico.

Algo dejó de funcionar de repente. Por muy intensa que fuera la fricción que ejercía, sus genitales parecían reacios a darle la satisfacción que buscaba. Enseguida llenó su mente de penetraciones protagonizadas por su marido a su mejor amiga. En esa misma ducha. Estaban dejándola sin su preciado espacio.

O quizás sus nervios, desbocados por la abstinencia, la bloqueaban y alimentaban nuevas paranoias. Al abrir los ojos para intentar borrar las imágenes pornográficas que había generado, una nube oscura le impidió ver con claridad. El pánico se adueñó de su cuerpo. Resbaló y se golpeó contra la mampara de cristal. No podía respirar. Consiguió abrir la hoja móvil transparente por la que había entrado y sacó medio cuerpo de la ducha.

Pedro estaba delante de la puerta del piso de Yolanda, con la intención de golpear la madera con sus nudillos. Se lo pensó y vio que tenía un timbre a la derecha. Iba a pulsarlo, pero otra vez lo atacaron las dudas. Se movía por el rellano como un perro nervioso.

Se tropezó con una arruga desgarrada de la moqueta y se dio cuenta del mal estado de la cubierta. Un edificio tan elegante y unos materiales tan obsoletos.

Le había costado un rato largo esperar a que saliera un vecino y así colarse en el portal. Sabía, desde que había instalado el equipo de alta fidelidad de Yolanda, que no había cámaras de vigilancia. El problema con okupas y robos todavía no había llegado a esa zona. Subió las escaleras mientras que comprobaba que los vecinos no daban ninguna señal de actividad. Podían haber utilizado ese espacio para colocar el ascensor y, sin embargo, lo habían desplazado a un lateral del edificio. La estética se mantenía, pero el coste debía haber sido el doble o el triple.

La alarma de la hora de la verdad estaba a punto de sonar y Pedro era consciente de su falta de coraje. El hecho de estar ahí, delante de la puerta, debería proporcionarle puntos extra ante los ojos de la mujer. Se sentiría halagada con tanta atención, siempre y cuando no descubriera la obsesión de su pretendiente.

Como su personaje de anime preferido, invocó las fuerzas de la naturaleza y sumó todo el valor que podía juntar. Se había alejado algo de la puerta, por lo que dio dos pasos para pulsar el timbre. Pero no llegó a hacerlo.

Yolanda abrió la puerta y salió corriendo desnuda y mojada de su apartamento, ciega y nerviosa, sin ver cómo el cámara, no menos nervioso, se apartaba hacia atrás, impresionado. Tampoco pudo ver cómo Pedro se tropezaba con la moqueta y caía por el hueco de la escalera.

La mujer se paró en el segundo escalón y se apoyó temblando en la pared.

El visitante se libró de la caída libre al agarrarse de uno de los barrotes de

la barandilla y cayó en el rellano de un piso inferior. Con la adrenalina recorriendo su cuerpo, no notaría el dolor de brazo hasta pasados veinte minutos.

Los dos respiraban muy alterados por la situación.

La piel mojada hizo sentir a Yolanda mucho frío, estaba helada. Se sentó sobre la moqueta de la escalera, notó las fibras en el trasero. La incomodidad era clara, pero dentro de su casa no podía respirar y fuera parecía que podía volver a coger aire. El frío y la dentera del tacto con la alfombra le agradaban solo porque la ayudaban a respirar con cierta normalidad.

Pedro estaba en *shock*. Veía borroso, sus gafas habían salido volando y se encontraban en el borde del hueco a punto de caer. Gracias a su complexión y reflejos había evitado una desgracia mayor. Solo pensaba en marcharse de ahí. Parecía que la mujer no había bajado por las escaleras, por lo que no sabía de su presencia. Todo había ocurrido muy rápido. Decidió coger las gafas y marcharse. Alargó el brazo y se resintió su espalda. Las gafas se le escaparon y cayeron hasta el portal, ante la mirada impotente de su dueño.

El ruido de la montura al chocar con el mármol reactivó a la mujer desnuda. Se dio cuenta de su exposición y regresó a su vivienda apoyándose contra la pared. Su visión se iba aclarando poco a poco. En el interior, volvió a la ducha, pero esta vez no se recreó con su cuerpo. Después intentó relajarse tomando una infusión en la sala de estar y se quedó dormida.

Pedro, en cuanto oyó como se cerraba la puerta, salió del lugar como un perro apaleado y con un fuerte dolor de hombro.

El encuentro no había salido como esperaba, pero para él sería inolvidable.

***

—Ahora veo bien, después de dormir cuatro horas. Me sigue vibrando la tripa y el pulso mejora algo.

—Estás echando todo fuera de ti —replicó Marcos tras oír los síntomas —. Me imagino que te habrás asustado mucho. Llevamos poco tiempo, no llega a tres semanas.

—Se me hace cuesta arriba.

—Es una escalada en toda regla, Yolanda. Hace unos días casi no podías hablar. —Recordaba las veces que la había apremiado para ir al médico, sin conseguirlo. Dejaba claro que se avergonzaba de su estado, incluso podía haber factores profesionales que la frenasen—. Tienes que buscar una manera de entretener tu mente. No me has dicho nunca cuál es tu profesión.

—Soy periodista —respondió tras pensárselo dos veces. Todavía no confiaba del todo en aquel hombre.

—Bueno, me acabas de dar una llave para usar en tu cajonera.

—Estoy intentando comer y beber para mantenerme en pie. Lo demás me sobra.

—Hazme caso, estás mejorando mucho. Como alimentas tu cuerpo, tienes que alimentar tu cabeza para que vea un futuro claro, plausible.

—No puedo hablar con nadie porque me derrumbo enseguida. Me da miedo la gente y para un periodista es necesario hablar con las personas. Salir de casa me parece imposible.

—Ya, y estar rodeada de recuerdos de lo que has perdido también es malo. Tienes que alternar para poder con todo. —Yolanda soltó un soplido de frustración—. Evita agobiarte. Te doy consejos, pero las cosas llevan su tiempo. Un tiempo que depende de cada uno.

—Tengo algún proyecto en pausa, pero está rodeado de cosas de Manuel. —Las veía como un ejército de monstruos, custodiando un tesoro, su tesoro —. Cada vez que me acerco no puedo con ello. Me siento como si estuviera en un campo minado.

—Es mucho suponer que tu situación no es ni remotamente parecida a vivir rodeada de minas. —Le reventaban esas comparaciones incorrectas y exageradas que nada tenían que ver con las auténticas tragedias que asolaban el mundo. No se lo iba a echar en cara—. Tienes que darte cuenta de que estás bien, puedes hacer lo que quieras. Has perdido algo valioso y tienes que afrontarlo. Ya sé que desde fuera se ve mucho más sencillo, pero esto no quiere decir que sea mentira.

Conversaron sobre la angustia de la pérdida y el tiempo pasó volando. Ese hecho no lo podía negar nadie, el mundo seguía su curso arrastrando gente viva y cadáveres.

***

Pascual observaba cómo Marcos abandonaba las oficinas de Bestphone. El argentino se paró en seco, parecía dudar sobre qué hacer. Cogió un taxi y se alejó del lugar. Lo había seguido desde la pensión, como tantas veces antes, y se le hacía raro que cogiese un taxi para volver a casa o al garito donde se emborrachaba. Podía llegar fácilmente a pie.

El esbirro de Raugo llevaba una investigación personal sobre la vida del inmigrante y no había conseguido gran cosa. Parecía que seguía a un fantasma. En la empresa no le dieron ninguna información relevante, ni siquiera su procedencia, que saltaba a la vista.

Intentó seguirlo, pero no encontró ningún taxi y apuntó el número de la matrícula.

Marcos se bajó del coche, pagó al taxista y callejeó unos minutos hasta llegar al locutorio. Sabía que el perro faldero de Raugo lo seguía y no quería llevarlo hasta el lugar donde se comunicaba con su hermano. Su jefe le había advertido de que había un armario empotrado preguntando por un argentino.

Se le estaba complicando mucho la vida y pronto se encontraría en la encrucijada de siempre: permanecer o huir. No podía alejarse de Alba. Estaba

desarrollando una dependencia hacia ella que lo llenaba. Empezaba a adorar su trabajo y sus conversaciones con Yolanda. Había construido varios pilares a su alrededor que se negaba a abandonar.

Al entrar en el local reconoció la canción que empezaba a sonar en el hilo musical. Esta vez se alejaba del talante latino. Un son de puro rock creado por una popular banda australiana amenizaba la tarde.

Corre un rumor por una mecha prendida,
sobre el amor de la bella Corina.
Su explosión y su onda expansiva
derrumba todo valor, coraje y osadía.

La bella Corina.
Dulce envoltura…

La rutinaria transacción económica con el encargado dio paso a la asignación de un PC libre. En pocos segundos se colocó delante de la pantalla y arrancó el sistema operativo. Antes de ejecutar el programa de comunicación, se deleitó con el riff de guitarra.

…El final de su viaje. Vive sin miedo la vida.
Te puede atropellar si descubre tus mentiras

La bella Corina
envidia de la Luna
Llena de caricias
las noches más oscuras…

Se colocó los cascos y se dispuso a hablar con su hermano, que no tardó en aparecer en el monitor.

—Hola, hermanito, ¿Qué hacés, compañero?

—Hola, Dani. Acá, sobreviviendo.

—Te ves muy bien, muy cambiado.

—Me aseé, nada más —respondió indeciso. Quería evitar cualquier preocupación.

—Eh, ¿cogiste? ¿Te agenciaste una piba?

—No…

—Es eso, boludo —cortó Daniel con una sonrisa, ante la dubitación de Marcos—. Vos sabés que no me podés mentir.

—No es lo que pensás. Estoy ayudando a un par de chicas con su día a día.

—¡Dos pibas! Sí que te apretaban las pelotas.

—¡Qué decís, boludo! Me refiero a terapia. Necesitan mi ayuda y me está ayudando a mí también.

Un breve silencio se apoderó de la conversación. Algo no cuadraba y

ambos lo percibían.

—Ten cuidado, hermanito. Sabés que todo está olvidado para mí y para tu cuñada, pero hay que esperar a que el Coronel muera. No hagas ninguna tontería. —Se preocupaba por lo que podía estar sufriendo su hermano, pero también necesitaba asegurarse de que todo su esfuerzo había servido de algo —. Ahora no es el momento de ser valiente, ya pasó esa oportunidad. Ahora toca aguantar.

Marcos lo miró serio. Esas palabras eran un jarro de agua fría en su estado de ánimo, ya que le devolvían recuerdos desagradables de su pasado. La muerte de Delia la llevaría sobre sus hombros el resto de su vida, pero no por ser el amor de su vida ni la causante de sus deseos de huir. Lo que más le pesaba era la vergüenza y la constatación de su propia cobardía.

La había dejado morir mientras escapaba, presa del pánico, del lugar del accidente. Si se hubiera quedado a su lado, la podría haber salvado. Tantos años de estudios y prácticas médicas para no ser capaz de tener la mente fría ante una situación de emergencia como la que había vivido junto a su amada. Quizás no la amaba tanto. Se marchó sin ver su error.

Unos días después del accidente, se había enterado de que la mujer había muerto de camino al hospital. Si hubiera llamado a una ambulancia, se hubiera salvado, pero el miedo a la pérdida y el terror provocado por el mafioso que lo había contratado lo superaron.

—¿Sabés que Pablito está metido en el Boca? —Daniel quería romper el hielo que se había formado—. Tiene una patada con la zurda que asusta.

Marcos no pudo más que sonreír al oír hablar de su sobrino, se alejaba un poco la nube negra de su cabeza. El mal ya estaba hecho y sus acciones pasadas pedían justicia. Notó entonces de nuevo la garganta y la boca secas. Necesitaba beber hasta olvidar lo que pasó.

***

El sofá de la sala aguantaba el cuerpo tumbado de Yolanda. Llevaba cuatro horas ahí postrada, sin intención de mover un dedo. Bueno, un dedo sí, el del mando a distancia. En la tele, una raya atravesaba la pantalla, tan rota como la espectadora. Entre las marcas se apreciaban los distintos programas de la tarde.

Su cabeza seguía dando vueltas al mismo tema. Lo había perdido todo y se lamentaba profundamente. La única manera de seguir adelante consistía en olvidar el pasado, pero cómo se hacía si te rodeaba por todos lados. Tenía que salir de ese apartamento. Sería lo más lógico. Cuando pensaba en la energía necesaria para buscar otro piso, la mudanza, la venta o alquiler del actual, se le quitaban las ganas. El período de abstinencia también influía, de manera negativa, en ese tipo de pensamientos.

Después del noticiario, que no aportaba nada bueno al conjunto de la sociedad, iba a empezar su antiguo programa. Antes de oír la sintonía, pasó de

canal hasta dar con una simpática película americana en la que un guapo empresario se encontraba por casualidad con una espectacular prostituta. La habían programado mil veces, pero seguía enganchando a la audiencia. Se trataba de una realidad irreal que mostraba dos mundos antagónicos, no tan aislados el uno del otro. Trataba un serio problema con mucha superficialidad. Nada tenía que ver esa joven prostituta con lo que te encontrabas en el Parque Central. El glamur de las americanas era sustituido por pura supervivencia y unas vidas ligadas al esclavismo encubierto.

Acababan de conocerse los dos protagonistas y Yolanda estaba llorando a moco tendido. Demasiados factores producían ese llanto, y el hecho de saber que al día siguiente podría hablar con Marcos le permitía relajarse. Se reía con los sutiles puntos de humor de la cinta. Delante de ella tenía la motivación para continuar con su vida, aunque le faltaran las fuerzas.

Debería cuidarse más, como decía el argentino.

***

Era el segundo vaso y se lo tomó de un trago.

—Tenías mucha sed —dijo algo asombrado el camarero mientras Marcos dejaba el continente vacío encima de la barra. Había llegado cabizbajo y casi no había cruzado palabra con nadie, algo extraño en él.

—Me estaba ahogando. Ponme otro.

—El Marcos de estas últimas tres semanas merece mucho más la pena que el borracho que todos conocemos. —No quería soltar la botella ni verter el líquido.

—Los tiempos pasados nunca fueron mejores, entonces. —El argentino mostraba una sonrisa irresistible.

—Solo digo que, si pasas un bache, no tires por la borda esa sonrisa. —Era hora de llenar el vaso.

—Ah, ese es el motivo, me quieres llevar al huerto. —Su gesto facial intentaba seducir al dueño del local.

—Tienes un repaso y no estás mal para tu edad.

—Tú tampoco estás mal. Si seguís llenando mi vaso, puede que acabemos rodando sobre un colchón.

Los dos tunantes rieron con ganas.

Marcos fue a dar el correspondiente sorbo a la consumición, pero paró cuando el líquido dorado llegó a media altura. Poco había durado su estado de buena esperanza, acribillado por el maldito cargo de conciencia. Se preguntaba hasta cuándo sería necesario pagar por sus pecados.

Miró de nuevo al pepito grillo que le había servido el *whisky* y entraron en su cabeza la calidez de Alba y la terapia con Yolanda. Eran dos buenas razones para escuchar a Jorge. Además, no le convenía bajar la guardia con el gorila que le pisaba los talones.

Tomó un trago tranquilo y a la salud del camarero. Algún día debería

agradecerle debidamente toda su ayuda. Este se preparó un chupito y le acompañó en el brindis.

—Por el nuevo Marcos —dijo el camarero.

—Por la muerte del viejo —contestó el argentino.

Esa noche no llegaría borracho a la pensión y, si se daba prisa, podría encontrar a Alba antes de que se fuera a su faena. El estómago se retorció al pensar en la profesión de la chica. Era difícil encontrar la solución para su compañera. Con una terapia no conseguirían nada. Ni él ni ella estaban en situación de acudir a la policía, o eso pensaban.

Dejó el vaso medio vacío, se despidió y salió del local deprisa. Quería besar y abrazar a la venezolana. Quería que supiera que aún estaba a su lado.

Era todo lo que podía ofrecer en ese momento.

***

—Me alegro mucho de verle otra vez por aquí. —El tendero de la floristería le tendió la mano derecha, pero al ver que Pedro tenía la suya inmovilizada por un cabestrillo, la apartó apurado—. Espero que no sea nada grave.

—Qué va —respondió el cámara sin darle importancia. Llevaba una semana ya con el brazo derecho inmovilizado y parecía que remitía el dolor —. Quería una docena de rosas blancas.

—Una excelente elección. ¿Han vuelto los admiradores de Yolanda?

—No, no, son para mi madre —mintió por no mandar a la mierda al cotilla vendedor de flores.

—Muy bien hay que cuidar a las mamás, son lo más importante que tenemos. Un momento.

Se metió en la trastienda mientras Pedro lo fulminaba con la mirada. Tenía los ojos despejados, esta vez se había puesto lentillas. Antes de comprar otras gafas decidió probarlas. Le había costado mucho colocárselas en los ojos los primeros días. Ya se estaba acostumbrando al proceso.

Era una sensación muy agradable no ver el marco de sus gafas siempre encajonando la realidad que observaba, manchándola. Sin embargo, le parecía estar expuesto al mundo de manera directa. Su timidez estuvo a punto de acabar con las lentes. Dio un paso de gigante al obligarse a salir de casa y hacer las compras cotidianas.

El espejo, que tanto odiaba antaño, ahora le daba muchas satisfacciones; podía comprobar de primera mano el cambio que estaba experimentando su aspecto físico.

—Aquí tiene, frescas y recién cortadas. —El tendero hizo una pausa mientras miraba muy atento a Pedro—. Veo que has cambiado mucho tu imagen. Estás muy favorecido.

—Gracias —contestó el adulado tras unos segundos vergonzosos—, solo me he quitado las gafas.

—Te veo un tono más natural y fresco.

El cliente le devolvía los halagos con un gesto de confusión. Parecía que estaba coqueteando con él y le resultaba extraño. Empezó a sentirse incómodo.

—¿Te pongo una nota? —preguntó después de unos segundos de silencio tenso.

—Eh, no, no hace falta. —Dejó de emparanoiarse. Ya conocía bastante a su interlocutor como para saber que siempre había sido muy detallista en su trabajo.

Pedro salió de la floristería con el objetivo fijo de atacar la fortaleza de su amada, sitiando su corazón a base de flores hermosas. No eran del color que él prefería, pero estaba dispuesto a tomar como predilecto cualquier tinte. Todo por conseguir su meta más deseada.

La tienda de flores estaba a veinte minutos del edificio de la expresentadora y, como había salido un día muy bonito, que ahuyentaba el gris de sus amores, se animó a recibir ese baño de luz y el ambiente primaveral, dando un paseo hasta el portal de Yolanda.

En pocos minutos se nubló su espíritu, no así el cielo, al ver numerosas amenazas de accidentes rodeándolo. Sus últimos actos pasionales habían descarrilado de manera escandalosa. Sobre todo, el que protagonizó en la escalera, en el que casi se mata. Parecía que el destino hacía todo lo posible para que no se acercara al fruto prohibido. Las obras de la calle le hacían variar su trayectoria. Un pitido le ponía las pulsaciones a ciento veinte en medio segundo. Todos los perros le ladraban. Sentía los ojos de sus padres desde el firmamento, poniendo obstáculos en su camino para conseguir retenerlo en su casa solo e infeliz. Enseguida desechaba esa posibilidad, ya que estaba seguro de que sus progenitores tenían que estar ardiendo en el infierno. Entonces otro pitido lo hacía tambalearse en sus convicciones y llegaba a la hipótesis de que, a lo mejor, desde el infierno, podían influir sobre él. Quizás Satanás había sucumbido a la mala hostia de su madre.

Una hora más tarde estaba delante del edificio de Yolanda. Ahora le quedaba llegar al tercero.

Esta vez tuvo suerte y en menos de diez minutos uno de los vecinos le brindó la posibilidad de entrar. Sin pensarlo dos veces subió al ascensor, más seguro que las escaleras cubiertas de esa alfombra traicionera. Al salir del elevador se tropezó con la moqueta del descansillo. Se había centrado en lo que iba a decirle a Yolanda y había olvidado el peligro bajo sus pies. El resultado fue otro susto de muerte que lo colocó delante de la puerta del domicilio de Yolanda con las pulsaciones a tope.

Llamó cuando pudo juntar todo el coraje que tenía. Esta vez, se quedó quieto enfrente del apartamento. Temía moverse y acabar tirado por el suelo como hacía unos días. Nadie acudió a la llamada y volvió a apretar el timbre, algo más relajado. Pensaba que no estaba en casa.

Yolanda abrió la puerta.

—Hola, Pedro. ¿Qué haces aquí? —La mujer iba en bata, con el pelo recogido. Estaba metida en su bucle de víctima de adulterio, del que la llamada le había sacado de manera efectiva. Pensaba que serían testigos de Jehová, pero al mirar y ver al cámara en el rellano con un ramo de flores, le dio un vuelco el corazón. Cogió el batín de seda que tenía tirado en la sala de estar, se recogió la melena despeluchada y se lavó la cara con las manos. En el espejo del pasillo se mostraba una imagen de suficiente.

—Hola, Yolanda —consiguió decir tartamudeando—. Quería saber qué tal estabas.

—Ah, bueno, voy tirando —respondió con dignidad.

A pesar de estar sin maquillar y sin preparar para su pretendiente, se mostraba maravillosa.

—Te he traído un regalo —dijo mientras le ofrecía las flores.

—¿Te parezco enferma? —Las preciosas rosas le estrujaban el corazón, que al estar a la defensiva veía lo que no había. No estaba acabada o enferma como para recibir esos presentes.

—Perdona. —Pedro se mostraba muy avergonzado.

—Tranquilo, soy yo, que estoy muy... —Comprendía que se había pasado —. ¿Qué tal estás tú?

—Bien, —Hasta ahora, que se sentía como una mierda—, se te echa de menos. —Lanzó la granada que tenía preparada.

—Gracias, pero ya ves que no han tardado en sustituirme por esa niñata.

—No vale como tú. —Estaba improvisando y se le daba mal.

—Gracias por las flores, son muy bonitas —dijo mientras recogía el ramo. Se quedó indecisa, ya que no podía dejarle entrar, tenía la casa hecha unos zorros—. Perdona, pero tengo que prepárame para ir a una reunión. —Sonó como lo que era, una excusa. Pedro sabía que no se movía de su casa para casi nada.

—Oh sí, claro, me alegro de verte bien.

—Gracias de nuevo y… te veo cambiado. Estás muy guapo sin gafas y tan arreglado.

—Gracias, tú… —No salía nada de su boca.

—Voy a ponerlas en remojo —dijo intentando suavizar el momento incómodo. Quedaba patente que su aspecto no era muy loable y no quiso darle mayor importancia. Tampoco se le ocurrió pensar que la timidez de su compañero era la causante de su falta de adjetivos—. Muchas gracias por la visita.

El aventurero enamorado no supo qué decir y solo pudo asentir. La puerta se cerró ante sus narices, dando por zanjada la pequeña empresa. Se sentía como un idiota por no haber insistido o aportado algo más a la situación.

Ahora le quedaba llegar hasta el ascensor sin ningún rasguño y llegar a su casa sano y salvo. Iba a ser difícil, ya que estaba completamente anulado y cualquier peligro se lo comería con patatas, sin posibilidad de reacción

alguna.

Yolanda se quedó al lado de la puerta, helada con las rosas en sus manos. ¿Qué le había ocurrido? Se había convertido en un témpano que no era capaz de valorar un detalle tan apreciable como el que acababan de tener con ella.

Fue directa a echar el ramo a la basura, pero se lo pensó un poco y decidió buscar un jarrón adecuado para su regalo. Enseguida se sintió mejor. Parecía que, al cuidar las flores, no estaba haciéndole ningún desprecio a la única persona de su entorno que se había preocupado por ella.

Era incapaz de considerar el alcance de su acto sobre Pedro. Este se predisponía a soportar el peor de los escenarios, como tantas veces, pero un par de puñaladas en el corazón le habrían resultado menos dolorosas.

Se volvió a tumbar en el sofá, no sin antes colocar el ramo al lado del televisor. La hermosura de los cogollos blanquecinos impactó directa en su memoria, recordó su gloria pasada. Al hacerlo, acudieron las lágrimas. Le resultaba muy difícil salir de ese bucle.

***

El auricular pegó con más fuerza sobre la base del teléfono por culpa de la desidia de Marcos. Lo dejó caer muy rápido. La conversación con su hermano el día anterior, el abandono forzado de Alba después de hacer el amor y la sensación de ir directo al matadero volvían a martirizarlo. Solo la conversación que tuvo con su amigo en el pub lo animó un poco. Muy poco.

Faltaban apenas diez minutos para llamar a Yolanda, algo que también le despertaba sus ganas de seguir adelante.

Miró hacia un lado y descubrió a su jefe observándolo fijamente. Su expresión era muy seria. El argentino intentaba descubrir si sabía de la existencia de esa hora diaria de terapia mutua que mantenía. Desde el principio supo que no debía decirle nada a Alfredo, ya que se activarían protocolos que *a priori* serían perjudiciales para Yolanda. Demasiado agresivos con alguien en un estado tan frágil. Si lo analizaba con frialdad, se daba cuenta de que había arriesgado bastante.

Volvió a coger el auricular como si no pasara nada. Era la única mesa que tenía un teléfono tan antiguo y todo por cabezonería del operario. Le encantaba la ergonomía de esos aparatos, ahora prehistóricos, pensada para hacer más grata la conversación. Las pantallas planas se clavaban en la oreja.

Marcó el teléfono que tenía memorizado.

—Hola, Marcos —respondió la mujer antes del segundo tono. Podía significar que estaba ansiosa por hablar.

—Hola, Yolanda, ¿qué tal estás?

—Agotada. No consigo pensar en nada que no sea Manuel. Esto no va a acabar…

—Escúchame atentamente —cortó su terapeuta—. ¿Empezaste a trabajar

en algo?

—No —respondió tras unos breves instantes.

—Te equivocás si pensás que tu cabeza se va a arreglar por arte de magia. Tenés que entretenerla, cambiar sus pensamientos gozosos con Manuel por retos, encrucijadas o preocupaciones nuevas. Así alimentás con comida sana tu cerebro.

—Lo he intentado, pero no puedo.

—Sí puedes, ya lo has hecho antes. Lo has hecho ahora al dejar de consumir esa falsa felicidad que te proporcionaban las pastillas y los excitantes. —Habían hablado largo y tendido de las drogas que habían tomado los dos y de lo artificial de sus efectos. Marcos conocía más drogas aptas para la depresión, pero veía muy peligroso mezclarlas con la desintoxicación o con la capacidad de dependencia de la mujer—. Agarrá lo que necesités para empezar con un proyecto nuevo. Vos escribís, es una vía muy interesante para sacar toda la basura que te agarrota el cuerpo. Bueno, me repetí de nuevo solo porque creo que tenés la solución delante.

—No sé si podré.

—Hay algo que hace casi todo el mundo, deshacerse de los objetos que te recuerdan al ser querido y su pérdida. También hablamos de ello, pero me da la sensación de que no lo has hecho.

—No. —Lo consideraba como un acto definitivo, expulsarlo de su vida sin vuelta atrás. Sin vuelta a sus maravillosos recuerdos. El hecho de que no se hubiera dado cuenta nunca de la infidelidad de su marido lo engrandecía a sus ojos. Pensaba en el cuidado que había tenido para no hacerle daño. A pesar de no haber hablado con él en varias semanas, no quería dejarlo marchar.

—Ya es hora de que lo hagas.

—Hoy me ha ocurrido algo nuevo —dijo después de unos segundos callada.

—Cuéntame.

—Ha venido a verme un excompañero de trabajo.

—Eso está muy bien. —No habían hablado del trabajo, ella no quería tratar el tema. Marcos pensaba que trabajaba con una cuadrilla de malas personas, ya que no recibía llamadas ni visitas de ninguno de ellos. Ignoraba que muchos la consideraban alguien fuera de su alcance y otros la odiaban por ser quien era.

—Me he portado muy mal con él. Me pilló por sorpresa.

—Tienes que aceptar el afecto y las ganas de ayudar de los demás.

—Pero no estoy preparada.

—Ya, intenta ponerte en el lado de ese colega. Qué pensarías.

—Que soy una desgraciada.

—Arreglalo. Un simple mensaje puede solucionar un mal encuentro.

—No lo dejé entrar en casa, estaba todo patas arriba y lo despaché con una excusa de mierda. —Se notaba su cargo de conciencia.

—Entiendo, pero no alejes a la gente porque sí. Ten cuidado, ya que todos arrastramos nuestras taras y puedes espantar a las personas que no debes.

—Es un poco raro, aunque siempre ayuda en lo que puede.

—Hazme el favor de buscar una manera de entretenerte.

—Lo intentaré.

—¿Sobre qué sueles escribir?

—No sé si voy a poder volver a hacerlo. Quiero investigar y entrevistar a testigos, pero no me atrevo a salir.

—Ya lo estás superando. Claro que vas a poder hacerlo de nuevo. ¿Qué tal va la abstinencia?

—Parece que mejor. Ayer tuve otra crisis, pero ya estoy aprendiendo a controlarme.

Las nubes psicodélicas que la cegaban parecían despejarse y no se había dado cuenta de ello hasta que Marcos las mencionó.

***

Pedro estaba desgastando la tarima flotante de su piso, una explosión nerviosa le hacía moverse de un lado para otro sin parar. Había salido a correr doce kilómetros con la esperanza de calmarse un poco. Al llegar a casa notó cierta mejoría.

Después de la ducha volvió a empeorar. Se acercaba a las fotos encima de los muebles enfadado y con ganas de destrozarlo todo. Una especie de interruptor en su cabeza le obligaba a amagar la sacudida y no rompía nada. Se trataba de un tira y afloja en el que la pereza por recoger los pedazos y el odio al desorden se peleaban con la violencia que necesitaba demostrar para desfogarse. El resultado era algo cómico, ya que iba recorriendo toda la estancia dando puñetazos que no llegaban a ningún objeto.

«Debería haberle dicho que ella valía más que cualquier zorra del estudio. Que no llegará a nada el programa sin su presencia. Que era la mejor del mundo, de su mundo», pensaba. Pero su incapacidad por superar los bloqueos instaurados por esa timidez exagerada se lo había impedido. Era incapaz de apreciar todo el esfuerzo que estaba realizando.

Un mensaje en su teléfono móvil le llamó la atención. Lo miró con ganas de estrellarlo contra la pared, pero era extraño ya que no recibía nunca mensajes. Sus escasos amigos estaban fuera del país y apenas hablaban.

«Hola, Pedro, perdona por lo de antes. Te agradezco de verdad que hayas venido a visitarme.»

El nombre de Yolanda cortó su agresividad de sopetón. Era la remitente del comunicado.

«Tranquila, no pasa nada.», respondió al instante. «Ya estaremos la próxima vez.»

«Vale.»

Un subidón le puso a cien por hora el corazón que bombeaba sangre con

urgencia. Parte de ella rellenó los cuerpos cavernosos de su pene, erección inmediata. Solo quedaba elegir la forma de desahogarse.

Amigo de sus desconocidos.

7. Decisiones borrosas

Le había costado poner el CD en el equipo de música. Hacía tiempo que no escuchaba nada porque todo le recordaba a Manuel. Tenían artistas y grupos de música que compartían y otros que solo le gustaban a uno de los dos. Hasta los que ella prefería se convertían en los que su marido no aguantaba.

Una arcada acompañada de un sofocón la hizo retorcerse delante del armario con puertas de cristal que guardaba la colección de música. Empezó a hiperventilar y se calmó al ver el jarrón con las rosas. Todo el malestar desapareció. Unas energías renovadas se apoderaron de su ánimo. Cogió la cerámica con las flores y la paseó por toda la casa como complemento vitamínico para su espíritu. Su olor la relajaba.

Colocó en la bandeja el último disco de un gran rapero español que llevaba una larga carrera musical. Pionero en el país, era respetado por todos los seguidores del hiphop.

Buscaba una canción que le apetecía escuchar, una que despotricaba sobre los límites de la veracidad en las redes sociales.

Todo es pura mentira.
Tu boca no habla.
Prefieres no dar la cara.

Detrás de kilómetros de fibra
se te pudre el alma
vendida a la farsa…

Con las fuerzas renovadas empezó a hurgar en el armario de los trastos para desempolvar el proyecto que se centraba en la trata de mujeres en España. Cuando la entrevistó Almudena, le dijo que trabajaba en él, pero en realidad llevaba casi cuatro años almacenado junto a fotos viejas y recuerdos dolorosos. Era el momento de enfrentarse a sus miedos.

Lanzó una caja de cartón por el suelo, desparramando todo su contenido, justo en el momento en el que sonaba el estribillo.

…Sal a la luz del Sol.
Mójate con la fría lluvia.
Aparta el incómodo temor
a las experiencias desconocidas.
Cúbrete de rayos de Sol.
Deja que te lave la lluvia.
Corre a buscar el calor

y comparte con valor tu vida…

Sentada en el suelo, con su amuleto al lado, separó la carpeta que contenía el antiguo trabajo de los objetos que denotaban la felicidad de su vida anterior. La abrió y se pasó varias horas ojeando su contenido. Había mucho material para empezar una investigación profunda, enfocando el problema desde distintos puntos de vista. La policía, las mujeres esclavizadas, el negocio que representaba, la manera de traficar y un sinfín de apartados interesantes encendieron su curiosidad periodística.

Su estómago estaba muy estable gracias a que ahora podía mantenerse ocupada con un caso importante.

***

Marcos escuchó unos ruidos extraños a través de la pared de su habitación. Al parecer, alguien estaba vomitando en el baño de la venezolana. Daba vueltas a su situación y la idea de desaparecer de nuevo. El siguiente lugar de residencia podría estar en Sudáfrica.

Otra ruidosa arcada la sacó de sus sombríos pensamientos y decidió acercarse hasta la habitación de Alba para ver qué le pasaba.

Llamó un par de veces, pero nadie abrió hasta pasados unos segundos. Lo dejó entrar preocupada mientras intentaba ocultar su rostro.

A Marcos se le cayó el mundo a los pies cuando la trajo hasta él y descubrió que tenía el ojo hinchado y el labio partido. Le daba un aire bastante grotesco, eliminando gran parte de su belleza.

—¿Te lo ha hecho ese hijo de… ese boludo?

—No… estaba con un cliente y vomité encima suyo. No me pude contener.

La abrazó con mucha más intensidad mientras lloraba de impotencia y pena. La prostituta se relajó, deseando que ese contacto y esa presión no acabasen nunca. El ligero olor ácido de los jugos gástricos no consiguió estropear el momento.

—No tienes fiebre. Puede que sea una gastroenteritis —dijo el argentino al pensar en la posible causa de ese malestar.

Alba callaba. Sabía que era algo muy distinto. El contenido del estómago volvió a pedir su atención y un lugar por donde salir despedido. Se deshizo el nudo de la pareja cuando corrió hasta la taza del cuarto de baño apurada.

Marcos la siguió nervioso, todavía con la inaguantable sensación de no poder hacer nada. Solo verla sufrir.

Un predictor sobre el lavabo despejó todas las dudas sobre el estado de su compañera. Y entonces empezaron a sobrecargar su cabeza otra clase de cuestiones. Habían pasado varias tardes y mañanas acurrucados, riendo y disfrutando. Habían practicado sexo varias veces sin protección, sin medir los riesgos. Evitaban problemas más inmediatos todos los días y se entregaban en

cuanto podían para olvidarlos. Resultaba del todo coherente que estuviera embarazada de Marcos.

La chica levantó la cabeza y descubrió que su breve secreto había sido desvelado. La prueba no decía cuál era la identidad del causante del positivo. Raugo la obligaba a follar con condón con sus clientes, pero él quería sentirla envolviendo su miembro hasta correrse de gusto. Ella se hacía a menudo las pruebas de posibles enfermedades de transmisión sexual. Ese contacto directo era lo que todos buscaban y lo que quería dar a Marcos. Las píldoras anticonceptivas las conseguían a través de un médico que se dedicaba a ayudar a inmigrantes ilegales, pero desde la paliza que le había propinado el proxeneta no las había tomado con regularidad. Se metía muchas pastillas para los dolores y el insomnio. Los malos y buenos momentos se ocuparon de tapar el recuerdo del uso de este método anticonceptivo, dando prioridad a solucionar otras desgracias, y las consecuencias no se hicieron esperar.

—No puedes ir a trabajar en este estado.

—Tengo que pagar la habitación y mis gastos. —La joven era realista con sus posibilidades y dejar de trabajar no entraba en ninguna de ellas.

—Te puedo ayudar.

—No necesito tu ayuda, saldré de esta. No te preocupes. —Ambos sabían que eso no era posible. El problema y la continua preocupación formaban parte de sus vidas.

—Deberías tomarte unos días para recuperarte.

Tenía razón, pero tener que hablar con su chulo y rogarle por su salud no le apetecía nada. Se acercó hasta el argentino e intentó perderse en su pecho. No quería hablar, solo sentirle cerca, relajarse con el sonido de su corazón.

Los brazos del exiliado arroparon a la prostituta. Deseaba poder protegerla de cualquier peligro, pero él no era el adecuado y la chica lo superaba en todos los aspectos. La apretó fuerte contra su cuerpo.

***

—Hoy he conseguido recuperar un proyecto que tenía apartado. —Un silencio fue la respuesta de su interlocutor—. Le agradecí a mi compañero el haber venido a visitarme y parece… parece que las flores me ayudan. —No hubo réplica—. No sé si voy a poder remover la mierda de este mundo. Se me revuelve el estómago. —Marcos seguía mudo—. ¿Te ocurre algo, Marcos?

—Eh… no, perdona, es que he pasado una mala noche. —Estaba conmocionado todavía con los problemas de Alba y su responsabilidad en ellos—. ¿Cuál era tu propósito?

—Hay un foco de esclavitud en este país ligado a la prostitución y aquí, en esta ciudad, se intensifica.

—¿Os referís a la trata de mujeres, las prostitutas del Parque Central?

—Sí, pero no son prostitutas, son esclavas con las que otros comercian.

—Están indefensas —dijo mientras pensaba en su compañera de pensión

—. Es un mundo muy peligroso y lleno de demasiados intereses. —Parecía autoconvencerse de que no se podía hacer nada. Sus entrañas se removían al recordar el sufrimiento de Alba.

—Qué intereses ni qué mierdas, se trata de puro vicio y de la pasta que mueve. Debería estar erradicado en todas las sociedades. Nos vestimos de democracia, progreso y justicia cuando se siguen permitiendo estas atrocidades. Si no se puede atajar en un país como el nuestro, ¿qué posibilidades hay en un lugar menos desarrollado?

—Es un oficio muy viejo y siempre se ha hecho la vista gorda.

—No es un oficio, joder, es esclavitud. Quien haya elegido comerciar con su cuerpo sus razones tendrá, buenas o malas, pero hay mujeres que están obligadas.

—Veo que por fin estás dirigiendo tus energías en algo constructivo. —La confianza con la que defendía su postura era señal de que estaba consiguiendo salir del agujero—. Es una empresa muy ambiciosa, sabes que tendrás que salir de casa.

—Y entrevistar a policías, chicas y proxenetas. —Sabía que iba a tener que superar muchas barreras personales. Estaba acostumbrándose a hacer la compra por internet y cada vez se recluía más en su apartamento. Cuando afrontase esos miedos llegarían las trabas reales: tratar con la gente y conseguir sacar algo con lo que trabajar.

—Bueno, es un paso adelante. Tratá de no sobrepasar tus límites actuales. Ese mundo es muy turbio y perturbador. —Estaba sufriéndolo en sus propias carnes.

—¿Cuánto tiempo llevas en España? —preguntó tras una breve pausa en la que saboreó las palabras del argentino. Parecía saber mucho sobre el tema.

—¿A qué vino esa pregunta? —El desconcierto del psiquiatra se palpaba en la conversación.

—Eres inmigrante y me preguntaba si te habías topado con algún caso de estos.

—No… no, solo especulé con lo que se ve en las pelis. —Se sintió mal por mentir. Lo hacía por pura supervivencia. No le interesaba crear una relación entre su paciente y Alba. En su cabeza veía con claridad cómo una tijera se aproximaba a los cables del detonador de una bomba y se disponía a cortar el rojo—. Mi llegada a España fue normal. —Se olvidó mencionar el pasaporte falso que le proporcionó su hermano.

—¿Y cómo has acabado trabajando de operador?

—Todavía no me han convalidado mi expediente académico. Llevo ya casi tres años peleando. —Otra mentira, aunque, en su defensa, no se acordaba con exactitud del tiempo que llevaba escondido. Un lustro más o menos.

—Me ayudaría conocer a alguien para entrevistar. Por ejemplo, de tu trabajo, si es que trabajas con más inmigrantes. Saber cómo llegan hasta aquí. —Buscaba casos excepcionales de entrada en el país.

—Yolanda, tenés que contar con vuestra situación. Primero afrontá pequeños retos. Luego te podés lanzar a hacer entrevistas.

—Estoy recobrando un poco el control y tengo que planear mis pasos. —Entendía las precauciones que le comentaba Marcos, pero sus inquietudes también empujaban fuerte—. No te preocupes ya conseguiré información.

—Aparte de salir de casa y relacionarte, ¿te paraste a pensar en la chusma que trabaja en ese negocio?

—No hago otra cosa.

—Es un mundo peligroso y hermético.

—Quiero encontrar la llave que me permita entrar e informar.

—A ningún beneficiado por ese comercio le interesa esa publicidad y arremeterán contra ti. —Parecía querer convencerla de lo que él estaba convencido.

—Hay muchas chicas a las que seguro que les interesa. Entonces, ¿no conoces a nadie?

—No… no, nadie. Vivimos en un mundo globalizado y podés llegar a cualquier parte de manera sencilla.

El proxeneta que controlaba a Alba no dudaría en matar a quien se pusiera en su camino. Estaba seguro de que solo se movería por dinero y no consideraba que su paciente tuviera tanto efectivo para hacer negocio con semejante bestia. Tampoco podía imaginarse a nadie intentando razonar con él sobre la posibilidad de destapar su forma de vida.

Se calló con dolor y cobardía mientras buscaba una razón que diera legitimidad a su decisión.

***

Marcos entró en el locutorio vigilado por el secuaz de Raugo. Se introdujo pasados unos minutos a comprar un paquete de frutos secos y lo vio conectado en uno de los puestos. No había ninguno libre, por lo que decidió quedarse fuera sin delatar su presencia.

Más tarde preguntaría al dueño qué sabía del argentino.

Daniel sonreía alegre por poder conversar con su hermano cara a cara. Su hijo mayor destacaba en el equipo de fútbol en el que jugaba y prometía un futuro interesante.

—Es un *crack*. Nos va a sacar de la ruina.

—Muy bien, tiene buenos genes —dijo Marcos, recordando cómo jugaba su hermano de pequeño. Algo se removió en su conciencia después de saber que podía ser el padre de la criatura que gestaba Alba. Su cara se ensombreció de repente—. Sabes, he conocido a una mujer estupenda. —La sonrisa en el monitor fue desapareciendo según su dueño iba comprendiendo.

—Ah, ¿sí?, ¿del laburo? Espera, esa de la terapia.

—No, la conocí en un garito que suelo frecuentar —mintió para no

preocupar demasiado a su hermano.

—¿Una camarera? —Marcos asintió después de analizar la mentira—. Me alegro, por un lado. Creo que necesitabas algo así para levantar cabeza, pero ¿vos sos consciente de los problemas que le podés ocasionar? —Esa pregunta llevaba mucha más carga de lo que parecía. Estaba todo el calvario que habían vivido, para poner a salvo a Marcos y evitar las represalias del Coronel, y la imperiosa constatación de que había merecido la pena.

—No te preocupes —contestó con una sonrisa forzada—. Nos encontramos nada más. Es una belleza. —Sonaba forzada la necesidad de parecer una persona con una vida normal.

—Perdona, hermanito, siempre te doy la brasa. Sé que sos inteligente y que no te gusta jugártela.

—Claro que no, tenemos un trato. —Toda su alma se le fugó por el agujero de su conciencia—. Tengo que divertirme un poco.

—Eso es, boludo. —Otra vez volvía la sonrisa—. Podés cogerla cuanto vos querás, pero no pretendas más —dijo, quitándole hierro al asunto y confirmando lo que se temía. La manera de presentársela, sus dos adjetivos: belleza y estupenda, denotaban un calado importante en Marcos—. Aguantá, el hijo de puta tiene que morir pronto, o lo mato yo. Por el momento me siguen vigilando. No saben dónde estás.

Era difícil, pero Marcos todavía mantenía la máscara de ordinaria felicidad en su cara. Temía que, si cambiaba de gesto, la desesperación saltaría sobre el monitor y atravesaría a la velocidad de la luz el enorme charco que los separaba.

***

El camarero observaba callado al argentino ebrio. Hacía tiempo que no lo veía en ese estado. Después de tantas horas detrás de la barra reconocía las recaídas y, como siempre, confirmaban su poder destructivo.

El vaso volaba sujeto por la mano izquierda de Marcos, describiendo arcos que ayudaban a puntualizar su desventurado monólogo. Se reía con alguna de sus ocurrencias o le intentaba dar un aire gracioso. Era incapaz de ver la sonrisa de circunstancias esgrimida por el joven que lo escuchaba. Saltaba a la vista que no le hacía el mismo efecto. Quizás con tres copas entre pecho y espalda lo apreciaba de distinta manera.

Hablaba otra vez la desesperación por boca del borracho.

—¿Sabes qué es lo que no tenés que hacer nunca? —Si le dieran un euro cada vez que uno de sus clientes, atontado por los efectos del alcohol, le daba un consejo como excusa para no acabar como él, se llevaría una suculenta propina a la semana.

—Escuchar a un borracho dando consejos —contestó, aunque sabía que era una pregunta retórica.

—No… uy, eso dolió. Escúchame, no debés esperar que los demás

cambien su opinión sobre vos. —Su rostro se ensombreció pensativo—. Si los defraudaste una vez, el fraude se superpone a todo lo que hagas.

—¿Y qué debo hacer?, ¿emborracharme todos los días?

—Sí, eso deberías hacer —tardó unos segundos en responder sin cambiar su semblante—. Otra revelación, en esa peli de Humphrey —sonreía como si no hubiera tenido ningún lapsus mental—, en la que había nazis, se tenía que haber ido con la chica. Es una tontería buscarse los problemas de otros. —Se empezó a reír con ganas—. ¿No lo ves? Te lo dice un profesional de la psiquiatría. —Rio como si hubiera hecho el chiste del siglo.

—Me parece que ya has bebido suficiente. —Conocía al actor y la película de oídas, pero no estaba seguro de a qué se refería. No le quedaban dudas del poco caso que su cliente hacía al juramento hipocrático.

—Tenés razón, boludo. He tenido suficiente de muchas cosas. Te dejo con el cuarteto del mus.

Esto último sí le hizo gracia a su amigo. Los cuatro marineros jubilados no se enteraron de nada.

Marcos saltó del taburete y decidido salió de la tasca con decisión, no sin antes despedirse del camarero.

La vida lo estaba exasperando y el *whisky* le daba sobradas razones para gritarle a la cara.

Ya en la calle cruzó la carretera y vio al gorila de Raugo observándolo desde la acera. Le sacaba diez centímetros y más de veinte kilos de masa muscular. Sin embargo, las posibilidades de victoria de Marcos habían sido falseadas por la bebida y se encaró muy enfadado.

—¿Qué mierdas queré tu jefe? ¿Queré matarme, hacerme desaparecer?

El gorila se quedó mirando sin hacer ningún gesto. El increpador paró su arrebato sin llegar a acercarse mucho. Debió ganar terreno, ese dedo de frente que le avisaba de su segura destrucción.

—¡Sos un mierda! ¡Un boludo asqueroso! —Los dos individuos mantuvieron la mirada. Uno desafiante y otro expectante—. Putos explotadores. Dejadla en paz.

Estás últimas palabras las dijo en un tono más calmado. Recordó que lo estaban esperando en la pensión y la necesidad de notar algo parecido a un hogar a su alrededor le animó a dejar su decrépita contienda. La cálida piel de la venezolana tiraba de sus ganas. Con un paso más firme de lo esperado se alejó rumbo a su domicilio.

Pascual calculó la magnitud del problema y concluyó que se salía de las previsiones iniciales.

***

El estómago de Alba seguía jugándosela varias veces al día. Tenía ganas de llorar y llorar hasta que desaparecieran sus problemas, pero sabía que eso no arreglaba nada.

Se tocó la tripa con la intención de sentir a la criatura que crecía dentro de ella. Era demasiado pronto y, si por alguna casualidad la llegaba a percibir, quizás fuera más duro. Se veía incapaz de traer un niño al mundo, por lo que solo veía una opción: abortar.

Se le caía el alma al suelo ante decisión tan sucia. Toda su educación católica chocaba con esa funesta idea. Dios no se lo perdonaría nunca. Le dolía demasiado el rechazo de una divinidad que a todas luces la había abandonado y, encima, en su abandono le exigía seguir su doctrina sin condiciones, le exigía tener fe.

¿Qué le diría a su descendencia cuando preguntase?, ¿que su madre era una prostituta, esclava, y que ellos luchasen por un futuro mejor? Asumía la imposibilidad de criar y eso le dolía todavía más.

Imaginaba a menudo que el ser que estaba gestando era de Marcos y conseguían alejarse de esa mierda de vida, juntos, para formar una familia decente. El argentino se había volcado en ella y lo agradecía mucho. Se encargaba de las compras para que no saliese de casa y no tuviera que toparse con el secuaz de Raugo. El proxeneta le había concedido dos semanas para que solucionara su problema, pero no se atrevía a salir por si hubiera decidido eliminarla y terminar él con el asunto.

En su mano tenía el número del médico que la podía ayudar a interrumpir el embarazo. Lloraba mientras sostenía el papel y el móvil. Marcó un número y pulsó la llamada. Tardaron en contestar.

—Hola, mami —dijo la chica acongojada—, ¿qué tal os va?

—Albita, qué alegría, ¿qué tal estás?

—Bien, pero os añoro. —No quería preocupar a nadie, solo hablar.

—Nosotros también, hija.

—¿Y papi?

—Estará en la tasca, a su ritmo. Ya sabes que si no, luego no duerme. —La joven rio con el comentario.

—Quería disculparme.

—¿Por qué?

—No os hice caso. Debí quedarme con vosotros.

—No seas tonta, aquí no hay nada para ti. Las oportunidades están en Europa.

—Os añoro mucho —dijo, emitiendo un sonido de llanto. El engaño al que sometía a su familia le daba fuerzas para seguir con cierta dignidad, pero esa pantalla que había levantado empezaba a resquebrajarse.

—Tranquila, mi niñita, ya vendrás a visitarnos cuando te vaya mejor.

—Sí. Nunca quise disgustarte.

—Bueno, no seas tonta, siempre me has hecho muy dichosa.

—Mami, te tengo que dejar. —Era incapaz de hablar, se encontraba demasiado apenada para poder controlar la congoja.

—¿Hija, te encuentras bien?

—Sí, te quiero.

Y tras decir esto, a duras penas, colgó el teléfono. El llanto siguió, no se terminaba pulsando un botón. Era mucho más complicado. Y lloró hasta caer sobre el suelo, donde siguió con su pena incontrolada.

Alguien llamó a la puerta y tras unos segundos entró Marcos. Al verla tirada en al lado de la cama corrió hacia ella.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó mientras la ayudaba a levantarse.

—Nada, estoy bien. —Se calmó bastante rápido al sentir al argentino en la habitación.

—¿Lloraste? —Al mirarla a los ojos saltaba a la vista—. Ven mi amor.

Se fundieron en un abrazo. Marcos olía a *whisky* y no se sostenía muy bien, pero para Alba era el único apoyo que podía mantenerla en pie.

Ebrio, había despotricado sobre cargar con los problemas de los demás y, aún ebrio, reconoció la banalidad de sus propias palabras.

La montaña está llena de sendas por descubrir y unos pocos caminos que te llevan por lo pasos de los demás.

8. Un camino tenebroso

El jarrón con flores era testigo de todos los altibajos de Yolanda, se había convertido en un compañero de piso imprescindible. Desde la banqueta del baño observaba el cuerpo desnudo de la mujer hiperventilando en el suelo. Había sufrido varios ataques de desesperación dentro de ese ambiente febril tras la mampara. Con medio cuerpo fuera de la ducha sentía el frío en su piel, erizándola, mientras la devolvía a un estado normal.

Con la vista nublada consiguió localizar la silueta del recipiente, lleno de los preciosos vegetales, que actuaba como antídoto contra todos sus dolores. Cogió aire y terminó su protocolo de limpieza con la mirada fija en las rosas. El vapor aumentaba la opacidad del cristal que la aislaba y provocaba la pérdida del contacto visual con las plantas, por eso salió enseguida del plato de cerámica para secarse con una toalla. Hacía frío, pero le daba igual. Esa gelidez quebraba sus pensamientos.

Envolvió su melena en una toalla de lavabo y, todavía en cueros, se dispuso a revisar parte del material que estaba recopilando y organizando para su reportaje. La sensación de tener todo su cuerpo limpio y expuesto a la calidez del dormitorio la relajó muchísimo. Ese contraste de temperaturas le produjo sopor. Se negó a sucumbir al relax y se dirigió a la cocina para prepararse un café. Antes de salir recogió su amuleto y lo apoyó en la cadera. Recibió de buen grado el tacto de la porcelana y, tras la primera impresión, lo tomó como parte de ella.

El Sol entraba por las ventanas de la habitación, la cocina y el salón. Mientras saboreaba la bebida, se bañaba en los rayos de luz que animaban a salir de la casa y disfrutar de sus caricias. La vida seguía, el mundo no se paraba por nadie ni por nada, comprendió que sus problemas no significaban nada. La realidad era muy desconsiderada.

Gozaba del efecto del sol cálido sobre su cuerpo. En sus partes íntimas era especialmente placentero el contacto, tan aisladas normalmente de las clemencias e inclemencias medioambientales. Le daban ganas de salir en pelotas al balcón que comunicaba las tres estancias principales. No recordaba la última vez que había pisado ese espacio. Antes de su explosión mediática tenía demasiado trabajo y, después, su poco ánimo le impedía disfrutar de un lugar tan agradable. Sabía que se estaba recuperando porque valoraba la posibilidad de exponerse en la calle para tomar el Sol.

Fue a secarse el pelo aferrada a su apoyo. Al quitarse la toalla tuvo una revelación. Con los pelos tomando formas extrañas, caóticas, no parecía ella. La falta de maquillaje contribuía a camuflarla un poco. Entonces decidió su siguiente paso. Era evidente que tenía que ser fuerte y enfrentarse a muchos retos que, aunque fueran pequeños, le iban a costar muchos disgustos.

Debía cambiar su imagen. Cogió una tijera que usaba algunas veces para

arreglarse las puntas y cortó su melena después de haberla peinado un poco. El cambio no era muy radical, seguía identificando a la Yolanda de siempre en ese espejo. El corte debería ser más profundo y tener cierto estilo. Se lo intentó cortar como había visto en alguna película, pero en cuestión de minutos tenía hecho un estropicio imposible de arreglar.

Iba a ser necesario la intervención de unas manos profesionales. Disgusto número uno.

***

Pedro revisaba el material gráfico de su musa decidido a montar un video para animarla. Tenía que ser cuidadoso para no meter trozos grabados sin permiso. Ese pecho al descubierto, cazado con mucha habilidad, seguía siendo lo más visto en la sala de estar del cámara.

Los ojos en la pared ya no le intimidaban. Había recobrado la fe en la vida el día que Yolanda le mandó un mensaje de agradecimiento. Lejos de entender la ayuda que representaba ese pequeño acto de adoración, se rompía la cabeza intentando vislumbrar un posible siguiente paso.

Seguía con sus ejercicios y su cambio de aspecto. Por la calle, algunas chicas y algún chico le habían sonreído sin venir a cuento. Estaba entusiasmado con su nueva visibilidad.

En las distancias cortas todavía fallaba. Intentaba sacar su retórica más ocurrente, pero no se le ocurría nada. Las palabras nunca salían de su boca como quería. Las pocas personas con las que había hablado no le daban la misma importancia que él. Los años de inseguridades no se podían borrar de la noche a la mañana y todos los puntos de confianza adquiridos con su nuevo estilo eran anulados por esos pequeños desencuentros.

Horas y horas de grabaciones en las que el centro del objetivo era Yolanda. Varios *terabytes* de vídeos digitalizados le habían tenido entretenido durante casi una semana. Se enfrentaba a un trabajo inabarcable para cualquiera que no estuviera obsesionado con la figura de la presentadora. Cada gesto, guiño o leve sonrisa eran remarcados con un perfecto encuadre. Además, grababan a una resolución muy grande, por lo que podía encuadrar todas las veces que quisiera mediante un *software* de edición. El lenguaje que dominaba era el audiovisual y el no verbal, aunque las interpretaciones de este último a veces no eran acertadas.

Ya lo tenía acabado. Lo que más le había costado era reprimir su excitación ante la imagen impoluta de su amada. El acercamiento en su apartamento y ese acoso continuo que practicaba no hacían más que echar leña al fuego. El olor del hogar descuidado y el desaliño no redujeron sus ganas de estar con ella. Quería llenar su vida de placer, de orgasmos y felicidad, como nadie lo hubiera hecho antes. Se moría por besarla, por acariciarla, por saborearla y por verla retorcerse, gimiendo, en cada embestida de su entrepierna.

La sonrisa final de la mujer llenaba la pantalla. Representaba uno de los mejores primeros planos que había en televisión. Se le secó la boca y, otra vez, notó la urgencia presionando su bragueta.

Ya era hora de darse una relajante ducha.

***

La mujer en el espejo era una auténtica desconocida que sonreía feliz por no reconocerse. Todo el sufrimiento había valido la pena. Con el pelo rapado por atrás y un moderno peinado hacia la derecha quedaba muy guapa, irreconocible. Unas gafas y un pañuelo al cuello serían el remate para pasar desapercibida.

Había contenido las ganas de vomitar en la peluquería, gracias a una foto como fondo de pantalla de su móvil en la que brillaban las rosas blancas a la luz del día soleado en el que se había despertado. Al recordarlo, tuvo que vaciar su estómago en la taza del cuarto de baño.

Apaleada por las arcadas, se sentó en el tresillo de la sala y conectó la tele mientras leía la prensa en la tableta.

Para quitarse el mal sabor de boca se preparó una infusión de regaliz.

Entre la corrupción política y las llamadas de atención de los independentistas, había pequeños espacios en los que se encontraban sucesos locales muy interesantes. Algunos relacionados con el narcotráfico.

Levantó la vista para atender mejor a lo que decían en la televisión y se quedó asombrada. En la pequeña pantalla estaba uno de los últimos asistentes a su anterior programa. Se trataba de Raúl, el chico gay que había acudido acompañado de su pareja, Juan, con la intención de mejorar su relación. Estaba declarando a un reportero, en la calle, el calvario que había sufrido a manos de su compañero sentimental. Se había vuelto loco y lo había retenido en casa amenazándolo con un cuchillo. Yolanda le había avisado en el programa de que el comportamiento de Juan era un poco psicótico. Le advirtió y le aconsejó tomar precauciones.

Estaba alucinando todavía cuando apareció en pantalla el presunto agresor, que abandonaba el calabozo después de haber pagado una ridícula fianza. Parecía que buscaba la cámara y la encontró. De su boca salieron sapos y culebras, lanzados contra la expresentadora. La hacía culpable de su estado actual y prometía que no se iba a ir de rositas.

La acusada miró las flores agobiada.

Ante una pregunta acusatoria del reportero, el entrevistado se volvió loco y agarró del cuello a su interlocutor. La imagen empezó a agitarse emborronando toda la pantalla. De vez en cuando se veía la cara roja del agredido. Con varias patadas se quitó al cámara de encima para seguir estrangulando al mensajero. Entonces aparecieron otras dos personas y soltó a su presa. Nadie pudo reaccionar cuando el loco espontáneo se alejó corriendo.

El presentador del noticiario continuó desarrollando el suceso para indicar que no se sabía el paradero de Juan y, al volver a la conexión con Raúl, este se mostró aterrado. También tuvo palabras para Yolanda, en las que agradecía el interés que puso en su caso y el consejo que le dio.

Sonó igual que cuando se rocía una hoguera con gasolina. El temblor en el brazo derecho de la mujer empezó a hacerse evidente. Había cambiado de imagen y puede que no volviera a toparse con ese lunático, pero quedaba una sensación de estar en peligro imposible de eliminar.

Otra distracción que la ayudaba a evitar pensar en su marido pero que interfería en su inminente proyecto.

***

—Podés ir a tomar un café, podés pasear, tenés mil cosas para hacer antes de meterte en una peluquería. —El argentino alucinaba con los pasos dados por su paciente—. Aparte de esas náuseas, ¿Qué sensaciones has encontrado?

—No sé… me sentía humillada. Como si hubiera cometido un crimen imperdonable y todos estuviesen enterados. —Un escalofrío recorrió su piel.

—¿Como si estuvieras desnuda y todos se fijasen en tus imperfecciones?

—Puede ser. —Parecía haber dado en el clavo. La periodista se echó hacia atrás después de dejar un bolígrafo que sostenía en la mesita junto a varios tacos de notas adhesivas. Tenía todo su trabajo repartido por el salón.

—Es mucho más normal de lo que te pueda parecer. Sos una mujer normal, una persona común con el mismo miedo que tenemos todos. Tenés que liberar tu mente de los errores cometidos. El mundo sigue adelante a pesar de tus fallos y de los de los demás. Y avanzamos empujados por ellos.

—Ya, pero es una sensación asquerosa. —El rollo motivador lanzado por Marcos no hacía desaparecer su incomodidad.

—El primer día de aventura fuera de casa. Quedate con eso y podés celebrarlo.

—No podía mirar a nadie a la cara. —Su fama llegaba a muchos telespectadores y tenía la sensación de haber fallado a todo el mundo. El problema no se reducía a su vida conyugal, sino que se extrapolaba a quien poseyera un televisor. O sea, el mundo entero.

—Debés hacerlo. Tus actos no pueden condicionar tanto a la gente con la que te cruzas como te crees. A la gente no le importas, aunque suene duro.

—No soporto sus miradas, me dan ganas de arrancarles los ojos a todos.

—Eh, me dejás sin clientela. —Los dos rieron ante esta salida—. ¿Y si resulta que no te miran a ti? Imagínate que ven a través de tu cuerpo. Como cuando recomiendan imaginarse a la gente desnuda para el miedo escénico. Vos tenés un gran miedo escénico.

—No sé si podré…

—Es verdad que no te conozco y no sé qué aspecto tenés. Puede que seás un foco de atención continua. Lo que digo es que le des una importancia

relativa. ¿Hablaste con alguien?

—Solo con el peluquero.

Sonó el timbre de su casa. Hizo el amago de ir a mirar, pero se detuvo y siguió con su sesión.

—¿Qué fue eso?

—Nada… el timbre, no espero a nadie.

—¿Qué tal va el proyecto en el que andas trabajando?

—Esta es una de las primeras acciones para poder acometerlo. Me he vuelto irreconocible, por lo menos a primera vista.

—Te puede dar confianza, pero prepárate para el momento en el que alguien te reconozca. Escucha lo que te he dicho: tu vida no les importa. Puede que el cotilleo les atraiga un poco, pero eso no es duradero. Además, la mierda que cargamos cada uno siempre va a tener más peso que la de nuestros vecinos.

—Tengo que organizarme una agenda para entrevistar a mucha gente. Empezaré por algo sencillo: entrevistar a la policía.

Marcos tragó saliva tras la mención a las fuerzas del orden. En su situación sería detenido y extraditado en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo sigo viendo demasiado pretencioso.

—Sí, pero tengo que hacerlo o me volveré loca. Son los que más información pueden tener en este asunto. Me ayudaría un montón conocer alguna de las chicas e involucrarlas.

—No te fuerces mucho o te frustrarás enseguida. —La imagen de Alba con moretones por todo el cuerpo lo hundía en la miseria, pero no podía meterse en medio de esa investigación y salir indemne—. Esas chicas viven un infierno, además de estar supervigiladas. Podrías poner en peligro tu vida y la de ellas.

—Es mucho más duro si estás sola y nadie se preocupa por ti. Es lo que puedo ofrecerles —pensó en voz alta.

Volvió a sonar el timbre.

—Un momento, voy a ver quién es. —Era un poco rara tanta insistencia.

Yolanda se acercó hasta la mirilla de la puerta y miró al exterior. En el rellano esperaba, paciente, Pedro.

La mujer se puso tensa. Debía dejarle pasar por acercarse a hasta allí. Su estómago le decía lo contrario.

—Perdona, Marcos, mañana seguimos.

—Vale, no te preocupes, ya me contarás. Hasta mañana.

Telemédico y telepaciente colgaron casi a la vez.

Yolanda se tocó el pelo como hacía siempre, pero no encontró lo que buscaba. Por unos segundos olvidó su cambio de estilo. Estaba muy nerviosa. Cogió aire y se lo tomó como la prueba de fuego. Miraba por la lente distorsionadora del minúsculo visor sin atreverse a abrir.

Pedro, cansado, se alejó de la puerta, murmurando algo.

—¡Espera! —gritó la mujer, sobresaltando a su visita. Ella también se

sorprendió—. Ahora te abro.

Inhaló todo el oxígeno que pudo, que parecía escaso a su alrededor, y abrió la puerta.

—Hola —dijo tímidamente mientras observaba la expresión del visitante.

—Ho… ho… hola —consiguió decir después de recibir y digerir en su cerebro la nueva imagen de Yolanda. Su cuello desnudo lo impresionó más de la cuenta, anulando parte de sus sentidos. El denso cabello había desaparecido y el volumen de su contorno se había reducido tanto que daba la impresión de poder romperse con mucha facilidad. Estaba maquillada y con un esplendor que lo amilanaba hasta dejarlo paralizado. El brillo de la luz proveniente de varias direcciones resaltaba la piel de Yolanda. Al igual que un filtro de un programa de retoque fotográfico, escondía las imperfecciones de un cuerpo que de por sí ya era destacable.

—Perdona por lo del otro día. ¿Quieres pasar?

Pedro agradeció estar atascado para no salir corriendo. Solo fue capaz de asentir mientras, poco a poco, recobraba el control de sus nervios.

Yolanda se apartó y Pedro se movió para entrar. Tropezó con la moqueta que se había plegado alrededor de sus zapatos para hacerle perder el equilibrio. De golpe, hincó la rodilla en el suelo, quedando una estampa parecida a una pedida de mano.

—Joder. —El dolor en la articulación del falso prometido llegó hasta el último lugar de su cerebro.

—¡Cuidado! —advirtió con retraso la anfitriona—. Esta maldita moqueta es muy traicionera. —Intentó suavizar el momento de humillación del chico. Miró al suelo, en el exterior de la casa, esperando ver cómo se movía un animal mortífero por debajo de la funda aterciopelada. O quizás podría escuchar la risa maléfica de un ser maquiavélico que dominaba el arte de las arrugas en las alfombras con las que tantas personas se habían tropezado. Esa enorme tela parecía tener vida propia, una destinada a fastidiar a quien la pisoteara.

Lo ayudó a levantarse y provocó un primer contacto que suplió cualquier sensación de malestar que Pedro pudiera sentir.

—Pasa a la sala. ¿Quieres algo?

—No sé… —Había perdido parte de la iniciativa que le había llevado hasta la puerta del piso de Yolanda.

—¿Un café? —El cámara presentaba un aspecto bastante atractivo y la mujer no lo recordaba de esa manera. Siempre estaba ensimismada en sus preocupaciones y pocas veces se fijaba en los demás.

—Vale.

—Ponte cómodo —dijo mientras quitaba sus papeles—. Espera, que pongo algo de música. No nos ha dado ningún problema el equipo que instalaste. —La segunda persona del plural salió de su boca de manera inconsciente—. Está muy bien. —Tragó saliva y contuvo a su brazo derecho.

Le dio a la tecla de reproducir y empezó a sonar una canción sobre la

violencia de género. Una joven cantante despuntaba en el panorama musical con este tema.

Guarda tus juguetes.
Guárdalos bien.
Que no los encuentre él
o jugará otra vez.
Huiremos al anochecer.

Calla, mi niño, no llores…

Pedro se acercó al equipo de música y tocó la ecualización, consiguiendo un equilibrio entre graves y agudos perfecto. Le sacaba de quicio la dejadez de la gente, incapaz de utilizar sus aparatos electrónicos de una manera correcta. Por esta vez no se lo tendría en cuenta, algo que no haría con otra persona.

Después de ajustar el sonido tomó la decisión de anotar los parámetros en una nota adhesiva al lado de los controles. Cogió el bolígrafo y el taco amarillo de papelillos en blanco y escribió los números para una sonoridad óptima. Lo pegó en el lateral de la torre.

El ritmo de la guitarra flamenca hacía vibrar los corazones a la misma frecuencia que sus cuerdas.

…Luz que se tiñe de rojo
no me deja ver.
Huiremos al anochecer.

Antes de que llegue la noche
sin avisar.
Que no duelan tanto los golpes
a mi dignidad…

Las fotos sobre el mueble principal estaban volteadas. Se acercó a una de ellas y la miró para ver quién aparecía en la instantánea. Yolanda y su marido. Sintió cierta satisfacción al comprobar el declive en la relación de su amada. Cuando la fue a dejar se dio cuenta del surco que había creado en la capa de polvo que poblaba la superficie del armario. Se puso algo nervioso y decidió soplar para quitar el rastro, levantado una pequeña nube de partículas que subieron hasta su nariz. El picor no se hizo esperar y estornudó sobre los portafotos. Una cantidad de gotitas marcaban su hazaña mientras la intérprete seguía con la canción.

…El negocio del terror apoyado por el dolor
y el miedo a un falso amor entre sus brazos,

está muerto.
Está muerto…

Yolanda llegaría en pocos segundos y había ensuciado toda la zona. Se metió el bolígrafo en el bolsillo trasero del pantalón, muy nervioso. Arrancó la nota con los ajustes para que no sospechara su indiscreción y de una pasada rápida con la manga de su jersey limpió la superficie. El problema es que con la excesiva excitación se llevó por delante todos los marcos, haciendo mucho ruido. Al borde del infarto, logró colocar todos los objetos antes de que viniera la mujer con los cafés.

De un salto se sentó en una de las esquinas del tresillo, notando una presión extraña en la nalga.

—Joder… —Se acordó del boli, pero no se atrevía a decir nada—. Qué cambio te has hecho. —Sonrió nervioso.

—Sí, necesitaba darme un aire nuevo.

—Estás irreconocible. —La mujer asintió seria—. Y te queda muy bien. —Esto último sonó algo forzado.

—Gracias. Por cierto, tú estás muy cambiado también.

—Bueno, se me rompieron las gafas…

—Te queda muy bien, estás muy guapo.

—Gracias —pudo decir ante el subidón del piropo.

Se produjo un silencio incómodo mientras sorbían el café.

—Está muy bueno —Su cara decía lo contrario. Jamás le gustó la cafeína.

—Gracias. —La mujer sonreía por el gesto de Pedro. Este se fijó en las rosas, que estaban cerca del televisor—. Son muy bonitas y me han ayudado estos días.

—¿Qué tal te encuentras?

—Lo voy asimilando y superando poco a poco. —No quería hacerlo, pero tuvo que hacerlo—. ¿Qué tal en el estudio? —preguntó por obligada educación.

—Buff… ya no es lo mismo. Se ha intentado reinventar el programa, pero la audiencia no responde. —Nada más terminar notó como un líquido penetraba en su calzoncillo y mojaba su piel. Se puso algo rígido.

La anfitriona no sabía muy bien qué le pasaba, pero como sabía que era un chico raro, no le dio mucha importancia.

—Te he traído un pequeño montaje que he hecho para que lo veas.

—Ah, vale. —Le sorprendió mucho la iniciativa de su excompañero. No lo veía tan seguro de hacer algo como eso.

—Sí, no dura mucho. —Ahora estaba tranquilo, sabía que el detalle era espectacular.

—¿Lo ponemos?

—Por mí, perfecto. —La carne estaba en el asador.

Le entregó el dispositivo USB que había traído y ella lo enchufó a uno de los puertos de su televisor roto.

—Ostras, vaya raja.

—Sí, un pequeño accidente o, mejor dicho, un pequeño intercambio de opiniones.

Enseguida pusieron en marcha el video.

En las imágenes Yolanda lidiaba con una serie de invitados muy complicados de llevar. Tenían el programa muy estudiado, incluso esos casos. Sobre todo, antes de que entrara la becaria de sus tormentos. Utilizaba su guía de relaciones en pareja y conseguía dar la vuelta a cualquier situación. Mensajes de ánimo y apoyo a todos sus entrevistados que iban revestidos de buenas intenciones y una preocupación que se hacía patente en la pequeña pantalla. La destreza del cámara enfatizaba los gestos de preocupación de la presentadora. Captaba sus movimientos con leves rectificaciones de encuadre, casi inapreciables, pero que le daban naturalidad y fluidez a toda su figura.

Yolanda empezó a ver borrosa la imagen por la acumulación de lágrimas. Impresionada por las secuencias, le entraron de nuevo ganas de comerse el mundo. Todas esas situaciones representaban su labor durante los cinco últimos años. El sudor de su trabajo. Algo sin duda para mostrarse orgullosa ante cualquier productor del mundo. Era una carta de presentación impagable.

Cuando parecía que se estaba acabando, empezaron a surgir delante de sus húmedos ojos testimonios personales de los participantes, que agradecían el esfuerzo y los consejos prestados por la conductora del programa. Eran grabaciones que se habían desechado para un capítulo especial, no habían llegado a ver la luz. Parejas con algún niño fruto del arreglo formalizado en el plató, gente que había rehecho su vida con otras personas al ver la luz, de boca de Yolanda, y varias declaraciones de amor incondicional por parte de parejas bien avenidas. El entorno de los agradecidos protagonistas también se asombraba del cambio generado en sus vidas después del paso por la televisión.

Y lo que más le llamaba la atención es que apenas duraba cinco minutos.

—Perdona si me he pasado —es lo único que se le ocurría decir a Pedro después de apreciar la congoja de Yolanda.

—No… no te preocupes, es precioso. Es maravilloso. —Casi no podía respirar y sin embargo notaba como se aligeraba la presión en su pecho, en sus hombros.

—Pensaba que debías tenerlo. —Esperaba que eso suavizara el manchón que seguramente estaba dejando en el cojín.

—Te ha debido de costar muchísimo montarlo. —Algo había aprendido del proceso de producción audiovisual y lo que estaban viendo llevaba mucho trabajo.

—Qué va, me encanta mi trabajo.

Yolanda observó la expresión sincera de Pedro. Admiraba la capacidad de crear una pieza tan emotiva. El visitante subió muchísimos puntos dentro de su círculo personal. A decir verdad, había demasiados huecos en ese círculo, demasiado vacío que llenar.

El cámara se sintió satisfecho por primera vez con los resultados de su obra. Veía despejado el camino a seguir para llegar al corazón de la mujer.

***

Alba recogía las llaves en su bolso. Después se puso a hurgar en su armario, entre las cazadoras, antes de salir a visitar al médico con el que tenía pensado abortar. Llevaba tres días llorando por lo que finalmente había decidido hacer. Una vida llena de miserias y trabajos no le impactaban tanto como el hecho de impedir una nueva existencia. Al final encontró de manera sencilla la solución: su forma de sobrevivir no era apta para criar niños y, si quería seguir respirando, debía ponerse a trabajar lo antes posible. La ecuación era simple, pero las consecuencias muy complejas. Despejó la equis y adiós problema. Eso sí, el posible resultado no alejaba la desazón en su conciencia.

Las náuseas volvieron a captar toda su atención. Tras un momento de agobio pudo contenerse. Llegaba justo a su consulta, que al ser clandestina se efectuaba fuera de horario de oficina. Se puso la cazadora y se dispuso a salir de la habitación.

Marcos estaba en el umbral de la puerta y, al verla preparada, la metió dentro de nuevo, bastante enfadado.

—¿Adónde vas? —No entendía que estuviera dispuesta a trabajar en su estado—. No podés ir a trabajar.

La chica se quedó callada. Antes de corregirlo, sintió la necesidad de demostrar su independencia y evitar de esta manera males mayores.

—¿Quién demonios te crees que eres? —Se la veía muy enfadada—. ¿Te crees que por follar conmigo eres mi dueño?

—¿Qué carajos dices? Solo me preocupo por tu salud. —Las palabras de Alba le estaban causando un efecto evidente. La soledad que acompañaba a las personas que sufrían su misma suerte las hacía todavía más vulnerables.

—Y yo también. Tengo que ser valiosa, si no mi vida está acabada.

—Sos muy valiosa para mí. Yo te puedo…

—¿Qué puedes hacer? No digas que me vas a ayudar, porque no puedes hacer nada.

Marcos se quedó callado, no por carecer de argumentos, sino porque podía hacer mucho más de lo que parecía a primera vista. El problema era el de siempre: si estaba dispuesto a arriesgarse por la venezolana.

—Déjame en paz. No te he pedido nunca nada.

Con mucho garbo y firmeza se dispuso a salir de la estancia directa a su cita y a poner punto final a su embarazo.

—¡Espera, Alba! —Se acercó a ella y la abrazó, destruyendo de nuevo su coraza—. No estás sola. Quiero ayudarte. Iré a hablar con Raugo.

—No, no, no. Te matará.

—Tranquila, es un hombre de negocios.

—Es un malnacido. —Cuando le dijo que estaba encinta no dudó en mandarla a abortar. Es verdad que ella podía elegir y cargar con las duras consecuencias, pero tampoco le pareció mal al principio. Veía en él a un padre terrible. Hubiera sido toda una sorpresa que quisiera tenerlo—. No quiero que te haga daño.

Marcos acarició su rostro humedecido y la besó dulcemente. Los dos necesitaban ese contacto. Había decidido darlo todo por su preciosa vecina y tenía que prepararse para lo peor. Lo bueno era que no se trataba del Coronel, con él no había lugar para ninguna negociación.

—Tenemos que pelear, cariño. —Esta vez lagrimeaban los dos.

El futuro de la pareja se discernía por un sendero tenebroso del que solo se podía huir o morir en el intento. Era hora de enfrentarse al hijo bastardo del Diablo.

Todo depende de la cantidad de curvas presentes en la línea que une esos dos puntos. No importa la distancia, lo que importa es que están unidos.

9. Nueva trayectoria

Había tardado demasiado tiempo en deshacerse de todo rastro de su marido por la casa. En el fondo pensaba que podrían arreglarse, pero la decisión de bloquearle en todos sus posibles métodos de contacto no lo hacía viable. Acumuló todas las fotos en bolsas de basura como si fueran desechos orgánicos de una relación que ya empezaba a oler mal. Pútrida, infestada de gusanos devoradores de buenos sentimientos que los excretaban convertidos en algo horroroso. En cuestión de minutos los plásticos estaban llenos de sonrisas y miradas felices, de acampadas excitantes y de viajes inolvidables. Ahora tenía que olvidarlos. Podía haberlas metido en cajas, pero lo que quería era deshacerse de ellas.

El armario grande, que usaba de cajón de sastre, también contenía ropa vieja de lo más variada y equipo de montaña que usaban para sus escapadas. Lo recolocó todo para evitar mover en demasiadas ocasiones esa parte de su vida.

Se metió otro chute de orgullo con el jarrón lleno de rosas y el montaje puesto en bucle. Parecía posible comerse el mundo, otra vez. Ahora sí sería capaz de llevar a buen puerto sus propósitos.

Descubrió una mancha de tinta en el tresillo justo donde se había sentado Pedro el día anterior. Se quedó un poco confusa, pensando en qué había podido pasar. Quizás llevaba un bolígrafo en el bolsillo y se le reventó. No pudo evitar sonreír al recordar cómo llegó al piso y cómo hincó la rodilla en el suelo nada más entrar. Agradecía la forma desinteresada con la que parecía tratarla. De todo su antiguo equipo solo le quedaba él.

Con las cuatro bolsas llenas de recuerdos dolorosos, de promesas verdaderas a corto plazo y burdas patrañas a largo plazo, como se había demostrado, subió al trastero para juntarlas con la basura acumulada. Debería llamar a algún sitio para que vinieran a llevárselo todo. Dejó para más adelante la tarea de recuperar los marcos y deshacerse de las fotos.

El salón parecía desnudo sin la presencia de tanto recuerdo. Entonces, el polvo depositado en los muebles empezó a llamar su atención. Lo había descuidado demasiado desde hacía casi mes y medio. Se remangó la camiseta y empezó con la limpieza.

Las personas que agradecían el trabajo de la presentadora seguían insuflando ánimos a su maltratada psique. No paraba de reproducir el vídeo. Iba y venía, subiendo y bajando el volumen según se disponía a atacar la suciedad en las distintas estancias de la casa. Invirtió varias horas en despejar las superficies polvorientas y en realizar una limpieza a fondo hasta que logró terminar con el rastro de su dejadez.

Una ducha sin contratiempos la recompuso de su arrebato de pulcritud. Se hizo una infusión de regaliz y se dispuso a seguir con su proyecto personal.

El primer lugar por donde retomó su vieja apuesta fue en internet. Ahora era mucho más potente y se podían conseguir artículos muy completos.

Había catalogado los distintos puntos por donde podían introducir chicas en la península. Al situarlos en un mapa, llegó a la conclusión de que toda Europa era un coladero, en su territorio operaban numerosas mafias. Por el sur, desde países africanos, obligaban a las mujeres a viajar hasta Libia para montarse en una patera y llegar hasta Italia. Desde allí las transportaban a distintos lugares en España mediante transporte aéreo. También desde naciones del este del continente trasladaban a mujeres como mercancía con las que embolsarse mucho dinero. No descartaba la opción más normal para viajar, el entrar como turistas en el país y quedar confinadas aquí en contra de su voluntad.

Fuese como fuese era un negocio muy lucrativo en el que, en casi todos los casos, debían pagar una deuda cuantiosa mediante el medio de trabajo más rápido y efectivo: la prostitución. Muchas veces confiscaban sus pasaportes y las escondían en pisos francos. Otras veces las amenazaban con ritos que coaccionaban a las mujeres más devotas. Las aterrorizaban con llevar la fatalidad a sus familias.

Rara vez se encontraba esta explotación sexual en hombres, pero también existía y, al parecer, de chicos provenientes de Brasil. La forma era parecida: llegar a Centro Europa y de allí desplazarse a los demás territorios. La deuda era más baja que con las mujeres. Los llevaban a zonas turísticas y, cuando se quemaban, término que hacía entender que ya los conocían los clientes, los llevaban a las principales capitales.

Con las mujeres también realizaban un itinerario similar, aunque aguantaban más tiempo en los distintos lugares. El destino al que todo el mundo aspiraba desaparecía para estas inmigrantes, era sustituido por vejaciones diarias sin un final predecible.

Una vez hubo tomado apuntes sobre los distintos itinerarios seguidos por los delincuentes, decidió llamar a la policía para informarse mejor y concertar alguna entrevista

Después de varias llamadas se acomodó mejor en su asiento, iba a ser un día duro. La pasaron de departamento en departamento hasta que dio con la persona indicada. Quedaron para hacer una entrevista y explicarle en qué consistía su trabajo. También la rebotó al Ministerio de Sanidad.

***

Alba estaba comprando algo de comida para pasar el máximo tiempo posible sin salir de la pensión. Se cargó demasiado con la compra y se resentían sus articulaciones.

Cuando salió del supermercado se topó de morros con Pascual. Estaba claro que la seguía.

—Hola, guapa. ¿Qué tal estás?

—Bien, un poco cansada. —Después de sopesarlo un poco, decidió darle coba. Se encontraban en un lugar público muy frecuentado. No pensaba que hiciera nada contra ella.

—Déjame que te ayude.

—No, no… puedo yo sola.

—Sabes que Raugo te echa de menos —dijo después de ver la postura defensiva que adoptaba la venezolana— y sabes lo que significa. ¿Has contactado con el médico?

—Sí, tengo cita la semana que viene —mintió, ya que no había acudido a su última cita, alentada por la preocupación de Marcos. Tenían que adoptar una estrategia que no la expusiera tanto. Se veía encerrada en casa todo el embarazo e incluso el resto de su vida—. Me encontraba muy mal y decidió posponerlo.

—Espero que todo vaya bien, pero recuerda que no nos gustan los juegos. —Un escalofrío recorrió toda la espina dorsal de Alba. El terror tenía una forma muy concreta en el entorno de la chica y se encontraba delante de ella.

—Jamás se me ocurriría. —Apartó la mirada para que no leyera sus intenciones—. Me voy, que tengo que descansar.

A paso ligero se alejó del encuentro y no aminoró el ritmo hasta llegar al portal. Sacó las llaves como pudo, entre el peso de los alimentos y los nervios le temblaban los brazos.

Ya a salvo en su habitación comenzó a llorar a moco tendido. Quería creer en las palabras del argentino que la había engatusado, pero cada minuto que pasaba sola se llenaba de dudas.

***

Alfredo observaba a Marcos sentado delante. Se le veía preocupado y venía con una petición de subida de sueldo. Desde que empezó había cobrado el sueldo mínimo y este apenas se había incrementado año tras año.

Su labor en la empresa había sido muy notable, a pesar de sus irresponsabilidades. Siempre había compensado con creces sus devaneos.

—¿Te has metido en un problema? —Recordaba la visita del armario empotrado preguntando por el argentino.

—Es algo más grande —mentía a medias—. Me he echado novia —dijo, apelando a la sensiblería como método para camuflar su inminente odisea.

—Enhorabuena, compañero. —El jefe sonreía, convencido por la posibilidad de que alguien con la labia de su empleado podría conseguir pareja de manera sencilla. Lo que no entendía era por qué no lo había conseguido antes.

—Está desempleada y quería llevarla fuera de la pensión, por lo que necesitaría un aumento de sueldo. No te exigí nada en estos años y te has portado muy bien conmigo. Sé que soy un poco insufrible a veces, pero esto lo necesito de verdad.

—Te lo has ganado. Además, si no fuera por tu hermano, no estaría hoy aquí. —Marcos sintió un golpe en el estómago por el esfuerzo que estaba haciendo Daniel y la decisión que había tomado de no atender a razones lógicas. Dani había salvado la vida de Alfredo en una misión humanitaria en la que habían coincidido hacía casi dos décadas. Era obvio que la deuda difícilmente se podía compensar—. Deberás trabajar el sábado también, todo el día, pero a cambio te puedo aumentar el suelo y hacerte partícipe del doble casi, en comisiones. Ya sabes, cuanto más curres, más recibirás.

—Me parece bien. Llevo varios sábados trabajando para cerrar algunas propuestas —respondió. Había hecho muchos cálculos y esta opción era de las mejores. Desde que empezó a ayudar a Yolanda habían hecho un trato: hablaba con ella el sábado, pero el domingo desconectaban. Los dos vieron que era interesante para afrontar, poco a poco, de una manera más relajada la soledad.

El argentino salió del despacho con la sensación de que todo podía salir bien. Por delante le esperaba un día crítico para su futuro y el de Alba. Las fuerzas, que flaqueaban de vez en cuando, revivían al pensar en ella. Se quería convencer de que lo que estaba haciendo era lo correcto.

El austero escritorio enfrió un poco su estado de ánimo. El trabajo para el resto de sus días no le llenaba demasiado. Enseguida recordó la parte interesante y se centró en la terapia con Yolanda. Al parecer, el destino lo llevaba por caminos oscuros, pero con algunos puntos de luz para iluminar el recorrido.

Eran las cuatro y diez. Se retrasaba la hora de la terapia. Sin más dilación llamó a su paciente. Se sabía el número de memoria.

—Hola. —La mujer no tardó ni un tono en descolgar.

—Hola. ¿Qué tal estás?

—Atacada, pero emocionada.

—Me alegro, ¿a qué se debe ese cambio?

—Ayer vi claramente todo lo positivo que he conseguido. Y ya tengo varias entrevistas cerradas para seguir con el proyecto.

—Eso quiere decir que ya has superado parte de tu miedo escénico.

—Bueno, estoy muy nerviosa, no sé si voy a poder hacer esas entrevistas sola.

—Yolanda, ¿te escuchás? ¿Pensás que tu reto es superior al esfuerzo que hacen esas chicas todos sus malditos días?

—No.

—Vos tenés un futuro divino, ellas, infernal. Vos no vas a prostituiros.

—Pero sola me intimida mucho.

—Debés quitarle hierro y tomarlo como algo que queréis hacer vos y el entrevistado.

Se hizo un silencio en el que los dos mascaron la conversación en la que estaban metidos.

—Pensaba que me interesaba hablar contigo de tus primeros años en España.

—¿Para qué? —Le asombró el cambio del tema—. Yo no estoy siendo esclavizado. Más de la cuenta, claro.

—Estoy documentándome y toda información es bienvenida. Los primeros años en este país me imagino que los pasaste de manera irregular. —La mujer suponía que su terapeuta tenía ya los papeles de nacionalidad española—. ¿Qué momentos viviste? ¿Temiste que te devolvieran? ¿Por qué viniste a España? Solo quiero saber una serie de preguntas típicas para encontrar una variedad de motivos para emigrar.

—Las cosas están muy difíciles en Argentina. —Marcos intentaba salir del paso dando argumentos creíbles—. A mí me pilló el corralito y después de superarlo decidí probar suerte.

—¿Trabajabas de psicoterapeuta?

—Tenía una pequeña consulta. —Empezaba a incomodarle la conversación.

—¿Estás o estuviste casado?

—¿Qué demonios te importa eso?

—Me imagino que emigrar solo o acompañado es distinto, nada más.

—Es mejor que nos centremos en cómo superar tu estado de abandono. —Los dos a la vez recibieron este mensaje sorprendidos, uno por haberlo soltado y la otra por haberlo comprendido. En el interior del argentino había también cajones que no se podían abrir con facilidad.

—Perdona, no quería incomodarte. En parte tengo miedo a chafar las entrevistas o a ponerme a vomitar. Intento distraerme con otras cuestiones.

—Tranquila, es la ley de en casa del herrero… no me gusta hablar de mí. —Le faltó decir «y de mis actos atroces»—. Pensá que los demás quieren aportar su granito de arena. Es su día a día. —Marcos no sabía que Yolanda era famosa y que temía, sobre todo, que la reconocieran y la rechazaran. Ella tampoco le dijo que este tema la perturbaba—. Agradecerán que alguien muestre tanto interés.

—Gracias por tu apoyo. —Tras el momento raro de antes, quería dejarle claro que lo necesitaba y agradecía sus consejos.

—De nada. A mí me sirve también poder salir de mi trabajo habitual.

Hablaron del vídeo preparado por Pedro y cómo hacía que se sintiera bien. Su interlocutor abrazó esa idea como algo bueno para ella y la animó a mantener el contacto con su excompañero.

Yolanda aprovechó que habían terminado pronto la charla para prepararse. Había quedado con una policía de inmigración para hablar del tema. Agradecía que fuera una mujer la entrevistada ya que la empatía podía ser mayor y la conversación más relajada.

Cambió el chip de las últimas semanas y se vistió como lo hacía antes del día fatídico. El reflejo en el espejo le resultaba muy agradable. Apagó el bucle

con el montaje de vídeo y se aseguró de llevar la foto de las rosas en el móvil. Empezaba a desarrollar compulsiones que, una vez llevadas a cabo, le daban confianza.

Le apetecía meterse una raya de cocaína. Sabía que la iba a poner a tono para poder afrontar la experiencia sin fallos. El temblor en el brazo le asustó un poco. Había tirado todo, pero al no recordar muy bien lo que había hecho empezó a buscar por su habitación. En los lugares más comunes no había nada y en los demás escondrijos tampoco.

En el último sitio que miró vio salir un plástico de una pequeña rendija. Al tirar salió una bolsita con un gramo del polvo blanco. Una sensación de fraude personal la invadió y la duda se hizo insoportable. Sería la última vez, después no compraría nada. La imagen de ella tirada en el baño le quitaba toda gana de volver a esnifar. No sería la última vez si volvía a caer. Tenía que probarse a sí misma sin ayuda de aditivos.

Sonó el timbre de su puerta, dando por zanjada la duda. Cogió la droga y la tiró por el lavabo.

Se acercó a ver quién era y se trataba de Pedro, con más flores. Otra vez había influido en su vida sin saberlo.

—Hola. —Esta vez el saludo vino acompañado de dos tiernos besos que alteraron el flujo sanguíneo del chico.

—Hola, te traía otras flores. Las tienes algo pochas.

—Muchas gracias, las pongo en agua y me voy. Siento no poder ofrecerte nada.

—Vale. —La decepción del visitante era evidente—. No te preocupes. ¿Has quedado? —Como fuera una cita, le dolería mucho.

—Sí, tengo una entrevista por un reportaje en el que trabajo —dijo mientras colocaba las flores en agua fresca y tiraba las viejas—. Son preciosas. —Las admiraba mientras las colocaba encima de la mesilla de la sala de estar.

—¿Quieres que te acompañe? —La mujer ya se acercaba para cerrar la puerta y recibió esta pregunta algo preocupada.

—Cuidado con la moqueta —alertó a la obnubilada visita. Pedro reaccionó también nervioso, ese trozo de tela se la tenía jurada—. Gracias por la oferta, Pedro, pero tengo que hacerlo sola. No estoy segura de poder hacerlo y tengo que intentarlo.

Cogieron el ascensor y bajaron juntos. El pequeño espacio del elevador albergaba los silencios más grandes e incómodos.

—Oye, no quiero agobiarte —soltó el cámara de repente. Estaba renunciando a su timidez y parecía encontrar las palabras adecuadas.

—No me agobias, Pedro. Me siento halagada, pero tengo que…

Salieron del ascensor y se dirigieron a la salida del edificio.

—No sé… tengo que meditar mucho con lo que quiero hacer con mi vida. —Yolanda miró a los lados—. Seguimos hablando otro día, que me tengo que ir, de verdad.

—Tengo el coche ahí detrás.

—No, no te quiero molestar y además no sé cuánto tiempo voy a estar. Cojo mejor un taxi.

Pedro la vio parar un taxi y antes de montarse la saludó con una gran sonrisa en su rostro. El encuentro había sido más corto de lo que esperaba, pero se llevaba un buen sabor de boca. Prometían mucho sus intentos de acercarse a la mujer. Dos meses atrás no habría podido imaginarse que esto pudiera pasar.

Desde el otro lado de la acera, alguien los observaba. Alguien cuya obsesión por la expresentadora sobrepasaba los niveles de Pedro. Llevaba un tiempo acechando el edificio de Yolanda sin dar con ella. Sin embargo, al verla conversar con el cámara del programa, entendió que se había hecho un cambio de aspecto muy logrado. Ahora ya lo sabía. Solo le quedaba pensar en la manera en que haría pagar a esa zorra por su intromisión.

Se trataba de Juan, el psicópata que casi mata a su pareja. Desde que habían pisado el plató todo había ido de mal en peor. Cuando Raúl le dijo que lo dejaba, explotó algo dentro de su cabeza. Había intentado matarse junto a él, como Romeo y Julieta.

Tenía que descubrir qué era lo que más quería esa maldita bruja y acabar con ello. Así sentiría lo que él había vivido los últimos meses. El gozo le llegaba cuando imaginaba a Yolanda llorando, con un aspecto horrible, sobre la tumba de alguien. El plan pareció frustrarse cuando vio que su marido no vivía con ella.

De todas maneras, ella se lo había buscado solita, tenía unas ganas tremendas de hacerle tragar esa puta guía inútil.

***

Pascual intentaba que no le temblaran las piernas. Estaba de pie frente a su jefe, Raugo, que lo había llamado para un asunto importante. Presentía que pasaba algo con su investigación sobre Alba.

Se veía claramente que había bebido, ya que descansaban varias botellas vacías en la mesa. Sonaba una emisora latina a un volumen muy suave. Ese era otro factor extraño en el estado del colombiano. No era muy propenso a escuchar música.

El ambiente parecía muy relajado.

—Me ha llamado el médico. No se ha presentado a la cita. —Si algo caracterizaba al patrón, era su falta de retórica. Lo soltaba, sentado detrás del escritorio, directo y no había lugar a interpretaciones ni malentendidos. Se sorprendía de que no se trabara al hablar.

—¿No te ha llamado ella? —Le constaba que tenía cierta comunicación con su preferida.

—La he bloqueado hace unos días. —Ya era tarde para arrepentirse por la

libertad brindada a la venezolana. El mal estaba hecho.

—Llevo un tiempo siguiendo todos sus pasos. —La impasividad de Raugo le helaba la sangre. Cuando lo miró, pendiente de lo que estaba diciendo, sin mostrar sorpresa ni emoción alguna, tragó saliva.

—Eres el encargado de controlar a todas las chicas.

—Creo que está liada con un hombre que vive en su misma pensión —dijo, y por primera vez vio como el colombiano apartaba la vista, parecía afectado—. Hoy he hablado con ella y me ha mentido. Este es el tipo. —Le pasó el móvil con la foto de Marcos—. También lo he investigado. No es trigo limpio.

Mientras miraba la foto, apretó el dispositivo tan fuerte que lo reventó. Lo lanzó contra la pared, enfadado. De su extremidad caían gotas de sangre, pero su cara no mostraba ningún dolor. Solo fijaba su mirada en su hombre de confianza.

—Es un sudaca —dijo intimidado— que se esconde o huye de un tal Coronel. —Por acto reflejo se tocó la herida de la puñalada.

—¿El Coronel? ¿Argentino? —Pascual asintió algo sorprendido.

Raugo se levantó tranquilo. Se acercó al mueble bar con un vaso vacío y se sirvió otra consumición. Sus movimientos eran pesados. En el dial, un grupo centroamericano lo acompañaba con una canción desencantada.

Como una res marcada
al rojo vivo de tu sello.
Tanto sufrir para nada
siempre colgado de tu cuello.

Apaleado…

El gorila lo miraba aterrado, aunque sabía que en ese lugar no iba a pegarle un tiro. Sería muy difícil de esconder y los vecinos avisarían a la policía.

—Deberías haberme avisado antes. —Dio un trago y lo encaró. Pascual descubrió que la lógica no sirve con un espíritu destrozado. Hasta el más oscuro corazón se podía llegar a romper.

En la mano ensangrentada del proxeneta brillaba el acero de una pistola. No sabía de dónde había salido el arma.

El segundo al mando empezó a temer por su vida. Quizás, al romperse, el oxidado motor que bombeaba la sangre por el cuerpo de su jefe había generado un monstruo enfurecido.

Se acercó hasta él, rápido, y lo encañonó con el arma en el mismo momento en el que apareció otro de los esbirros. Casi habían acabado al lado de la puerta de acceso; al entrar, el tercer hombre se colocó pegado al hombro izquierdo de Pascual.

Al verlo, el hombre encañonado confirmó que era su final. Sería el

encargado de llevarse el cuerpo y de enterrarlo. La imagen de su mujer y de sus hijos le trajo una pena imposible de describir, no pudo evitar que se le cayeran algunas lágrimas.

Fue curioso, pero al aparecer el nuevo integrante de la reunión, se paró la acción emprendida por el patrón. Miraba fijamente a su segundo mientras se deleitaba con sus llantos contenidos.

Bajó el arma.

—¡Joder! —gritó y acto seguido le dio un puñetazo al recién llegado. Este cayó al suelo donde Raugo empezó a patearle.

Pascual lo agarró por detrás y lo apartó del pobre muchacho que no entendía lo que pasaba.

—¡Déjame en paz! —Se separó molesto de los brazos que lo aprisionaban —. ¿Qué cojones quieres? —preguntó al apaleado.

—¡Hay un tipo que viene de parte de Alba! —gritaba a la vez que parecía suplicar por su vida—. ¡Pensé que era importante!

Y la letra descorazonada seguía.

…Y es que dolía,
oír que no te apetecía,
volver al son de las noches frías,
desterrado en un rincón,
de una cama vacía…

Raugo lo levantó, agarrándolo por la pechera. Lo podía haber mantenido en el aire por la rabia que sentía en ese momento, pero lo soltó.

—¿Sabes algo de esto? —Se encontraba más calmado y volvía a ser casi el mismo de siempre. Pascual negó con la cabeza. No sabía qué pasaba, pero si se trataba del argentino, iba a ser una noche muy larga. En todo caso, se alegraba de no ser el foco de atención.

—Tráelo y regístralo bien. —Pascual sabía que escondía una navaja en algún lado.

Mientras escuchaban parte del éxito latino del año, esperaron con cierta intriga la entrada de Marcos. Raugo apretó el puño muy fuerte: no había dolor, pero seguro que llegaría en cualquier momento. Se sentó detrás del escritorio del despacho y guardó el arma en un cajón.

…Hoy vienes a ocupar un lugar
perdido después de tanto tiempo.
Ya dejó este perro de ladrar
y menear el rabo por tus besos…

Marcos entró empujado por el matón maltratado.

Se encontró frente a frente con los dos explotadores y notó que se le aflojaban las piernas. Después de salir de trabajar, con el aumento prometido

por su jefe, decidió terminar lo antes posible con la situación de la venezolana. Tenía muy claro que debía hablar cara a cara con los que se beneficiaban de su trabajo y la tenían esclavizada, pero tenerlo claro no significaba que fuera fácil de afrontar. Se sentía como un cordero en el momento de recibir la puntilla en el matadero. La diferencia es que el cordero no tiene consciencia de la salvajada que le van a hacer.

—Esto llevaba —dijo el inoportuno esbirro con cierto nerviosismo.

—Podéis iros al parque con las chicas—ordenó el encargado de los gorilas.

Raugo cogió la navaja y miró impasible al argentino.

—Siempre la llevo encima y no venía precisamente al parque de atracciones. —Nadie dijo nada—. Vengo a proponerle un negocio. —La expresión del proxeneta no cambiaba—. Vos sos un hombre de negocios. Yo no tengo nada en contra… bueno, no quiero engañar a nadie. Me parece aberrante este negocio que tenés montado. —Pascual lo miraba con cara de reconocer el valor que le estaba echando al asunto, y su jefe no hacía ningún gesto. También dudaba si realmente era consciente de dónde se metía—. Quiero compraros a una de vuestras chicas. Decidme lo que vale y me comprometo a pagar la deuda. —Quitaba todo sentimiento al asunto, sin saber qué representaba la chica para el hombre que tenía delante. Le faltaba información que en esa situación era vital. En su lógica se figuraba que, si hacían un trato beneficioso para ambas partes, podrían solucionar el problema.

—¿Qué chica quieres?

—Alba, vive conmigo en la pensión. —Miró al gorila de reojo para constatar que estaba escuchando.

—¿Y qué estás dispuesto a ofrecer por ella?

—Puedo daros seiscientos euros al mes. —Esto sí que les hizo gracia a los dos hombres presentes, que rieron descargando parte de la tensión acumulada —. ¿Mil? —Se preguntaba si era necesario regatear.

—No te quiero engañar yo tampoco, Marcos. No vas a salir de aquí como has venido. —Tras decir esto, le entregó la navaja, ante el estupor de su esbirro y del recién llegado—. Si sales de aquí vivo, tienes una semana para entregarme cien mil euros. Si me los entregas, me olvidaré de vosotros.

Raugo se levantó, hizo que Pascual se apartase de la puerta de salida y la abrió, poniéndose delante.

—Cien mil euros es lo que valen vuestras vidas.

Marcos se guardó la navaja callado. No sabía que decir.

—Pero es muy poco tiempo. —Pensaba las distintas posibilidades: créditos, préstamos o atracar un banco.

—Creo que no estás en condiciones de negociar. Pero antes tienes que salir de aquí vivo. —Raugo dirigió la mirada a su gorila y este comprendió la situación.

—¿Vos querés los euros? —preguntó sin entender bien lo que quería decir el proxeneta.

Entonces Raugo empezó a dar botes como un boxeador.

El argentino, después de darse cuenta de que no valía de nada su retórica, corrió hacia la puerta con la intención de atravesar el obstáculo. El colombiano, de un golpe limpio en la cara, con el puño derecho, lo mandó tambaleándose a la pared situada frente al escritorio. Marcos tenía la mejilla al rojo vivo y se le nubló la visión en el ojo izquierdo. El efecto era muy parecido a golpearle con una maza de hierro. El ritmo cardiaco se reflejaba en la zona de impacto y hacía muy difícil centrarse. La bestia que impedía su salida se le acercó y le intentó dar en el estómago. Marcos, con un acto reflejo, consiguió desviar el impacto al costillar derecho. No le dejó sin respiración, pero parecía que le había apuñalado el costado. Con otro directo a su cara con el brazo derecho, Raugo volvió a machacar el ojo magullado.

Con todos los golpes encima y a la desesperada, consiguió zafarse de la mole que lo atacaba. Tuvieron unos segundos de descanso mientras se recuperaban de la pelea. Esta vez, el argentino se encontraba pegado al mueble bar. Enfrente tenía la salida. Nervioso, sacó la navaja y se la plantó delante a su adversario. Parecía que había pulsado otro botón en Raugo, uno que lo ponía en modo destructor total. Se lanzó sobre su objetivo, agarrándolo por el cuello y por el brazo de la navaja. Lo empotró en el mueble mientras lo asfixiaba con una rabia desmesurada.

Gracias a que el argentino tenía la extremidad izquierda libre, y tras ver que era imposible apartar la mano de su adversario, pudo palpar por el mueble en el que estaba apoyado. Agarró una botella y de un rápido movimiento se la rompió en la cabeza. El impactó resonó en la anterior lesión provocada por Marcos en el cuello de Raugo. No hacía mucho tiempo del ataque por la espalda con una pata de escritorio de hierro. Ese acto desesperado, al parecer inútil, ahora cobraba cierto sentido.

Raugo aflojó y se apartó algo aturdido. Otra botella reventó en su cabeza, lanzada por Marcos. Este último acierto dejó casi noqueado al proxeneta, que se dirigió hasta el escritorio de manera torpe. Marcos lo miraba agotado y, al verlo hurgar en los cajones, salió corriendo de la estancia. Para cuando quiso disparar, el negociador había desaparecido.

Pascual tenía claro que no debía intervenir en la pelea, pero no se atrevía a ir a socorrer a su jefe en ese estado y con un arma en la mano.

Despechado, cansado, medio desmayado y frustrado por su inesperada derrota, el explotador sentía que llegaba a sus últimos días en activo. Su corazón seguía latiendo con fuerza, aunque no le encontrara ningún sentido. Se sentó en el suelo mientras su leal empleado se acercaba a ayudarlo.

Marcos salió de la guarida y fue a caer en la pared del edificio de enfrente. La adrenalina lo mantenía de pie y se puso a correr en dirección a su casa sin mirar atrás.

Al llegar a la pensión no veía nada por su ojo izquierdo, le dolían las cervicales y pensaba que tenía varias costillas rotas. Cayó como un saco

muerto en la cama de la venezolana y empezó a reír de manera desenfrenada hasta romper a llorar sin consuelo. Solo una frase se repetía en su cabeza: «Lo logré».

Los abrazos dolían al igual que las caricias, pero el dolor no mitigaba la necesidad de seguir en contacto. No hacía falta irse muy lejos para vivir una aventura, bastaba con tomar una decisión errónea en el lugar equivocado.

***

Yolanda, de camino a casa y más confiada, optó por coger un autobús que la dejaba a doscientos metros de su portal. Mientras caminaba, daba vueltas a toda la información que había recibido de la policía. Se encontraban en disposición de ayudar y tenían medios, pero no podía actuar de manera efectiva, ya que no recibían la suficiente colaboración de las chicas afectadas. Eran conscientes de que estaban coaccionadas aquí y en sus países de procedencia, por lo que no querían ni debían forzar a nadie. Aun y todo, las pocas denuncias que se realizaban las ejecutaban de inmediato y solían llegar siempre a buen puerto. Además, trabajaban con otros gobiernos europeos para detener el tráfico de personas por el continente. La agente reconoció que había innumerables maneras de trasladar a las personas esclavizadas por un sistema de fronteras tan abiertos. Si se sumaba también la escasa cooperación que se obtenían de muchos territorios sudamericanos y centroamericanos, la labor se convertía en una tarea todavía más ardua.

Lo más contundente y de demostrado valor resolutivo era conseguir testigos de primera mano. Algo casi imposible.

Del encuentro sacó varios contactos.

Una figura oscura se le presentó a unos veinticinco metros de distancia. Vestía con una sudadera con capucha y la llevaba puesta. La mujer miró alrededor para evaluar su situación. Cruzó a la otra acera y casi es atropellada por un coche eléctrico que no fue capaz de detectar. El extraño transeúnte llamaba toda su atención. Lo que sí percibió fue el claxon del vehículo y desvió la mirada justo cuando este daba un frenazo que la salvó de ser atropellada. Cuando volvió a mirar en la dirección de la sombría silueta, esta había desaparecido.

Corrió, pasó de largo la calle transversal, que parecía estar también vacía, y no paró hasta llegar a su edificio. Subió a su piso y se metió en la seguridad de su hogar.

Mientras tomaba una infusión, no dejaba de pensar en ese fugaz encuentro. Había sentido el peligro, pero no había podido identificar al acosador. Tampoco quería preocuparse demasiado con el asunto, pero sus neuronas tenían otra opinión. Empezó a hacer cálculos, en la suma aritmética de uno más uno salía como resultado la cara de Juan, el único que oficialmente la había amenazado.

¿Y para qué está internet? Para elevar la preocupación a un nivel superior.

Pasaría horas y horas estudiando métodos de defensa personal. Muchos de estos tutoriales, al final, aconsejaban ponerse en contacto con las autoridades pertinentes, cosa que veía de lo más lógico.

El infierno puede ser lo que nos hace seguir vivos.

10. Subir el tono

Yolanda se encontraba rodeada de espráis antivioladores, cuchillos, navajas, ropa especializada y distintos accesorios relacionados con la defensa personal. Era una tienda especializada en seguridad privada. Sola por los distintos pasillos, buscaba algo más contundente, algo parecido a una pistola. En su cabeza, por intoxicación directa de la pequeña pantalla, el hecho de conseguir un arma potente no parecía ser difícil. Cuando bajabas al mundo real y lógico era muy complicado, por el bien de todos.

Reconoció en el hilo musical un antiguo tema muy pegadizo de un artista cubano afincado en Miami. Antaño lo escuchó bastante, sobre todo, influida por el gusto de su madre.

…Baila, danza mueve tu cuerpo.
Agita los brazos acaricia el viento.
Suelta tu pelo rompe el silencio
y grita que hoy, hoy es el momento

Somos dos aves errantes…

La policía había sido muy clara con su problema: no era posible poner ninguna orden de alejamiento, ni ningún tipo de dispositivo preventivo. Había ido con la sospecha fundada acerca del presunto acosador y había documentos gráficos sobre la amenaza, pero no era suficiente. Si hubiera grabado el momento quizás hubiera sido distinto. El proceso requería la denuncia y la aceptación de un juez, pero ante la imposibilidad de presentar algo sólido buscó otras maneras de protegerse. A lo mejor, sobredimensionaba la situación.

Ya se le había metido la cancioncita en la cabeza.

…Es hora de lanzar esa cometa
y atarla fuerte a tu cadera.

Y, sobre todo, sube la música.

Baila, danza mueve tu cuerpo…

Detrás de sus gafas de sol intentaba pasar desapercibida. Le había costado tomar la decisión de acercarse a una tienda de ese estilo. Se había animado a entrar al ver que casi no había clientela. Quería asesoramiento y quizás allí pudiera encontrar algo distinto a lo ofertado en la red.

—¿Qué quieres? —Le sorprendió la pregunta del único vendedor que

había en la tienda. Se arrepentía de haber elegido la opción *offline*.

—Me gustaría saber qué tiene para la defensa personal.

—¿Ha venido alguna vez? Su cara me suena. —Un escalofrío que acababa en una arcada la invadió.

—No, qué va. —Decidió centrarse en la melodía que conocía.

…Baila, danza mueve tu cuerpo.
Agita los brazos acaricia el viento.
Sueña que recibes miles de besos…

—Tenemos el artículo más demandado: el espray de pimienta. Deja ciego durante varios minutos al acosador. —Le dio uno a la mujer, que lo ojeó curiosa—. La mejor defensa es tener un buen maromo al lado.

—Este me parece práctico, pero ¿tienen algo más contundente? —Hizo como si no hubiera escuchado nada.

—Eh, a ver. Tengo silbatos, cuchillos con funda, muy discretos, —Sacó un adaptador para ponérselo en el muslo—, una porra telescópica, ocupa menos que un palo selfi. Espera, ¿has salido en la tele?

—Bueno, muchas gracias.

Yolanda abandonó a toda prisa el establecimiento sin haber encontrado lo que buscaba. En realidad, pensaba que se estaba tomando la situación demasiado a la tremenda. Probaría a llevar, de momento, un aerosol de pimienta y, quizás, una porra de acero. La compra la haría por internet.

Se había librado de milagro de ser reconocida, había tenido suficientes emociones fuertes por ese día.

El camino a casa la agobiaba. Notaba ojos indiscretos que la observaban a cada paso. Giraba una esquina y sentía el alivio de deshacerse de esas miradas, pero volvía a incomodarse al caminar por la misma calle unos segundos.

En su casa se dio una ducha que la calmó del todo y se dispuso a revisar algunas notas. La ciudad presentaba dos focos de prostitución que sobresalían. Los dos estaban a pleno rendimiento y funcionaban muy bien porque nadie quería mirar hacia ellos. Era muy sencillo evitarlos o encontrarlos.

Uno estaba en una zona verde de la urbe, un pulmón para los habitantes que poco a poco se había convertido en un lugar lúgubre, oscuro y sórdido. Sobre todo, por la noche. El tránsito de coches en el enorme espacio que ocupaba el parque se triplicaba y el comercio sexual se apoderaba de cada rincón. En una zona un poco más apartada se mezclaban las prácticas inmorales con las escenas de drogadicción. Esa era la zona más peligrosa para las chicas, allí las obligaban a vender su cuerpo para pagar una interminable deuda. Por mucho gorila que hubiera controlando a los puteros y a sus chicas, estas subían a los coches de cualquiera que tuviera efectivo y a partir de ahí se quedaban solas. Predominaban las mujeres de origen sudamericano y

africano.

En otra parte, más céntrica, existía el llamado «triángulo de las busconas». Tres edificios que contenían una serie de apartamentos habilitados como pensiones que en realidad eran burdeles. En este espacio de despropósito moral y humano las mujeres tenían más seguridad. El peligro venía solo de mano de los que las protegían. El cliente era controlado con cierta facilidad. Se encontraban chicas de casi todos los orígenes.

También podían encontrarse en *el triángulo* numerosos apartamentos privados en los que se ofrecían encuentros *picantes*. En estos pisos se podía encontrar y comprar de todo. Las demandas por parte de los vecinos se acumulaban en los juzgados, pero en pocas ocasiones conseguían detener las actividades que las provocaban.

El mapa estaba claro, y la no actuación de la policía también. Empezó a hacer un análisis de las causas por las que todos estos sitios no se cerraban e incluso se anunciaban en numerosos periódicos y revistas. El descaro con el que actuaban delante de las fuerzas de la ley la sobrecogía. La agente de su entrevista se sentía impotente por la cantidad de vías de escape que existían para estos empresarios. Se desbordaba el sistema. Entre tanto descontrol abundaba la esclavitud.

Tuvo tiempo de preparar una ensalada ilustrada sencilla y unas pechugas de pollo a la plancha antes de la llamada de Marcos.

En el parte de noticias no vio nada que le interesara hasta la llegada del pronóstico del tiempo. Los deportes la aburrían y la escasa información restante pasó como una estrella fugaz casi invisible.

***

Alfredo miraba el asiento vacío en el puesto de trabajo de Marcos. Volvía a ausentarse sin avisar y, encima, le había pedido un aumento de sueldo. Le costaba recordar a alguien con semejante cara.

El tema del tipejo que había preguntado por él, hacía poco tiempo, no le daba buena espina. En qué jaleos estaría metido y en qué jaleos se podía meter. Sabía que quería pasar desapercibido, pero con ese trajín llamaba la atención más de lo necesario.

Había estirado demasiado su labia. Reconocía que su breve contacto con él le había servido de mucha ayuda con su crisis personal, pero se jugaba la nómina de forma estúpida. Tampoco es que le pudiera obligar a trabajar, ya que su contrato no era del todo regular. Se lo había pedido el propio Marcos. No dijo el porqué.

Se tocó el anillo de casado mientras recordaba la bronca que le había echado por su aventura extramatrimonial. Le hizo ver que es lo que en realidad se hacía a sí mismo y a su familia. Cortó de raíz con su bella amante y volvió al seno familiar como si nada hubiera pasado. La chica abandonada

no se lo tomó demasiado mal, llevaban poco tiempo y seguro que su juventud le procuraba un sustituto en cuestión de horas.

***

Alba quitaba la gasa que protegía el ojo hinchado de su compañero para ponerle otra limpia. Acariciaba su rostro como si eso fuera a sanarlo antes. Sentía una enorme pena por el encontronazo que había tenido con Raugo por su culpa. Cuando llegó hasta su cama tenía sangre en la cara y moretones por muchos sitios. Lo atiborró de antiinflamatorios, que al parecer estaban surtiendo efecto. Hacía mucho tiempo que se habían convertido en su medicina preferida, por necesidad.

Se preocupaba mucho porque no sabía de qué habían hablado y por qué se reía y lloraba tanto el argentino. También, le sorprendía que estuviera ahí con ella después de haber estado con esa bestia.

Tenía que salir a por medicinas y material para realizar las curas, pero no se atrevía a abandonar la pensión.

Comió un sándwich mixto y varias manzanas mientras su media naranja exprimida dormía profundamente sobre la cama. Lo había intentado despertar con suavidad, pero, al no conseguirlo, decidió dejarlo descansar.

Le dolía oírle farfullar en sueños el nombre de Delia.

***

Ya habían pasado veinte minutos de las cuatro y Marcos no llamaba. Nunca se había retrasado tanto tiempo. Un sinfín de causas le venían a la cabeza y ninguna le gustaba. Se sentía dependiente. Necesitaba mantener esas conversaciones a modo de terapia. Los domingos había aprendido a vivir sin su hora de charla, pero entre semana no podía faltar. Debía de ser algo muy importante lo que había alejado al argentino de su cita.

Y eso tan importante podría ser letal. Se le cortaba la respiración de solo pensar que lo hubiera perdido. Los avances realizados durante ese tiempo estaban a punto de irse al garete. Esperaba que no fuera nada grave, como un infarto, por ejemplo.

¿Por qué pensaba en esas cosas? Parecía que llevasen años en una relación íntima. A ver, íntima sí era, pero no para preocuparse por él a las primeras de cambio.

Recordaba su guía de la vida en pareja. El argentino ya se había ganado su confianza y su respeto. No podía flojear tanto por un pequeño contratiempo. Era una ocasión ideal para seguir poniéndose a prueba. Se había comprometido a ayudarla y ahora desaparecía de repente. Las distintas afirmaciones, conjeturas y especulaciones se sucedían a velocidad de vértigo en su cabeza.

Quedaba por crear el espacio personal en el que médico y paciente

disfrutaban de su independencia. Era difícil, la dependencia de la mujer era enfermiza. Sabía que este caso se podía dar en cualquier momento, pero su esmerado egoísmo, que anteponía sus problemas a los de los demás, no era capaz de encajar la situación.

Ya había pasado más de media hora y seguía sin llamar. Se levantó nerviosa, sin hacer caso del temblor en el brazo derecho. No quería perder la cabeza. Bebió agua, tenía la garganta seca.

Necesitaba un chute de autoestima y se puso el video que le había grabado Pedro en bucle a la vez que acercaba el nuevo ramo de rosas hasta la mesilla. Enseguida empezó a sentirse mejor. El claro alegato de amor, entre propio y ajeno, la animaba ese momento como nada en el mundo. Se distrajo sacando detalles de su maquillaje y peinados.

Ya eran las cinco de la tarde y Marcos no daba señales de vida. Con el autobombo de fondo empezó a repasar la batería de preguntas que tenía preparadas para la siguiente entrevista. Por la mañana se reuniría con un contacto del Ministerio de Sanidad. Entre las preguntas estaban las estadísticas de los últimos años en materia de explotación sexual. Tenía algunos datos, pero quería contrastarlos.

¿Cómo actuaban en caso de denuncia por maltrato? Alguna de las chicas tenía la osadía de no consentir ser explotada. Acudir a la policía era la mejor manera de atacar el problema, pero se daba en contados casos. La agente le había dado mucha información al respecto y quería completarla con el ministerio.

Se disponía a documentar la mayor cantidad de casos para darles voz en los medios. Su estómago la increpaba por obligarlo a digerir el recuerdo de su antiguo trabajo. No tenía muy claro que la dejasen volver. Lo que veía con gran claridad era el material que tenía y el artículo que iba a desarrollar.

Llegó la hora de la merienda cena y no se hizo esperar. Cuando acababa el último bocado, se alegró de haber superado ese día sin necesidad de hablar con el argentino. Un pinchazo de remordimientos la inquietaba. Se había comportado como una persona egocéntrica y no había atendido a las razones que pudiera tener su amigo. Esperaba que todo se normalizara al día siguiente.

Sin embargo, le faltaba algo: charlar con alguien. Se había malacostumbrado. Entonces se acordó de Pedro y de que podía chatear con él.

La lucha interna empezó a la hora de abrir la aplicación. No quería flirtear, solo conversar, pero en cuanto pusiera el primer mensaje y le diera a enviar sabía que cruzaría la delgada línea que separaba los dos conceptos. Le parecería alguien que merecía la pena si no estuviera tan cercana la ruptura con su marido. Tan atento y desinteresado, un ser de luz que había iluminado sus terribles sombras.

Se le encendió una bombilla al pensar en Manuel; debía empezar con los trámites del divorcio. Otra vez, el mundo se le caía a los pies, al pensar en una reconciliación imposible de asumir.

Añoraba su antigua felicidad, pero se daba cuenta de que se refería a una felicidad demasiado lejana en el tiempo.

***

…Cállate, déjame en paz.
No me gusta la autoridad.
Si me quieres cazar
prepárate, vengo a pelear…

Pedro, con los cascos puestos y la música a tope, tarareaba un tema clásico de un grupo de los noventa, oriundo de Euskadi, que destacaba por su potencia y velocidad. *Hardcore*, *punk* o *metal* inundaban su discografía.

Había insistido durante todo el día a un conocido de la universidad para poder ayudar en un concierto de una de las cantantes preferidas de Yolanda. Lo estaba preparando todo para invitarla a las bambalinas y poder conocerla. Le parecía otro buen paso para consolidar los lazos afectivos entre ambos. A él, personalmente, no le desagradaban algunas de sus canciones.

Se quedó maravillado cuando le entró un mensaje de Yolanda por la aplicación que utilizaba para chatear. Tenía la versión de escritorio del programa y lo gestionaba desde el PC. Era muy tarde ya. Se fijó en la hora en la que lo había mandado y comprobó que había sido hacía tres horas y media.

«Hola, ¿qué tal estás? :)». Con esta pregunta empezó a sentir palpitaciones. «Una jornada dura?». Intentaba escribir lo más correcto posible ya que en anteriores ocasiones había tenido algún malentendido.

Entonces llegó la peliaguda tarea de intentar expresar bien lo que quería decir sin llegar a parecer desesperado o demasiado excitado. Incluso debería ser cauto para no mostrar sus partes feas, las que sabía que tenía.

«que sorpresa :o», respondió, intentando ser lo más natural posible. «Ya sabes, las peleas de siempre ;-)». Ya se figuraría el trajín de un nuevo programa en directo. «Que tal te encuentras hoy?».

Se imaginaba que ya estaría en la cama, pero al haber empezado ella le pareció apropiado responder de inmediato.

«Perdona, que es muy tarde. Acabo de ver el mensaje. :-o :-)», se disculpó.

Un torbellino de dudas sobre si debía haberlos mandado o no lo empezó a atormentar. Temía parecer desesperado, quizás demasiado desesperado. ¿Y si los borraba? No, eso quedaría todavía más raro. Maldijo su poca cabeza dando un golpe al teclado.

La mujer se había desconectado a los diez minutos de haber mandado el mensaje. Estaría durmiendo y la iba a molestar, joder. Se empezaba a poner de los nervios. Lo que antes veía lógico ahora se convertía en forzado.

«Hola de nuevo». Esta vez no había emoticono, pero a Pedro le dio un

vuelco al corazón. «No te quería molestar. No me acordaba que estabas trabajando», escribió convencida de que se había precipitado. Apechugó con lo que había hecho y se dispuso a charlar a través de la aplicación.

«No te preocupes que tal estás?». Quería quitarle hierro y comenzar una conversación que a priori prometía.

«Bueno, tirando. Estoy con un proyecto entretenida». No se le ocurría qué contarle. «Oye», recordó que tenía un plan para que no sonara rara la conversación.

«Dime», contestó intrigado Pedro.

«Quiero hacer cierta investigación de calle, pero de incógnito. Me gustaría grabar conversaciones de manera muy sutil. Me interesa más el contenido que la calidad de la imagen, aunque si se puede grabar bien, mejor». La parrafada llegó al dispositivo de sobremesa en tiempo récord. «Me gustaría saber si conoces algo que sea fiable y discreto».

«Estuve investigando para un formato televisivo un sistema de cámaras colocadas en las gafas de los concursantes y presentadores». Pedro se aprovechaba de tener el teclado a su disposición. En realidad, había comprado varios modelos e incluso grabado situaciones en el set con ellas. Era información que no tenía por qué saber Yolanda. Ni nadie en el mundo entero.

«Estaba pensando en algo así, pero no tengo ni idea de tecnología». Al ser Pedro un gurú de los aparatos electrónicos era una buena manera de empezar a charlar y conseguir información útil. Dos pájaros de un tiro.

«No te preocupes yo te miro a ver que puedo encontrar», escribió sabedor de sus aptitudes. Con toda seguridad iba a ganar varios puntos con este favor.

«Solo si tienes tiempo. No quiero molestarte mucho». Parecía que el gancho había salido bien. Esperaba que no se lo tomara como un flirteo.

«Vale, vale tranquila. Pensaba que me querías pedir una cita ;-)», lanzó la frase como quien tiraba una piedra y escondía la mano, salvo que aquí la mano había escrito toda la línea de forma clara.

«Jjjjj :-)». Fue un mensaje reflejo en el que no se oyó el juramento. «Me ha ayudado mucho el vídeo que me has pasado, pero no te lo creas tanto ;-p». Quiso suavizar la conversación, uniéndose a la broma. La sorpresa fue que no esperaba ese despliegue de humor y acierto por parte de su excompañero. Ignoraba que, de manera indirecta, Pedro se crecía y daba la impresión de ser otro. A decir verdad, por las redes sociales abundaban esos casos.

«Me alegro de que estés entretenida. No has leído algún libro o has visto alguna peli?». Intentó aportar algo para la vida en clausura.

«Sobre todo, prensa. Estaba muy inapetente». Efectivamente, eran varias opciones las que la hubieran distraído un poco de sus problemas y no las había tenido en cuenta. Sus neuronas trabajaban en darle vueltas a todo, no en distraerse. «Retomaré la lectura. Tengo varios libros pendientes».

Estuvieron dos horas hablando de libros, películas y música; a veces coincidían. Pedro volvió a intentar acercarse con la invitación al concierto de la cantante que estaba de moda, pero no le hizo mucha gracia. Yolanda se

asustaba solo con pensar en tener a tanta gente a su alrededor, aunque la oportunidad de conocer a una artista de ese nivel le atraía mucho.

Mediante la conversión de los pensamientos y sentimientos en impulsos digitales, que se trasmitían a través de kilómetros de cables para ser procesados de nuevo y llegar a la persona indicada, todo parecía más sencillo.

***

Marcos se despertó sobresaltado a las dos de la mañana. Alguien le disparaba en la nuca. Todavía sentía el hierro gélido de algo apoyado en su cuero cabelludo. Tenía un ojo tapado por una gasa. Escondía una fuerte inflamación. Se intentó incorporar, pero le costó. Sus costillas pedían quince días de reposo.

Sentado en el borde de la cama, notó que a su lado estaba tumbada Alba. Parecía dormir profundamente. Sentía que había arriesgado su vida por ella, pero sin tener consciencia exacta de lo que podía pasar. Cuando se dirigió al cuartel general del proxeneta, tenía claro que eran de lo más bajo de la raza humana, pero con sed de dinero. Se maldijo por no haber preparado mejor la incursión. El hecho es que debería conseguir cien *manolitos*, como decía su amigo camarero cuando hacía alusión a lo que más salía del bombo del sorteo de lotería navideño. A sus fieles feligreses aficionados al fútbol y seguidores de Manolo, el del bombo, les encantaba la broma. La mente se le iba en busca de ese tipo de banalidades en un momento como el que estaba viviendo.

Sopesó el siguiente paso que tenía que dar. Estaba bastante magullado y con el ojo como lo tenía le sería imposible acercarse a un banco sin crear, cuando menos, ideas extrañas en sus trabajadores. En unos días bajaría la hinchazón, se recuperaría y podría empezar a actuar. El problema radicaba en que su tapadera podría saltar por los aires.

Cuando Raugo se puso delante de la puerta vio la muerte aproximarse y no se asemejaba a una bella dama, como rezaban tantos poemas. Todo esto tenía que merecer la pena. Iba a poner en riesgo todo lo que había pasado para aguantar vivo. Todo el esfuerzo que había hecho su hermano.

Daniel era el que más miedo le daba. Tenía en su mano la posibilidad de solucionar este asunto. Otra vez, debía arreglar sus desastres. Dudaba de que quisiera hacerlo de nuevo. Por suerte, había quedado con él tres días después. El argentino esperaba que se notasen grandes mejorías en sus heridas faciales.

Lo único que le consolaba era el cuerpo de la venezolana, sensual y relajado, a su lado. Daba la impresión de que ella empezaba a confiar en sus capacidades por muy mermadas que estuvieran.

Pensándolo bien, también le consolaba saber que con Raugo podía arreglar el problema con cien manolitos. Con el Coronel el precio sería demasiado caro en vidas humanas.

Otra opción era largarse de ahí y mandar a todos a paseo. Ya lo había hecho en una ocasión, con Delia. No sabía cuánta mierda más podría

acumular en su maleta de viaje.

***

Yolanda llegó a casa vestida con un conjunto muy colorido, regalo de una diseñadora famosa por sus combinaciones de colores vistosos y creaciones algo extravagantes. Este, sin embargo, era de los más serios. Llevaba saliendo de casa tres días seguidos y parecía haber recobrado las fuerzas, ¿por qué no demostrarlo utilizando tonos alegres?

Se sentía bastante segura de su cambio de aspecto, ya que nadie la había reconocido por la calle. Sí es verdad que en las entrevistas que estaba realizando para su trabajo la reconocían de vez en cuando, pero había aprendido a soportarlo. Lo normal era que transcurrieran sin altercado alguno. Todavía no había podido desprenderse de las gafas de sol. Hoy había llamado bastante la atención, pero aparte de un par de miradas de curiosidad no había recibido ninguna reacción negativa. Después de sudar sus impurezas lucía una nueva piel brillante.

Venía de comer con Pedro y, de paso, de recoger unas gafas con cámaras espía para poder acometer la siguiente fase de su proyecto. El cámara se portaba de maravilla con ella y su ayuda en el apartado tecnológico era inestimable.

Todo el trabajo que había realizado en los distintos departamentos la remitía a informes ya publicados que solo le servían para mostrar datos oficiales. Tenía apalabradas otras entrevistas con diversas ONG que se dedicaban a dar cobertura social básica a estas mujeres esclavizadas o en situación irregular. Esperaba poder empezar a entrevistar a chicas que hubieran estado en esa misma situación. Acceder a mujeres que en la actualidad estuvieran siendo forzadas le parecía una empresa demasiado difícil, pero estaba dispuesta a llegar hasta el final.

Revisó las gafas de espionaje y se las puso para ver cómo le quedaban. Tenían un diseño muy fino y parecía increíble que portaran tres cámaras, una frontal y dos laterales. Las imágenes iban directas a una aplicación del móvil vía wifi. Solo tenía que compartir la red inalámbrica y se guardaba todo lo grabado en la memoria. Su autonomía era más que aceptable. Además, Pedro había logrado encontrar un modelo con una calidad de captura espectacular, casi 4K de resolución.

Empezó a hacer una prueba, pero tuvo que parar, ya que Marcos estaba llamando.

—Hola, ¿cómo te encuentras hoy? —preguntó como siempre. Había estado un día solo sin poder comunicarse con la mujer y se sentía muy preocupado por su estado. Sus disculpas habían sido aceptadas por ella sin ningún problema, pero en su pasado como psiquiatra se había llevado muchos sustos por la dependencia de sus pacientes.

—Hoy me he levantado muy bien. He tenido un pequeño bajón, pero nada

importante.

—Me alegra mucho que hayás recuperado tu vitalidad.

—Bueno, ayer no lo tenía tan claro.

—Es un día para remarcar y tenerlo en cuenta.

—Quiero hacer tantas cosas que no sé cómo abarcar.

—Ya demostraste tener valor suficiente para hacer muchas cosas, aunque alguna fuera una boludez. —Se remontó al momento de su intento de suicidio —. Muchos no podríamos ni imaginarlo —apuntó, esta vez refiriéndose a sí mismo. Mentía porque sí se lo había imaginado, pero no tenía el coraje suficiente para dar el paso. Acabar de una manera rápida.

—Claro, no estás mal de la cabeza.

—Dejá de pensar que sos una loca. Respira hondo y pegá el siguiente paso.

—El siguiente requiere de mucho valor.

—Lo que de verdad es duro de asimilar, y requiere de tu valentía, es aceptar las consecuencias de lo que vas a hacer. —Su vida se resumía en esa frase—. Podés arriesgar con toda vuestra alma en cualquier campaña, pero, volviendo al principio, hay que estar preparado para un cambio.

—Quiero acercarme a las esclavas de este siglo. —Sentía que debía compartirlo con el argentino. Se guardaba para ella la decisión de intentar sacarlas de la calle. No sabía cómo, pero lo tenía metido en su cabeza.

—Entonces, no vas a arriesgar solo a vos.

—Pienso que tienen que saber que no están solas. —El trabajo que iba a desarrollar debería servir para algo, un logro para la sociedad.

—Hay pocas personas que las ayudan. —Pensaba en Alba y empezaba otra vez la duda sobre si debería ponerlas en contacto. Luego veía un puño de acero estrellarse contra su ojo y se le pasaban todos los dilemas—. Pero hablamos de un trabajo policial. Vos no podés hacer nada.

—Entonces, ¿nadie puede hacer nada? —Se negaba a conformarse. Marcos podía sentir la energía de su paciente.

—Solo digo que vos eras un trapo tirado en el piso hace un mes.

—Ya no soy la mujer de hace un mes. —Por desgracia, ya tenía asumido su rumbo solitario.

—Me comentaste que tu compañero te llevó más flores, ¿no? —Habían pasado por encima del hecho de que podía haber un nuevo factor emocional en Yolanda y quería hablar sobre ello. El tema de su proyecto lo ponía cada vez más nervioso, pero no lo hacía para cambiar de conversación, si no para poder tratarlo con seguridad.

—Sí, me está ayudando mucho. No pensaba que podría encontrar a un amigo así después de lo que pasó en el estudio.

—¿Eso es lo que vos pensás de él? ¿Es solo un amigo?

—Claro. —Necesitaba tranquilidad.

—Es una buena influencia para tu desmotivada afectividad. Tener amigos ayuda mucho.

Le pidió explicaciones de todo lo que habían hecho juntos. Discutieron los detalles que tiene un hombre con una mujer y su porqué. Yolanda insistía en que solo quería ser amiga de Pedro y el argentino le habló de que fuera clara en esa postura. De momento no parecía ir a mayores y lo dejaron pasar. Sabía que dentro de poco lo volverían a retomar.

***

Alba bebía un café mientras esperaba la llegada de su amiga. Marcos le había dicho que él se encargaría de todo, pero no era suficiente. Si algo le había demostrado la vida, es que debía sacarse las castañas del fuego ella sola. De lo contrario, podía acabar en las brasas. Tenía la esperanza de que Delfi le dijera algo más.

Desde que había llegado miraba a su alrededor por si encontraba señales de algún malnacido relacionado con su explotador personal. Durante todo el trayecto que había recorrido le acompañó la misma paranoia. La que le había librado de varias sorpresas. Sobre todo, a partir de su llegada al viejo mundo, cuando el desencanto y el fraude acabaron con su inocencia.

Su amiga llegó un poco tarde, pero no se lo echó en cara. Ya sabía de dónde venía y lo que tendría que haber hecho para poder escaparse un rato.

—No tengo mucho tiempo, cariño.

—Dime, ¿te enteraste de algo sobre Raugo?

—Sí, oí que ese viejito tuyo le dio una paliza. —La noticia del paso de Marcos por la guarida del proxeneta se había distorsionado al no contar nadie la verdad.

—No puede ser. Eso es malo. —Si esa hiena estaba malherida, podría arremeter contra cualquiera—. Prométeme que vas a tener mucho cuidado.

—Uy, no te preocupes, mi amor, ya sabes que la Delfi aguanta mucho debajo del agua. —Sonreía para intentar provocar una sonrisa también de su amiga.

—No es broma, estate muy atenta. —Raugo debía recuperar su prestigio y eso iba a ser a cuenta de un tercero. Temía que sus compañeras salieran perjudicadas por su culpa.

—Claro que sí, siempre hay que tener bien abiertos los ojos, hasta el del culo —dijo, y después le hizo una mueca graciosa—. Y oye, ¿quién es ese caballero galante?

—Es mi compañero de pensión. Es demasiado bueno para estar conmigo. —Ahora, con la guardia baja, sí que sonreía.

—Qué dices, tonta, si eres un bombón. —Además, de esa manera Raugo podría ser de nuevo suyo.

Rieron con las intimidades desveladas por la venezolana y lloraron de alegría cuando reveló su estado y pensaban en tener un bebe entre sus brazos. Disfrutaron de unos minutos de aparente normalidad hasta que Delfi tuvo que salir corriendo del lugar. Al verla marchar se le encogía el alma.

El mundo a su alrededor no paraba, permanecía ajeno a sus problemas. Problemas muy poco comunes, con los que ninguno de los que estaban sentados y disfrutaban de sus consumiciones iban a tener que lidiar en su existencia. Se trataba de la vida que merecía la pena vivir. Para ella y sus colegas estaba reservada la que te obligaba a sobrevivir.

***

Marcos había salido una hora más tarde para recuperar las horas que debía por faltar el día después a la pelea. Tenía prisa porque necesitaba hablar urgentemente con su hermano. Habían quedado ese día mediante un sistema complicado. Una especie de algoritmo para verse sin ningún tipo de mensaje para concretar la cita. Se aplicaba al calendario y sacaban la siguiente fecha que les venía bien a ambas partes, con hora y todo.

Se puso nervioso por la petición que tenía que hacerle. Consiguió llegar a tiempo y se conectó de inmediato. Después de los saludos habituales lanzó la bomba.

—¿Que te ingrese cien mil euros? —Daniel sabía lo que tenía que hacer. Marcos tenía una cuenta en un país centroamericano, en ella había casi un millón de dólares. Eran todos sus ahorros, después de trabajar como psiquiatra para numerosas personas adineradas. La escasez de vicios caros y la dedicación completa a su trabajo propiciaron ese voluminoso patrimonio. Solo tenía que transferir una parte a una cuenta creada en España—. ¿En qué carajos te has metido? ¡Vos estás cavando vuestra tumba!

—Escuchá, Dani —insistía en pedir la palabra.

—¡Todos estos años me he roto las pelotas por vos y así me lo pagás!

—Escuchá, por favor. —No había manera.

—¡No me da la real gana! ¿No podés estar quieto ahí, sin hacer nada? ¡Tenés que joder la marrana!

—¡Escuchá, joder! ¡Querés escuchar! ¡Si no lo hacés, me matarás y estaremos igual! —Daniel se había calmado tras oír el grito de su hermano—. Vos pensás que voy buscando la manera de joderos la vida a todos.

—Si tocás esa guita, sabes que van a ir a por ti. —Alguien como el Coronel ya tendría puestos en aviso a todos sus contactos en paraísos fiscales para que lo alertasen de cualquier movimiento. Además, él mismo lo había asesorado para mejorar el rendimiento de sus ahorros, antes de que se fugase con su mujer y la dejara morir en una cuneta.

—Me arriesgaré. Pasó mucho tiempo, quizás ese boludo se haya cansado de esperar.

—Joder.

—Ya sé que debería marcharme y olvidarme de todos acá. Pero estoy cansado.

—No tienes buena cara, viejo. Vas a tener que abrir bien los ojos. —Sabía que ese hijo de puta no se olvidaba de sus deudores tan fácil.

—Dile a los chicos que los quiero mucho. —Le era imposible no lagrimear.

—Sí, ellos también te añoran mucho. —Jugaban con fuego y no sabían si iba a ser la última vez que se verían—. ¿Adónde tengo que mandarte el dinero?

—Entra con mis datos y utiliza la sección «transferencias seguras». Elige el primer banco suizo que salga y derívalo a España. —Sabía dónde debía recoger el dinero sin demasiadas preguntas. Eso sí, ponía una equis en el mapa con su localización casi exacta. Si pasaba por Suiza, quizás podría despistar a su perseguidor.

—Suerte, hermanito. Te quiero mucho —se despidió con la mirada cristalina y temblorosa.

Cerró la llamada desolado. Estaba seguro de hacer lo correcto, pero cada minuto que pasaba sentía la urgencia de salir corriendo.

Cogió aire y sopesó sus opciones. Primero debía quitarse de encima al proxeneta y, después, marcharse.

***

Yolanda esperaba que las cámaras no fueran sensibles a los temblores que estaba sufriendo en ese momento. Se había quitado el vestido alegre y lo había sustituido por ropa más cómoda para salir en busca de testimonios de primera mano. Estaba en la zona donde se ejercía la prostitución al aire libre, a las afueras de la ciudad. Ese arrebato de coraje e iniciativa le venía rondando la cabeza mucho tiempo atrás y al final había tenido que hacerlo. El detonante fue el espectacular kit de espionaje que le había proporcionado Pedro.

Ahora se arrepentía. Una chica como ella en un sitio como ese. Llevaba media hora grabada y ya había localizado a dos chulos alrededor de una docena de chicas medio desnudas, con intenciones claras.

Era novata en esos ambientes, pero le resultaba algo extraño la presión a la que las tenían trabajando los proxenetas. Ignoraba que el gallo del corral tenía que ejercer más control tras el encontronazo con Marcos. A falta de encuestas sobre su popularidad, Raugo se fiaba de su intuición y esta le marcaba una línea segura para recobrar los puntos perdidos: machacar las dudas a palos.

Una primera opción había sido llamar a Pedro y que estuviera por la zona con el coche por si necesitaba su ayuda. Se lo quitó de la cabeza. No quería liarlo más todavía y, además, tenía que trabajar. Llevaba el espray antiviolador, una porra de acero telescópica y el móvil a tope de batería. Grababa todo, por lo que la autonomía del teléfono mermaría más rápido de lo normal.

En cuanto llegó se dio cuenta de que se había precipitado. Quería reconocer el terreno y hacer el primer contacto lo antes posible, sin pensar en cómo iba a captar a las distintas interesadas. Necesitaba un número de

teléfono y tarjetas para distribuir entre las chicas. Se lo apuntó para el día siguiente.

A pocos metros había una parada de autobús. Pensó que podía ser un lugar donde esperar a que se acercara alguien, pero era demasiado accesible. Si un proxeneta quería asustarla, lo tendría muy fácil. De todas maneras, esperaba momentos muy tensos en su investigación de campo. Llevaría el móvil en la mano en todo momento y al bajar del cincuenta por ciento de batería, se retiraría a su casa.

Se sentó en la parada y se dedicó a observar el transcurso de la jornada laboral de las pobres chicas. Solo pensar en desarrollar un trabajo como ese le producía dolor de estómago. Comparada con su vida, con la que había intentado acabar desde su azotea, encontraba muchas más razones para no seguir viviendo. Sus problemas eran insignificantes al lado de los de estas mujeres. También sintió vergüenza por haber intentado suicidarse porque su existencia no era como ella quería. Sucumbir de esa forma no la colocaba en buen lugar. La dejaba a la altura del tacón de aguja de cualquiera de las chicas.

Desaparecieron los chulos en un coche de alta gama, un modelo anticuado. Cristales tintados, pintura metalizada oscura, llantas llamativas, tenía todos los tópicos que le venían a la cabeza. Una alta cilindrada les debía de proporcionar cierta ventaja ante cualquier imprevisto.

Parecía estar todo en calma. El siguiente paso estaba claro: tenía que hablar con ellas. Un trago de alcohol o algo más fuerte no le vendría mal. Se lo pensó de nuevo y despreció la necesidad de drogarse para trabajar o enfrentarse a sus problemas. Su terapeuta ya se lo había advertido: «las drogas, en general, no ayudan nada, solo desenfocan la realidad más inmediata».

Aceleró el paso para que no la sorprendiese un coche que estaba parado con el motor en marcha y con su conductor negociando una sesión de sexo profesional. Se subió a la acera, donde había varios grupos de chicas fumando y esperando su turno.

Tenía que acercarse a ellas y llamar su atención. A diez metros del primer grupo vomitó todo el contenido de su estómago. Pudo echarlo detrás de unos arbustos. Mientras lo hacía, recordaba lo cómoda que estaba en su casa y se imaginaba la preciosidad de grabación que iba a quedar. Por lo menos, no se le cayeron las gafas. Pregunta mental: ¿Quién le mandaba meterse en esos berenjenales?

Cuando recompuso sus entrañas, se dio cuenta de que ya había llamado la atención del grupo más cercano.

—¿Estás bien, guapa? —Una mujer delgada, negra como la noche más cerrada, se aproximó.

—Sí, tranquila.

—Creo que te has perdido. No deberías andar por aquí. —No sonreía, pero al hablar mostraba unos dientes blancos perfectos, sanos, que

contrastaban con el color de su piel de manera llamativa. La escasa luz que incidía sobre sus brazos desnudos la dotaba de unos tonos dorados y cálidos.

—No, perdona.

—No hay nada que perdonar.

—Necesito vuestra ayuda. ¿Podemos hablar?

—Chica, no estamos aquí para hablar de nada.

—Solo quiero documentarme para… —Se quedó pausada, pensando si podía exponerse delante de esas mujeres que no conocía y que tenían dueño— una novela que estoy escribiendo. —Todos los días imaginando este momento y se le escapaban detalles que debería llevar bien atados.

—Será mejor que vayas a una biblioteca.

—No, no, quiero escribir sobre vosotras. Mi protagonista se dedica a… bueno a ganarse la vida como vosotras.

—Esto no es ganarse la vida, se trata de seguir con vida.

—Me llamo Sandra —mintió con descaro—. Solo quiero conversar sobre vuestras vidas. No quiero causaros ningún problema.

La prostituta miró en la dirección por la que se habían ido los proxenetas y revisó el entorno. Sus compañeras la miraban serias y expectantes.

—Si no quieres causarnos problemas, es mejor que te vayas.

—Solo serán unos minutos y me iré. Te lo prometo.

—Ven, te presentaré a las guerreras. —Le costó aceptar, pero al final cedió. Parecía haber despertado su curiosidad. Se acercaron a tres jóvenes—. Estas son Dori, Cloe y Kim. Yo soy Mery. Os presento a Sandra, una escritora a la que le interesan vuestros culos.

—¿Estás loca? ¿No ves que pueden regresar en cualquier momento? —Kim fue la primera en demostrar su malestar.

—No me va a llevar mucho tiempo —dijo Yolanda—, aunque me gustaría hablar de todo un poco.

—Lárgate. —La nueva portavoz del grupo era tajante.

—Estoy escribiendo una novela y la protagonista…

—No sé qué coño no has entendido de *lárgate*. —Esta vez la encaró, abandonando su posición en el círculo en el que se encontraba—. Nos quieres matar con tus caprichos de escritora pija.

—Solo son unas preguntas anónimas. No voy a dar nombres ni datos.

Un coche negro parecido al de los proxenetas se paró enfrente de ellas. Kim lo miró con cara de susto hasta que se bajó la ventanilla y divisó a un desconocido al volante.

—Me acaba de dar un infarto, chicas.

Todas rieron para descargar la tensión que se había generado en esos breves segundos. Yolanda también sonrió, hasta que recibió un empujón de la prostituta. Casi la tira al suelo.

La periodista sacó el móvil con rapidez. Antes de marcar vio un autobús ir a la parada y cruzó la carretera a toda velocidad para cogerlo. Parecía que huía aterrada y, en parte, era verdad. Tenía que pensarlo mejor y preparar otra

estrategia.

—¡Corre a preguntar a tu puta madre! —gritó Kim, complacida por el abandono de Yolanda.

A unos metros, Delfi observaba lo ocurrido con mucha curiosidad. ¿Qué estaría preguntando esa mujer para alterar tanto a Kim? Conocía muy bien a su colega y era un amor con todo el mundo. Debía de ser muy grave para que reaccionase de esa manera.

En el autobús, consiguió detener el temblor del cuerpo. No había reaccionado como ella quería. Solo era una mujer, no iban a matarla por hablar. Debía ser más sutil la próxima vez. Porque iba a haber otra vez, y muchas veces más. Había despertado algo dentro de ella imposible de describir. Lo sopesó y llegó a la conclusión de que era mucho más potente que la cocaína.

Cuando desapareció el chute de adrenalina, rompió a llorar con ganas. Su estado emocional no era el causante de esas lágrimas, era pura empatía hacia esas mujeres que vivían con tanto miedo. Que solo esperaban seguir con vida.

Muñecas rotas, fin del juego.

11. Te acabas quemando

Cuánta gente podrida había en el mundo. Personas sin ningún tipo de escrúpulos que miran solo su ombligo y comercian con los de los demás. La clase de psicópatas relacionados con el tráfico de mujeres, desesperados por medrar en la vida, representaban lo más bajo de la condición humana.

Marcos odiaba todo lo relacionado con la esclavitud a la que estaba sometida Alba y tantas otras chicas. Escuchaba el relato de Yolanda con el estómago encogido. Se dio cuenta de la tensión acumulada cuando partió el tapón del bolígrafo que utilizaba para anotar los datos de sus posibles captaciones. Veía que el problema era global y que el hecho de estar tan propagado lo hacía imposible de atacar. Intentaba pensar en la solución a esa plaga. Al igual que las cucarachas pueden ser erradicadas con sustancias químicas, tenía que haber algo que destruyese una a una a las alimañas con dos patas que se alimentaban de las esperanzas ajenas. ¿Qué tipo de luz se podía encender para provocar la huida de estos insectos infrahumanos?

Le entristecía la impotencia que sentía ante situaciones como las que vivía su compañera. Se sorprendía por la capacidad que tenía para situarse en medio de todo el fregado. Intentaba alejarse del maldito Coronel y se metía en la cama de un proxeneta obsesionado por sodomizarlo y sacar beneficio de ello.

En este caso, tenía la convicción de que saldría airoso gracias a la transferencia pactada.

—Se me cae la cara de vergüenza cada vez que pienso lo que iba a hacer por mis problemas. Esas mujeres son muy fuertes.

—Más de lo que pensás. —Vivía con una de ellas y lo había constatado varias veces—. Son de otra pasta. Debes tener mucho cuidado con los malnacidos que las controlan, no son gente razonable. —Todavía le temblaba la voz al recordar la librada en el despacho de Raugo.

—Tengo pensado ir con mucha más tranquilidad. Quiero avanzar con el proyecto.

—Es muy bueno que estés trabajando en algo que te motive, pero, a la vez, creo que es muy peligroso.

—Lo es, pero me metí en esta profesión con la idea de poder ayudar y hacer un buen servicio a la sociedad. Recibí la bofetada que necesitaba y me emociona poder ayudarlas. —La habían echado del lugar, pero no se lo tenía en cuenta, solo estaban velando por su seguridad. De todas maneras, se tomó un día libre para mentalizarse y organizarse mejor.

Marcos pensaba en Alba y se contuvo cuando iba a hablarle de ella. Él se encargaría de proteger a la venezolana y la sacaría del lodazal en el que estaba atrapada.

Se arriesgaba demasiado, teniendo en cuenta todo lo que le había costado adaptarse a su vida en el exilio y las consecuencias que había sufrido su

familia. Solo quería asegurarse de liberarla y alejarla de allí. Le dolía el alma al repasar su plan de escape, ya que seguro que huirían por separado. Estaba convencido de que era lo mejor, a su lado correría más peligro, el que él traía consigo.

El bebé que esperaba era otro factor importante que justificaba más si cabe alejarla de su destino. Quizás, cuando muriese el mafioso que lo atormentaba, podrían volver a retomar sus vidas.

Volvió a su trabajo como si no hubiera pasado nada. Estaba pendiente de recibir la notificación del banco para ir a recoger el dinero. Se metió en el ordenador de su puesto de trabajo, en modo incógnito, y consultó el correo de su banco de cabecera. Era mejor hacer el trámite desde otro país que no fuera cercano a España.

No se sentía orgulloso por utilizar paraísos fiscales, pero después del corralito y la última crisis mundial, prefería asegurarse sus lentejas lejos de manos indeseadas. Era lo que tenía el sistema capitalista, mandaba el capital.

En la bandeja de entrada no había nada y le quedaban tres días para cumplir el plazo fijado por Raugo.

***

Yolanda preparó el móvil nuevo que se había comprado. También contrató un nuevo número. En la copistería del barrio había imprimido cien tarjetas con sus datos. El nombre de Sandra resaltaba como *alter ego* de Yolanda.

Se había asustado mucho al enfrentarse a las chicas sin ningún tipo de recurso con el que convencerlas. La violencia con la que la habían tratado no caló, no habían conseguido que se echara atrás. No tenía miedo a enfrentarse a nadie, lo que no veía claro era cómo hacer que confiaran en ella.

Sonrió algo resignada al encontrar uno de sus pesados mandamientos en todo lo que se proponía. En su último repaso a las cuentas que tenía, vio con agrado que los beneficios por el libro seguían ingresándose religiosamente y esto le daba cierta tranquilidad. Se negaba a dar la espalda a algo que le había llevado mucho trabajo, seguía considerándolo como una obra de no ficción muy recomendable. Se podía aplicar a cualquier ámbito de la vida.

Después de comprobar que funcionaba el dispositivo estrenado para la ocasión, se dispuso a seguir analizando lo que había grabado. Lo volcó en su portátil y eliminó las imágenes en las que vomitaba. Con las gafas venía un *software* que le permitía visualizar el contenido de las tres cámaras a la vez. Estuvo visualizando los trozos donde salían varios hombres que, después de revisar el estado de la zona, se marchaban en el coche oscuro. Tenía anotada la matrícula e hizo capturas de las caras de todos los que andaban por la zona. Esas gafas eran una maravilla. Incluso pudo escuchar la conversación y los improperios de Kim.

Paró el video en la cara de las cuatro chicas y no pudo más que llorar de

rabia. Sin apenas conocerlas, se le hundía el ánimo al pensar lo que tenían que soportar para sobrevivir. Sabía sus nombres y conocía sus cuatro rostros, ya no se le borrarían de la cabeza.

Necesitaba tomar algo fuerte, pero se había prometido aguantar pasara lo que pasara. A lo mejor, todavía tenía algo en el último cajón, donde normalmente se mete lo que quieres esconder. Se lo quitó de la mente y recordó el nombre del camello que le proporcionaba las drogas. Se acordaba de su número y tenía el móvil al lado.

Mierda de tecnología, que te lo pone todo tan fácil. Cogió el dispositivo y lo observó pensativa debatiéndose entre lo que le pedía el cuerpo y lo que le decía el sentido común. Encontró chocolate en casa. Se obligó a conformarse con eso.

Zapato cómodo, ropa holgada, un bolso en bandolera y sus sofisticadas gafas. Otra vez estaba en la parada del autobús desde donde se divisaba el comercio sexual de la zona del gran Parque Central.

El mismo ritual. Gorilas uno, dos y tres se metían en el oscuro vehículo y dejaban a sus chicas trabajar. Buscó un sitio discreto, dispuesta a grabar lo que pasara en las siguientes horas. Hizo varias panorámicas para poder captar a todas las chicas. Era una pena que no pudiera registrar las conversaciones entre ellas por la lejanía.

Hablaban y sonreían mostrando cierta normalidad en lo que hacían. A pesar de lo duro que era estar ahí, se esforzaban por aparecer dignas y que no se notase su ánimo devastado. Quedaba patente que existían los monstruos que se alimentan del miedo de las personas.

Unos bafles conectados a un móvil escupían al aire canciones de ritmos latinos. Se reían al ver cómo se contoneaba alguna de sus compañeras al son de la música.

En un cambio de pieza empezó a sonar una canción con la que todas gritaron y jalearon para que subieran el volumen. El tempo seguía siendo latino, pero la actitud de las mujeres había cambiado. Cantaban cara a cara sus estrofas. Participaban todas, a pesar de que alguna estaba un poco alejada. El estribillo sonó y fue cantado a coro por las chicas emocionadas.

…Entonces ocurre el milagro.

Quiero cantar a esa mañana
que logré despertar abrazado en tu cama.
Quiero gritarle al Sol que me he mudado
al lado de tu sonrisa y tus ojos cansados…

Había algo de ceremonia en el canto de las mujeres. La entrega, la afinación y la coordinación las unía en una bella creación alejada de ese lugar. Muy lejos de ese infierno. Venían los versos cargados de contenido y las

voces los coreaban.

…Quiero y no puedo
vivir conmigo dentro.
No quiero hacerte esto,
aún te queda el resto.

Riego fuera del tiesto…

Las gafas de la periodista estaban registrando el evento. A pesar del transitar de los coches, se escuchaba casi todo lo que cantaban las chicas. Sería un buen material para realizar el reportaje.

Justo cuando iba a sonar de nuevo el estribillo una de ellas, de un manotazo, apagó los altavoces. Ante la queja de sus compañeras, les señaló a la carretera, justo en ese momento pasaba el coche con los tres gorilas en su interior. Todas callaron. La tensión entristeció sus rostros.

El transporte de sus controladores pasó con lentitud mientras revisaban a todas las prostitutas. Estas volvían a pasear por la zona más separadas.

Yolanda salió del escondite ante la presencia de los causantes del cambio de actitud, le interesaba grabar bien esa circunstancia. Cuando se volvieron a ir siguió filmando para descubrir que una de las chicas la miraba fijamente. Aguantó su mirada unos segundos y luego continuó con sus paseos.

Yolanda quiso ver un grito de auxilio en sus finos ojos; quizás solo quería advertirle de que huyera de ese parque de los horrores.

El autobús le permitía pensar en lo que acababa de experimentar mientras se alejaba de la jaula invisible en la que se quedaban las mujeres esclavizadas. Era evidente que no estaban ahí por voluntad propia. El control se efectuaba cada hora, pero no sabían nunca dónde estaban sus chulos mientras no estaban vigilándolas.

La policía pasaba de vez en cuando, pero no paraba para nada. Las chicas se marchaban corriendo al verla aparecer. Tampoco tenía mucho sentido molestarlas, a no ser que quisieran comprobar sus papeles. En principio, se encontraban en un lugar público paseando. En las entrevistas que había realizado a la agente de policía se hacía patente la frustración de todo el cuerpo ante la imposibilidad de acabar con esa lacra sin la cooperación de las perjudicadas. No era muy difícil adivinar que estaban coaccionadas.

Había dejado de grabar ya que sería material inútil.

Con los nubarrones en su cabeza llegó a su destino. La línea no pasaba por su barrio, pero la dejaba a una distancia aceptable. Caminaba a gusto hasta su portal mientras le daba vueltas a lo mismo.

A las dos de la mañana, las calles estaban vacías. La tranquilidad con la que avanzaba hacia su edificio no hubiera sido posible si no estuviera ensimismada en sus pensamientos.

No vio venir a su agresor. La cogió de la chaqueta y la empotró contra la pared. Yolanda pegó un grito por el susto.

—Eres una puta estúpida —le soltó el chico nada más empujarla. No se le veía bien y tardó en reconocerlo.

—Juan, ¿qué estás haciendo? —Se notaban los nervios en su voz.

—Voy a joderte como tú lo has hecho conmigo.

—Yo no he hecho nada. Ya no estoy en ese programa.

—Sí, tú y tus putas normas. —Aflojó un poco y empezó a gimotear enfadado.

—Escúchame, antes de que cometas una barbaridad.

—No quiero escucharte, quiero venganza. Joder.

—Tu relación estaba acabada. Tienes que pasar página y aceptar el cambio. —Le sonaba el argumento.

—Mentira, tú nos jodiste. Ahora, ¿qué hago yo sin Raúl? ¡Qué hago!

—Tienes que olvidarlo. —«Como si fuera fácil», pensaba la mujer.

—No, tienes que pagar. —Sacó un cuchillo de cocina enorme.

—¿Qué vas a hacer? Ya te habrán oído los vecinos. La policía estará a punto de llegar. No empeores las cosas.

—Tienes que pagar, maldita zorra —dijo medio llorando por lo que iba a hacer.

—¡Cállate! —Juan se quedó helado ante el grito de enfado de su víctima —. ¡Cállate, joder! ¡Yo no te he insultado! ¡Piensas que matándome vas a recuperar a Raúl! ¡Te estás cavando una tumba! —Yolanda le dio una patada que lo lanzó contra un coche. No fue muy fuerte, pero le sirvió para dejar a su acosador en estado de *shock*—. Saca el orgullo que tienes dentro y continúa con tu vida.

Le parecía una desfachatez, aparte de aborrecible, comportarse como lo estaba haciendo Juan. Después de ver a esas mujeres tirar para adelante, le sobraban muchas tonterías.

Lo encaró y, de un tirón, le quitó el puñal.

—Deja de dar pena y haz algo por tu futuro.

—Estábamos bien hasta que te entrometiste.

—Sigue culpando a los demás de tus errores y no llegarás muy lejos. —El chico apartó su mirada—. Perdona, Juan, creo que estás muy confundido. Busca ayuda. Yo no te puedo ayudar, tiene que ser un profesional.

—No quieren escucharme.

—Pues sigue buscando ayuda. Ya encontrarás a alguien que te escuche, pero tienes que estar dispuesto a escuchar tú también.

El chico, de nuevo, se puso violento, la agarró del cuello y la volvió a aplastar contra el muro del bloque que tenían al lado. El cuchillo se escapó de la mano de Yolanda y golpeó las baldosas a la vez que producía un escandaloso ruido metálico.

—Eres otra puta que piensa que estoy loco. —Cada vez apretaba más fuerte.

Yolanda estalló y empezó a darle manotazos en la cara y una patada certera en la entrepierna. Los manotazos le molestaron, pero el puntapié fue muy duro. Juan se apartó y se agachó dolorido. La mujer, ya liberada, le dio otro empujón que lo desequilibró y lo hizo caer al suelo.

Entonces se marchó a paso ligero del lugar, conteniendo unas ganas locas de patearle la cara a ese maldito descerebrado. Apretó el ritmo cuando lo escuchó gritar improperios contra su persona y amenazas a toda su familia. De verdad que estaba para llevarlo a un manicomio.

Ya en su casa, decidió llamar a la policía para denunciar el asalto de Juan. Les dio todos los datos del asaltante y quedaron al día siguiente para formalizar los trámites pertinentes. Le aseguraron que mandarían varias patrullas para inspeccionar su barrio y buscar al agresor. Ante la oferta de mandar un agente a su casa se mostró poco receptiva. Quería descansar tranquila en su sofá. No entraba dentro de su cabeza la capacidad de reventar puertas de su acosador. Además, tenía un pestillo de calidad con el que cerrar.

Terminó la llamada y se relajó con una infusión de regaliz. Nada que ver con un buen chute de alcohol, pero era muy estimulante y tenía un sabor que le recordaba a su infancia.

Después del encuentro con Juan, no creía que pudiera dormirse. Se dedicó entonces a analizar el material grabado. Lo descargó en el ordenador y fue cortando trozos sin interés. Escuchó la canción que habían entonado las chicas. Tenía una fuerte dosis emotiva, hipnótica, que embellecía la no tan agraciada circunstancia. Como en un documental, parecían un grupo de leonas que cazaba para dar de comer al macho dominante. La toma desde detrás del parapeto que la hacía pasar desapercibida podía asemejarse a uno de tantos planos de fauna exótica. Siguiendo con el paralelismo, asumía que debía integrarse sin alterar demasiado su entorno. Tenía que demostrarles que no quería hacerles daño.

Se vio entonces denigrando a las víctimas de un maltrato tan escandaloso a la altura de seres irracionales. Como si se tratara de un documental sobre animales. En realidad, lo que debía atacar era el miedo irracional que les producían sus captores. Sabía que si apelaba a su sentido común las mujeres responderían.

Los gorilas pasaban cada hora, casi como relojes suizos.

Es increíble cómo se perdían detalles en la visión normal de la vida. Mediante el registro digital de todo lo que sucedía delante y a los lados de ella encontró una imagen impresionante. No era un paisaje maravilloso ni un monumento espectacular. Se trataba de la mirada de una de ellas. Era la mujer que la había visto en su escondite y que le había dado la sensación de querer pedirle ayuda. Sus ojos dolían, estaban teñidos de dolor. Atravesaban el corazón como proyectiles cargados de tristeza. Estaba segura de que no la veía, agazapada detrás de la barrera. Para esa mujer, la periodista representaba una ventana o puerta hacia un universo paralelo al suyo.

Soñaría con ella. Lucharía por ella y por todas sus compañeras. Tenía que armarse de material con el que poder sacarlas de esa cárcel invisible.

***

El chivato que indicaba un nuevo mensaje en la cuenta de correo electrónico de Marcos lo sacó de su retahíla de razones por las que era imposible rechazar su oferta. Apuntó en su cuaderno el número del cliente indeciso y el día para llamarlo de nuevo. Se despidió cordialmente y se lanzó a consultar la buena nueva. El banco aceptaba la retirada de cien mil euros en efectivo para el día siguiente. Necesitaba el documento de su verdadera identidad y no tendría ninguna pega para recogerlo.

Su ojo estaba casi recuperado. Le quedaba marca todavía, que pensaba poder disimular con algo de maquillaje de Alba. Parecía que todo empezaba a funcionar bien. Ahora tenía que convencer a su jefe para que le diera un día libre. Después de faltar por el altercado con el proxeneta no estaba muy tratable. Borracho, impuntual y ahora pandillero, su patrón se llevaba unas decepciones cada vez más grandes de su empleado.

Siguió con su tarea a ver si podía conseguir un par de contratos antes de hablar con Alfredo. Así suavizaría la situación. Se activó de nuevo y enseguida le colocaron una nueva presa en su auricular.

Llegaron las cuatro y realizó la llamada prometida. Yolanda se mostraba bastante animada. Cuando relató todo lo sucedido la noche anterior, el psiquiatra reconoció el valor que había tenido al enfrentarse con el acosador. Ella se quitó mérito y describió a su agresor como alguien indeciso, muy poca cosa. Nada que ver con los gorilas del parque, por mucho que llevara un enorme cuchillo. También reconoció que se había arriesgado demasiado.

Le explicó que había estudiado varios vídeos de defensa personal y maniobras de escape. No se le borraba de la cabeza el momento asfixiante que había vivido y en el futuro quería estar preparada. Había encontrado una serie de ejercicios para realizar en casa.

Al argentino también le interesaba saber qué tal le iba con su excompañero de trabajo. En este asunto la mujer se mostraba muy reacia. El chico insistía en chatear y ella no le hacía ascos, pero no habían vuelto a quedar para nada. Con el trajín del proyecto, no había pensado en su colega. Respondía solo por educación.

Volvieron al problema de la esclavitud sexual. Compartían inquietudes, pero Marcos se negaba a ponerla en contacto con Alba. Se cerraría demasiado el círculo que los contenía y sería difícil mantener su tapadera. Además, lo iba a solucionar en breve. Siempre recibía algún que otro picotazo en su esperanza cuando sopesaba la capacidad que tenía un delincuente como Raugo para mantener su palabra.

Se disculpó por no poder atenderla al día siguiente.

Trabajó un par de horas más para contentar al jefe y salió de la oficina en dirección a la pensión.

De camino, ante el evento que tenía que realizar al día siguiente, se paró en el bar de siempre. Entró contento al ver a su amigo detrás de la barra y acto seguido recibió la dosis de su licor preferido.

—Pensaba que te habías olvidado de nosotros.

—Qué va, vos sos inolvidable. —Acompañó su broma con un brindis.

—¿Qué te ha pasado en ese ojo?

—Nada, una caída desafortunada. —Era bastante cierto. Cayó en la trampa de ese mal nacido—. Ya está curado. ¿Qué tal anda todo por aquí?

—Como siempre, muy tranquilo. Oye, deberíamos quedar para cenar una noche, con tu chica.

—Difícil. Trabaja en el turno de noche.

—Qué pena —dijo con sinceridad el camarero—. Quería presentarte a mi chico.

—Guau, ¿qué me decís? ¿Lo conozco?

—No, a no ser que vayas a mi gimnasio. Es nuevo cliente y está hecho un toro.

—Pues no se hable más, brindemos por ello.

Chocaron los vidrios muy animados por la noticia y de un trago clausuraron el ritual.

—Algún fin de semana quizás podamos quedar. —Marcos abría la posibilidad de normalizar su vida sin pensar en nada más.

—Estupendo.

Tras decir esto se disculpó y se fue al baño.

El argentino se alegraba de corazón por la dicha de su colega y la sonrisa que se esbozaba en su rostro. Era síntoma claro de enamoramiento.

Pascual entró en el local y se puso a su lado. Marcos se tensó de inmediato.

—No deberías gastar tu dinero en vicios insanos.

—Deja de tocarme las pelotas. Ya sé que me tenéis vigilado.

—Te recuerdo que tienes una cita con el único que puede permitir que vivas tranquilo.

—Me quité la alarma del celular para que no me molestara y tú molestas más.

—Hoy a la noche te quiero ver en el local.

—Déjate de gilipolleces —contestó, mirándolo a la cara—. No voy a entrar en el cubil de un psicópata. —El gorila lo miró, comprendía las reticencias del extranjero—. Ese mal nacido me la tiene jurada.

—Tienes que reconocer que fue culpa tuya.

—Bastardos —escupió mientras meneaba la cabeza sin entender cómo podían vivir con semejantes hazañas.

—Escucha, te haré desaparecer como no entregues ese dinero. —Tenía al argentino agarrado de la solapa, harto de sus estupideces.

—¿Cómo sé que unos depravados como vosotros vais a respetar el trato? —lo preguntaba con tranquilidad. La tranquilidad que le daba una navaja apoyada en el cuello del matón.

—Tendrás que confiar en nosotros. —Acto seguido, lo soltó.

—Prefiero confiar en el Diablo. Mañana os llevaré la plata.

—La fecha límite era hoy.

—He estado dos días fuera de combate por la manera de negociar de tu jefe.

—No se te ocurra jugar con nosotros.

—Vais a tener que confiar en mí. —Sus palabras carecían de mofa y aguantaba perfectamente la mirada del mensajero—. Mañana espero terminar con esta porquería.

—Más te vale. Tienes mucho que perder.

Pascual salió del local con calma. Iba a tener un problema con Raugo y solo podría solucionarlo con mucho dinero o sangre. Tenía varios ases en la manga que agradarían al patrón.

El camarero terminó su paso por el excusado y se acercó hasta Marcos, forzando la vista hacia el exterior.

—¿Conoces a ese tipo? —preguntó.

—No me suena. —Ni siquiera se dio la vuelta.

—Se parece a un colega de mi pareja.

Marcos se quedó helado con la noticia. Jugaba con el peor de los demonios. Tenía que perder mucho más de lo que pensaba.

***

Yolanda se sentía mal por espiar los movimientos de las prostitutas. Quería acercarse y hablar directamente, pero no lo veía claro. Después de darle vueltas, no se le ocurría nada para aproximarse y comenzar a dialogar con ellas. Iba a probar algo de lo que no se sentía orgullosa tampoco.

Estaban casi todas. Algunas llegaban de dar un servicio y otras se montaban en coches, para realizarlo alejadas de ese lugar tan poco discreto. Cerca había varios descampados solitarios, propicios para estos menesteres y otros relacionados con el consumo de heroína.

Grabó durante varias horas. Más de lo mismo. No aparecía nadie nuevo.

Entonces llamó a un taxi y cuando llegó a la parada del autobús la chica que tenía tatuados los delfines en el pecho se fijó en ella. Yolanda le mostró una caja y la dejó en el asiento vacío de la marquesina. Se montó en el coche y se marchó dirección a su casa.

Miraba por el cristal de atrás si la mujer hacía algún movimiento y desde lejos pudo verla cruzar la calle para recoger el regalo que le había dejado.

En casa, tras revisar el momento de la recogida, empezó a recibir mensajes en su móvil nuevo.

«Buenísimos», decía uno.

«Se acabaron deprisa», decía otro.

«Déjanos en paz», ordenaba alguno.

«Nos vas a matar a todas», aseguraba uno de los últimos.

«Hacía mucho que no los probaba», dijo la última de las chicas.

Les contestó a todas, les pidió perdón por lo que había pasado la noche en que fue expulsada por Kim. Los bombones eran una muestra de buenas intenciones y algunas lo reconocieron. De todas maneras, respondió a las que la criticaban indicándolas que no era su intención y que si necesitaban algo no dudasen en contactar con ella.

Debajo del plástico que sostenía los dulces había dejado varias tarjetas con su nombre falso y su número nuevo. Había apelado al sentido común y este parecía dar frutos.

Los comunicados los recibió en torno a las siete menos cuarto, pensó que sería la hora en la que finalizaba la dura jornada de las chicas.

***

Alba no quería dejarlo marchar y se aferraba a él con sus brazos, con sus labios y con todo lo que podía. Lo había maquillado para disimular el ojo tocado en la pelea con Raugo. Por desgracia, tenía mucha experiencia en esconder los maltratos. Se veía un poco raro, pero bastante aceptable.

Dudaba si confesarle sus sentimientos. Estaba a punto realizar el tercer acto más desinteresado que habían hecho por ella en toda su vida. Se mostraba vacilante por miedo a descubrir que solo era una buena persona y que el sentimiento no era recíproco. Por su vida habían pasado muchos hombres que la habían deseado y disfrutado sin sentir nada por ella, más allá de la pura lujuria. Tenía el corazón deformado por todas sus experiencias.

Marcos intentaba no lagrimear y fastidiar el fabuloso arreglo de la venezolana. Esa mañana confirmó que lo que se disponía a hacer era lo más correcto a pesar del riesgo que corría.

Fantaseaba pensando en que todo iba a salir bien. Si acababa mal, tenía pensado llevarse a alguien por delante y armar suficiente ruido como para llamar la atención sobre los proxenetas. Le encantaría tener una jugada estratégica, magistral, que acabara con esa basura humana, pero no había nada que hacer. Solo echarle huevos y esperar que la ambición de Raugo quedara saciada.

En el banco todo fue como la seda. Le proporcionaron un sobre grande con mil billetes de cien euros. Firmó varios documentos y salió sin que nadie le hiciera preguntas.

Había despistado a la gente de Raugo al salir de la pensión. Tomó varios taxis hasta que estuvo seguro de que no lo seguían. Cuando abandonó la entidad bancaria, volvió a comprobar si alguien andaba tras sus pasos. Para

asegurarse cogió otros dos taxis.

Llevaba el dinero en un bolso cruzado.

Decidió parar a comer en un restaurante cercano que tenía fama de ser muy económico y de calidad excelente. Degustó la comida como si fuera la última.

Su cabeza sopesaba con seriedad la idea de salir corriendo y empezar de cero alejado de todo el jaleo en el que estaba metido. Su familia se lo agradecería. Empezaba a considerar a otras personas como su familia. Gente buena que esperaba mucho de él. No era imprescindible en sus vidas, pero las dejaba en la estacada.

Una última bocanada de coraje venía de mano del propio Dios. Todas las acciones desastrosas que había cometido quizás respondían a un plan divino reservado para él. Era muy reconfortante poder abandonarse a una fuerza superior que marcara sus pasos. El jarro de agua fría llegó al recordar a la bestia con la que se había enfrentado y sus secuaces. Entonces reconocía que el Diablo tenía también sus planes y que eran más plausibles.

Dio un largo paseo por la ciudad, deseaba perderse entre la multitud. Una masa de gente con vidas normales y retos menos peligrosos. Esclavizados por el consumismo se movían como un líquido curioso que entraba y salía por las aberturas de las tiendas y grandes almacenes. Quería gritar que estaba a punto de hacer algo que probablemente acabaría con su existencia. Ese río de personas avanzaba ajeno a sus problemas, esquivándolo como si supiera que no debía llevárselo en su interior. Como si supiera que estaba contaminado, podrido y muerto.

Se paró delante de la comisaría a decidir si debía entrar o seguir su camino. Sería una muerte segura a medio plazo.

Llegaba la hora. El plan era sencillo. Alba citaría a Raugo a las siete de la tarde en un parque situado en un punto seguro. Les llamaría media hora antes y Marcos quería estar ya en el lugar justo cuando la venezolana llamara. Si venían andando desde el tugurio en el que se reunían, tardarían unos veinte minutos.

El parque se encontraba repleto de vida. Tenía algún bloque de apartamentos en uno de sus lados. Parecía mentira que a media hora de allí hubiese otro lugar dedicado a actos inmorales. La aparente inocencia de la gente que disfrutaba de la zona contrastaba con la ausencia de toda pureza en el gran Parque Central. Tampoco entendía por qué lo llamaban central, cuando estaba en las afueras. Se trataba de dos mundos muy distintos. Podrían estar en planetas separados.

Se sentó en un banco en medio de la multitud. Miraba nervioso a todos los lados porque no sabía por dónde vendrían. Tenía la parte trasera cubierta ya que daba a la pared de un bloque de edificios de apartamentos.

A las siete menos cinco, vio aparecer a Pascual junto a otro gorila. Destacaban entre la multitud. La gente los miraba curiosos, pero enseguida se

distraía con sus hijos o mascotas.

—¡Solo uno! —gritó Marcos cuando estaban a diez metros. Los dos gorilas se pararon, pero hicieron caso omiso—. No os acerquéis. —El argentino sacó la navaja y se levantó para ponerse en guardia. Esta vez le hicieron caso.

Pascual miró a su acompañante y con un gesto de afirmación lo dejó clavado en el lugar. Él se aproximó hasta la posición de Marcos.

—Menudo sitio que has elegido. Ten cuidado con esa navaja, que la gente es muy propensa a llamar a la policía.

—Mejor así. Toma el dinero. —Le lanzó la bolsa y esperó mientras el esbirro la revisaba.

—Está bien. Esto contentará a Raugo. Acabas de comprar algo más de tiempo.

—No quiero volver a veros en la vida.

—Yo tampoco quiero ver a Marcos, prefiero hablar con Antonio Guzmán.

—¿Quién cojones es ese pibe? —preguntó como si fuera un acto reflejo. Pretendía ser convincente.

—Vamos hombre —dijo e intentó acercarse—, sales en doscientos artículos de internet. Muchos, patrocinados por el Coronel.

—¡Pará! —Se estaba poniendo muy nervioso.

—Tranquilo, soy el menor de tus problemas. ¿Cómo piensas proteger a tu nueva adquisición?

—Dejadnos en paz.

—Nosotros podemos protegeros. A ti, a Alba y a ese camarero tan simpático. —Se giró y lanzó una sonrisa cómplice a su acompañante, que se la devolvió divertido—. Pero tenemos una infraestructura que mantener y sueldos que pagar. No será barato. Y créeme, —Esta vez sí que se aproximó un poco más—, no es una opción, es la única opción.

—Sos un malnacido. No tengo más guita.

—¿A qué coño crees que estabas jugando? Vete a casa y disfruta con tu mujercita de la tregua que te da tu primera cuota. Ya te haremos llegar las condiciones del nuevo contrato.

Marcos obedeció, más que nada, porque quería salir de allí lo antes posible.

—Ah, se me olvidaba. Nada de jugarretas.

Derrotado, dejó el ambiente de risas y juegos para poner rumbo a su desilusionante futuro. El plan del Diablo parecía funcionar mejor que los otros.

Caminaba de camino a casa por el fango más siniestro. Un fango que le llegaba hasta el cuello. Los colores del mundo habían desaparecido.

Era normal que al pasar al lado de Yolanda no se diera cuenta de que era ella. Ninguno de los dos conocía el aspecto del otro. Él salía del parque y la periodista entraba, le quedaba de camino a la zona de explotación sexual.

Con sus gafas podía hacer el recorrido hasta el gran parque y luego

aportar otra visión del camino en el reportaje. Filmarlo de día también era algo interesante.

Lo que no esperaba era encontrarse con dos gorilas de los que controlaban a las mujeres en medio de una zona pública y tan familiar.

Abandonaban la plaza y decidió seguirlos. Durante las vigilancias nocturnas no podía seguir el oscuro coche, ya que ella no tenía vehículo propio. Ahora tenía la oportunidad de filmarlos en la calle y, si tenía suerte, registraría sus domicilios o la ubicación de sus locales de reunión. No se imaginaba a gente de ese talante entrando a un edificio de oficinas. Les pegaba más un garito lúgubre.

Fue todo un éxito. Los vio entrar en una bajera custodiada por otro de los asiduos en el control del parque. Se encontraba a menos de diez minutos del lugar donde se comerciaba con las chicas.

Hizo unas tomas y siguió su camino. No quería llamar demasiado la atención.

El trayecto hasta la parada del autobús le resultó muy corto y se metió en el parque para grabar el ambiente que había al atardecer. Era un espacio enorme, asilvestrado y con restos derivados de la fornicación por todos lados.

Estaba oscureciendo, por lo que la excursión duró poco tiempo. Pensó en volver al día siguiente por la mañana. Estas noches de trabajo le impedían aprovechar la vida diurna.

Las chicas, escoltadas por los gorilas, llegaban a su puesto de trabajo. Yolanda se quedó detrás de ellas, entre unos árboles. Le parecía un sitio ideal para observar lo que pasaba, aunque no tenía una vía de escape clara.

Desde el lugar que ocupaba se escuchaban las distintas conversaciones. Chascarrillos sobre algunos servicios prestados, consultas sobre cremas y maquillaje, ropa interior y complementos. Debían de tener un proveedor que iba a sus lugares de residencia y les llevaba material de primera marca falsificado.

Delfi se paseó por delante de todas, ignorándolas.

Alguna preguntó qué le pasaba y otra le contestó que había recuperado su puesto de preferida. A varias se le ponían los pelos de punta. Reconocían que no habían tratado con Raugo, pero les daba mucho miedo. Llegaron a la conclusión de que algo había pasado ya que Delfi no hablaba mucho.

Pronto descubrió para qué utilizaban esa arboleda. Eran los urinarios comunes. El olor se volvió inaguantable a medida que pasaban las horas.

Cuando se cumplió un nuevo control salió de entre los árboles. Se acercó muy callada hasta la altura de la primera chica que se encontraba mirando el móvil.

—Hola, Cloe. —Había memorizado las caras y los nombres.

—¿Qué haces aquí? —Puso el cuerpo en tensión y se acercó a la invasora para llevarla de nuevo entre los árboles.

—No, espera, solo quiero hablar. He visto que esos tres matones ya se han

ido y tengo unos minutos para poder conversar con vosotras.

—No queremos hablar con la policía. —Yolanda les olía a chamusquina y pensaban que era una agente que iba de paisano.

—No soy policía, soy periodista.

—Peor todavía. La policía tiene pistolas, tú, no.

—¿Qué coño está pasando aquí? —No se habían dado cuenta de que Delfi se había aproximado.

—Nada, Delfi, le decía que se marchara. —Cloe mostraba cierta sumisión ante su compañera, la privilegiada. No tardó en marcharse cohibida, dejando a la periodista con Delfi.

—Quiero hablar con vosotras, mostrar al mundo la situación que estáis viviendo.

—A nadie le interesa la vida de cuatro fulanas, sudacas, que vienen a follarse a los tontos españolitos.

—Me llamo Sandra —dijo mientras le ofrecía una tarjeta—. Sé que no estáis aquí por voluntad propia.

—Entonces sabes que puedes hacernos mucho daño.

—Estoy dispuesta a todo por conseguir denunciar esta situación.

—¿Tienes dinero?

—Sí. —Sacó la cartera para ofrecerle lo que llevaba encima— Pero lo que os ofrezco es más importante.

—Es imposible salir de aquí. Con una sola llamada pueden venir los tres guardaespaldas.

—Vuestros carceleros.

—Cualquiera que hable está muerta o la mandarán a otro lado. ¿No te entra en la cabeza?

Se miraron en silencio unos segundos. Era mucho más impresionante la mirada de Delfi al tenerla delante. La periodista estaba convencida de hacer lo correcto y necesitaba dejar claro sus intenciones.

—Os ofrezco la oportunidad…

Un fuerte grito las sacó de la conversación. Alguien gritaba, pidiendo ayuda. Las dos corrieron hacia el lugar donde se escuchaban los quejidos, las demás mujeres hicieron lo mismo. Cuando llegaron, un hombre abofeteaba a una chica que intentaba apartarlo de la agredida. La que estaba en el suelo tenía la cara llena de sangre que parecía provenir de la nariz y de la ceja derecha.

Yolanda llegó y la cogió del brazo para alejarla de la zona de la bronca.

—¿Estás bien?

La chica asentía sin decir nada, con el rímel corrido por las lágrimas y mezclado con el rojo carmesí de la sangre.

—Llamo a una ambulancia.

—No, no, déjame en paz.

Entonces, apareció Kim con otra compañera y se la llevaron.

—No llames a nadie, joder —gritó Kim. La periodista marcaba el número

de emergencias y dejó de hacerlo.

Aparecieron dos de los gorilas y de dos puñetazos noquearon al agresor. Se lo llevaron en volandas del parque.

Delfi miraba a Yolanda.

—No van a hacer nada. Es un cliente y les reporta dinero —dijo, estudiando la reacción de la prostituta. Si empezaban a desaparecer clientes sería perjudicial para el negocio. Se lo echó en cara a la chica. Todas sabían lo que pasaba con esos animales. Yolanda se lo imaginaba.

Comenzaba a ser peligroso quedarse más tiempo en el lugar. Se alejó corriendo por el camino que recorría el autobús. No había nadie.

Desde una esquina llamó a un taxi.

Cuando llegó, se sentó e indicó al taxista su dirección. Le dolía todo el cuerpo de la tensión a la que lo había sometido.

Necesitaba una pistola para poder defenderse; aunque agradecía no tenerla, porque le entraban unas ganas locas de matar a mucha gente.

En el portal se animó a subir por las escaleras.

Justo delante de la puerta de su piso había un ramo de flores. Le vino a la cabeza la imagen de Pedro sonriendo. Ella también sonreía. Cogió el ramo y se introdujo en el apartamento con la intención de darse una ducha lo antes posible.

Renovó el kit de supervivencia para una ruptura abrupta y olió el aroma de las rosas. El color blanco hacía desaparecer los tonos oscuros acumulados desde que había salido de casa. Los chorros de agua caliente a presión hicieron el resto.

Se acomodó en su tresillo. Para ella, el momento estresante, desagradable y peligroso había acabado; sin embargo, las pobres mujeres prostituidas seguirían dándolo todo por seguir adelante.

En el móvil nuevo no había ningún mensaje ni ninguna llamada. Sentía que podía tener una pequeña oportunidad con Delfi.

Todavía la sobrecogía y repugnaba el momento que había vivido.

Volcó el contenido del móvil para revisar el material y editarlo. Había muchos trozos innecesarios y volvió a estudiar las conversaciones que tenía grabadas. Raugo debía de ser el jefe de todo el cotarro. Colocó el vídeo en el punto donde había ocurrido el altercado y lo visionó de nuevo. La mujer tirada en el suelo le producía mucha pena y le causaba más impresión por el hecho de no querer ir a un hospital o, mejor dicho, por el temor a ir a pisar uno.

Lo paró, esta vez con la imagen de Delfi en la ventana central, la que se veía desde la cámara frontal. Seguía teniendo una fuerza impresionante, rodeada de una delicadeza muy hermosa. La brutalidad a la que era sometida todos los días junto con sus compañeras parecía ser demasiado para una criatura de apariencia tan frágil y, sin embargo, ahí estaba, mirándola.

Se le cortó la respiración cuando se fijó en la imagen de la izquierda. En

ella, uno de los matones, uno que había visto en el parque por la tarde, la observaba fijamente y llamaba por teléfono sin apartar la mirada.

Al igual que a los tres protagonistas de una conocida película en la que iban a cazar al gran tiburón blanco en un barco demasiado pequeño, se adueñó de ella la necesidad imperiosa de conseguir un arma más grande.

Corto y no cambio.

12. Incomunicación

Pedro se había levantado de la mejor manera posible. Ese día había salido el sol e inundó su casa. Le apetecía prescindir del color ceniza y bañarse con el color de la nueva jornada. El desayuno estaba en su punto y las noticias parecían menos dramáticas que de costumbre. Todo porque había recibido a las siete de la mañana un mensaje de Yolanda. Le agradecía las flores. Lo premiaba también con la propuesta de quedar un día para tomar algo. Al no haber concretado una fecha, pensó en no forzar la situación. Tenía tiempo de proponerlo en un futuro muy cercano.

Llevaba un tiempo de abstinencia sexual, ya que no quería aparecer por los lugares que solía frecuentar para aplacar sus ganas. Conocía de primera mano los planes de la periodista y no deseaba salir en su reportaje.

Se preparó para realizar una buena tanda de ejercicios para tonificar los músculos. El estado físico que había conseguido le había librado de varios sustos y estaba convencido de que debía mantenerlo.

Era momento de hacer limpieza. Todas las fotos de sus progenitores irían al trastero. Se le llenó entonces la casa de marcas de cuadros. Otra tarea para realizar: pintar todo el piso.

Poco a poco, según iba quemando calorías, se le ocurrió una idea que no había probado y que podía ser efectiva. Abandonó sus repeticiones y mandó un mensaje a Yolanda ofreciéndole su ayuda para realizar el reportaje. No se le había ocurrido antes y seguro que ella no le había dicho nada por su trabajo. Podía pedir vacaciones y ayudarla; total, para enfocar a la petarda de la nueva… Carecía de cualquier atractivo para el cámara y se empezaba a aburrir de su trabajo. Una ametralladora imaginaria en sustitución de la cámara había reventado la cabeza de la presentadora en varias ocasiones. Le divertía fantasear con esa imagen.

Tras esperar unos minutos, la mujer le contestó que no necesitaba su ayuda, que no quería liarlo y que de todas maneras se lo agradecía. Fue una decepción, al principio. Unos segundos más tarde le pareció que el simple gesto de ofrecerse añadiría puntos extra a los ojos de su amada.

Se subió de nuevo a la barra colocada en el pasillo y siguió con sus dominadas. Había conseguido realizar series de veinticinco sin desfallecer. Abdominales con peso extra, flexiones también con pesas y una cinta de correr mientras veía su plataforma digital favorita completaban su ejercicio casi diario.

Después de drenar todas las toxinas con una reconfortante ducha, bajó a hacer la compra, le apetecía cocinar algo especial. Se alimentaba de menús del día y comida rápida, pero se le había antojado preparar un arroz con mejillones. Tampoco es que fuera su plato favorito, simplemente le gustaba y nunca lo había hecho.

La energía fluía por cada una de sus moléculas impulsada por un combinado de amor, esperanza e ilusión.

***

—No creo que sea conveniente que salgas de casa. —Marcos se preocupaba por la situación de su compañera.

—Le has pagado por nuestra libertad. Ese cabrón sabe que puede exprimirnos, nos dejará en paz hasta que necesite más dinero.

—Pero puede ser peligroso.

—Necesitamos dinero. Tengo que ir a buscar trabajo.

—No deberías trabajar en tu…

—A ver, no estoy enferma. Puedo cuidar de personas mayores, limpiar, lo que sea. Tengo que salir de aquí. Llevo mes y medio encerrada.

—¿Adónde vas a ir a buscar trabajo?

—He visto algún anuncio en el súper. Haré una compra.

Marcos apartó la vista, derrotado. Se volvían a cumplir sus peores pesadillas y esta vez volvería a reaccionar mal. Notaba el pánico apoderándose de su sangre.

—Te quiero, mi amor. Jamás podré agradecerte lo suficiente todo lo que estás haciendo por mí. —Lo atrajo hasta ella para darle ánimos y besarlo. Quería alcanzar un momento de felicidad, aunque fuera unos instantes.

El argentino se maldecía. El listo boludo la había fastidiado de nuevo. Era incapaz de ver la esperanza en los gestos de Alba. Tampoco supo verlo en Delia en su día. Habría muerto mil veces por estar con él, a pesar de haberse comportado como un cobarde. Estaba cegado por el temor, que ganaba cada vez más terreno.

Salieron juntos de la pensión y comprobaron que no hubiera nadie vigilando. La tranquilidad reinaba en la calle. Un abrazo, otro beso y un «te echaré de menos» los separó hasta que volvieran a verse, caída la noche.

Durante todo el camino a la oficina buscaba señales de merodeadores dispuestos a informar de cualquier acción que realizara. Nadie parecía seguirlo. Se paró en varios escaparates para comprobar el flujo de personas a sus espaldas e, incluso, cambio un poco la ruta. La vigilancia había desaparecido.

Llegó a la conclusión de que el dinero mandaba sobre los proxenetas y les interesaban más vivos que muertos o desaparecidos.

Se relajó un poco.

La jornada se había desarrollado a la perfección. Le había costado concentrarse, pero los logros eran de récord.

Las cuatro aparecieron en el reloj del escritorio y llamó a Yolanda. Necesitaba seguir distraído y qué mejor forma que escuchar los problemas de

otro.

—Hola. —Yolanda lo esperaba con ganas.

—Hola, ¿qué tal estás? —la pregunta de siempre. Necesaria.

—Cansada, pero muy animada.

—Me alegro mucho. ¿Tenés alguna recaída?

—A veces me pide el cuerpo algo fuerte para continuar, pero lo llevo bien.

—Es normal, esa memoria no se pierde nunca. Lo que tenés que hacer es fortalecer el recuerdo de los malos momentos para no repetirlos.

—Es duro ver lo que les ocurre a esas chicas.

—El mundo está muy mal. No deberían existir tipos como esos.

—Las tienen muy controladas y atemorizadas. Y las tratan como mercancía. Es increíble.

—Conozco a una chica que quiere salir de ese círculo. —Lo vio demasiado claro. Podía convencer a Alba para que hablase con Yolanda. Si la alejaba de su lado pensaba que podría tener alguna oportunidad. En ningún momento consideró la opinión de la venezolana.

Su conciencia le avisaba de que parecía que se la quería quitar de encima. Una conciencia tan cargada durante tanto tiempo que había perdido bastante peso en sus decisiones.

—Es muy difícil hablar con esas mujeres. ¿Podrías ponerme en contacto con ella?

—Déjame que se lo consulte y te aviso.

—No me importaría que nos encontráramos los tres. Ya es hora de que nos conozcamos.

—Es mejor que no nos conozcamos, créeme. Prefiero mantenerme al margen.

—Lo decía para que la chica esté más cómoda. No quiero obligar a nadie. —Parecía que había dado con un cajón cerrado a cal y canto.

—Tengo varias cosas pendientes y podrían salpicaros. Es beneficioso tenerme lejos.

—Con saber si está interesada y poder reunirme con ella, me vale.

—Tiene que ser muy discreto; si no, preferirá mantenerse al margen. —El temor del que hablaba Yolanda era puro instinto de supervivencia.

—Para mí, la seguridad de los testigos es lo más importante, no te preocupes. —Tenía que intentar buscar el equilibrio entre seguridad y denuncia. Iba a ser muy complicado.

Marcos terminó más ilusionado que cuando había llegado a la oficina. La periodista le había alegrado el día. Las dudas lo agarrotaban, pero ya se empezaba a acostumbrar a vivir con ello. Se le olvidó decir u omitió el hecho de que se enfrentaban a auténticos monstruos. Ya no era posible esperar nada bueno. Se conformaba con aspirar a algo menos malo.

***

Yolanda salió del portal y recibió con agrado el cálido azote de un sol espléndido. Justo había terminado la conversación con su peculiar terapeuta y quiso acercarse a la guarida del proxeneta. Lo haría con mucho cuidado, ya que iba advertida por su última grabación. Procuró cambiar completamente su estilo, sin renunciar a la comodidad que le proporcionaba el anterior conjunto. Los tonos eran neutros y algo apagados.

El móvil lo llevaba en la mano. No conseguiría ningún arma tan contundente como necesitaba. De todas maneras, el espray y la porra los tenía bien localizadas.

Le había motivado mucho la aportación de Marcos a su causa y le daba energías para seguir e ir a por todas. Las mujeres de ese parque necesitaban ayuda, aunque no se atrevieran a pedirla.

Con tantas metas en la cabeza se encaminó hacia su destino sin percatarse de la presencia de Pedro, que llegó justo para verla alejarse del portal. En la mano llevaba otro ramo de flores un poco más pequeñas y se disponía a pasar un rato con ella.

Durante muchas horas había estudiado sus posibilidades y los distintos pasos para provocar un nuevo encuentro. Se le acababan las opciones y, sobre todo, necesitaba saber qué estaba haciendo su pretendida.

Ahora la veía marcharse a una nueva cacería y se tranquilizó al comprobar que no se dedicaba a rehacer su vida personal. Admiraba su dedicación y el valor que demostraba al tratar con esa gentuza.

Su indecisión le impidió acercarse. Además, si tenía planes hechos, sería muy probable que no quisiera estar con él.

Era una pena, iba a tener que posponer la entrega del ramo no sabía hasta cuándo. Las flores las podía tirar a la basura sin problema, pero la cara de Yolanda al recibirlas no quería perdérsela.

La silueta perfecta de la mujer se perdía en la lejanía mientras los ojos que la adoraban no podían dejar de mirarla.

Todo lo bueno llega a su fin y dejó de admirarla cuando un hombre que salía de un taxi se interpuso en su línea visual.

El dinero de las rosas no le importaba demasiado, ya encontraría la manera de acercarse otro día.

Ahí estaban dos de los hombres que vigilaban todas las noches. El más grande era el que la miraba en las imágenes capturadas. Pensaba que sería maravilloso ver salir a alguien nuevo del local. Por la conversación de las chicas, atribuía la faceta de proxeneta supremo a alguien que no se relacionaba demasiado con ellas. Al conocer que algunas no lo habían tratado mucho, supuso que no era ninguno de los gorilas.

Se abrió la puerta y llamó la atención del enorme vigilante. Cuando fue a entrar, oteó el entorno mosqueado. Dirigió una mirada a la esquina desde

donde grababa Yolanda y esta se escondió lo más rápido que pudo. Salió a todo correr arrastrada por su instinto; había acertado, Pascual doblaba la esquina enfadado, buscando la causa de sus molestias.

Aguantó casi un minuto antes de desistir en el intento de dar con alguien que explicara esa sensación de ser vigilado. Todavía lo podía percibir. Cuando se marchó, Yolanda pudo respirar tranquila. No se había dado cuenta de que contenía la respiración después de la carrera que se había pegado.

Demasiado peligroso andar por las inmediaciones de la guarida. Representaba un problema bastante importante, ya que consideraba una parte muy relevante de su reportaje el testimonio de los explotadores. Al ir por libre, sin el respaldo de una productora, no lo veía muy viable. Era más seguro tratar con las mujeres explotadas. También tendría que probar a presentar el proyecto a una cadena de televisión. Con más medios podría intentar más cosas.

Se alejó del local de los proxenetas y del parque y llegó a la zona de los descampados, donde tenían lugar la mayoría de los servicios. Esta vez no había muchos rastros de los trabajos sexuales. Entre ellos, las jeringuillas destacaban mucho. Le dio por pensar en el tráfico de drogas con las propias chicas. Demasiado arriesgado, pero podría ser algo muy practicado.

Yolanda, con su estructurada vida, había caído en el consumo de estimulantes. No quería imaginarse lo que haría para evadirse de una existencia tan horrible.

Tampoco había ninguna presencia humana por los descampados. Algunos escombros denotaban el uso del lugar, en otra época, como vertedero.

El buen tiempo no arreglaba la estampa de una zona totalmente abandonada por el municipio. En su cabeza se desarrollaba la idea de estudiar el plan del ayuntamiento para la recuperación de parcelas como esta. Si se saneaban, disminuiría el tráfico o se dificultaría. Sabía que la prostitución se desplazaría a otra zona, representaba una buena forma de presionar a un sector tan poco popular.

Un coche paró a la entrada del descampado. Yolanda se tiró al suelo. Aprovechó para ocultarse el desnivel que había formado un montón de cascotes de obra. Miró con sigilo y comprobó que se trataba de dos de los matones. Se pusieron a explorar el lugar. Parecía algo rutinario y una manera de disminuir los problemas a la noche.

Uno de ellos se acercaba hasta la posición de la mujer. Los latidos se le aceleraron de tal manera que le impedían pensar con claridad. Detrás había una arboleda. Medio a rastras y a cuatro patas llegó hasta dos árboles, se escondió justo en el momento en el que el gorila encumbró el montículo para inspeccionarlo. Vio algo de polvillo en el aire que consideró como un efecto del viento.

Yolanda, sin respirar, escuchó el grito de que todo estaba despejado y los dos hombres se marcharon. El ruido del motor del coche se hizo inaudible,

podía coger aire de nuevo y salir con tranquilidad. Había sopesado la posibilidad de meterse entre la vegetación, pensaba que debería poder llegar, atravesándola, a la zona donde se encontraban las prostitutas. Sabía que el terreno era algo abrupto. En varios mapas de la zona se mostraba la existencia de un pequeño riachuelo que lo atravesaba. Sería más incómodo que volver por donde había venido.

Tardó menos de diez minutos en llegar de nuevo a la zona caliente. En breve se acercarían las mujeres. Se dispuso a meterse en el escondite desde el que había podido espiar a las chicas dos noches atrás. Todo se cumplía igual que las otras veces. Daban la impresión de estar en una oficina, solo les faltaba fichar. Estaba segura de que lo hacían de alguna manera, apostaba a que el absentismo laboral estaba muy justificado.

Se alegró de ver a todas las caras conocidas con buen aspecto. Bailaron, con contoneos muy sensuales, y cantaron en algún momento en el que saborearon varios minutos de libertad, pero al final se turnaban y subían a los distintos automóviles que paraban y pedían algún tipo de satisfacción sexual.

Le costó un poco darse cuenta de que algo había cambiado. Delfi la buscaba con la mirada, cada pocos segundos. Caminaba unos pasos con la gracia que le caracterizaba y miraba en la dirección de la periodista. Esta se empezó a poner nerviosa y, sin pensarlo, marcó el número de la policía. No quería llamar sin motivo, por lo que no pulsó el botón de llamada. Llegaron a su hora los matones que se dedicaban a controlarlas. Todo parecía normal hasta que se fijó en que solo había dos. Faltaba el tercero, el más grande.

Comprendió que debía marcharse. Lo comprendió tarde. Se dio la vuelta y notó como una enorme mano la paraba en seco. Pulsó el botón de llamada, pero ahora reconocía que no era un plan demasiado seguro.

—¿Se puede saber quién cojones eres tú? —Pascual estaba algo harto del ajetreo de las últimas dos semanas. Cuando ya había solucionado lo del argentino y Alba, a punto de ser ejecutado por su jefe, cuando había recibido un navajazo de Marcos, había demasiados «cuandos» en un trabajo en el que la dinámica siempre se desarrollaba de manera más o menos lógica y controlable. Y ahora, esto.

—Soy alguien a quien importan las vidas de esas mujeres.

—¿Y tu vida? ¿No has pensado en lo peligroso que es este lugar?

—Suéltame. —Hizo el intento de zafarse, pero el gigante la tenía enganchada con fuerza.

—La seguridad de estas chicas es mi trabajo.

—¿Qué coño dices? Están aquí, en el Parque Central, esclavizadas por gentuza como vosotros.

—Estás muy equivocada. Son libres de irse cuando quieran. —Para dar cierta credibilidad a sus palabras, la soltó.

—¿Estamos en parvulario? Si quieres que me vaya, me iré, pero no me trates como a una tonta.

—Estas chicas no se irán contigo. Ganan más en una noche que cualquiera en un mes de trabajo.

—Joder, ya veo. Han dejado su casa de lujo para venir aquí a follarse a todo el mundo. —Dónde estaba esa pistola cuando la necesitaba—. Y tú, ¿cuánto ganas? —Se cuidó mucho de pronunciar ningún nombre.

—Tienes razón —dijo después de unos segundos de meditación—, esto no es un parvulario y estás equivocada, no quiero que te vayas de aquí.

La agarró con los dos brazos y la levantó. Yolanda asumió que lo tenía muy mal. Lanzó un puntapié a la entrepierna que no dio en el sitio correcto.

Justo en ese momento sonó el coche de la policía. Parecía que estaban más pendientes de la zona de lo que ella pensaba. Pascual la soltó en el acto. Se bajaron dos agentes.

—¿Qué pasa aquí? Hemos recibido una llamada.

—He sido yo. —Les enseñaba el móvil. No se había cerciorado de que hubiera funcionado. Solo debía aguantar hablando hasta que aparecieran los policías. Si no hubieran pasado, no tenía un plan B. Quizás correr como si la persiguiera el Diablo—. Este tipo no me deja estar aquí ni marcharme.

—Solo quería acompañarla a un lugar más seguro. Este no es un sitio adecuado para una mujer de bien.

—Me ha atacado. —Tenía la grabación, pero no quería mostrárselo a los policías. Acabaría con el matón encerrado, pero sería el fin del proyecto.

—Estoy alucinando. Puede quedarse el tiempo que quiera, pero que conste que yo se lo he advertido.

—Lárguese.

—Bueno, tranquilidad, no necesito quedarme más tiempo.

Pascual se marchó sin preocuparse, en apariencia, por la situación.

—Pero ¿no van a detenerlo? Acabo de decirles que me ha agredido.

—En el audio que hemos escuchado no dice nada. Es su palabra contra la suya. ¿Está usted bien?

—Sí.

—¿Quiere que la examine?

—No hace falta. ¿Podrían esperar hasta que llame a un taxi?

—Por supuesto.

Yolanda llamó por teléfono y los dos agentes la escoltaron con cortesía. Le empezaban a temblar las piernas. Solo quería encerrarse en casa y tomar una infusión caliente.

El taxi llegó hasta el lugar donde esperaban la policía y la periodista. Agradeció a sus salvadores el servicio prestado y se fue del lugar.

Pascual tenía una docena de ojos preparados para captar todos los movimientos de la intrusa. Copiaron la matrícula del vehículo que la llevaba. Se juró que encontrarían al taxista y la dirección de esa maldita zorra.

***

Era la primera vez que Marcos y Alba discutían. La chica se sentía ninguneada. Parecía ser la única que pensaba que jugaban con fuego. Veía el intento de denunciar la red que tenía montada Raugo tan difícil como construir un cohete espacial con barro. Claro que también llevaba mucho tiempo aterrada con las historias de chicas desaparecidas por meterse donde no debían. Sus pesadillas se vestían siempre de igual tono, marcado por el mísero colombiano.

Solo quería acabar acurrucada al final de su jornada junto a su amado argentino. Disfrutar de sus caricias, de sus chistes absurdos, de sus piropos. Por él se lanzaría en picado sobre ese malnacido. Quería olvidar por completo su etapa al lado de la bestia, pero estaba claro que debía enfrentarse de nuevo. Le había hecho frente con sus armas y había conseguido un estado de bienestar que, si bien no parecía gran cosa, lo significaba todo para el resto de sus compañeras.

Y ahora, encima, tenía que pensar en la criatura que llevaba dentro.

—¿Confías en esa periodista?

—Es una buena piba. —Después de haber conocido sus más bajas miserias, había llegado a esta conclusión—. Según me contó, se involucra mucho. Tiene que velar por sus testigos. Quería hablar con alguien de dentro. Sin dar nombres, pero real.

—Es un monstruo. —Le temblaba la voz cada vez que hablaba de Raugo.

—Lo sé. Ya saldremos de esta.

—¿Tiene plata?

—Sí, creo. No hablé con ella de eso, pero me pareció que tiene guita.

Podía ser una manera de conseguir dinero para lo que pudiera venir. Tenía la sensación de que algo iba a salir mal si ayudaba a Yolanda.

Acarició el pelo de Marcos. Jamás olvidaría ese tiempo vivido a su lado. Un tiempo en el que había logrado que no la maltratasen, al parar él los golpes. Quiso creer en su amor ciego y en sus palabras.

—¿Me quieres, Marcos? —preguntó, necesitaba una razón de peso para afrontar esa batalla.

—¿A qué viene esa duda? —Que le contestaran con otra pregunta no le gustó a la venezolana.

—Quiero pasar el resto de mis días a tu lado. Solo eso me hace seguir adelante. ¿Me quieres?

—Claro que sí —dijo convencido, a pesar de no llamarse Marcos, ni saber si estaría en ese país la semana siguiente. Sin saber, tampoco, si no estaría muerto en pocos días.

***

Una vibración retumbaba sobre la mesita del lado de su exmarido. Ahora era suya. Tumbada en cualquier lado de la cama disfrutaba del espacio extra reconquistado. Algo bueno debía tener tanta soledad.

El ruido sobre la madera la obligó a desperezarse y lanzarse sobre el escandaloso móvil. Eran las diez de la mañana y el nombre de Marcos se marcó en la pantalla. Llamaba a deshoras.

—¿Qué pasa? —preguntó adormilada.

—Buenos días, Yolanda. Quería comentarte que Alba accedió a ser entrevistada. —Su voz sonaba muy seria.

—¿Ahora?

—No, mujer, a la tarde, después de comer.

—Perdona, es que he pasado una noche muy mala y todavía estoy dormida.

—Está muy delicada y le asusta hablar con extraños del tema.

—Me imagino. Tranquilízala, no voy a hacer nada que la ponga en peligro.

—Debés tener mucho tacto. El peligro convive con ellas todos los días. —Era muy difícil evitarlo.

—Conozco una cafetería llamada La Madalena. ¿Qué tal si quedamos a eso de las doce?

—Creo que puede ser.

—Me gustaría que tú también estuvieras.

—No, es mejor que te olvides de mí. —Sentía que la cuenta atrás concluía y podía ser el fin de todo el que estuviera a su alrededor. Tenía la excusa del trabajo, pero a estas alturas le interesaba negarse de manera rotunda.

—Marcos, tú me has ayudado más que nadie en mi vida. Jamás podré olvidarme de ti. Es buen momento para conocernos.

—Se lo diré a Alba.

Según dijo esto, colgó. La mujer se quedó algo frustrada al no convencerlo. ¿Qué podría ocultar para cerrarse de esa manera? No se lo explicaba. Él también necesitaba ir al psicólogo, uno experto en manipulación de productos explosivos, para poder reventar esa cajonera que guardaba con tanto celo.

Tomó un buen desayuno después de lavarse la cara con agua fría. Se entusiasmó mucho con la entrevista que iba a realizar. Al fin afrontaba un trabajo serio de periodista.

Salió del apartamento como un torbellino y frenó en seco, al observar que la maldita moqueta había desaparecido. Le entró una emoción inusitada y estuvo a punto de echarse a llorar. El suelo se veía descuidado. Deberían acuchillarlo. A pesar de todo, el trabajo sucio y necesario estaba hecho.

Pensó en llamar a Pedro y quedar a comer con él. Sería una manera de rematar la faena. Decidió mandarle un mensaje y así poder ir a su cita lo más rápido posible.

Fuera del portal, en una posición discreta, se encontraba Pascual a la espera de ver salir a la periodista. Un día cualquiera se hubiera aburrido de

esperar, ya que ella solía abandonar el edificio al atardecer, pero hoy había salido por la mañana.

La información del taxista había sido muy precisa. En muchas ocasiones trabajaban con gente de confianza para el traslado de las chicas a distintos destinos donde ofrecer sus servicios. En este gremio se conocían todos. Con la matrícula y algo de efectivo no tuvo problemas para conseguir la información.

Se dio prisa por solucionar el problema lo antes posible, el jefe echaba humo con el tema. Por lo menos, se le habían quitado las ganas de matar a alguien. Cien mil euros en metálico le alegraron parte de su existencia, de la otra se encargaba la antigua preferida. A su manera, alababa la labor de su hombre de confianza. Al que casi le pega un tiro. Jamás se lo perdonaría a la guapa venezolana.

Yolanda decidió ir a pie hasta el lugar de su cita. Caminar le despejaba la mente. Si hubiera cogido un taxi, su nuevo acosador habría dejado por ese día todo como estaba.

***

Marcos seguía con su rutina, preocupado por su relación con Alba y Yolanda. Se había complicado demasiado. A decir verdad, en su estado, no hacía falta mucho para complicar las cosas. Un simple resbalón en la calle o un intento de identificarlo daría con sus huesos en el otro lado del Atlántico. Una vez allí, duraría un suspiro del Coronel.

Alfredo se acercó hasta su mesa.

—¿Podemos hablar un momento?

—Por supuesto.

Ambos se dirigieron al despacho. Parecía serio.

—Marcos, estás haciendo un trabajo estupendo. —El argentino esperaba el «pero». Su interlocutor se tomó un pequeño momento de reflexión—. Pero resulta que hoy han vuelto a venir preguntando por un argentino de mediana edad.

—¿Cuándo fue eso? —Se temía lo peor.

—Hace diez minutos.

—¿Y qué le has dicho?

—Que se equivocaban de lugar. —La expresión de la cara del exiliado denotaba la cantidad de hipótesis que barajaba y en la mayoría de ellas no salía bien parado—. No sé en qué andas metido y tampoco me importa, siempre y cuando no repercuta en el trabajo.

—¿Llegaron a entrar en los puestos?

—No, hablé con un tipo abajo, en recepción.

—Hay cámaras abajo, ¿no?

—Sí, desconectadas desde el corte de luz de hace dos años.

—No puedo salir por delante. —Sus ojos se movían rápido e intentaban buscar una salida—. Hay un acceso por el garaje.

—Sí, pero no tienes permiso.

—Ya, pero vos sí tenés.

—Eh, sí. —No le importaba sacarlo en el coche—. Esto es muy raro, te saco con el coche, pero tienes que resolver tus problemas fuera de la oficina.

—Eso intento. No volverá a ocurrir.

El americano decidió quedarse a terminar la jornada laboral. Tenía los nervios a flor de piel, pero no quería terminar mal con su jefe, al que debía mucho respeto. Además, necesitaba salir oculto del edificio.

***

Dentro de la cafetería estaba sentada Yolanda a la espera de su testigo estrella. Llevaba las gafas puestas para que no se le escapase nada. Cierto remordimiento le recordaba que no era legal grabar a la gente sin que lo supieran, pero no tenía intención de usar las imágenes, solo el testimonio.

Disfrutaba del café con leche mientras hacía un balance de lo acontecido la noche anterior. Debía ir más preparada para ese tipo de trabajo. El pulverizador de pimienta y la porra parecían juguetes al lado de esos gorilas. Pocas veces se había sentido tan desprotegida. Quizás la primera noche que hizo acampada libre con su marido. Otra vez, le venían imágenes que quería borrar. La seguridad que él manejaba la había tranquilizado en muchas ocasiones. Recordaba tener alguna navaja en el armario trastero y un cuchillo de supervivencia de Manuel.

Despejó su cabeza y se centró unos momentos en el ambiente relajado del local. Por los altavoces sonaba un tema sugerente y algo turbio relacionado con la complicidad de la vida en pareja.

Una mirada, un gesto, una señal
activa mi sangre, instinto animal.
Mi cara en el reflejo del fino cristal
se nota que arde por seguir con tu plan.

Lo vi escrito en tus ojos…

Apreciaba la notable diferencia en la existencia de las chicas de la noche pasada y las mujeres que charlaban junto a ella, con las bolsas de las compras a sus pies, sobre los progresos de sus hijos o las movidas con sus suegras. Reían, miraban fotos y tomaban distintos pinchos, parecían tranquilas, parecían disfrutar relajadas de la buena compañía. Cada una tendría sus problemas, quizás algunos muy graves, pero podían conseguir ciertos instantes de normalidad. Las prostitutas eran controladas a todas horas.

Le curiosidad por Alba crecía por momentos. Alguien que tuviera la posibilidad de salir de ese círculo debía tener una potente historia que contar. La canción, que parecía ser cantada para ella, llegaba a su estribillo.

…Buscabas un cómplice para las duras noches de invierno.

Con quien robar a la blanca luna todo su tiempo compartido.
Con quien subir a las alturas y gritar que no es el camino
si no valen nuestras locuras, si nuestro amor no es eterno…

Vio entrar en el establecimiento a una mujer guapísima que buscaba a alguien por las mesas. Se acercó a una chica que estaba sola y le preguntó si era Yolanda.

—¡Alba! —dijo en voz alta la periodista para llamar la atención de la venezolana.

Se aproximó hasta ella sonriendo como deberían de sonreír las diosas más bellas. Dejó impresionada a Yolanda y a parte de la clientela. El embarazo le sentaba muy bien.

Seguía la canción, aunque ya nadie le prestaba atención.

…Yo te arrastraba
sobre mi desgracia.
Entonces sacabas
tu lengua de caza.
Firme y rabiosa, dispuesta a soltar otra bofetada…

Dejó una bolsa sobre una silla vacía.

—Hola, Yolanda. —Le tendió la mano y la aludida se la recogió con sumo gusto.

—Hola, Alba. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, un descafeinado con leche. —En esta frase se apreció la melosidad en su forma de hablar. Muy agradable y sensual.

Mientras pedía, la observaba de vez en cuando sin llegar a poder imaginar por lo que debería haber pasado.

—Gracias.

—Oye, que acento más bonito tienes. ¿Dónde naciste?

—Soy de un pueblito muy bonito en los Andes venezolanos. —Sonreía todavía y la zona a su alrededor se iluminaba. Yolanda se sorprendió imaginando como sería besar esos finos labios.

—¿Te ha comentado Marcos para qué quiero entrevistarte? —El semblante de la extranjera cambió de repente. Se apagó esa dulzura que portaba en su rostro para dar paso a la seriedad y tristeza.

Asintió con un gesto.

—Quiero que sepas que no voy a dar tu nombre en ningún momento. Me importa mucho vuestra seguridad. Digo vuestra porque me gustaría que intermediaras por mí ante tus amigas o conocidas que sepas que están pasando por lo mismo.

—Bueno, conozco a muchas chicas que están peor que yo.

—Sí, he hablado en el parque con alguna.

—Te metes con monstruos. —Le impactó la confesión de Yolanda, el que

hubiera estado en el parque con sus compañeras—. Necesitamos salir de allí. Necesitamos muchas cosas.

—Estoy haciendo un reportaje bastante extenso, una parte importante trata de vuestras historias.

—Si empezamos a contar nuestro pasado, pueden saber quiénes somos.

—Mi idea es crear un relato común con todas las biografías. Ver si hay patrones que se repiten y remarcarlos.

—¿Tienes algo que ofrecer? —Los tecnicismos se le escapaban, pero sabía que el dinero abría muchas puertas—. No quiero mentirte. Es muy arriesgado y tengo… tenemos que recibir algún beneficio a cambio.

—Vale, no puedo pagar por un testimonio. No puede haber un interés económico que anule tu relato. —Podía ser que nunca se supiera del pago realizado, pero había estudiado casos judiciales en los que la aparición de cargos económicos eliminaba a testigos importantes.

—Sabes que, si sale algo mal, somos prescindibles. Desaparecemos y ya está. Nadie va a llorar por nosotras. Nadie va a salvarnos. —Salvo su guapo argentino, que había parado sus golpes.

—Podéis cambiar el rumbo de vuestras vidas y evitar futuras atrocidades a otras mujeres.

—Haremos lo que haga falta para seguir vivas. —Contrastó a la propuesta de la periodista.

—Lo siento, pero no puedo ofrecerte dinero. Solo puedo ofrecerte una posible vía de salida si denuncias a tus captores.

—Es muy peligroso. —Miró a los lados, como cuando estaba en el lugar donde la obligaban a prostituirse y alguna de sus compañeras proponía algo parecido. Sentían mil orejas atentas a sus ingenuos planes—. Nadie va a ayudarte en semejante locura.

—Es cuestión de organizarse.

—Tú estás loca, no tienes ni idea de los contactos que tienen esos cabrones.

—Eso quiero que me cuentes. —Estaban las cartas sobre la mesa.

—Me tengo que ir. —Se levantó mientras cogía la bolsa con la compra.

—Espera, me gustaría hablar más tiempo.

—Prefiero no seguir con el tema.

—Toma mi número. —Lo ofrecía con el nombre falso, como había hecho con las chicas del parque—. Por si cambias de opinión.

Alba dudó unos instantes y cogió la tarjeta.

—Adiós.

La venezolana abandonó la cafetería con la cara muy seria y preocupada. No debería haber hecho caso a Marcos. Maldito liante.

Yolanda la seguía con la mirada. Admiraba la belleza y la fuerza de la entrevistada. Tan bonita y delicada, había demostrado tener mucho valor.

Casi se le paró el corazón a Pascual cuando vio a la ex de su jefe reunirse

con la metomentodo del parque.

Sin perder tiempo, llamó al patrón para informarle de su descubrimiento. Se produjo una interferencia al darle la noticia. Podía escuchar su sangre hervir a través del dispositivo.

El gorila volvió a sonreír cuando, después de intercambiar varias opiniones, trazaron un plan de ataque.

Yolanda se marchó después de pasar un rato dando vueltas a la conversación. El primer contacto ya estaba hecho, tendría que insistir más adelante y convencer a la guapa andina.

Sintió de nuevo la atracción por ella, no había sentido nunca lo mismo por una mujer. Solo podía compararlo con lo que le había sucedido al conocer a su marido. Esa mezcla de belleza y carácter la había emocionado. El título del reportaje llevaría alusiones sobre Alba y sus desencuentros por avanzar en la vida. Había prometido no poner datos fáciles de identificar. Una pena.

En casa esperaba la llamada de Marcos. Necesitaba contarle su impresión sobre su compañera de pensión.

Pasaban las cinco de la tarde y no daba señales de vida. La incertidumbre sobre el porqué de esa ausencia la volvió a absorber y anuló parte de sus actividades más inmediatas. Tenía que aprender a sobrellevar esa dependencia.

Se acordó del cuchillo de supervivencia que tenía enterrado en el trastero. Iba a ser duro, pero se dispuso a bucear otra vez entre los recuerdos de un pasado feliz. No pensaba volver a la zona de las prostitutas esa noche, pero quería comprobar si podía contar con el arma.

Trastos y más trastos se apilaban en el enorme armario. Un contenedor de basura sentimental. Hurgó deprisa, sin pararse demasiado, hasta que llegó a la mochila de montaña. Dentro encontró una cantimplora, una fiambrera metálica, unos prismáticos y el deseado cuchillo. Lo sacó de su funda de cuero y estaba impecable. No parecía cortar mucho, pero tenía una punta que daba miedo. En el lado contrario del filo había unos dientes de sierra para cortar ramas.

Sonó el móvil en la sala de estar y corrió a descolgarlo. Podía ser Alba o Marcos.

Se trataba del teléfono nuevo, pero la llamada era de un número oculto. No solía coger esas llamadas, pero comprendía que, si era alguna de las mujeres a las que les había llegado, querrían tantearla primero.

Lo cogió.

—Hola… —Nadie decía nada—. Soy Sandra. ¿Quién eres?

—Soy Delfi —contestó tras varios segundos.

—¿Qué quieres, guapa? —Intentaba mostrarse cercana.

—Tengo algo muy importante que contarte. —Su voz sonaba algo

nerviosa. Con el control al que estaba sometida, le pareció normal.

—Cuéntame.

—Por teléfono no. ¿Podemos vernos hoy?

—Como quieras. —Sus planes no eran esos, pero el asunto prometía—. ¿Dónde quedamos?

—A las ocho, en el descampado del parque.

—¿Estás segura? —preguntó un poco indecisa.

—Ya te lo dije la última vez, trae más dinero.

Tras decir esto, colgó y dejó a la periodista helada. El cebo estaba claro y la señal de la pobre esclava, todavía más clara. No hacía falta ser astronauta para detectar el agujero negro en el que se podía meter si acudía a la cita.

***

Marcos se encontraba en el locutorio, a punto de conectar con su hermano. Era demasiado pronto, pero tenía que intentarlo.

Había conseguido salir de la oficina escondido en el asiento de atrás del coche de su jefe. Un tipo vigilaba fuera con cara de pocos amigos. Alfredo lo reconoció y el argentino pudo verlo con claridad. Por lo menos ya sabía quién iba detrás de él.

El círculo del Coronel era bastante extenso y no le sonaba su cara. Podría ser otro gorila de Raugo que no conociese. Tenía que asegurarse.

Nada más conectarse, apareció la cara de su cuñada.

—¡Corre, Toni, márchate, te han localizado!

Marcos cerró el ordenador, miró a su alrededor y no vio a nadie. Con suma rapidez salió del local para poner rumbo a la pensión. Ahí tenía el pasaporte y estaba Alba.

El hecho de que no estuviera su hermano no quería decir que le hubiera pasado nada malo. Habían acordado que, si veían que pasaba algo raro, se turnarían para atender su llamada lo antes posible. Siempre había un posible retardo, ya que la conexión no era diaria. La idea era dar la alarma con celeridad. Probablemente, le habían retirado la vigilancia a Daniel y eso lo había alertado.

Caminó muy deprisa mientras veía fantasmas por todos lados. La había cagado de manera estrepitosa. El rastreo del dinero los había conducido hasta su ubicación. El amigo de su hermano estaría también en la lista de posibles contactos a investigar.

Había llegado la hora de abandonar el barco. El dilema era qué hacer con su compañera. La duda entre dejarla y llevarla con él lo carcomía ¿La quería lo suficiente como para ponerla en peligro? Quizás no. Si le pedía que lo acompañara, su mierda explosiva acabaría con ella. Si la dejaba, el mamón de Raugo la sometería, incluso la obligaría a abortar. Abortar un hijo que podría ser suyo. Algo desconocido se removió en su interior, en lo más profundo de

sus entrañas.

***

Yolanda estaba en el bosque que separaba la campa donde se fornicaba y el peaje donde se ofrecían servicios sexuales. Caminaba con unas cómodas botas de monte, una pequeña mochila y unos pantalones de cazador, el atuendo que llevaba a las acampadas.

Según había colgado el teléfono a Delfi, se había vestido a la velocidad del rayo y había acudido al lugar una hora antes, atravesando el bosque. Iba a llamar a la policía antes de que se le ocurriese ese plan maravilloso. Veía imprescindible llegar antes que nadie para no toparse con ninguna sorpresa. Se aproximaba a la zona de reunión pendiente de cualquier movimiento.

Escuchó un ruido muy fuerte. Algo había roto varias ramas a la vez. Miró a su alrededor escondida detrás de un árbol. No vio nada. Esperó un poco y después siguió su camino.

Saltó el riachuelo por una parte muy accesible y siguió hacia la campa donde estaría su confidente. El terreno era bastante escabroso y tropezó varias veces. Llevaba mucho tiempo sin hacer ese tipo de travesías.

Cuando llegó al lugar de encuentro no había nadie. Todo parecía tranquilo.

Se pasó casi una hora a la espera, en la que buscó argumentos para convencer tanto a Alba como a Delfi. Tenían un interés común: acabar con su esclavitud. Debía haber un punto de unión en el que poder sumar fuerzas. El dinero no era problema, salvo que no podía utilizarlo para conseguir testimonios. Si se descubriera, echaría por tierra todo el trabajo. En cuanto se demostrara que había habido un pago de por medio, se anularía la credibilidad del reportaje. Sobre todo, porque podía tener consecuencias jurídicas en un futuro.

Cada vez que vislumbraba el final de su trabajo, se daba cuenta de que iba a ser necesario denunciar a la policía y proteger a las testigos. Entonces sí utilizaría el dinero. Quedaba claro que les había mentido al prometerles que no las iba a poner en peligro. Su meta era muy arriesgada.

Vio algo de movimiento a lo lejos. Ya era la hora y aparecía puntual un coche del que bajó la prostituta. Comentó algo con el piloto y este se marchó a toda velocidad. Debía de ser un conocido que la ayudaba a fingir un servicio. Les daría veinte minutos para poder hablar.

Decidió esperar un poco para ver si notaba algo extraño en el entorno y en la actitud de la chica. Todo parecía en calma.

Salió del escondite y se acercó despacio.

—Hola, Delfi. —Los delfines votaron del susto.

—Hola, no te esperaba aparecer por ahí —dijo sorprendida—. En realidad, pensé que no vendrías.

—Te he traído esto. —De su mochila sacó un par de zapatillas de deporte

de mujer—. ¿Qué número calzas?

—¿Qué dices? —Su rostro era todo confusión.

—Ponte estas zapatillas, vamos al bosque. Ahí nadie nos verá.

—Espera. —Se quitó los zapatos de su uniforme y se colocó las zapatillas.

—Vamos, corre.

Las dos mujeres se metieron entre los árboles. Se colocaron cada una al cobijo de un pequeño tronco.

—¿Qué me querías decir? —Yolanda fue directa al grano. Intuía que no tendrían mucho tiempo.

—¿Has traído dinero?

—He traído algo más relevante. Quiero que tu historia se lea en todo el mundo.

—Joder, no habíamos quedado en eso.

—Entendí que pedías ayuda. Ya sé que con una llamada pueden venir esos putos gorilas. Solo déjame hacerte una pregunta: ¿Quieres tu libertad?

—Es muy tarde. —Sus lágrimas se hicieron presentes—. No deberías haber venido.

—¿Por qué? —Las malas previsiones de la reportera se cumplían—. ¿Acaso pensabas quedarte con la pasta y entregarme a esa escoria? ¿Todo vale la pena por trescientos putos euros? —La mujer no sabía adónde mirar. Recibía una reprimenda merecida—. Solo quiero ayudaros.

Unos ruidos provenientes de la desastrosa campa las alertaron.

—Puedes venir conmigo o coger el dinero. —Le entregó trescientos euros. A cierta distancia se escuchaban gritos de hombres que buscaban a las dos chicas—. Veo que ya has elegido.

—No puedo ir. —Cogió el dinero medio enfadada—. Mis padres… mi familia… todos acabarían muy mal. No deberías haber venido.

Yolanda la miró un poco decepcionada, pensaba que podrían haber llegado a un acuerdo.

Alguien dijo que había que separarse.

La periodista se marchó por donde había aparecido a la velocidad máxima que le daban sus piernas. La oscuridad predominante y el desnivel del terreno la hicieron trastabillar varias veces, estuvo a punto de acabar por los suelos. Sacó una pequeña linterna para asegurarse por donde pisaba. Iba a un paso más lento, sin bajar demasiado el ritmo apresurado.

Un ruido a su lado la distrajo. Tropezó con una especie de saco de tela que había en el camino y cayó al suelo. Alguien que corría a su alrededor, se oían sus rápidas pisadas, la instó a levantarse con rapidez y a seguir con la huida.

Debería estar casi en el paso del riachuelo. Empezaba a maldecir su estúpida decisión. Si hubiera llamado a la policía… Todo por ir de lista. Ahora era demasiado tarde, nadie la encontraría antes que los gorilas de Raugo.

Corría con un poco de cojera. Se había dañado la rodilla. Debería haber hecho ejercicio más a menudo, empezaba a notar el dolor debajo de sus costillas. Esperaba que no le durara mucho tiempo.

Alguien se interpuso en su camino y chocó con su cuerpo. Enfocó su cara con la linterna. No era ninguno de los gorilas.

—Perdone, me persiguen unos matones —dijo sin saber que hablaba con Raugo.

—Tranquilícese, señorita. Venga conmigo —Se dio cuenta de que no lo conocía y le siguió el juego. Por mucho que se esforzara, su acento era colombiano.

—¿Quién eres? —Era absurdo no recelar.

—No deberías haber venido.

Se lanzó sobre la mujer y acabaron en el suelo. El proxeneta, encima de su presa, la agarraba por el cuello. Los sonidos guturales se ahogaban antes de salir por su boca.

Y el malnacido no cambiaba su expresión. Se dedicaba a apretar cada vez más fuerte.

Recordó todo el material que guardaba en su kit de supervivencia. De un lateral sacó el espray de pimenta y lo roció contra el rostro de Raugo, que se quejó como lo haría un león herido. De un manotazo le quitó el aerosol y se llevó las manos a los ojos.

La mujer respiró. Podía haber gritado, pero prefirió utilizar el poco tiempo que tenía en sacar el cuchillo de supervivencia. Era el único barco que tenía para cazar a ese maldito tiburón asesino. Se lo clavó en un costado y el proxeneta se retiró por acto reflejo de encima de ella. Estaba ciego y malherido. La mujer se acercó para coger el cuchillo de su costado y lo vio sacar un arma.

Sin pensar, localizó la linterna que todavía estaba encendida y salió corriendo. Su corazón se había pasado de revoluciones. Su estado físico no ayudaba mucho, pero no se iba a parar a coger aire.

Raugo disparó dos veces en la dirección de las pisadas. El ruido era ensordecedor y decidió no disparar más. Ya había llamado demasiado la atención. Esa zorra se le iba a escapar y seguro que iría directa a la policía. Se levantó con el cuchillo todavía en su costado. No tenía buena pinta.

Yolanda saltó el riachuelo por donde pudo y sin miramientos. El dolor en el costado le hacía correr torcida. Su cuerpo le avisaba del esfuerzo excesivo que estaba realizando. Atravesó el resto del bosque y llegó a una zona cercana al lugar donde estaban las prostitutas. Siguió con la huida, a pesar de encontrarse en unas calles más iluminadas.

Al doblar una esquina se dio de bruces con Pedro. Esta vez sí gritó del susto.

—¡Hostia! —Se veía que el chico estaba sorprendido.

Ya no pudo aguantar más y soltó el contenido de sus tripas sobre los

pantalones del cámara.

—Perdona, Pedro. Me siguen unos cabrones que casi me matan.

—Tranquila. —Estaba algo nervioso, ya que no quería que supiera por qué se encontraba allí, en un lugar tan cercano a un prostíbulo.

—¿A dónde ibas? —Parecía más calmada.

—A… a un pub, cerca. ¿Quieres ir? Bueno… —Se miró sus piernas y zapatillas llenas de vómito.

Un grito cercano los sacó de la conversación. Le pisaban los talones y no podía perder el tiempo.

—¡No, voy a ir a la policía! —dijo mientras arrancaba a correr de nuevo —. Tengo muchas cosas que contar.

Pedro empezó a trotar a su lado con el ruido que hacían sus deportivas empapadas en jugos gástricos. Yolanda no miraba demasiado a su acompañante, solo quería llegar lo antes posible a comisaría.

La adrenalina dejaba paso a los dolores de las distintas contusiones. Tentaba demasiado a la suerte y un día se le acabaría.

***

Marcos observaba desde lo lejos el coche patrulla aparcado delante de la pensión. Estaba confuso. No entendía por qué el Coronel iba a avisar de su posición a las autoridades y mandar a un sicario para acabar con él.

Las manos del mafioso eran muy largas y seguro que estaba en contacto con varias instituciones de distintos países. No escatimaba en medios para llevar a cabo su venganza.

Toda su documentación estaba en la habitación. Sus recursos para salir del país se encontraban fuera de su alcance. Por lo menos, por ahora.

Se dedicó a deambular por las calles mientras pensaba cómo seguir con su absurda vida. La bella Alba estaría aterrada con tanta policía por la pensión. Esperaba que no la tomaran con ella, que estuviera a salvo.

Sin móvil ni mucho efectivo, no encontraba la solución a su estado actual. Necesitaba esconderse unos días.

Llegó al único lugar donde había encontrado cierto descanso durante mucho tiempo. Esperó hasta que Jorge cerró la persiana de su bar.

—Hola, Jorge.

—Hola, Marcos, ¿o debería llamarte Antonio? —Había cierto resquemor en sus palabras. Era evidente que la policía había preguntado por él.

—Debo irme, lo siento. Os puse a todos en peligro.

—¿Adónde vas a ir?

—No sé.

—Te vienes a mi casa. No va a venir nadie.

—¿Y tu novio?

—Olvídate, ya no estoy con él. Un culo muy bonito, pero poca cabeza.

—Veo que espabilaste muy pronto.

—Sí, seguí los consejos de un boludo borracho.

Se marcharon en dirección a la vivienda del hostelero. Por el camino respondió a todas las preguntas que le hacía su amigo. Era lo menos que podía hacer.

Jorge le habló de Dios, algo que sorprendió al argentino, y de sus enrevesados planes. Le habló de esas piedras que te hacían tropezar para recordarte que estabas caminando hacía algún lugar.

¿Lo ves claro u oscuro?

13. Conclusión confusa

En la azotea de su edificio Yolanda esperaba impaciente la llamada de Marcos. Habían pasado un par de días sin que diera señales de vida. Se arrepentía de haber presionado tanto la última vez que hablaron. Solo quería estrechar lazos.

Ya eran las cinco y media, debía bajar y seguir con sus tareas. La policía la había ayudado mucho. Llevó la información que tenía sobre la red montada por Raugo y enseguida fueron a por el colombiano. Las chicas fueron liberadas, pero seguían aterradas. Todas se negaban a hablar contra ese bastardo. Como dijo Delfi, estaban amenazados hasta sus familiares transoceánicos.

Su denuncia era la más consistente y se afanaba por encontrar algún testimonio por parte de las chicas.

Su teléfono sonó. Siempre le pasaba lo mismo, se perdía en sus pensamientos y la llamada le daba un susto de muerte.

En la pantalla se leía *Hija de la gran puta*. Se trataba de su exmejor amiga, Alicia. ¿Qué demonios querría? Lo último que le apetecía era tener que hablar con ella. Colgó.

No pasaron ni diez segundos y otra vez sonó el móvil en su mano. La traidora insistía en hablar con su irreconciliable amiga.

—¿Qué pasa? —Descolgó asqueada.

—Hola, Yoli. ¿Qué tal estás? —Su voz era muy suave. Se notaba una vibración extraña en su timbre. No estaba acostumbrada a oírla de esa manera, ya que Alicia era una mujer muy directa. A sus palabras siempre las rodeaba un halo de seguridad que imponía mucho.

—Estoy bien, a pesar de todo. —No se dignó a preguntar por el estado de su interlocutora.

—Quiero que sepas que siento mucho lo que te hice —dijo con una congestión nasal evidente—. No quería hacerte daño.

—¿Quién lo diría? Necesito que me dejéis en paz. Ya tenéis vuestra felicidad. Por favor, olvidadme durante una larga temporada.

Le pareció oír cómo Alicia lloraba a moco tendido. La periodista había echado tantas lágrimas que no sentía el menor sentimiento de pena por su examiga.

—Dile a Manuel que puede pasar a por sus cosas —consiguió decir Alicia.

—¿Qué dices? —Esa declaración la cogió por sorpresa.

—¿No está contigo? —preguntó cuando la congoja se lo permitió.

—No. Hace mucho tiempo que no hablo con él. No le he visto desde el día… —Todavía le dolía recordarlo.

—Hace unos días discutimos y me dijo que volvía a intentarlo contigo.

—Ese cabrón no ha vuelto.

—¿Y adónde ha ido entonces?

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? Tendrá otra zorra que le limpie el sable mejor que tú.

—Perdona por haberte molestado. —Ahora el tono era de desconcierto.

Yolanda colgó con una rabia contenida que no se podía aguantar. Ahora que estaba con un trabajo interesante y que veía un futuro prometedor volvían a tocarle las narices esos dos miserables. Ella reconocía su culpa, pero el rencor no lo gestionaba muy bien.

Joder con el maldito Manuel. Había convivido muchos años con él y parecía no conocerlo. Se vio tentada a llamar a su suegra. Era una mujer encantadora, pero no le apetecía remover viejas historias. Seguro que sabía el paradero de su hijo, el picaflor.

Se arrepentía de haber sido tan brusca con su antigua amiga. Seguro que no lo estaba pasando mejor que ella en su momento.

Cansada con el inesperado estrés de las últimas noticias, bajó de la azotea en el ascensor. Al salir por la puerta se encontró con Pedro. De nuevo le llevaba un regalo floral acompañado de una caja de bombones.

—Hola, Pedro. —Le dio dos besos. Se sorprendió al comprobar que todavía le tenía aprecio. Le había menospreciado y vomitado encima. Claro que, en su defensa, no fue nada intencionado, por lo menos el vómito.

—Toma. —Yolanda cogió los presentes con alegría y descubrió de repente que el apoyo prestado por su colega había sido tan importante como el del argentino. Era momento de conocer mejor a Pedro.

—¿Tienes algo que hacer?

—No. —Era obvio que podía disponer de tiempo.

—Espera.

La mujer se metió en el piso, colocó las flores en un recipiente adecuado, dejó los bombones en la cocina y cogió su bolso. Tiró el móvil sobre el sofá y se marchó del apartamento.

—¿Qué te parece si me llevas a conocer ese pub que frecuentas?

—Una buena idea.

Caminaron un rato hasta llegar a un garito bastante oscuro, con una decoración que se asemejaba a un castillo medieval. Tenía pista de baile y estaba bastante concurrida. Los clientes se situaban en distintas mesas que los mantenían aislados unos de otros. En una de ellas se acomodaron Pedro y Yolanda.

—¿Qué te ha dicho la policía? —Podían hablar a un volumen normal ya que el sonido de la música estaba regulado de una manera específica dependiendo del lugar donde te encontraras. En la pista casi no se podía hablar, pero en las mesas era un ambiente más íntimo.

—Ya han localizado al proxeneta y lo han encerrado. Lo acusan de intento de asesinato y de trata de mujeres. —Sonrió alegre—. Brindemos por

eso.

Chocaron los vidrios y les dieron un buen trago a sus consumiciones.

—Tienen todas mis grabaciones para estudiar, aunque es probable que no las admitan como pruebas. —Les había dado toda la información necesaria para localizarle y arrestarle. Raugo no se esperaba tanta celeridad ya que no conocía la capacidades técnicas de la periodista. Como fruto de ese cúmulo de circunstancias consiguieron atraparlo en unas horas.

—Pero ahí está todo. —El cámara confiaba mucho más en lo que grababa que en lo que veía. Un testimonio no estaba a la altura de una buena grabación. La periodista les había puesto la investigación en bandeja.

—Eso es, y ¿sabes? —Se acercó a su amigo—. Brindo por ello. —Dicho y hecho. Casi se atraganta con la carcajada espontánea que le salió—. Hoy me he enterado de que mi marido le ha sido infiel a su amante. —No pudo evitar reírse con ganas.

—Él no te valoraba —dijo serio.

—Bueno, no debía ser muy buena esposa. —Ahora era ella la que se ponía seria.

—Pues brindemos por eso. —Quiso animar el momento con una sonrisa forzada. La mujer lo miraba seria y lo dejó cortado.

—Puf, claro que sí. —Se había contenido la risa unos segundos y casi estalla. Brindaron y bebieron.

—Cuántos tipos oscuros andan por las calles. Me alegro por estar con mi ser de luz.

Esta vez solo chocaron los vidrios y bebieron, aunque la mujer volvió a reír por la tontería que había dicho. Empezaba a afectarle el alcohol del combinado, que encontraba un cuerpo limpio y casi a estrenar. Puso a cero el marcador de días sin consumir drogas. El resultado lo comprobaría al día siguiente.

En cuanto dejaron el tema que dominaba sus pensamientos se enzarzaron en anécdotas divertidas, películas, libros, flores, restaurantes y demás.

Con su tercera consumición se pasaron a las cervezas; empezó a sonar una canción discotequera, de los años noventa, que Yolanda conocía muy bien.

Se entusiasmó y le suplicó a Pedro que fuera con ella a la pista de baile. El chico no estaba muy convencido, ya que no había bailado nunca. Solo movía la cabeza al son de la batería y en esa canción había demasiados golpes de percusión. Subió nervioso, con miedo a que descubriera que tenía el estilo de baile de una columna grecorromana.

Entre el gentío, la mujer se movía divertida, con graciosos saltitos y movimientos muy sugerentes. La presión arterial del chico se avivó.

Una fuerte voz gritaba los dos únicos versos de la pieza.

Sigue la canción de los insomnes noctámbulos
que buscan diversión y más voces con la música

Era una explosión de melodía con golpes de percusión industriales. Pedro se desató poco a poco. Su cuerpo empezaba a recibir las vibraciones como nunca. Nada que ver con el metal al que estaba acostumbrado. Se empezó a arrimar a la pretendida, sincronizando sus movimientos. Esta lo recibió con sorpresa y agrado. Se divertía más que nunca. En su cabeza se había borrado el recuerdo de la última vez que se lo había pasado tan bien.

La fiesta continuó con otro clásico de los noventa, momento que aprovechó un hombre un poco más alto que Pedro para acercarse más de la cuenta a Yolanda. Empezó a sentir que le quitaban la merienda y no estaba dispuesto a quedarse con los brazos cruzados. Podría reventarle la cabeza a puñetazos. La mujer no se daba cuenta, ya que solo sentía la música. En un momento que se dio la vuelta, el pretendiente se metió en el escaso espacio que había entre el trasero de la periodista y la pelvis del intruso. Todo ello acompañado de un baile extraño y un codazo en las costillas que hizo quejarse de dolor al bailarín entrometido.

Pedro se giró y se disculpó. Quedó claro que estaba con su pareja y el caballero de la brillante *arma dura* sobraba, junto con sus costillas. Se retiró.

***

Alba miraba desde su habitación el precinto en la puerta del argentino. Estaba intacto, por lo que no se había acercado a la pensión. Presentía que tenía que venir a por algo, o quizás, era solo su necesidad por verlo de nuevo.

La policía había acudido preguntando por un tal Antonio Guzmán. Nadie sabía nada, pero al final descubrieron que se trataba de su vecino. Habían entrado en su habitación y la habían registrado, sin encontrar nada referente a su identidad y origen.

El dueño de la pensión se portaba de maravilla con todos sus inquilinos, a cambio, estos respetaban sus normas. Si aparecía Marco, le dejaría subir a por sus cosas sin ningún problema.

Le habían llegado noticias del estado turbio de las calles en lo referente a Raugo y sus secuaces. Muchas chicas estaban en casas de protección mientras se estudiaban sus casos. Los proxenetas entraban en procesos judiciales. No habían sacado a todos de circulación, ya que Pascual estaba en la calle y lo había visto cerca de la pensión.

Se asustaba al pensar que quisieran eliminar posibles fuentes de problemas y la considerasen uno de ellos. Debía actuar, y la única que podría ayudarla sería Yolanda. Ahora ya no le importaba el dinero, solo una vía de escape. Se acordó de su familia y el riesgo que iban a correr o eso le aseguraban los matones. Debía arriesgarse.

La llamó dos veces, pero no contestaba.

El móvil empezó a vibrar en su mano. Un número desconocido la llamaba. Descolgó asustada.

—Hola, cariño. —Al otro lado de la línea, Marcos la saludaba con voz

apagada.

—Hola, mi amor. ¿Dónde te has metido?

—En casa de un amigo. ¿Qué tal estás?

—Asustada. Raugo está herido y encerrado. No sé si va a venir a por mí.

—Tenés que buscar otro sitio. Hablá con Yolanda.

—Eso intento, pero no doy con ella.

—Tranquila, el casero no dejará entrar a cualquiera. Intenta contactar mañana.

—¿Y tú qué vas a hacer? ¿Quién es Antonio Guzmán?

—Alguien que debería estar muerto. Tengo… —Se le partía el corazón de solo pensarlo—. Tengo que irme.

—¿Adónde? Quiero ir contigo.

—No podés. Es muy arriesgado.

—Solo quiero estar a tu lado. ¿Qué voy a hacer?

—Vos sos dura. La piba más fuerte que conocí. A mí me quieren matar y matarán a todos los que estén cerca.

—¿Y no voy a verte más?

—No puedo arriesgar vuestra vida y la… del bebé.

—Dime dónde estás. Quedaremos en un lugar escondido.

—Vienen a por mí, mi amor. —El aspecto del sicario decía mucho de sus aptitudes y seguir a la venezolana nada más salir de la pensión sería la primera opción.

—No me dejes así. —La mujer lloraba desconsolada.

—Lo siento —dijo Marcos, también llorando—. Si algún día salgo de esta, te buscaré, cariño.

Colgó desolado. La hacía sufrir todavía más de lo que había sufrido.

Si esto era lo que la vida consideraba una segunda oportunidad para él, la cagaba en el planteamiento. Con toda probabilidad no iba a encontrar una mujer como Alba.

***

Yolanda y Pedro salieron riendo del castillo medieval. Chocaron con la cruda realidad del siglo veintiuno que tiznaba todo con un tono gris hormigón.

—No me creo que no hayas bailado nunca música disco. —La mujer había alucinado con la soltura con la que el chico se había movido en las últimas canciones.

—Nunca, pero dar saltos se me da muy bien. Muevo los brazos sin sentido y ya está.

Yolanda sonreía, pero dejó de hacerlo cuando vio a lo lejos a un tipo que los vigilaba.

—Ese idiota otra vez —dijo con la mirada fija en la extraña figura.

—Espera aquí. —Pedro le guiñó un ojo.

Salió como una bala hacia el observador.

—¡No, espera! —El chico no sabía que ese loco iba armado. No pudo avisarle, era imposible seguirlo.

Juan se asustó y huyó lo más rápido que pudo. Cuando Pedro llegó a su posición había desaparecido, con bastante probabilidad, por unas calles paralelas. No le apetecía iniciar una persecución interminable, por lo que se dio la vuelta e hizo un gesto de no saber qué había pasado. Otra vez sonrió la periodista.

—¿Quién era? —pregunto nada más llegar al trote a la posición de Yolanda.

—Nadie, uno que me echa la culpa de sus problemas.

—Ya te he dicho que no te valoran.

—Oye, ¿me invitas a la última en tu casa? —No le apetecía ir a la suya con ese trastornado suelto por ahí.

—Vale, pero está patas arriba.

—Ya lo sé, estás pintando.

El camino hasta su casa fue muy tranquilo. Mientras hablaban de sus gustos, Pedro repasaba mentalmente el estado de su casa y se preguntaba si había hecho bien en invitarla. Casualidad, tenía la casa empantanada con plásticos tapándolo todo y los muebles movidos.

Una carcajada de Yolanda le quitó las dudas de la cabeza. Había conseguido más de lo que esperaba. Le agarró del brazo con delicadeza, enumerando las veces que habían hablado en el trabajo. Para su sorpresa, el chico se acordaba de más de las que creía. Empezó a pensar que se había percatado de su dedicada atención durante las grabaciones. Ese vídeo del pecho desnudo podría haber sido intencionado. Una manera de atraerlo a su vida. Le gustaba pensarlo.

Sus padres se estarían mordiendo la lengua de frustración al verlo tan feliz.

—Os jodéis —dijo en voz alta, de repente. Era más como si refunfuñara.

—¿Qué? —Yolanda estaba confusa.

—No, nada, que se me ha olvidado pagar la última consumición. —Logró salir del extraño momento. Tenía que controlar esa puñetera boca.

—La he pagado yo.

—Ostras, es verdad. Estoy más tranquilo. ¿Subimos?

Se encontraban delante de un edificio de los años sesenta, no muy bonito, pero bien cuidado. Un gesto con los brazos le indicaba que tenía el privilegio de pasar primera.

El piso, efectivamente, estaba en obras. La sala tenía el sofá y el armario donde estaba la televisión despejado, pero todo lo demás estaba colocado en el centro de la estancia y cubierto con unos plásticos semitransparentes.

—Ponte cómoda. Voy a por cervezas.

La mujer se acomodó en el tresillo y observó el equipo de música. Era

igual al suyo. La verdad es que todos los dispositivos electrónicos tenían pinta de ser de lo más punteros. En una de las paredes se veían todavía marcas de cuadros. Toda la estancia necesitaba una actualización urgente. Cada uno priorizaba sus gustos. Estaba claro que la decoración no era la prioridad de Pedro.

—Toma. —Le dio un botellín de cerveza.

—Uy, mañana no voy a poder levantarme.

Chocaron las botellas y bebieron un buen trago.

—Sabes, voy a cambiar toda la casa.

—Sí, ya le hace falta.

—Me puedes ayudar.

—Ya has visto mi casa.

—Bueno, a la tele ni te acerques. —Rieron.

Yolanda lo miraba como si no lo reconociese. Qué cambiado estaba. Reconoció que no prestaba demasiada atención a su entorno. En aquella época estaba pendiente de todo, menos de lo importante. El viaje al infierno se lo había buscado sola.

Y ahora su marido estaba vete tú a saber dónde, y ella allí, en el sofá de Pedro.

—Me lo he pasado muy bien contigo.

—Y yo —dijo algo avergonzado.

—Cuando menos te lo esperas, descubres que puedes seguir sola. —Pedro la oía ensimismado. No la escuchaba—. Espero que me perdones.

—¿Qué?

La mujer dejó su bebida en la mesilla. Sin decir nada más se lanzó sobre los labios húmedos y con sabor a lúpulo de su anfitrión. Notó sus nervios y su sorpresa en la forma de abrir la boca, indecisa, con una aparente inocencia, parecía que no comprendía qué hacer con la lengua que exploraba en busca de la suya. Se recreó con una jugosa pelea de besos encadenados.

Uno de sus sueños cumplidos. El recuerdo del pecho desnudo de la presentadora quedaba eclipsado con lo que estaba sucediendo en su tresillo. Tanto esfuerzo se veía recompensado con creces en ese momento. Estaba por fin en el lugar correcto. Ya no sentía los ojos de sus jueces clavados en su cabeza. Este acto de amor descargaría toda la energía negativa que había ido acumulando durante años.

Se quitaron la ropa sin apenas despegar sus bocas sedientas de placer. Cada uno a su manera, pero los dos con ganas de despojarse de sus miserias a golpe de orgasmos.

Yolanda se avergonzó un poco al verse desnuda y expuesta a unos ojos nuevos. La erección inmediata despejo toda duda sobre la atracción que sentía el hombre que estaba descubriendo.

Llegaron a la cama, también despejada para usos prácticos. Todavía de pie, frente al colchón, se confundían miembros y piel formando un tándem perfecto. Gozaban de pequeñas masturbaciones que potenciaban la excitación

invasora de sus cuerpos. Nada bajaba la fiebre.

Con energía tumbó a la mujer sobre el catre y lamió sus piernas, sus muslos, su entrepierna. Todo lo que había hecho para llegar hasta ahí había merecido la pena y no iba a desaprovecharlo. Yolanda no podía dejar de gemir. Los dedos se abrían paso acompañados de fuertes lametones.

Si fuera Alba la que estuviera trabajando sus bajos instintos, seguro que sería igual o más intenso. Se sorprendió otra vez al pensar en la venezolana como su pareja sexual. La excitación subió hasta llegar al límite.

Tuvo que estirarle del pelo para no correrse. Demasiado tiempo sin su marido y sin ganas de autocomplacerse.

Pedro se reía del arrebato de contención de su invitada y decidió no parar. Lo había decidido tiempo atrás. Quería regalarle todos los orgasmos del mundo. Y no paró, estimulando su clítoris y todo lo que abarcaban sus labios hasta observar cómo los músculos de la cara de su amada se contraían de placer.

—Joder. —Se había quedado muy a gusto.

Se acercó y lo besó, compartiendo el exceso de sal. Todavía sentía latir sus partes íntimas. Pedro sacó un preservativo de la mesilla, que no tardó nada en colocar en el sitio correcto. La mujer, encima, obligó a entrar en su interior el miembro enfundado. Cambiaron sus papeles, ahora ella era la anfitriona.

Pedro alucinaba con la visión de la diosa con la que se había desahogado manualmente durante años botando desnuda sobre su verga. Y esos ojos, presentes tanto tiempo en sus sueños, escrutando el placer del homenajeado. Llevaba un tiempo sin eyacular por lo que estaba a punto de terminar. La agarró mientras se incorporaba, buscando los cálidos labios de la mujer y con un rápido giro se dispuso a llegar al punto álgido, empujando contra el colchón la cadera que lo volvía loco. Golpe a golpe genital, profundo e intenso, se corrió mientras los espasmos delatores complacían las pretensiones de Yolanda.

Seguían con el intercambio de besos, caricias y lametones. Pedro insistía en la importancia de recuperar el tiempo perdido y arrastraba en el juego a la mujer que se dejaba llevar por esa corriente cálida y estimulante.

El segundo asalto fue suficiente. La presentadora no tenía nada que objetar salvo las ganas de descansar. Agradecida y divertida, por la rabieta espontánea de su amante al no poder disfrutar de su juguete nuevo, apeló a su mayoría de edad para pedir una tregua y dormir.

Se quedaron dormidos. Pedro después de Yolanda. No quería cerrar los ojos y que al despertar hubiera sido un sueño. La acarició varias veces por necesidad. Le atrapó el cansancio mientras pensaba que eso era lo que realmente debería tomar tres veces al día sin prescripción médica.

Se acopló a la forma de la espalda y el trasero de su invitada para afrontar el resto de la noche. Así debía ser el cielo, caliente, suave y muy cómodo.

Hacía varias horas que el sol se colaba en la habitación, pero ninguno se

dio por aludido. Seguían acurrucados piel con piel y entrepierna con entrepierna.

Un movimiento reflejo de Yolanda los despertó de su letargo. No había dolor de cabeza, pero el estómago se resentía de la aventura nocturna.

Era casi mediodía, algo que no les importaba.

Pedro se levantó y animó a desperezarse a su invitada. El anfitrión se olvidó de las reformas por completo a pesar de estar rodeados por plásticos y botes de pintura. En la ducha volvió a ocurrir lo que estaba cantado que volvería a ocurrir y continuó el espectáculo de nuevo en la cama.

Cuando ya se hubieron calmado los ánimos, Yolanda decidió volver a su apartamento para seguir con su trabajo. Pedro reconoció que no le gustaba la idea, pero para su destartalada casa era lo mejor.

Al coger el bolso, notó que vibraba. En su interior encontró el teléfono que había contratado para contactar con las prostitutas. Tenía seis llamadas perdidas del mismo número. Al descolgar, se encontró con Alba muy alterada. Le rogaba que se vieran en la cafetería de nuevo, tenía que hablar con ella.

Quedaron a las ocho de la tarde. Era muy tarde, pero insistía en encontrarse con ella. Esperaba que la cafetería abriese hasta las nueve.

La periodista se despidió de Pedro rejuvenecida por el sexo y por pasar una noche fuera de casa, algo que no hacía desde tiempos inmemoriales.

Caminaba y pensaba en qué rápido había pasado el tiempo y qué poco duraba lo bueno. Dos tópicos que se cumplían a rajatabla.

Con las energías renovadas se dispuso a terminar de dar forma al reportaje sobre las esclavas sexuales. Tenía en la cabeza la idea de presentárselo a Almudena, de *Confesiones al amanecer*, lo antes posible.

Después de pasar una noche inolvidable, tenía otra cita con una mujer maravillosa. Todavía se avergonzaba por el día en el que la única solución que había encontrado para sus problemas era saltar desde una azotea.

***

Marcos llevaba más de una hora en una esquina, desde donde veía perfectamente la entrada a la pensión. La presencia policial había desaparecido de los alrededores. Tampoco veía el careto del asesino enviado por el Coronel. Este último era el que le quitaba el sueño. Si estaba a la espera, se escondía muy bien.

El carácter funcionario de los agentes de la autoridad los hacía previsibles y los ataba a un horario que cumplir, por lo que ya no había nadie montando guardia en la puerta. Además, su caso no era de vital importancia. Sin embargo, el contrato del sicario seguro que era muy jugoso y en él estarían contempladas las horas para montar una vigilancia continua.

Gracias a la generosidad de su jefe lo había visto en la puerta de la oficina y parecía que estaba solo.

Tenía que marcharse de la ciudad y del país si quería seguir viviendo. Le

era imposible emborracharse, sería un suicidio. Necesitaba todos los sentidos en perfecto estado. Sabía lo cobarde que era y lo que haría por salvar el culo.

Le dolía el alma al pensar en sus dos mujeres, a las que con buena intención quería ayudar y ahora traicionaba. Había sentido el arrebato de visitar por última vez a su compañera de pensión, pero no arreglaría nada y sería todavía más duro. De Yolanda se había olvidado más rápido; en cuanto le venía a su mente, su instinto le aseguraba que saldría adelante.

Fuera como fuese, debía abandonar su vida actual. Había elegido preservar los esfuerzos de su familia a enfrentarse. La segunda opción tenía menos posibilidades de éxito.

Y, sobre todo, qué ganas tenía de tomarse un buen trago de cualquier destilado de malta.

Se le humedecieron los ojos al ver salir a su compañera de cama, la que podría ser la madre de su primer bebé. Cogió un camino contrario al de su posición y la observó alejarse. Quería gritar su nombre, llamar su atención y llevársela con él, aún no sabía adónde.

Dejó de respirar cuando, de la nada, apareció el mensajero del diablo y se dispuso a seguir a la chica. El terror lo inmovilizó. ¿De dónde había salido ese tipo? Tenía que avisar a Alba del asesino que la seguía. Se derrumbó al pensar que, si la salvaba del sicario, seguro que iría a pedir trabajo a su antiguo jefe, otro monstruo. A esas horas no parecía que fuera a hacer las compras.

Entonces lo hizo de nuevo, era buen momento para recuperar sus pertenencias y escapar.

***

Alba sentía que alguien la seguía. Se giraba y escrutaba a su alrededor sin lograr ver nada raro. Lo achacó a la inquietud generada por las últimas noticias. Sus compañeras estaban fuera de la calle gracias a una serie de acontecimientos que les habían resultado beneficiosos. Las obligaron a testificar sobre sus situaciones actuales. El causante de su lamentable estado no podía hacer nada contra ellas.

La única que no estaba protegida era la venezolana. Esto le provocaba una cantidad de dudas sobre su futuro inminente que le quitaba el sueño. Con Marcos fuera de su vida y el rechazo a la periodista no veía la forma de rehacer su existencia. Debería acudir a la policía, pero el trabajo de opresión y sugestión por parte del proxeneta había sido concienzudo. Temía a las fuerzas del orden.

Llegó a la cafetería y Yolanda ya estaba en el interior.

—Hola. —dijo nerviosa y con cierta timidez.

—Hola, guapa. —La periodista se sorprendió del halago gratuito a su cita y de las ganas que tenía de propinarle dos besos de bienvenida para oler su piel y notar el contacto de sus mejillas. Sin darle más vueltas, la besó como mandaban el protocolo—. ¿Qué tal te encuentras?

—Estoy bien. —La actitud de la mujer la confundió un poco, pero no le dio demasiada importancia—. Algo preocupada por las últimas noticias.

—Han detenido a Raugo.

—Sí, y a todas mis compañeras.

—Están protegidas, no tienen que temer nada.

—Me han dicho que ha aparecido un putero muerto —dijo para poner en el lugar adecuado a esos bastardos—. Los brazos de esos malnacidos son muy largos. Además, nos tenían atemorizadas.

—Escucha, Alba, no te puedo ofrecer dinero, solo puedo hacer que se escuche tu voz —dijo Yolanda, algo extrañada porque no tenía constancia de ningún muerto.

—Marcos me dijo que te pidiera ayuda.

—¿Dónde está?

—Se ha ido, está huyendo de algo peor que Raugo.

—¿Y… te ha dejado sola aquí? —Se le hizo un nudo en la garganta al sentirse huérfana de espíritu. Sin su guía personal. Le importaba el estado de su interlocutora, con la que empatizaba completamente—. Deberías irte con él. —Ella también hubiera querido irse con el argentino.

—Me asegura que es muy peligroso estar a su lado.

—¿Le crees?

—Es un cielo. —Exhaló todo el aire antes de pronunciar esta frase. La hacía sobrellevar el infierno que le había tocado—. Era mi única esperanza.

—¿Cómo te puedo ayudar?

—No tengo adónde ir.

—Eso tiene una solución muy simple.

Las dos mujeres se miraron en silencio. Yolanda sonrió primero y quedó muy satisfecha al ver que el rostro angelical se alegraba de tenerla enfrente.

Un puño sobre la mesa les cortó la respiración.

—Se ha terminado esta conversación. —Pascual las miraba serio mientras les mostraba una pistola que llevaba escondida—. Veo que ya no llevas gafas. —Sabían de la existencia de unas grabaciones muy comprometedoras y de las posibles formas de haberlas conseguido. Yolanda le aguantó la mirada—. Raugo quiere hablar contigo —dijo a la venezolana ante el estupor de la periodista, pensaba que ese malnacido estaba detenido. Hizo el amago de coger su móvil para ver si tenía alguna llamada de comisaría y descubrió que todavía no lo llevaba encima—. No hagas ninguna tontería.

—Yo no quiero hablar con él.

—O hablas con él o no hablas nunca más.

—Déjala en paz, maldito explotador.

—Tú serás la próxima. Cállate. ¿Quieres que os pegue dos tiros? Vienes conmigo. ¡Levántate!

Alba se levantó, asustada, y se dispuso a abandonar la cafetería agarrada del brazo por el enorme gorila. En la calle había un coche y del asiento de

atrás salió Raugo. La justicia al ser igual para todos se volvía injusticia en muchas ocasiones. El letrado que lo asistía lo había sacado pagando una suculenta fianza. El colombiano no iba a desaprovechar su oportunidad de marcharse y zanjar el asunto con Alba.

Mientras salían, Yolanda buscó su móvil para avisar a la policía. El tiempo se les echaba encima y seguro que tardarían mucho en llegar. Para entonces ese cabrón estaría muy lejos.

—¿Dónde está el argentino?

—A ti qué te importa —contesto la venezolana.

Raugo se apartó para que se metiera por su lado.

Pascual guardó la pistola y corrió al lado del conductor para abandonar el lugar lo más rápido posible.

Yolanda apareció a toda velocidad y le dio al colombiano con la porra de acero telescópica justo cuando iba a entrar en el coche. Demasiados golpes acumulados para no caer mareado al suelo.

—¡Vamos, Alba, sal de ahí!

La sacó de un fuerte tirón. Pisó al magullado secuestrador y se pusieron a correr en dirección contraria a la orientación del coche.

Pascual era todo músculo, pero no muy ágil. Le costó salir y encañonar a las fugitivas. Disparó dos veces.

Los disparos hicieron tropezar a Alba, que se aferraba a su rescatadora como si fuera un salvavidas en medio del océano. Siguieron con la carrera hasta que entraron en un callejón y se pararon detrás de un contenedor.

—Joder, tenemos que llegar a comisaría. —La periodista pensaba en alto —. Nos vamos a separar, yo llamaré la atención de ese gorila. Tú corre hasta la policía.

—No, no me fio. Han dejado salir a Raugo.

—Son los procedimientos normales. Debe de tener buenos abogados. — La periodista veía el pánico en la hermosa cara de Alba—. Vivo en la calle Nicanor, número 23. Ve a esa dirección y espérame.

La venezolana la miró y asintió convencida.

—Ten mucho cuidado —dijo antes de irse por el fondo de la calle.

Yolanda la vio correr de una manera extraña, agarrándose el costado.

Entonces se centró en su parte del plan. Volvió por el camino recorrido y divisó a los dos proxenetas. Miraban nerviosos por todos lados y no tardaron en localizarla y comenzar a perseguirla. Solo tenían una pistola a la vista.

La mujer corría con todas sus fuerzas porque la vida le iba en ello. Las calles estaban muy vacías, la gente estaba cenando y todavía faltaba un tiempo para que llegara el momento de bajar a tomar algo.

Consiguió salir a una avenida más concurrida y con una parada de taxis cercana. Se subió en el primero a la carrera y apremió al conductor a salir lo más rápido posible.

Cuando estuvo en marcha, vio aparecer a sus dos perseguidores. No les dio tiempo a descubrirla en el taxi, por lo que su huida fue todo un éxito. Esperaba que a la guapa venezolana le hubiera ido igual de bien. Observaba la porra en su mano plegada y agradecía haberla comprado. «No hay mal que por bien no venga», otro tópico que ahora los hechos avalaban. Ignoraba el trabajo que había realizado Marcos en las cervicales del colombiano y lo bien que le había venido.

***

El casero había dejado pasar sin problemas a Marcos y este se lo agradeció de todo corazón.

En su habitación, detrás de la mesita y escondido en el contrachapado, encontró el pasaporte y mil euros para emergencias.

Se paró a descansar sobre la cama. Llevaba muchas horas de pie. Era una habitación de mierda, pero guardaba un enorme cariño a lo que había acontecido entre sus paredes.

Lloró un rato por Alba, por Yolanda, su amigo Jorge y su familia. Murió un poco al recordar a Delia.

Tras pagar las cuentas con su casero, se dispuso a marchar y nunca más pisar ese lugar.

Al salir de la pensión, sin embargo, no pudo dar ni tres pasos. Alguien se acercó por detrás. Escuchó sus pisadas y se paró.

—El Coronel te manda saludos y espera que todos tus seres queridos sufran lo que él ha sufrido por su mujer.

—Ese bastardo no sufrió ni la mitad que Delia —dijo dándose la vuelta para encarar al sicario.

—No es nada personal.

Un ruido en los contenedores cercanos a la pensión desvió su atención medio segundo, tiempo suficiente para que Marcos le clavara la navaja en el cuello. Con el brazo en alto, el cazador cazado se pegó contra el muro de la pensión y cayó mientras se ahogaba en su propia sangre.

Para el argentino errante tampoco era personal. Al matarlo, sintió alivio y pesadez a la vez. Estaba dispuesto a terminar con su atormentada vida y todavía seguía vivo. Miró al cielo a la espera de alguna carcajada divina.

Otro ruido de latas vacías lo alertó. Debería haber salido corriendo, pero algo superior que no logró identificar le obligó a investigar. Se acercó con cautela y descubrió que se trataba de Alba. Tenía el costado ensangrentado. Parecía haber perdido mucha sangre.

—¿Qué te ha pasado, mi amor?

—Solo quería verte, cariño. —No había conseguido llegar al portal de Yolanda, ya que se estaba desangrando y la falta de fuerzas había puesto su cerebro en modo automático. Su mente necesitaba volver a recordar al argentino. Eso lo podía hacer en la pensión—. Estoy muy cansada.

—No, despierta. No me hagas esto.

La cargó en brazos hasta la posición del sicario y la dejó suavemente en el suelo. Examinó todos los bolsillos del asesino hasta que encontró unas llaves de coche. Pulsó el botón de abrir en el mando a distancia y unas luces delataron el lugar donde estaba aparcado.

Cargó con la venezolana, que no respondía a los cambios de posición. No sabía si estaba muerta o viva. El pánico le decía que saliera corriendo, pero no hizo caso. Lo vio claro, no le hacía falta mirar al cielo para saber que alguien se lo estaba pasando en grande poniendo piedras en su camino.

Metió a la chica en el asiento de atrás y se dispuso a llevarla al hospital más cercano. Algo que debía haber hecho también cinco años antes.

***

Yolanda llegó acelerada hasta el portal. Miró por todos los lados sin dar con ningún rastro de Alba. Qué le habría pasado. Tenía que informar a la policía.

No se atrevía a caminar por la calle. Decidió subir a su apartamento y desde allí hacer la llamada. El camino hasta el piso también lo hizo a toda velocidad. Cuando llegó, una pareja de policías estaba aporreando su puerta.

—¿Qué están haciendo?

—Buscamos a Yolanda Algiol.

—Soy yo.

—Llevamos un día entero intentando localizarla.

—He estado fuera —Llevaba mucho tiempo fuera de casa. Incluso su móvil estaba dentro del piso. Estaría descargado. Lo dejó cuando se fue con Pedro.

—Tenemos que darle una mala noticia. Hemos encontrado el cuerpo sin vida de su esposo en el Parque Central.

—¿Qué?

El mundo se volvió oscuro y la luz amarilla de las bombillas se tornó grisácea, fría. Se tuvo que sentar, casi sin poder respirar por la impresión. Ya era imposible poder estar de nuevo con su marido.

—No puede ser. —Se negaba a aceptar algo tan trágico. Su conciencia empezaba a echarle la culpa de todo lo que había pasado.

Los dos policías escoltaban a la mujer por la calle hasta donde habían podido aparcar el coche. Eran observados por Raugo y Pascual, que veían como se les escapaban dos pájaras que les iban a causar muchos problemas. Pensaban haber neutralizado al argentino con el aviso a la policía y se iban a

hacer cargo de toda la documentación que tuviera la periodista. Después desaparecerían del mapa las dos mujeres.

Pero el mapa todavía albergaba riesgos potenciales para sus negocios.

En la más profunda negrura estás, ¿o no? No se percibe nada.

14. Frutos demasiado maduros

Marcos se despertó en la habitación del hospital donde habían ingresado a Alba. Había pasado allí la noche, después de que la mandaran a quirófano para arreglar el estropicio que le había hecho la bala al entrar y salir de su costado izquierdo. La sometieron a varias transfusiones de sangre para compensar la pérdida.

El médico le dijo que habían logrado salvar al bebé, pero por muy poco tiempo. Si hubiera tardado un poco más en llevarla al hospital, el feto estaría muerto.

La emoción de Marcos era evidente y no quería abandonar de nuevo a la chica. La luz al abrir sus párpados le impedía verla con claridad. Sin embargo, en cuanto se acostumbró, volvió a deleitarse con la candidez que desprendía la chica tumbada y dormida.

En la habitación entraron dos policías.

—¿Marcos Aguirre? —preguntó el primero que había entrado.

—Sí. —Su gozo cayó en un profundo pozo del que se sabía dueño y señor.

—Tiene que venir con nosotros para aclarar una serie de temas.

—No entiendo. —Se hizo el tonto.

—Su… pareja ingresó con un agujero de bala en el costado.

—Sí, me la encontré en la calle de esta guisa.

—Tenemos una denuncia sobre usted. Coincide su perfil con el de un criminal perseguido por la policía argentina.

—Tendrá que acompañarnos.

—Pero no puedo dejar así a mi mujer.

—No se preocupe, está en muy buenas manos.

Los agentes le obligaron a seguirlos hasta la comisaría para aclarar todo el asunto.

Poco le duró la tranquilidad y las buenas intenciones para con Alba.

***

Alguien con el que habías convivido durante años y a quien le habías confesado tus más oscuros deseos no podía haber pasado por alto algo como aquello. Yolanda no se lo creía todavía. Su marido tenía sus gustos sexuales y los practicaban sin ningún problema. Nunca le había dicho que le gustaba ir de putas ni si había ido en su juventud. Y no era por no haber tenido oportunidad de confesarlo en las largas y hermosas tertulias que solían protagonizar. Con ellas afianzaron su relación hasta prometerse por toda la eternidad. Hasta que se dio cuenta de que la eternidad se acabó demasiado pronto.

Habían tardado en identificarlo porque le habían robado la cartera, la alianza y su reloj. El anillo la dejó fuera de juego durante varias horas. Todavía llevaba su nexo con la periodista. No tenían claro si lo habían matado para robarle o si se lo habían sustraído estando ya muerto.

Le habían roto el cuello, contra algún tronco, en ese tenebroso bosque. Puede que hubiera sido un accidente con alguna prostituta, que aprovechó para quedarse con todo lo que pudo.

La autopsia no revelaba nada extraño.

Iba a delatar el adulterio de su marido, involucrar a su amante y remover todo el asunto que quería olvidar. No se encontraba con fuerzas para hacerlo. La verdad es que no veía a Alicia matando a nadie, aunque tampoco se imaginaba la traición que había sufrido. Omitió el tema.

El operario sacó el cuerpo. Cuando fue a quitar la tela que tapaba la cara del difunto miró a Yolanda. Esta estaba indecisa, pero asintió para que lo destapara.

Pedro la había acompañado y se acercó para mostrarle su apoyo.

Las tripas se le descompusieron al certificar que la cabeza torcida de manera extraña era del amor de su vida. El chico que había hecho los honores le tendió un cubo por si quería vomitar. No lo necesitó. Se cubrió en el pecho perfumado de Pedro mientras borraba la espantosa imagen de su mente. Las caricias del cámara en la espalda la recompusieron un poco. Tiró la toalla, esa estampa no se la quitaría de la memoria en la vida.

***

En la comisaría, Marcos respondía las preguntas de sus interrogadores.

—Bueno, ya hemos comprobado que usted es Antonio Guzmán. Tiene en su posesión un pasaporte falso. ¿Es correcto?

—Sí. —Lo primero que se le ocurría era mandarlos a la mierda, pero ya estaban en la mierda, la suya.

—¿Conocía a Delia Tassona?

—Sí.

—Iba con ella el día…

—Sí —cortó el argentino cansado—, iba con ella cuando se nos metió un turismo en nuestro carril y chocamos de frente.

—El atestado indica que usted se metió en el carril contrario, provocando el siniestro.

—Es falso. El que manejaba el otro auto iba mamado.

—¿Y por qué se dio a la fuga?

—Porque me asusté. Vi a… Delia muerta en el salpicadero y hui.

—Pero no estaba muerta, murió nada más llegar al hospital.

—Yo no lo sabía. Ni siquiera le tomé el pulso, me invadió el pánico.

—La mujer del otro coche testificó que usted se metió en el carril contrario.

—Su esposo y su hijo menor murieron en el acto. Así cobraría el seguro. Nadie dijo lo contrario.

—Usted lo podía haber dicho. Si hubiera llamado a una ambulancia, Delia Tassona seguiría viva.

—¿Creen que no lo sé? —dijo con lágrimas en los ojos.

—Prepararemos los papeles para extraditarle.

—Si pongo un pie en Argentina, estaré muerto. Ayer a la noche casi me mata un sicario del Coronel.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Lo maté al lado de la pensión en la que estaba alojado.

—Nadie ha avisado de ningún muerto en esa zona.

Marcos lo miraba sorprendido. Se habían desecho del cadáver a una velocidad impresionante. ¿Cómo se le había ocurrido intentar luchar contra ese malnacido?

Yolanda había pedido cita con el inspector del caso de su marido. Según se acercaba a su oficina, observó cómo se llevaban esposado a Marcos. Lo dejarían en un calabozo hasta que estuviera todo preparado para mandarlo de nuevo a su patria.

Se miraron sin reconocerse. Solo notaron la expresión de sus ojos, que exponía con claridad su sufrimiento. Se sintieron identificados de alguna manera.

—¿Qué es lo que quería, señora Algiol?

—Eh, sí. —Se había distraído con el reo. En su cara se veía la hinchazón provocada por la visión del rostro sin vida de Manuel—. Quería que supiera que ayer fui atacada con un arma de fuego por el proxeneta llamado Raugo y un gorila que iba con él, el que denuncié hace unos días por explotar a mujeres inmigrantes y que parece ser que ya está en la calle. Lo veo capaz de hacer cualquier cosa y la muerte de mi marido me parece una gran casualidad.

—¿Tiene algún testigo del ataque?

—Estaba con una exprostituta que podría corroborarlo. —No tenía por qué hacerles el trabajo y tampoco quería entrar en una discusión absurda—. Pero no la localizo. Se llama Alba y es de origen venezolano.

—De acuerdo, señora. Lo investigaremos inmediatamente. Gracias por la ayuda. Solo una pregunta más: ¿Alguien más deseaba hacer daño a su marido?

—No, que yo recuerde. —Estaba Juan, el acosador reincidente. Si alguien había podido perpetrar semejante abominación, ese era el colombiano.

—Siento mucho lo de su marido.

—Gracias —dijo sin tener nada claro que decir.

Se fue cortada con el pésame. Ya tenía olvidadas las defunciones de sus padres. Fueron duras, pero se le hacían lejanas. Esta desgracia daba la impresión de pesar mucho más, aunque era igual de grave. El tiempo se encargaba de reducir los impactos emocionales y llegaba a producir una

pérdida de perspectiva clara.

Pedro esperaba fuera para acompañarla donde quisiera. No le gustaba verla sufrir. Prefería su rostro retorciéndose de placer. Es lo que deseaba para toda su vida.

Caminaron juntos hasta el apartamento de la mujer y se despidieron cariñosamente. Necesitaba estar a solas y reflexionar. Se había quedado viuda de un marido infiel, con toda probabilidad asesinado por un hijo de puta que se la tenía jurada. Iba a ser muy duro encajar todo lo sucedido.

Necesitaba meterse algo que la dejara *ko* quince días por lo menos. No tenía nada en casa. Todo por hacerle caso a ese charlatán. Se sentía desgraciada sin poder habar con Marcos.

Se juró que no lo haría, pero sin saber cómo se encontró rodeada de bolsas de basura llenas de fotos esperanzadoras. En ellas eran felices, estaban unidos y en contacto. Abrazados, besándose, riendo, ¿cómo podía doler tanto lo que había sido tan maravilloso? Carecía de muchos recuerdos gráficos de sus padres y apelaba siempre a su memoria si necesitaba recordarlos. Y la memoria se iba deteriorando con el tiempo, como en un dispositivo electrónico, de tanto usarla. Sin embargo, esas imágenes no perdían su fuerza y te trasladaban de inmediato al momento vivido. Un instante inolvidable, por mucho que te doliese.

Esas ganas de guardar unos recuerdos tan bellos para la posteridad era una trampa agónica en cuanto algo iba mal. Y resultó que todo había salido fatal. En los últimos días había luchado contra su vida pasada y ahora se aferraba a todo lo que había desechado. Parecía que hurgaba en su basura sentimental, en restos podridos de un producto antaño dorado y resplandeciente.

Eran las cinco y media y el maldito argentino no daba señales de vida. Ahora lo necesitaba más que la cocaína. Pensaba que se quitaba de encima a la venezolana, con ese rollo de una vida peligrosa, pero que todavía podía contar con él en las terapias. Qué ilusa. Solo tenía que pensar en la sonrisa de Alba para saber que no sería tan fácil abandonarla.

Sonó el teléfono y le dio un vuelco el corazón. Siempre la pillaba desprevenida, a pesar de esperar una llamada con urgencia. El número estaba oculto. La decepción desapareció cuando le avisaron del lugar donde se encontraba la prostituta extraviada.

***

Alba dormía, con un pronóstico estable, en su habitación. Era observada por Yolanda como si se tratara de un tesoro recién descubierto. Se había despertado un rato antes de que llegara ella y otra vez había caído dormida en un profundo sueño.

Le agarró la mano. La notó suave y robusta a la vez.

El médico le dijo que tenía múltiples contusiones antiguas que ya habían

sido curadas, pero denotaban una vida dura. No le extrañaba nada que descansase tanto tiempo. La bala había entrado y salido limpiamente. Se había librado por muy poco. Dos centímetros separaban la trayectoria de la bala de un riñón.

Si hubiera preguntado cómo había llegado hasta allí, quizás el destino de Marcos hubiera cambiado.

Mientras esperaba, decidió llamar a Bestphone para informarse sobre el paradero del argentino. Consiguió hablar con Alfredo, después de pasar durante una hora de departamento en departamento. Se identificó como periodista y como titular del número desde el que llamaba. El encargado se mostró receloso por la paranoia que le habían metido en el cuerpo Marcos y su hermano. Los argumentos de Yolanda concordaban con las sesiones de una hora que hacía el argentino, desde su puesto de trabajo, a las cuatro de la tarde. Lo había investigado. Era algo raro, pero se lo permitía dada su situación. Al final le dio el nombre de Daniel Guzmán, el hermano de Marcos, y era lo poco que podía darle. Le dijo que estaba en peligro y que, si se lo contaba, era para poder ayudarlo.

Se quedó en la habitación hasta que despertó Alba. Esta le agradeció las molestias y le volvió a pedir ayuda. Yolanda no vio ninguna pega en ofrecerle vivir con ella hasta que se calmara todo.

Hablaron de Marcos y lo mucho que lo echaban de menos. Obtuvo más datos sobre el argentino, algo que la intrigó muchísimo. Descubrió su verdadero nombre: Antonio Guzmán.

Su olfato de periodista le indicaba que podía haber otra gran historia detrás de la singular trayectoria de su terapeuta. Necesitaba saber que estaba bien y devolverle el enorme favor que le había hecho.

***

A la mañana siguiente se encontró en otra situación surrealista. Se enfrentaba al entierro de su esposo. El primer golpe lo recibió nada más ver que había un montón de gente que no esperaba. Además de la familia de Manuel, estaban presentes Jesús, su antiguo jefe, Almudena y varios directivos de Riomedia. No entendía cómo se habían enterado. Solo lo sabía la presentadora del programa matinal. Lo asumió como algo normal y no le dio más vueltas.

La ceremonia fue muy dura y emotiva. Las gafas de sol en un día tan gris escondían la realidad de sus ojos.

No hablaron mucho hasta que llegó la hora de dar el pésame. Esperaron todos al final. Su suegra estaba destrozada y se abrazaron durante largo tiempo, insuficiente para que ninguna se consolara de verdad. La pobre mujer no se atrevía a preguntar qué hacía su hijo en un lugar como aquel. Podía achacarlo a la relación que mantenía con su nuera, pero decidió callar y

Yolanda lo agradeció.

Presentó sus condolencias Almudena y la felicitó por el reportaje que estaba realizando. Bromeó con la posibilidad de escribir otro libro. La periodista, seria, le confirmó que estaba en ello. Fue una conversación breve con la que casi cierran un contrato verbal con la cadena de la conductora del matinal preferido por la audiencia.

Jesús, su exjefe, también la acompañó en el sentimiento y conversaron unos segundos. Se notaba la distancia entre ellos. La periodista estaba confundida. Agradecía y mosqueada al mismo tiempo porque la hubiera tenido en consideración.

El director había escuchado rumores del posible resurgimiento de su antigua empleada y la productora lo había obligado a mostrar sus respetos. No era capaz de quitarse el olor a ave rapaz con el que se había perfumado en el mismo momento de aceptar la propuesta.

Yolanda se reencontró con Alicia, todavía la consideraba la roba maridos. Fueron muy formales, pero al final la abrazó con muchas ganas. Su amiga se dejó hacer y ambos espíritus notaron que los cables cortados en su conexión se intentaban conectar de nuevo. Nadie podía apreciar el dolor de la otra como lo hacían ellas. La dureza de la realidad las volvía a unir y ninguna hubiera deseado que fuera así.

***

El tiempo no paraba, como es natural, y la vida le había demostrado a Yolanda que debía mantenerse activa. Una semana después del entierro se encontraba otra vez rematando su reportaje.

Alba entró en la sala de estar, ataviada con una camiseta un poco larga, después de darse una ducha relajante. Sus piernas desnudas y delgadas contrastaban con la barriga redonda que lucía. No se movía muy ágilmente debido al balazo, pero día a día veía una clara evolución positiva de su herida. Se encontraba muy animada lo cual provocaba continuas sonrisas a Yolanda, su anfitriona. Mientras recomponía su vida, podía quedarse en el apartamento de la periodista. Sus testimonios habían encerrado a Pascual y Raugo sin fianza hasta que se realizara el juicio. El hecho de no haber recibido ninguna compensación económica por sus declaraciones les daba validez, muy difícil de revocar.

Yolanda acaparaba toda la mesa del comedor con sus papeles. La observó sentarse distraída y volvió a admirar su belleza. Se había enamorado de la andina y disfrutaba de su compañía. Sentimientos que la contrariaban bastante.

—Ven un poco, Alba. —Había estado investigando a Antonio Guzmán y a Delia. Aparecían en una antigua noticia relacionados con la muerte de esta última. Encontró dos fotografías—. ¿Este es Marcos?

La venezolana se acercó; desplazaba con ella una fragancia maravillosa a

piel limpia que aumentó el deseo de la periodista. Se inclinó a su lado para ver la imagen.

—Es él, pero con menos barba y más arreglado. Qué guapa. —Dirigía su mirada a la mujer.

—Es Delia. Era preciosa. Veo que Marcos tiene muy buen gusto para las mujeres. —Alba solo pudo sonreír ante el piropo, sonrisa que cogió desprevenida a Yolanda.

—¿No lo conocías? —Daba por hecho que los dos, en algún momento, se habrían conocido.

—Qué va, se mantuvo muy reservado. Creo que lo he visto, pero no caigo dónde.

—Tú también le gustarías. —La adulada se centró en la información del periódico digital para disimular sus mejillas sonrojadas—. Él es guapísimo.

—Joder. —El semblante de la periodista cambió de repente al ver algo en otra fotografía. Se trataba del funeral de la esposa de José Padilla, más conocido como el Coronel. Parecía que había muerto la mujer del presidente. Todo estaba lleno de banderas, altos cargos del estado, oficiales del ejército y gente que parecía dirigir imperios. Era muy impresionante. Y, justo al lado de un hombre fornido que apoyaba su brazo en el hombro del viudo, había un chico muy guapo que respondía al nombre de Raúl. Lo ponía en el pie de la foto y la expresentadora lo conocía. Lo había entrevistado en su antiguo programa. Casi lo mata su novio y había dicho por la tele que le debía una.

—¿Qué pasa?

—Buenas noticias.

Tras decir esto, la besó en la boca.

Se incomodaron al entender el significado de ese gesto. Condicionadas por el mismo patrón, a pesar de haberse criado a miles de kilómetros de distancia y con trillones de metros cúbicos de agua salada de por medio, se despidieron con presura. Yolanda había quedado con Pedro, por lo que dejaba sola a la venezolana durante varios días. El cámara deseaba darle placer y ella lo necesitaba.

Salió de casa todavía dando vueltas a sus sentimientos hacía Alba. Se preguntaba qué opinaría Marcos del tema. A decir verdad, mantenía relaciones sexuales a menudo con ella y a la vista estaban las consecuencias. Después de saber, más o menos, lo que le ocurría le parecía bastante irresponsable dejar embarazada a una prostituta en medio de su locura de vida.

El pequeño resumen de la trayectoria del Coronel que exponían en la noticia del funeral no le había dejado buen cuerpo. Especulaban con ajustes de cuentas por sus contactos con el narcotráfico sudamericano.

Todo era un embrollo que ahora le sobraba un poco. Estaba en la puerta del piso de Pedro con una botella de tinto para cenar y dispuesta a dejar que le lamiera las heridas.

El anfitrión abrió la puerta sonriente y la hizo pasar hasta el salón. Estaba pintado y ordenado. Parecía el doble de grande que la última vez que lo vio. Las imágenes de esa noche eran borrosas, pero los orgasmos los recordaba con mucha claridad. Quizás el alcohol lo había magnificado todo. Entonces acudieron a su memoria los del día siguiente, en los que la bebida no había tenido nada que ver.

Se sentó en el sofá, que ya lo había bautizado como el del primer beso, y observó el resultado de los trabajos manuales realizados por Pedro los últimos días. Se fijó en que los muebles eran viejos y pensó que los cambiaría, incluido el tresillo. Le dio cierta pena.

Otra vez le vinieron a la cabeza los consejos de Marcos. Miraba los distintos cajones en el armario y recordaba lo que guardaban ella y su terapeuta en el interior. Eran inaccesibles a los demás y, poco a poco, fueron abriéndolos. Reconocía que ella le había dejado abrir más que él.

Apareció el cocinero con la cena preparada y la puso sobre la mesa para dos que había montado de manera romántica. Con velas y todo. Una luz tenue les sirvió para cenar lo que había cocinado Pedro para la ocasión. Le quedó muy rico y estimulante. Se lo tomaron como los preámbulos adecuados para lo que venía después.

En los ojos del cámara veía una adoración que había echado de menos. Daba gracias a los dioses por haber caído en los brazos de su excompañero y por que hubiera demostrado tanto interés por ella.

Cuando se iban a levantar para recoger los platos, Yolanda lo paró en seco y le dio un intenso beso. Los platos tendrían que esperar. Le hizo mucha gracia que su chef se debatiera entre echar un polvo o recoger ese desorden. Era parte del carácter de Pedro y no importaba en ese momento.

Lo arrastró entre caricias y besos hasta la alcoba más cercana. Elevaron sus temperaturas nada más llegar. Todo quedaba por explorar a conciencia con todos sus sentidos consentidos. No les negaron nada.

Se dejaron llevar hasta que el alba refrescó sus cuerpos y sus ganas. Agradecidos por esa oportunidad, se atrincheraron en la cama y lanzaron muchas balas contra las penas vividas y ahora casi olvidadas.

Un fin de semana inolvidable. Muy húmedo y placentero.

El domingo Yolanda descansaba en la sala de estar mientras veía la televisión. Decidió quitar la voz y poner un CD de la lista integrada en la torre de música. En un vistazo general encontró a su artista preferida. Esta vez, con una canción a dúo con otro pipiolo de su generación, una melodía de frescos acordes con los que fusionaban varios estilos para lograr algo medio nuevo.

Todo lo que tú me dabas
me lo quitabas.
He vuelto a sacar las mantas

pensé guardarlas.
Tu felicidad en renta
me sale cara…

El rostro de Alba la había acompañado toda su aventura sexual y le produjo un efecto explosivo que disfrutaron mucho.

No entendía cuál podía ser el motivo real por el que Marcos había abandonado a la andina. Se imaginaba que la razón estaría oculta en uno de sus cajones prohibidos.

Pedro se acababa de meter en la ducha, lo que le daba un cuarto de hora para pensar en sus cosas. El armario le llamó la atención, solo podía especular con lo que había en aquellos cajones. La curiosidad le pedía hurgar en ellos a hurtadillas, como si fuera una ladrona. Robaría secretos a su compañero con los que poder jugar más tarde. Mientras exploraba, el estribillo la hacía cantar de alegría.

…Cuando me pediste bajar la guardia
y subir a la cama.
lo hice.
Que mis labios busquen los tuyos
por la mañana.
Lo hice.
Me rompiste, sin razón
los platos y las tazas.
Por amor lo hice.
Creí en ti cuando busqué
y no quedaba nada.
Lo hice…

Había varios tipos de cajones, de varios tamaños, y todos contenían objetos relacionados con la fotografía, con aparatos electrónicos y periféricos informáticos. En uno de los grandes encontró botes de plástico pequeños que servían para contener películas fotográficas. Ahora estaban obsoletos y se utilizaban para guardar otro tipo de cosas. Estaban colocados adrede con pulcritud, en vertical.

La estrofa favorita la distrajo unos segundos.

…No me cuentes otra batalla
estuve a tu espalda.
Podemos medir cuál es más larga
o quién da la talla.
Grita con todas tus fuerzas que me amas
haga lo que haga…

Entonces descubrió el lugar secreto de Pedro. Se trataba de una pequeña estructura de madera dentro de una de las puertas de un módulo alargado que tenía en un lateral. Parecía una caja fuerte, algo endeble, con una cerradura. Estaba detrás de unos adornos de porcelana. Los debía de haber colocado ahí después de tomar la decisión de renovar la casa. No tenía ningún tirador, se abría con la llave a modo de pomo.

Su necesidad de ver que había dentro creció azuzada por ese sentido investigador que todo buen periodista debía tener. Desistió, no veía lógico empezar a reventar cajones en casa de su amante.

Se sentó en el tresillo, medio tumbada, y se olvidó de su registro durante tres segundos. Se volvió a levantar con decisión y abrió el cajón con los antiguos contenedores de rollos de fotos. Los fue abriendo hasta encontrar en uno de ellos dos pequeñas llaves. Las probó para abrir el cajón cerrado y funcionaron a la perfección.

Nada más abrirlo, por la inercia, apareció rodando una pequeña figurilla de cristal igual a la que había desaparecido en su casa. La cogió extrañada. Hizo memoria y la verdad es que coincidía la fecha de su desaparición con la instalación de su equipo de alta fidelidad.

Vaya sorpresa. Parecía que su fábrica de orgasmos era un poco fetichista. No podía ser cleptómano, porque hubiera tenido muchos más problemas en el trabajo y ella no había oído nada.

Estudió de nuevo el compartimento secreto y encontró un *pendrive* sin nada que le pudiese indicar su contenido. Debería ser porno o algo parecido.
Miró en el interior del cajón y se quedó helada cuando sacó una cartera, una alianza y un reloj que reconoció al instante. Dio la vuelta a la esfera que contenía las agujas y leyó con lágrimas en los ojos la dedicatoria. «Manu y Yoli juntos para siempre»

—Creo que alguien quiere saludarte. —Pedro entró en la sala desnudo y empalmado. En la ducha se había regodeado pensando en esos dos últimos días y ahora quería seguir con la fiesta.

Todo se enfrió cuando vio a su amada con las evidencias de sus delitos. Se tenía que haber deshecho de esas malditas pruebas.

Su miembro viril se convirtió en la representación de su futuro inminente cuando abandonó su pose erecta y se desinfló hasta retraerse en el calor de un entorno más seguro.

Hasta que se clarifique la situación.

15. Crimen rojo pasión

Unos días atrás, Pedro había decidido visitar a su amada con un ramo de flores pequeño. No se le ocurría otra cosa y quiso probar de nuevo con algo que siempre le había funcionado.

Cuando llegó al portal, la vio marcharse y no quiso llamar su atención porque sabía que tendría algo importante que hacer. Pensó en dejarlo para otro día.

Antes de regresar por donde había venido, descubrió que el marido de Yolanda había llegado en un taxi y se disponía a entrar en el edificio con un ramo de rosas en la mano. Como la mujer se había cambiado de aspecto no la reconoció de espaldas y fue directo al portal.

Su presente era más grande y el aspirante sabía lo que representaba. Quería reconquistar a la mujer que había traicionado. Para ello portaba un arma muy adecuada. Como si la bella damisela solo se fijase en las flores que le regalaban sus pretendientes.

Demostrado estaba el perfecto funcionamiento de este ardid para llegar al corazón de la dama. Le había regalado varias alegrías personales desde que el rey de la casa desertó. Los preciosos pétalos lechosos empezaban a gustarle o, mejor dicho, a ganarse su respeto.

Las tierras que intentaba doblegar hacia sus más húmedos deseos estaban a punto de ser reclamadas por su dueño legítimo. Iba a perder todo el terreno ganado. Tanto esfuerzo tirado por el lodo. No podía dejarlo estar sin más y se dispuso a defender lo que había ganado con mucho empeño. Corrió hasta la entrada del castillo hormigonado para llegar antes de que se cerrasen las puertas. Las frágiles flores perdieron parte de su sedosa envoltura con tanto meneo.

Paró el cierre automático en el último momento. Pudo entrar en la fortaleza sin que nadie le diera el alto y sin ser descubierto. Justo llegó al ascensor cuando este se elevaba. Nervioso, se dirigió a la escalinata que subía hasta los aposentos de la pretendida.

La larga lengua de tela carmesí que cubría la estructura evitó su rápido ascenso. Al estar algo desajustada, provocó un traspié fatídico en su punto de apoyo y lo hizo caer de morros sobre los escalones que había conseguido superar. El manojo de flores ya no era lo que había sido segundos antes.

Con todo, mientras sujetaba un escaso conjunto de tallos verdes con algún matiz que hacía pensar en las flores que los habían completado, volvió a retomar la escalada. Se lo tomó con más calma, estudiando a la maldita bestia que protegía la escalera. Cada paso hacia la siguiente elevación era una batalla ganada, por pequeño que fuera el escalón. Consiguió un ritmo digno y ajustado a la circunstancia.

Divisó la puerta desde los últimos peldaños, que morían en el rellano del

tercer piso. Se envalentonó tanto al ver el objetivo a su alcance que descuidó la parte más peligrosa de la monstruosa moqueta. Sobre ella había rastros de un reciente ataque. Unos pétalos blancos denotaban el tropezón que seguro había sufrido su rival al subestimarla. Por falta de costumbre, lo más probable. El caso es que el recién llegado se dio de bruces contra la puerta.

Sonó un golpe seco acompañado de un quejido acertado.

Pedro se recompuso deshincando su rodilla de la arruga creada para marcarla de manera especial. Esa funda aterciopelada parecía saber cómo hacer daño de verdad. Llamó al timbre. En el instante en el que Manuel iba a abrir la puerta, Pedro se dio cuenta del espantoso detalle en su mano y lo lanzó a un lado. El arma que portaba no servía ya de nada.

—Hola… —dijo Manuel nada más abrir la puerta. Estaba sorprendido al verlo e intentaba recordad su nombre.

—Pedro.

—Eso es. ¿Qué tal estás y qué haces aquí? Oye, cómo has cambiado.

—Venía a ver a Yolanda. —Sus nervios salían a relucir en la discontinua entonación.

—No está. ¿Quieres que le deje un recado?

—No, no.

—Vale. Oye, me alegro de haberte visto. El equipo de música es la leche. No recuerdo si te lo dije cuando nos lo instalaste.

—Sí, es de lo mejor que existe.

—Bueno —dijo después de un silencio incómodo—, tengo que recoger ciertas cosas y preparar la comida. —Pensaba que no estaría al tanto de las circunstancias de su matrimonio.

Pedro asintió y se dio la vuelta para marcharse sin encontrar una manera clara de deshacerse de su contrincante.

Recordó algo.

—Perdona, me dijo Yolanda que tiene la tele rota y que le echara un vistazo.

Manuel se fue a la sala de estar y comprobó lo que había indicado el cámara.

—Ostras, vaya raja. Pasa, pasa.

Con esa simple observación pudo entrar en la estancia. Todavía no estaba perdida la justa y, menos, la batalla.

Se metió en el salón y empezó a maquinar la manera de poder evitar la toma de posesión del adúltero. Confiaba en que la periodista lo mandara a paseo, pero después de haber tenido una relación tan larga cabía la posibilidad de que intentaran reavivar las llamas. Y contra ese fuego no habría nada que hacer.

—¿Quieres algo? —se aventuró a preguntar Manuel, sin saber si había bebida en la nevera.

Negó con la cabeza, mintiendo descaradamente. Claro que quería algo con todas sus fuerzas. Se giró hacia la tele mientras pensaba qué podía hacer.

Ese caballero oscuro tenía las riendas de la contienda sin apenas esforzarse. Sin embargo, él había tenido que soportar duros entrenamientos y ensayos para lograr acercarse a la reina. Era una gran injusticia.

—Me contó Yolanda que lo estaba pasando muy mal.

—Tenemos que arreglar alguna cosa. —Manuel se acercó a la torre y puso un disco de una banda de rock que adoraba.

Pedro apretó los puños y se giró al escuchar el sonido sin ecualizar.

—Tranquilo, nos arreglaremos.

El pretendiente se dio la vuelta para encontrarse de cara a su rival. Estaba muy tenso y, cuando llegó hasta él, se puso a regular los niveles de graves y agudos de la cadena.

—Siempre tienen que estar así —dijo muy serio. Al oírlo mejor se relajó un poco.

—Gracias —respondió confuso—. Suena increíble. —Otra vez había obrado su magia.

No entendía qué tenía ese personaje para atraer a una diosa como Yolanda.

—No la mereces. —Su pensamiento rompió la barrera psíquica y logró aferrarse a sus cuerdas vocales hasta salir expuesto por su boca. Abandonó las lanzas largas y desenvainó la espada para la lucha.

—¿Cómo? —No entendía bien la frase o no quería entenderla.

—Que no la mereces, una mujer como Yolanda se merece alguien… —Iba a lanzar el primer espadazo, pero se cortó.

—¿Alguien como tú? —Lo había pillado desarmado. Reaccionó rápido y se puso en guardia—. ¿Quién te crees que eres?

—Yo soy el que la puede hacer feliz. Tú no eres capaz.

—Lárgate de mi casa.

Manuel comprendió el alcance de los comentarios del excompañero de su mujer. Tenía parte de razón y veía el cambio que había realizado en su aspecto para agradarla. No le podía reprochar nada, a pesar de tener unas ganas tremendas de romperle la cara.

Cogió a Pedro de la pechera y lo llevó hacia la salida.

—Márchate antes de que te reviente la cabeza.

Seguía con los empujones en dirección a la puerta de entrada. El caballero que lucía la armadura color ceniza se amedrentó ante la superioridad de su oscuro rival. Los distintos impulsos lo dirigían al destierro sin posibilidad de vuelta atrás. ¡Cómo se iban a reír sus padres!

Por ahí no podía pasar. Abrió el portón de entrada porque estaba claro que uno de los dos tenía que irse. Se paró delante a la espera de la embestida del cornudo y lo recibió sin capa ni espada.

Fue el último empujón que le dio, pues lo arrastraba al rellano sin pararse a pensar en lo que había fuera.

La moqueta despertó.

Una pronunciada arruga hizo que Pedro cayera de espaldas violentamente,

agarrando a Manuel de la pechera. Toda su musculatura, junto con la potente inercia del movimiento conjunto, provocaron que Manuel volara por encima del hostigador y chocara con los barrotes del pasamanos, rompiéndose el cuello.

Murió al instante.

El cámara jadeaba por el subidón de adrenalina. Tirado en el suelo, no entendía cómo no oía los improperios de su rival, pero al incorporarse vio los ojos vacíos de vida de Manuel apuntándole acusadores e impotentes.

Le invadió el pánico por lo que había hecho. No por haber matado a un ser humano, sino porque era una traba para cumplir su plan. Podría deprimirse de nuevo y aislarse del mundo definitivamente, o mudarse.

Alguien salió de su apartamento en un piso superior. El ganador se asustó y se escondió dentro de la casa. El vecino bajó en ascensor y no vio nada.

Tenía que deshacerse de cadáver. Entonces empezó a arrancar la moqueta con fuertes tirones por sus cuatro lados. Podía escuchar cómo la bestia gritaba al ser decapitada.

Con el enorme trozo de tela envolvió el cuerpo junto con las flores y los demás rastros de su presencia. Apagó el móvil de Manuel y se dispuso a cargar con él hasta el coche.

Nadie le dijo nada ni notó nada raro en el comportamiento del hombre que llevaba una alfombra muy grande en el hombro. A pesar de las capacidades físicas desarrolladas por el asesino, sudó como nunca lo había hecho. No le importaba, solo veía la finalidad de sus actos.

En el maletero de su coche estuvo el muerto casi un día entero mientras esperaba su nueva ubicación. Pedro sopesó varias opciones y decidió dejarlo en la zona de las prostitutas, para despistar a la policía. Lo que no había previsto era que Yolanda iba a vivir una aventura inolvidable en el mismo lugar y casi en el mismo instante.

Se había librado de milagro y al final se topó con ella cuando huía de los proxenetas. El vómito que le vertió encima quedó en una divertida anécdota.

A cada uno su merecido.

16. Mensaje a Antonio

El vaso de plástico estaba vacío. Antonio lo miraba convencido de que su vida se precipitaba a un pozo profundo. La esperanza desapareció en cuanto lo devolvieron a Argentina en tiempo récord. Los hilos del Coronel funcionaban a la perfección.

Pensaba en llenar otro vaso para pasar la comida de la cárcel donde llevaba varios meses encerrado. Era un poco engorroso, ya que el brazo escayolado no le permitía servirse bien en los grifos. Se había librado dos veces del intento de matarlo, pero en el último salió con el brazo roto.

Se había ganado la confianza de varios reclusos con necesidades psiquiátricas y los había utilizado de pantalla contra los planes mortales de su enemigo personal.

En los rostros de los encarcelados se podían ver las marcas de una existencia demasiado dura. Huellas que se leían con facilidad. Algo los alertó. Algo que venía por su espalda.

El comedor se quedó vacío a excepción del psiquiatra. Enseguida se vaciaría del todo.

Antonio se levantó y, al darse la vuelta, se encontró con la pareja del terror. Un preso el doble de grande que él y un carcelero que controlaba todo su pabellón.

Necesitaba una botella de *whisky* de su buen amigo Jorge. Cuánto lo echaba de menos. No podía pensar en España sin lagrimear al recordar a la venezolana y a su paciente cero.

Bueno, era el momento.

El carcelero se acercó hasta él y le dio un teléfono móvil. Confundido, se lo puso en el oído.

—Hola, Antonio. —Se trataba del Coronel—. Tengo que agradeceros la esperanza que habés dado a mi vida. La esperanza de poder vengar la muerte de mi esposa. —Su interlocutor no decía nada—. Fijate bien en esos dos pibes que tenés delante. El preso te puede destrozar y cogerse todos los cachitos que queden, las veces que quiera. —La sonrisa en el rostro del recluso certificaba lo que había escuchado—. El milico no haría nada para pararlo.

—¿Por qué no acabás con esto y dejás de hablar por hablar?

—Siempre habés sido un boludo impertinente —dijo después de respirar profundamente—. Sos un cabrón suertudo. Tus pasos me pertenecen a partir de ahora.

—Vete al infierno. —Tras decir esto colgó.

Antonio miraba a sus dos verdugos con el móvil en la mano. Iba a oponer resistencia y algo en su mano, por pequeño que fuera, les daría cierta consistencia a sus puñetazos. Es lo que tenía el escuchar de nuevo la voz de ese malnacido, le daban ganas de reventar el mundo.

Nadie movía un dedo.

El teléfono vibró mientras emitía el tono de llamada entrante. Antonio no sabía qué hacer hasta que el carcelero le indicó que lo cogiera. Descolgó y se lo puso en la oreja de nuevo.

—Hola, Marcos. —Esta vez era Yolanda la que hablaba.

—¿Qué hacés? —Antonio no salía de su asombro.

—Tengo una oferta que no podrás rechazar. —Quería decirle que le había salvado de nuevo la vida con sus cajones, que había creado un monstruo periodístico sin miedo a nada, que la había llevado a conocer a la mujer de su vida, que estaba dispuesta a prostituirse, ofreciendo sus servicios periodísticos, por él y morir si hiciera falta. No se lo debía, se lo había ganado.

—¿Pero vos estás loca? Aléjate de ese asesino o no la vas a contar.

—Escucha, tienes que confiar en mí, como yo hice contigo.

—Eso no tiene nada que ver. No me debés nada. —Intentaba alejarla de las redes pegajosas del mafioso.

—Quiero ayudarte, necesito ayudarte. Esto es un gol a favor en el descuento. Tenemos que aprovecharlo.

—No digas tonterías.

—Es lo que me ayudó a no saltar y ahora estoy aquí con la misma propuesta para ti.

—Va a salir muy caro.

—Como alguien me dijo: si hay vida, hay esperanza.

—Pero Delia está muerta —dijo congestionado por el recuerdo de todo lo vivido.

—Y tú no, ni yo gracias a ti, ni Alba gracias a ti, ni Alfredo. Entre todos te sacaremos de ahí.

—¿Qué tal está Alba? —Casi no podía hablar.

—Es la bola con patas más preciosa del mundo. —Rio con ganas Antonio. No era el momento de hablar de sus sentimientos lésbicos hacia la bella andina. Era algo que debería de afrontar, quizás con ayuda de su psiquiatra ahora que lo había localizado—. Prométeme que vas a aguantar. Esos dos hombres te protegerán.

Antonio continuó escuchando las indicaciones de Yolanda, impresionado por la determinación adquirida. La periodista se guardaba para otra charla la manera en la que había contactado con el Coronel. Su intuición no le había fallado y a través de la familia de Raúl había podido ofrecer sus servicios al capo argentino. Había sido una negociación dura en la que pudo llegar al corazón del viejo narcotraficante, apelando a su necesidad de contar sus memorias y mostrar al mundo su parte más humana. Lo había engatusado uniéndose a su dolor por la pérdida de Delia y había compartido el suyo por la muerte de Manuel. Le prometió hurgar solo en las cajoneras que él quisiera.

Yolanda le contaba todo lo que podía sobre su futuro. Ya detallaría más adelante el plan que había ideado para sacarlo de todo ese embrollo. De

momento iba a ofrecer sus dotes como periodista para lavar la imagen del Coronel a cambio de mantener con vida a Antonio.

Se había convertido en la comunicadora de moda. Sus últimos trabajos recibieron numerosos elogios a nivel internacional. En este transcurso de tiempo había preparado otro libro en el que contaba su vida desde los días felices hasta su desventura con Pedro. Se había alejado del cámara decepcionada y todavía más convencida de iniciar una nueva etapa de soltería perpetua.

Entre tantas denuncias contra proxenetas que se fueron realizando gracias a su apoyo incondicional a las chicas esclavizadas, estaba la denuncia del homicidio perpetrado por Pedro. Algo que generó cierto alivio para su suegra y Alicia al conocer la verdad de lo ocurrido. El homicida se quedó derrotado e insistía en volver a estar con ella. Había recibido varios ramos de rosas con tarjetas desesperadas que quiso respetar y cuidar, pero que ya no significaban lo mismo. Acabaron en la basura destruidas. La pena que debía cumplir su oscuro pretendiente era mínima ya que pudo demostrar que había sido un accidente a pesar de intentar deshacerse del cuerpo.

Al igual que le había pasado al exteleoperador, no importaba cómo había llegado la periodista hasta él, lo importante era que había llegado y, además, a tiempo. Antonio podía aferrarse a ese tono gris más luminoso que destruía la nada de hacía unos minutos. Una pequeña esperanza.

Lo había dicho en numerosas ocasiones y quizás respondía a planes sobrehumanos, pero estaba encantado de haberles conocido.

Cancionero incompleto

1.- ¿Qué más quieres de mí?

Marcas la corriente por mis venas, pum.
Se para cuando sales por la puerta, pum, pum.
Mi vida es tuya y tú subes la apuesta, pum.
¿Qué más quieres de mí? Pum, pum.
Puedo olvidarme de ti ya me has visto morir

Sábanas rectas, la cama hecha, pum.
Hoy estás aquí y en la sala hay fiesta, pum, pum.
No quiero dormir quiero estar cerca, pum.
¿Qué más quieres de mí? Pum, pum.
Puedo escucharte fingir que de verdad eres feliz.

Te quedaste con todo el caudal, sun.
Sin mojarte y salió mala mar, sun.
Me exprimes con arte, pero no queda na, sun.
¿Qué más quieres de mí? Sun, sun.
Puedo seguir así, sin llegar a ponerle fin

Cómo te gusta el poder, sun,
que ejerces sobre mi ser, sun, sun.
Amanezco con frío, falta café, sun.
¿Qué más quieres de mí? Sun, sun.
Puedo sentir tu locura tan dentro de

mi cuerpo vacío de hormigueos y calor,
mi alma llena de agujeros y sinrazón,
mis lágrimas sembradas de mal de amor,
mis ojos cansados de verte marchar con el sol.

2.- Cantaré por los dos

Acércate aquí mi corazón.
No llores más, nunca más.
Es mío todo tu dolor
y lucharé por tu felicidad.

Que tus rodillas en el suelo
respondan solo ante Dios.

Nadie merece ningún duelo
de ti, mi sangre y mi temor.

Yo te ayudaré a cumplir tus sueños.
Las pesadillas cargan mi espalda.
Tú preocúpate por tocar el cielo.
Las vallas frías no son tan altas.

Ya no puede nada cegar mis ojos
dichosos y colmados al verte nacer.
Alegría de mi alma en estos tiempos locos
que repara el daño sufrido en la piel.

Voy a pelear sin parar, sin aliento,
para que veas un nuevo horizonte
donde del mar se funda en un beso
con las telas que cubren los montes.

Yo también soñaré que todavía me quieres
cuando no sepa de ti ni de tus pasiones.
Seguiré de pie firme en mi baluarte
con la llama en vela por si no me ves.

Algún día espero poblar tus recuerdos
con alegres momentos de paz y amor.
Estaré muy lejos de aquellos comienzos,
bailando con tus latidos y nuestra canción.

Bailando con tu risa y tu corazón,
aunque la luz se apague escucharé tu voz,
aunque el silencio llegue sentiré tu calor,
y si el invierno nos invade cantaré por los dos.

Cuando al final las lágrimas merecidas
se viertan igual que se acaba la vida.
Cubre tu pena con una verdad colorida:
He vivido mi camino y tú caminaste conmigo.

3.- Hijo de las calles

Hijo de las calles
vacías, derrotadas, rectas.
Sin necesidad de llaves
abriste las puertas.

Trepaste sobre botas militares
que aplastaban los gusanos
alimentados por el hambre,
el odio y los escombros.

Y ahí estaba la muerte,
a la espera, entregada.
No podía acercarse
si no calmaba tus ganas.

Los bajos fondos de Berlín
te alzaron hasta la cumbre
donde cualquier desliz
termina en el fuego del infierno,
acaba con tus sueños.

Las altas esferas de Berlín
veían divertidas tus formas
y esperaban mucho más de ti.
No vieron el invierno
alojado en tu destino enfermo.

Te aprovechaste de la pálida dama
a la que nadie quiere y evita su suerte.
Obedecía los deseos de tu alma
plagados de horror y malas artes.
Y todos querían detenerte de repente
cuando ya no era posible matarte.
Tu memoria llena de canciones las calles.

4.- Pájaro andino

Baja el pájaro andino
en busca de un nuevo nido.
Excitado y compulsivo
llega hasta San Bernardino.

Lo vi mirar a tu balcón
soñando ser un gran halcón
que vuela con alas de amor
y se cuela en tu corazón.

Cuídate de las promesas

que suelen venir envueltas
en dulce de las abejas,
que cubre todas sus tretas,
que quieren abrir la puerta

Ríe feliz con su risa.
Vive al calor de su vida.
Sufre sin su medicina,
sin ver en ti la alegría.

Se aleja el joven cimarrón
tras encontrar esa canción
que acompaña su labor
y que lo ciega de esplendor.

5.- Recuerdos

Alrededor de la hoguera
cantábamos al amor y a la guerra.
Nuestros ojos atravesaban las llamas
descarados,
mostrando así todas las cartas.

Secretos envueltos en sábanas.
Dulces sueños de cama.

Tú querías llegar hasta el lugar
donde se juntan el cielo y el mar.
A los cuatro vientos me dio por cantar
los mandamientos que grabaste en mi piel
y me obligaste a replicar con religiosidad
fuente de mi felicidad.

Separados por la fuerza de nuestra voluntad,
el tiempo hizo mellas, demasiadas y al final,
de ti no sé nada y de mí ni te acordarás.
Recuerdo tus palabras, tu sabor mezcla con sal.

Confundo tu rostro con el de los demás.
Me da por gritar tu nombre en cada actuación
Prefiero ser un loco, pero no un loco sin más.
Un loco de atar a tu cuerpo y así borrar el error
que cometimos por orgullo los dos.

Demasiados años cada uno por su lado.
Espero que nos veamos, aunque sea muy caro.
Vendo el alma al diablo y no la quiere el desgraciado.
Se ríe del pringado sabe que estoy en tus manos.

Y el fuego no arde igual que aquella vez.
Faltan muchas voces para entonar bien.
El pasado me hiere y me para los pies.
Quieren correr a buscarte allí donde estés.
Me duele menos, sin embargo, cuando pienso
que alcanzaste el horizonte y fue todo lo que querías tener

6.- La bella Corina

Corre un rumor, por una mecha prendida,
sobre el amor de la bella Corina.
Su explosión y su onda expansiva
derrumba todo valor, coraje y osadía.

La bella Corina.
Dulce envoltura.
Recuerdo día a día
sus noches de locuras.

Llegó a la ciudad en un sombrío tranvía
ligera de equipaje. Una estación vacía
El final de su viaje. Vive sin miedo la vida.
Te puede atropellar si descubre tus mentiras

La bella Corina.
Envidia de la Luna.
Llena de caricias
las noches más oscuras.

Devuelve el golpe con un disparo certero
directo al motor que mueve tu cuerpo.
Disfruta con el roce del viento sobre su pelo.
Conoce la decepción, tú no eres el primero.

La dulce Corina.
Trátala con dulzura.
Disfruta de su alegría
y de sus travesuras.

7.- Todo es mentira

Todo es pura mentira.
Tu garganta no habla
Prefieres no dar la cara.

Detrás de kilómetros de fibra
se te pudre el alma,
vendida a la farsa,
que alimenta tu desidia.

Malsano baño de masas,
empalmadas por la hazaña
de arruinar el día a día,
a golpe de puño y tecla,
de cualquier cantamañanas.

Valentía encubierta, anónima.
Definición clara de cobardía.
Carencias emotivas a la vista.

Un cóctel ideal para la pócima
que te emborracha de falsa alegría,
con una resaca solitaria, depresiva,
imposible de rebajar solo con tónica.

Tu voz no se escucha si no gritas.
Eso crees, pero no meditas.
A nadie le importa otro hipócrita
que escupe de espaldas a la galería,
y se pajea con media sonrisa,
reenviando sus heces ópticas,
como monos presos que la lían,
pero ninguna excusa lo valida

Sal a la luz del Sol.
Mójate con la fría lluvia.
Aparta el incómodo temor
a las experiencias desconocidas.
Cúbrete de rayos de Sol.
Deja que te lave la lluvia.
Corre a buscar el calor
y comparte con valor tu vida.

Al brillo del monitor todo es pura mentira.

8.- Huiremos al anochecer

Guarda tus juguetes.
Guárdalos bien.
Que no los encuentre él
o jugará otra vez.
Huiremos al anochecer.

Calla, mi niño, no llores.
No llores más.
Evitarás sus lecciones
cargadas de cal.
Huiremos al anochecer.

Monstruos viven en tus ojos.
Monstruosa piel.
Luz que se tiñe de rojo
no me deja ver.
Huiremos al anochecer.

Antes de que llegue la noche
sin avisar.
De que no duelan tanto los golpes
a mi dignidad.

Ahora puedo doblar los barrotes
con ayuda de tus pequeñas manos.
Saltaremos riendo sus controles
bajo pena de vivir con nuestros dados.
Ya veo los malos tratos, lejanos.

El negocio del terror apoyado por el dolor
y el miedo a un falso amor entre sus brazos,
está muerto.
Está muerto.
Buscas con pavor la usencia de mi calor.
Quieres que me quede aquí a tu lado.
De acuerdo.
Eras mi vida,
pero no puedo.
Huiremos al anochecer.

9.- Una cama vacía

Como una res marcada
al rojo vivo de tu sello.
Tanto sufrir para nada.
Siempre colgado de tu cuello.

Apaleado.
Aplastado contra el suelo.
Logre salvar la plata,
renunciando al cielo
eterno
perdido debajo de tu falda.

Y es que dolía
oír que no te apetecía,
volver al son de las noches frías,
desterrado en un rincón
de una cama vacía.

Fue duro decirte adiós,
mientras mi cuerpo te recordaba.
Un reseteo del corazón
adicto a la sonrisa de tu cara.

Hoy vienes a ocupar un lugar
perdido después de tanto tiempo.
Ya dejó este perro de ladrar
y menear el rabo por tus besos.

Y es que dolía
nadar entre tanta porquería,
pagar con creces por tu alegría,
acojonado por la única opción:
una cama vacía.

10.- Baila

Cuando la vida te pesa.
Aplasta tu cabeza.
Te cuesta ver la belleza
aunque la tengas cerca.

Si quieres alcanzar, lograr tu meta

salta la rutina si ves que no llegas.

Y, sobre todo, sube la música.

Baila, danza, mueve tu cuerpo.
Agita los brazos acaricia el viento.
Suelta tu pelo rompe el silencio
y grita que hoy, hoy es el momento.

Somos dos aves errantes
con muchas horas de vuelo.
Demuéstrame que sí vales
para surcar nuestro cielo.

Es hora de lanzar esa cometa
y atarla fuerte a tu cadera.

Y, sobre todo, sube la música

Baila, danza, mueve tu cuerpo.
Agita los brazos, acaricia el viento.
Sueña que recibes miles de besos
y grita que hoy, hoy es tu momento.

11.- Quiero

Camino, avanzo y caigo.
Tú me ofreces tu mano.
Acepto, vuelvo a caer.
Te alejas del barro.

Me aguantas un rato
hasta que sale caro.
Recojo los pedazos
y lo veo muy claro:
no todos son malos.

Entonces ocurre el milagro.

Quiero cantar a esa mañana
que logré despertar abrazado en tu cama.
Quiero gritarle al Sol que me he mudado
al lado de tu sonrisa y tus ojos cansados.
Quiero decir que te quiero

sin pedir permiso en cualquier momento.
Quiero una larga vida en tu día a día.
Quiero invitarte a reír con mis tonterías.
Quiero ser feliz con tu alegría.

Quiero y no puedo
vivir conmigo dentro.
No quiero hacerte esto
aún te queda el resto.

Riego fuera del tiesto
y así no crecen tus besos.
No vivo ni muero
con las botas puestas.
Me siento pequeño.

Y la pesadilla se convierte en sueño.

12.- cómplices

Una mirada, un gesto, una señal
activa mi sangre, instinto animal.
Mi cara en el reflejo del fino cristal
se nota que arde por seguir con tu plan.

Lo vi escrito en tus ojos
esos que los vuelven locos.
Estás conmigo y mi motor roto.
Sin frenos en el fondo del pozo.

Tú me empujabas
y me hizo gracia
cómo sacabas
mi lengua de caza.
Nerviosa, dispuesta a llegar, donde no alcanza.

Buscabas un cómplice para las duras noches de invierno
con quien robar a la blanca luna todo su tiempo compartido,
con quien subir a las alturas y gritar que no es el camino
si no valen nuestras locuras, si nuestro amor no es eterno.

Una distancia larga, una sorpresa
cuando en casa está puesta la mesa.
Si baja la llama y no queda mecha

nuestras almas bailarán en la brecha.

Me lo advirtieron tus ojos.
Toca mi cuerpo, es venenoso.
Muerde el cebo o lo muerde otro.
Siente el veneno que cruza tu rostro.

Yo te arrastraba
sobre mi desgracia.
Entonces sacabas
tu lengua de caza.
Firme y rabiosa, dispuesta a soltar otra bofetada.

Seremos cómplices para las duras noches de invierno.
Robaremos a la blanca luna todo su tiempo compartido.
Subiremos hasta las alturas para gritar que no es el camino
si no valen nuestras locuras, si nuestro amor no es eterno.

13.- Noctámbulos

Sigue la canción de los insomnes noctámbulos
que buscan diversión y más voces con la música.

14.- Lo hice

Todo lo que tú me dabas
me lo quitabas.
He vuelto a sacar las mantas
pensé guardarlas.
Tu felicidad en renta
me sale cara.
Mi alma hipotecada
la vida en deuda.

Somos hijos de una partida amañada.

Cuando me pediste bajar la guardia y subir a la cama,
lo hice.
Que mis labios busquen los tuyos por la mañana.
Lo hice.
Me rompiste, sin razón, los platos y las tazas.
Por amor lo hice.
Creí en ti cuando busqué y no quedaba nada.
Lo hice.

Solo quiero que me mires a la cara. Te pido que lo hagas.
Rompe tus cartas marcadas. Juega limpio y ponle ganas.
Yo lo hice.

No me cuentes otra batalla
estuve a tu espalda.
Podemos medir cuál es más larga
o quién da la talla.
Grita con todas tus fuerzas que me amas
haga lo que haga.
Sin condiciones, sin vallas demasiado altas.
Coge impulso y salta

Somos frutos inmaduros pasados de vuelta.

Agradecimientos

A Estitxu, Amaia y Elena por haberme ayudado a redondear el libro. A Iban por haberse involucrado tanto.

Acerca del autor

Hola, espero que esta nueva novela te haya entretenido tanto como yo he disfrutado escribiéndola.

Soy Jorge García, pero todos mis amigos y familiares me llaman Gorka. Nací en 1973 en Guipúzcoa. Actualmente trabajo como profesor de formación profesional en San Sebastián.

Siempre me ha gustado contar historias y darle una vuelta de tuerca a lo que sabemos. Hace poco decidí publicar los relatos que tenía encajonados alternándolos con argumentos nuevos. Ya he publicado tres libros. El primero es el comienzo de una serie de temática fantástica que tiene lugar en el entorno donde nací y trascurre en los años ochenta. Se titula *El tesoro de Nita: El no dragón hambriento*. El segundo, *El nido de Mus,* trata el acoso escolar de manera diferente, mediante una lección de vida. Después, publiqué la segunda parte de la saga *El tesoro de Nita: El lenguaje de la tierra*.

Tonos es mi cuarta novela. Con ella me introduzco en un género parecido al *thriller urbano,* pero con tintes más psicológicos. Espero que te haya gustado y sorprendido. Yo me lo he pasado en grande.

Desde marzo de 2018 soy miembro de un grupo de escritores independientes denominado «Circulo de fantasía» con el que he publicado el relato corto titulado *Play Sensation*, el relato corto titulado *El ser inexplicable*, el relato corto titulado *De creadores y creados* y dos poemas titulados *Dioses, Ángeles y otros monstruos*.

Tengo una página web donde voy colgando más trabajos: Jorge García Garrido.